

Editorial

Este primer número de la actual Comisión de Publicaciones acoge dos vertientes de nuestra memoria institucional: homenajeamos en él a dos fundadores de nuestra Asociación, Madeleine y Willy Baranger, y publicamos los trabajos de autores uruguayos que fueron presentados al XIX Congreso, realizado por FEPAL en Montevideo.

Memoria viva de los orígenes, que atraviesa nuestra identidad de analistas, recuerdos de los “tiempos heroicos”, fundacionales: hablan los Baranger, en dos entrevistas separadas por más de veinte años de distancia, y hablan aquéllos que fueron sus discípulos y analizando en la crónica del homenaje que les fuera tributado.

También, acervo para el futuro, testimonio de una inquietud que recorre el continente latinoamericano y que dio nombre y tema al Congreso: Malestar en Psicoanálisis. Versiones y preguntas múltiples para este malestar, discutido en un clima donde la diversidad de teorías y posturas da cuenta de la amplitud y el desarrollo de nuestro movimiento psicoanalítico. Partiendo de aquel malestar postulado por el texto freudiano -conflicto entre lo pulsional y lo cultural, el inherente a la condición humana- acentuando las problemáticas socio-culturales, económicas y políticas propias de la región y de cada país, nos preguntamos por la forma en que cada sociedad posibilita a los sujetos que en ella habitan la tramitación de los sentimientos de amor y odio, cuestionando las certezas del saber adquirido y su transmisión.

Malestar en el psicoanálisis o malestar de los psicoanalistas, especificidad propia del acto analítico y del lugar del analista, a salvaguardar tanto de la pseudocientificidad cuanto de la mística, conflictos que hacen a la ética, los valores y la ideología de un mundo en cambio.

Y aún esta noción de “cambio”, sometida a la discusión: ¿qué ha cambiado y cómo? ¿Han cambiado los pacientes, nuestra óptica sobre ellos o ambas cosas? ¿Cómo ha influido la actual crisis de valores y la pérdida -¿momentánea?- de ideales colectivos en nuestros pacientes y en nosotros? ¿Qué transmitimos a aquéllos a quienes formamos para continuar en el ejercicio del análisis y cómo efectuamos esta transmisión?

Es desde la escisión que nos constituye en tanto seres humanos y de la que atestigua el campo del inconsciente, que reflexionamos sobre éstos y otros temas. Lo hacemos también desde la peculiar perspectiva de ser, a la vez, sujeto y objeto de nuestro inquirir, actores y espectadores de la época en que vivimos. A esta luz debemos entender las palabras que reclaman para la ideología el carácter de “una dimensión ineluctable de la existencia individual y colectiva” y no de una “categoría infamante”^{*} desde la cual repensamos -sabiendo que siempre nuestras respuestas serán provisionales- los grandes temas: el amor, la vida, la muerte.

* I. Bress, citado por D. Gil y M. Viñar.

Palabras de apertura

*Alberto Pereda**

Sr. Horacio Etchegoyen, presidente electo de la I.P.A.; Sres. Presidentes de las Asociaciones Miembros de FEPAL; autoridades presentes; miembros del Council de I.P.A.; compañeros analistas; señoras, señores:

Hoy debemos instalar en forma definitiva éste, nuestro XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis.

Vuestra presencia aquí, en este acto, y en especial en el trabajo de los próximos días, es lo que lo instaura. Es la respuesta de la alteridad, del otro, el que lo hace.

En la entrante semana consideraremos, en los múltiples abordajes de que dan cuenta los relatos oficiales, el tema que nos reúne: “El Malestar en el Psicoanálisis”.

Malestar en el que desde siempre ha estado instalado el psicoanálisis.

Desde sus orígenes, el que lo antecede, el malestar esencial a su condición de hechura humana. Es que el hombre desde el acceso a la primera y mítica herramienta, precursora del advenimiento de la otra fundamental, el lenguaje, que crea y por el que es a su vez creado, se estructura en función de su condición central, la de sujeto radical e irreductiblemente dividido. División generadora de la cultura, por medio de la cual el hombre modifica el mundo, su mundo, en tanto lo nombra y representa. Y que a su vez genera malestar, consecuencia que emerge del conflicto psíquico, del cual el hombre es metáfora.

La necesidad de saber lo enfrenta a la conflictividad de la verdad, siempre relativa y esquiva. El ocaso de los dioses, fallidos garantes de la verdad, lo ubican en un repetitivo e insistente esfuerzo de búsqueda, signado por la castración. El malestar es estímulo y frustración.

El psicoanálisis multiplica este malestar original. Su objeto fundamental es el inconsciente, esencia del ser y metáfora de lo incognoscible, reducto de lo inaccesible, sólo abordable por sus efectos, por sus productos. Sobre esto trabajamos.

El acto psicoanalítico se instaura, cuando alguien dirige su demanda a un otro al que supone un saber, y éste en realidad nada sabe. Malentendido iniciático, a través del cual y en el despliegue imaginario, algo del orden de la verdad advendrá, para cerrarse otra vez, rápidamente.

Leeré, contando con vuestra paciencia, una cita algo extensa y que resume de Umberto Eco, extraída de “El péndulo de Foucault” que despojada de los sentidos místicos, herméticos y cabalísticos, a mi entender ilustra esta característica de nuestro trabajo. En un pasaje, uno de los personajes escribe:

“No ha habido piedra que haya rozado, ni paso que haya dado que no ocultase un **jeroglífico**. Cuando lo revele se conocerá el **Misterio**. Después sólo habrá que descifrarlo y su solución será la clave, tras la cual se oculta el **Mensaje**, y sólo él dirá cuál es la naturaleza del **Enigma**. Descifrado, surgirá el **Hierograma** en el que se purificará la plegaria de la interrogación. Después ya nadie podrá ignorar el **Arcano**, velo que cubre el **Pentáculo**, la **Pregunta Cabalística** que proclamará cuál es el **Signo Insondable**. La respuesta se proclamará en la **Runa** cuyo sentido sólo es accesible a pocos, a quienes será entregado el **Sello Sardónico**.

* Av. Gral. Rivera 2516, Montevideo 11300

La máscara tras la cual se perfilará el rostro que se han propuesto dejar al descubierto. El Jeroglífico Místico, el Sublime Anagrama.”

Se parte de un jeroglífico, un misterio, para luego de tan extenso y trabajoso periplo, arribar a lo que ya espera: otro jeroglífico, otro misterio. Ese es nuestro derrotero, y el del hombre también.

El entorno socio-económico, los vaivenes culturales, las dificultades institucionales, nuestras patologías, generan nuevos malestares que sumados incrementan la tensión y tornan más dificultoso el poder mantener el lugar del psicoanálisis -y el del psicoanalista- en cuanto cuestionamiento y búsqueda.

Las respuestas, que tratan de aliviar la tensión son múltiples, quizás tantas como analistas, las podemos agrupar en tres grandes tendencias.

La primera tentación es la de erigirse en guardianes del psicoanálisis. En intensificar las actitudes de control, en rigidizarse, desconociendo lo que sucede. El riesgo que se corre, ya que como dice Eco: “el inconsciente muerde incluso a sus guardianes”, es que se puede terminar ensangrentado, con la ropa desgarrada, sin cambios pero sin psicoanálisis.

La segunda es la atracción, a buscar afuera del psicoanálisis, en otras ciencias, la respuesta. La influencia de las ciencias naturales induce al refuerzo de los aspectos genéticos y biológicos, a la búsqueda de métodos de validación y observación cuantitativos y objetivos, desdeñosos de lo descalificado por “humanístico”, como sí el psicoanálisis no perteneciera a las llamadas ciencias del hombre. Los riesgos y los resultados son similares a la opción anterior.

La tercera es la de mantenerse en una actitud analítica, de reconocimiento de las nuevas dificultades y desafíos, orientando la búsqueda y el trabajo sobre los nuevos jeroglíficos y anagramas, sabiendo que generarán de manera inevitable, nuevos malestares.

Cito nuevamente a Eco:

... cualquier dato se vuelve importante cuando se lo conecta con otro. La conexión modifica la perspectiva. Induce a pensar que todo aspecto del mundo, toda voz, toda palabra escrita o dicha, no tiene el sentido que percibimos sino que nos habla de un Secreto. El criterio es simple, sospechar. Sospechar siempre...”

De eso se trata.

Quisiera ahora referirme a Arnaldo Rascowsky y Angel Garma, presidentes honorarios de FEPAL, que por diversas razones lamentablemente no pudieron estar presentes hoy, como deseaban, para expresarles el agradecimiento de todos nosotros, integrantes de la comunidad psicoanalítica latinoamericana, por la visión y empuje de ambos que culminó en la puesta en marcha de COPAL, de la que somos herederos y continuadores.

Y finalmente, deseo expresar en nombre del Comité Organizador, nuestro agradecimiento a todos los compañeros que participaron en la puesta en marcha de este Congreso. Así como también a todos vosotros, participantes, que como ya dije en otra oportunidad son los verdaderos protagonistas y hacedores de este encuentro. Restándome solamente darles la más cálida bienvenida en nombre de FEPAL, de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay y de todos sus miembros.

Muchas gracias.

**Malestar en el Psicoanálisis:
los desafíos pendientes***

*Ricardo Bernardi***

¿Por qué elegir el término “malestar” para referirnos al Psicoanálisis en este Congreso, cuando se aproxima un nuevo siglo y un nuevo milenio? ¿Por qué hacerlo en Latinoamérica, y más específicamente, desde Uruguay? Estas son las preguntas iniciales a partir de las cuales intentaré abordar algunos de los problemas que considero que son hoy ineludibles para afianzar el crecimiento del psicoanálisis.

Una comprobación se impone: la preocupación no es nueva en nuestra Asociación. Hace exactamente 10 años, se realizó en Buenos Aires un anterior Congreso Latinoamericano, dedicado en esa oportunidad al tema “El Futuro del Psicoanálisis”. El relato uruguayo reseñaba la experiencia de un grupo de investigación y planteaba textualmente (M. Nieto et al., 1982):

“Nuestra comunicación es, pues, el relato de cómo nos planteamos y trabajamos sobre ciertas cuestiones que nos resultaban acuciantes en el **presente del psicoanálisis**, como un momento de su historia, en que nosotros queremos contribuir para que vivo se mantenga en el futuro.

“Pero comencemos con el título. Nos lo reformulamos parafraseando a Freud, como “malestar en el psicoanálisis”. “Someramente mencionaremos las fuentes que nos parecen provocar ese malestar, y deslindar así el terreno del que nos ocuparemos”.

* Relato oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay al Congreso

** Santiago Vazquez 1140, Montevideo 11300

Por qué volver ahora en 1992 sobre este tema? ¿Es la atracción uruguaya por el lamento interminable del tango lo que ya estaba en aquel relato, del cual, debo confesarlo, fui coautor? ¿Se trata simplemente de nuestro gusto por los ocreos inmóviles de Torres García, por el amargo desencanto de la narrativa de Onetti, o por todas las formas orgullosas de la autocrítica?

Es posible, pero esto no nos exige de examinar cuidadosamente la cuestión. Tomemos como referencia lo dicho hace una década y cotejémoslo con la perspectiva de hoy.

En aquel momento examinábamos las fuentes posibles de malestar y decíamos:

“Las instituciones psicoanalíticas. ¿Es su porvenir lo que nos preocupa? ¿Su incapacidad para crecer o su tendencia a decrecer en algunos países?”

“Los psicoanalistas. ¿Lo que preocupa es el porvenir de quienes tienen como actividad central el psicoanálisis ante el hecho de que se desarrollan otras técnicas psicoterapéuticas (especialmente las psicoterapias de tipo psicoanalítico)? ¿También un psicoanálisis que exista fuera de las instituciones, todo lo cual puede hacer sentir en peligro tanto a las instituciones como a los técnicos?”

“Estas inquietudes, evidentemente, las encontramos en toda América Latina, pero no sólo en ella, también ¡as podemos hallar en otras sociedades de la comunidad psicoanalítica internacional.

“Nuestra área geográfica: Latinoamérica - con sus características sociales, políticas y económicas - incide en el desarrollo del psicoanálisis, condiciona a las instituciones y a sus miembros y genera una serie de ineludibles inquietudes y problemas.

“Nuestro relato no se refiere a esas zonas de malestar, pero suponemos

que otros lo harán y de ese modo nos complementaremos.

“Lo que vamos a abordar son condiciones de desarrollo o de estancamiento intrínsecas al psicoanálisis mismo, como ciencia e investigación”.

Hasta aquí lo dicho en 1982. Muchos puntos merecen ser reexaminados, pero antes que nada quiero reafirmar la vigencia de la última afirmación: **el malestar surge ante una cierta vacilación frente a la pregunta acerca del crecimiento o detención del psicoanálisis.**

Freud veía precisamente en la raíz del malestar el combate entre las fuerzas de la vida capaces de dar origen a nuevas síntesis y las tendencias destructivas que laten en el individuo y en su organización comunitaria, agobiados por el peso de ideales imposibles de cumplir. Este punto liga el malestar en el psicoanálisis con la fe en el porvenir de nuestra ilusión.

Pero ¿por qué hablar sólo de malestar? No me parece posible ni justo con nosotros mismos considerar el tema independientemente de las zonas de bienestar, por donde, en nuestra ciencia sin duda circula la vida. Tomando conceptos en boga podríamos decir que conviene atender tanto a las debilidades como a las fortalezas del psicoanálisis; a sus amenazas tanto como a sus oportunidades.

Parafraseando el título del Congreso, propongo situarnos: **Entre el malestar y el bienestar en el psicoanálisis de hoy: zonas de progreso y de estancamientos en nuestra disciplina.**

Esto nos conduce a la distinción que hace I. Lakatos entre programas de investigación progresivos, que pueden poner en juego su potencial para la resolución de nuevos enigmas, de los programas de investigación degenerativos, caracterizados por la estereotipia, el avance circular en torno a los mismos temas y la pérdida de la creatividad y de

la capacidad de innovación.

Hablar de malestar produce malestar. Aspiremos tan sólo a dejarnos ganar por el amor a la verdad y poder examinar con atención problemas que producen incomodidad y desazón. Confiemos también en que esto acelerará nuevos avances.

El tema, así planteado, requiere que nuestro examen se dirija al psicoanálisis en su conjunto, es decir, como tratamiento, como teoría y como investigación.

Notemos que ya de entrada se plantea un primer problema: ¿debemos considerar estos tres aspectos como la triple unidad postulada por Freud, es decir como un método a la vez de investigación y de tratamiento, que aporta toda la evidencia necesaria para la constitución de su cuerpo teórico de conocimientos? ¿O debemos aceptar distintos tipos de evidencia?. El ideal unitario de Freud, ¿delimita nuestra única forma de crecimiento o estamos convirtiendo esa aspiración inaugural en un corset superyoico, que no responde a la realidad de nuestro desarrollo actual y que nos dificulta el avance, en la medida en que legítima sólo el descubrimiento de lo ya sabido?

Puede verse que este problema implica el perfil de desarrollo de nuestra disciplina, no sólo en la frontera con otras ciencias, sino hacia el interior mismo de nuestro campo.

De todos modos la polémica está ya abierta en nuestra región y recoge ecos de otras latitudes. J. P. Jiménez afirmaba en nuestro anterior Congreso (1990): “El supuesto de la unión inseparable entre curar e investigar no puede seguir siendo sostenido como un a priori, como un hecho dado. Esta unión, como Freud la planteó, si bien fundó el psicoanálisis como disciplina (...), constituye en la actualidad, precisamente, el obstáculo mayor al desarrollo ulterior del psicoanálisis como ciencia”.

La cuestión planteada por Jiménez así como por Toma y Kächele, hace que la triple unidad deje de ser un supuesto inicial, una base común, para convertirse en un punto más en el debate acerca de las estrategias posibles en nuestra investigación. Esto **no** significa que la experiencia del analista en la sesión pierda su valor, sino que **también** es posible investigar su relato, así como la evidencia aportada por otras áreas, desde diferentes metodologías. ¿Es esto una amenaza o una oportunidad? Sin duda es la oportunidad de nuevas vías de conocimiento. ¿Es una amenaza potencial? En el peor de los casos sólo puede ocurrir que genere conocimientos irrelevantes. Pero sin embargo, puede volverse una fuente de malestar en la medida en que no sepamos tratar entre nosotros las diferentes formas de concebir al psicoanálisis - y para recordar a Freud podríamos agregar: que no logremos poner nuestros ideales en común -frente a los nuevos desafíos.

Planteado este primer punto, cabe examinar las fuentes posibles de malestar en el psicoanálisis en tanto terapia, en tanto teoría y en tanto investigación.

1) MALESTAR EN EL PSICOANALISIS COMO TERAPIA.

No cabe duda que el ejercicio del psicoanálisis es una práctica exigente. Es necesario mantener disponible y expuesta la superficie sensible de nuestra psique a lo largo de nuestra vida profesional. Ya se ha dicho que lo difícil no es llegar a ser analista, sino seguir siéndolo. El trabajo analítico mismo ha sido señalado como fuente de efectos tóxicos (Viñar, 1992). L. Porras (1992) se refiere al “lugar marginal en que trabaja y vive el analista, espacio no compartido que lo enriquece como analista pero lo limita en su vida”. Agrega que el analista carga

con los “restos” concientes e inconcientes de las situaciones analíticas frustra “donde los elementos contratransferenciales no pueden ser revertidos en el paciente”. Destaca también los efectos del des-investimento transferencial, que puede generar sentimientos de vacío, depresión y desvalorización, teniendo en cuenta el trabajo en soledad. M. Lijtenstein (1984) se refirió a la soledad del analista a la vez como un riesgo y como una situación potencialmente creativa.

Sousa, Francisco y Meurer (1992) en forma coincidente con los autores citados hacen notar que el “estado analítico” requerido por el análisis es en buena medida antinatural y paradójico: requiere un máximo de presencia a la vez que de autonegación y de exposición a ideas, sentimientos y sufrimientos que el paciente jamás soportó. Pese a tratarse de condiciones adversas señalan otro hecho llamativo: “Há analistas que estao no consultório trabalhando sem intervalo. Até onde seu aparelho psíquico suporta o “estado analítico? Como se evidencia uma “fadiga analítica”? (...). Nao é raro que muitos de nós, depois do consultório nos dediquemos a estudar, escrever ou dar conferências analíticas, inclusive nos fins de semana. Qual o sentido desta paixão que, numa semana e capaz de consumir 80 ou 100 horas de uma pessoa? E onde está o ponto de passagem da paixão para a adição? (...). Neste estado de regressão -agregan - a Psicanálise se transforma na mãe onisciente e onipresente que alimenta o analista de tudo aquilo que ele requer”...

Esta pasión - y la idealización que puede acompañarla - no dejan de tener efectos tanto benéficos como adversos en la vida institucional y en las relaciones del psicoanálisis con el medio social.

Los problemas de las instituciones analíticas son sin duda conocidos por todos, al igual que los problemas en la formación de nuevos analistas. La doble función del análisis didáctico (analizar y formar)

encierra problemas de teoría de la técnica aún no suficientemente conceptualizados. En una consulta a las Sociedades Latinoamericanas realizada en ocasión del Pre-Congreso Didáctico de Roma fue notorio un múltiple malestar respecto a aspectos relacionados con la formación y que en algunos casos se hacía extensiva a los criterios de admisión. (R. Bernardi y Marta Nieto, 1989).

La pasión de los analistas por su práctica también ha sido sin duda motor de la difusión del psicoanálisis entre los sectores cultos de nuestros países. Pero esta situación se ha vuelto últimamente causa de inquietud por razones diversas e incluso opuestas. Se ha insistido en que esta difusión ha dado origen a que el psicoanálisis se convirtiera exactamente en lo que Freud no quería que fuera: en una nueva *Weltanschauung*, lo cual repercute en su funcionamiento teórico, clínico e institucional. La generalización de la jerga psicoanalítica encierra la fantasía de que todo el mundo puede ser psicoanalista (S. Figueira, 1991).

Pero también se ha señalado (A. Matteo, 1992) que esta extensión podría estar tocando fin, entrando en una fase de retroceso el psicoanálisis, al menos en la forma en la que las Sociedades miembros de la IPA lo entienden. De hecho se han multiplicado las formas de psicoterapia ya sean de orientación analítica o no, y en toda la región crecen los grupos autodenominados psicoanalíticos, con muy diversas orientaciones y estándares de formación. Pero además se avizora en el horizonte un fenómeno bien conocido ya en los Estados Unidos: el descrédito de las psicoterapias en su conjunto frente al avance de la psiquiatría biológica y la genética molecular. Se trata sin duda de un movimiento pendular, similar al auge de la psicoterapia en los años 50 y que en las próximas décadas sin duda mostrará nuevas oscilaciones.

Estos movimientos pendulares afectan de modo diferente a los

individuos que a las disciplinas en sí mismas, que se sitúan en otra escala temporal.

Debemos por tanto preguntarnos si no debemos distinguir el malestar de los psicoanalistas del malestar en el psicoanálisis. Sin duda la eventual pérdida de prestigio y popularidad o ingresos pueden ser fuente de preocupación, pero ello no está necesariamente ligado a períodos de estancamiento o pérdida de creatividad. ¿Acaso la época de los pioneros no fue particularmente dura y difícil?

¿Existen razones para hablar realmente de malestar en el interior de la disciplina misma, es decir en su crecimiento y en su potencialidad de hacer frente a los desafíos planteados?

En lo terapéutico existe una zona de problemas donde no hemos puesto en juego todas nuestras fuerzas creativas para dilucidarlos y que se ha convertido en una fuente de malestar. Me refiero específicamente a la necesidad de un mayor conocimiento sobre los límites del psicoanálisis y su relación con las psicoterapias. Lo que aquí está nuevamente en juego es nuestro ideal acerca de lo que es o no es psicoanálisis y los efectos de este ideal en la práctica y en la teoría.

Tomo un ejemplo entre muchos posibles. Luego de examinar tres casos de tratamiento de adolescentes R. Morató y J. C. Neme (1992) se preguntan si la forma especial en que fue necesario manejar la transferencia y la contratransferencia, la neutralidad cuestionada, las variaciones en la técnica y la brevedad y/o discontinuidad del tratamiento lo descalifican como psicoanálisis. Aunque en relación con otros parámetros, la misma pregunta puede ser formulada en numerosos tratamientos de pacientes fronterizos, psicósomáticos, o de parejas, familias, relación madre - bebé, etc. ¿Qué hacer con todo estos campos de crecimiento a la vez que de modificación y eventual transformación del psicoanálisis?

Todos tenemos la impresión de que trabajamos mejor en la forma clásica del encuadre. Sentimos que de esa forma se crean las condiciones más favorables para el acceso al inconciente: la frecuencia de las sesiones favorece la expresión de la regresión y su manejo, la neutralidad del analista facilita no sólo las asociaciones del paciente sino el propio análisis de la contratransferencia; y podría continuar con una lista de todos sabida. Por otra parte, como estas condiciones no son fáciles de crear ni de mantener es lógico que las instituciones analíticas se hayan dedicado exclusivamente a la forma clásica del análisis, desentendiéndose del campo de las psicoterapias.

Sin embargo ha llegado el tiempo en que ciertas cuestiones no pueden ser más dejadas de lado.

La primera de ellas se hace oír desde el lado de los candidatos: ¿se los prepara realmente para los tipos de tratamientos que luego van a realizar realmente?

La segunda tiene que ver con las indicaciones y resultados del análisis: ¿cuáles son los efectos a largo plazo del análisis comparados con los de otras formas de terapia, analíticas o no? ¿Cuándo el análisis resulta más beneficioso y en qué?

Durante la sesión estas preguntas quedan en suspenso. La tarea es analizar y esperar que la cura se dé por añadidura. Pero esta no es la situación al realizar el contrato - el cual no puede ni debe realizarse bajo la lógica del proceso primario - ni cuando se trata de establecer criterios firmes para conocer mejor las indicaciones del análisis.

Este último punto se vuelve acuciante porque, en el proyecto de Código de Ética y Conducta Profesional propuesto por la IPA, se establece que cada paciente, antes de comenzar su análisis tiene derecho a ser informado sobre lo que puede esperar como resultados de su tratamiento y las ventajas y desventajas comparativas con otros métodos

terapéuticos. Esto forma parte del principio de consentimiento válido que rige en toda relación asistencial.

Creo que estamos en mejor situación en cuanto a poder manejar los inconvenientes técnicos que esta información puede producir en el análisis que en cuanto a disponer realmente de criterios fundamentados y consensualmente válidos para ofrecer al paciente.

Por otra parte, a partir de la conferencia de la OMS en Alma Ata hubo acuerdo entre las naciones sobre la idea de que para mejorar la calidad de vida de la población, era preciso racionalizar las distintas formas de asistencia, atender a los criterios de costo - beneficio y privilegiar el acceso a los tratamientos a los grupos de mayor riesgo. Por supuesto, esto se plantea de forma diferente en los países en los que la seguridad social financia en forma parcial o total a la psicoterapia e incluso al psicoanálisis, que en aquellos en los que no existen convenios de este tipo. Pero tanto en un caso como en otro es necesario aceptar que el psicoanálisis tiene planteado un desafío en este campo. Es obvio que no se trata de medicalizar el psicoanálisis (todos sabemos que el inconciente opera con otros criterios que los de costo - beneficio) pero de lo que se trata es de poder nosotros **disponer de perspectivas reversibles que nos permitan poner a la realidad dentro del análisis durante la sesión y al análisis en la realidad fuera de ella.**

Mientras lo que nos preocupa es si disminuye o no el número de pacientes o su poder adquisitivo estamos hablando del malestar de los psicoanalistas; cuando lo que se dificulta es el establecer conjuntamente con claridad las indicaciones y resultados del análisis y las mejores condiciones para implementar su avance, entramos ya en el malestar en el psicoanálisis.

R. Wallerstein ha dedicado una serie de artículos recientes (1989) a interrogarse acerca del futuro de la psicoterapia, del psicoanálisis y de

la relación entre ambos. A partir del estudio monumental desarrollado por la Fundación Menninger, consistente en el seguimiento durante 30 años de una cohorte de 42 pacientes, que fue tomada la mitad de ellos en análisis y la otra mitad en diferentes formas de terapia analítica, Wallerstein cree posible plantear ciertas conclusiones - no muy distintas de lo que se sabe en los corredores pero no aparece en las discusiones formales - que exigen imperiosamente una profundización de la investigación y de la discusión en este campo. Cito textualmente (1989) (la traducción es mía):

“...yo cuestiono fuertemente la utilidad de este esfuerzo continuado por ligar tan estrechamente el cambio [terapéutico] logrado, con el modo de intervención por medio del cual es alcanzado, ya sea expresivo [es decir, basado en la interpretación y el insight] o de apoyo. Los cambios logrados en nuestras terapias más claramente de apoyo y por medios que eran intrínsecamente por vía del apoyo, parecieron a menudo ser tan estructurales como lo cambios obtenidos en nuestros casos analíticos más expresivos. (...) La resolución efectiva del conflicto **no** resultó ser necesaria para el cambio terapéutico...” Agrega que los análisis incluyeron en realidad muchos más elementos de apoyo que los pensados al iniciarse el tratamiento, y que esos elementos de apoyo dan cuenta de más cambios que lo que se había anticipado.

Dicho de otra manera, a veces una buena comprensión analítica es el mejor apoyo y otras el brindar apoyo es la mejor manera de expresar la comprensión analítica. Pero a su vez el término “apoyo” encierra múltiples elementos que es necesario pensar en cada caso en relación con otros conceptos analíticos (el “holding” de Winnicott, la comprensión empática de Kohut, la experiencia del self de Bollas, las experiencias de coincidencia, complementariedad y separación, la desilusión óptima, etc.)

Quiero hacer notar las consecuencias que tendrían, de confirmarse, estas comprobaciones. A partir de la década de los 40 predominó la idea, desarrollada por el pensamiento norteamericano, de que el psicoanálisis y la psicoterapia psicoanalítica eran técnicas distintas con indicaciones específicas. En base a esto mientras los analistas difundían los conocimientos psicoanalíticos entre psiquiatras y psicólogos, las instituciones analíticas se desentendían de la psicoterapia, dando por supuesto que esta separación beneficiaba el desarrollo del psicoanálisis. En la medida que el consenso sobre el punto anterior se ha fragmentado y que se plantea que nos hallamos siempre ante distintos tipos de aleaciones (para usar la metáfora de Freud), entra la duda acerca de si esta separación crea las mejores condiciones para el crecimiento de nuestra disciplina. Dicho de otro modo, en qué medida estamos impulsando el crecimiento del psicoanálisis fuera de nuestras instituciones.

Pero al mismo tiempo los estudios realizados nos llevan a retomar seriamente el problema de los resultados terapéuticos del análisis y de sus factores de cambio.

Un seguimiento de pacientes de análisis realizado en Boston por J. Kantrowitz, A. Katz y F. Paolitto (1991) parece confirmar lo inquietante de las interrogantes planteadas. En su estudio, 17 pacientes fueron entrevistados cuidadosamente entre 5 y 10 años después de terminado su análisis. Observaron que 7 lograron conservar o aumentar sus logros; 6 necesitaron volver a tratarse y en 4 hubo un deterioro, con o sin tratamiento adicional. Interesa destacar que no fue posible predecir estos resultados ni a partir del informe del analista, ni en base a tests, ni por entrevistas realizadas un año después de terminado el análisis (hago notar la importancia de estos resultados para repensar los métodos de admisión de muchos de nuestros institutos). No se evidenció relación entre la estabilidad de los logros y la capacidad de autoanálisis mostrada

y/o referida durante la entrevista, pero sí con lo que se podía inferir sobre el grado de ajuste (“matching”) entre analista y paciente.

Aunque el número de casos exige ser extremadamente cauto a la hora de sacar conclusiones y cada uno de los estudios presenta características que lo particularizan (los pacientes de Wallerstein eran por lo general casos graves o difíciles, los de Katz y col. fueron analizados por candidatos en supervisión, etc.), ciertas conclusiones se imponen, sin embargo, por su propio peso.

Una primera conclusión es que necesitamos disponer de este tipo de datos referidos a Latinoamérica.

En segundo lugar es necesario conocer mejor los factores de cambio psíquico comparando no sólo el análisis con la terapia, sino también análisis realizados desde distintas concepciones teóricas y técnicas. **¿Difieren nuestros tratamientos tanto como lo hacen nuestras teorías?** ¿O esto depende más del modo en que esté la teoría en el analista, y de cómo la maneja en la experiencia clínica? Sólo disponemos de suposiciones. Pero no podemos seguir confiando ciegamente en la impresión subjetiva de que cuanto más “analítico” juzguemos nuestro trabajo (de acuerdo con nuestro criterio de lo que es analítico), tanto mejores serán los resultados a largo plazo. Frente a esto no alcanza con decir que el problema son las concepciones equivocadas de los otros. Necesitamos comprobarlo, es decir evaluar colectivamente nuestras distintas concepciones teóricas y técnicas del análisis.

¿Por qué no logramos aunar esfuerzos para hacerlo? De hecho cada uno maneja sus propios criterios de evidencia, que no son necesariamente los de los otros, pero le alcanzan para darse por satisfecho.

Necesitamos, por tanto, saber analíticamente más acerca de dónde proviene la certeza en nuestras propias convicciones de modo de poder volver compatibles los criterios de evidencia.

Esto nos conduce al problema de nuestras diferencias en materia de teorías, que es la segunda fuente de malestar que analizaremos.

2) MALESTAR EN LA TEORIA.

En el Relato del Congreso de 1982 (op, cit.) nos preguntábamos cómo operaba la articulación entre teoría y experiencia. En realidad nos proponíamos desarticular ambas, o más bien desanudar una forma de articulación demasiado fácil y automática, para poder comprender mejor lo que en el trabajo clínico provenía de las teorías y lo que era aportado por la experiencia. Señalábamos que un punto de arranque era el reconocernos como una disciplina con múltiples paradigmas o lenguajes que no siempre resultaban lógicamente ni semánticamente congruentes entre sí.

El tema del pluralismo fue luego abiertamente planteado por Wallerstein en el Congreso de la IPA en Montreal, 1987. La respuesta visible a este planteo fue el buscar acentuar las concordancias. El tema del siguiente Congreso (Roma, 1989) fue: bases comunes en psicoanálisis.

Sin duda la actual pluralidad de enfoques y estilos rompe con el ideal unitario que Freud sostuvo y despierta temores de fragmentación.

Pero estos temores se convierten en malestar en la medida en que traban nuestra capacidad de pensar las diferencias y aprender a procesarlas.

De hecho no hay consenso acerca de en qué medida nuestras diversas teorías son entre sí coincidentes, contradictorias,

complementarias, o se sitúan en una relación de inconmensurabilidad. Pero es posible que un análisis puramente lógico no sea suficiente, por cuanto es necesario tener en cuenta el modo en el que las teorías están en la mente de cada analista y el modo en el que se hacen presentes en la interacción con el paciente. (Bernardi, 199 la, 199 ib). Las “teorías implícitas” (Sandler) con las que el analista realmente opera tienden a diferir de las teorías oficiales o explícitas. Esto se da aún en mayor grado en América Latina, donde muchas veces se intenta aplicar las formulaciones surgidas en el mundo anglosajón o francés en forma acrítica. Es probable - ojalá sea así - que los cambios de moda operen sólo en la superficie y no afecten el modo real de trabajo del analista.

Se ha discutido mucho desde el punto de vista epistemológico y metodológico acerca de la validez de la teoría psicoanalítica, es decir, si las cosas son como decimos que son. Por ejemplo, mientras Grunbaum cree que el analista introduce un “efecto placebo” que contamina inevitablemente los datos clínicos, Etchegoyen cree posible testear la interpretación por sus efectos en la sesión.

Se ha prestado menos atención a un problema no menos importante que el de la validez: el de la confiabilidad. En realidad sabemos muy poco acerca de en qué medida distintos analistas o el mismo analista en distintos momentos coinciden en su modo de escuchar y comprender el material. Dicho de otra manera, cuál es la ecuación personal que cada analista introduce entre la escucha y la interpretación. A diferencia de la contratransferencia no se trata de una reacción a la transferencia del paciente, sino de una variable propia de cada analista. Este problema de la variabilidad ínter e intrapersonal de la escucha es uno de los temas que estamos estudiando junto con M. Nieto y otros colegas en un grupo de estudio.

Pero entre todas nuestras divergencias hay una que merece especial atención por el efecto dilemático que tiende a introducir en todo debate.

Cito nuevamente a Wallerstein:

“La más fundamental de estas preguntas es, tal vez, la de la naturaleza del psicoanálisis como una ciencia. Es también el tema que puede ser objeto de las controversias teóricas más intensas y la escisión más fundamental. Por un lado está el modelo natural de ciencia con todas sus variaciones, desde las que se proclaman freudianas (la psicología del yo y la interpersonal, la de las relaciones objetales, la psicología del self, las concepciones kleinianas y bionianas) hasta su sustitución por la teoría de la información y los modelos sistémicos y cibernéticos. Por el otro lado hay variedad de conceptualizaciones humanísticas (hermenéuticas, fenomenológicas, subjetivistas y/o basadas en la lingüística) incluyendo, por supuesto, la lacaniana. Este es un debate científico que está muy lejos de resolverse; por el contrario, es un campo de diferencias cada vez mayores...”.

Discrepancias semejantes podemos encontrar en las discusiones del anterior Congreso de Fepal (Río, 1990).

Lo que esta discusión compromete son precisamente los criterios acerca de cómo vamos a discutir. **¿Por qué el dilema?** Como todo planteo de este tipo, lo único que no explicita es el por qué del “o” en vez del “y”.

El propósito de lo que sigue será el demostrar que **hay un momento para una postura hermenéutica o cuasi artística durante la sesión, en la que el psicoanálisis afloja su carácter disciplinar y permite que analista y paciente vivan una experiencia única e irrepetible. Pero también es legítimo un momento ulterior en el que el material registrado queda disponible para otros tipos de estudios,**

desde la reflexión crítica a la investigación rigurosa realizada desde diferentes metodologías y con objetivos variados. En esta dirección avanzó D. Liberman distinguiendo entre la investigación en la sesión, de la sesión como objeto de investigación. También M. Nieto propuso una segunda escucha”, en la que el analista libre de las urgencias de la sesión reexamina su escucha del material.

Pero es necesario preguntarnos por qué, pese a estas posibilidades de articulación, el dilema entre ciencia rigurosa y arte clínico sigue planteándose con tanta fuerza. Esto nos conduce a considerar el lugar de la subjetividad del paciente y del analista en este fin de siglo.

3) UN LUGAR PARA LA SUBJETIVIDAD.

En otro fin de siglo el Psicoanálisis nacía conjugando temas de la tradición romántica (lo oculto, los sueños, lo inefable), con la cientificidad triunfante de la modernidad. El Proyecto de 1895 es, tal vez el punto más ambicioso a la vez que el más fallido de este intento inicial, que dio paso a la constitución de una nueva disciplina, con un método propio.

Pero el psicoanálisis, que nació acorde al contexto científico de la época, fue perdiendo contacto con los desarrollos metodológicos del S XX. Fue capaz de generar una masa inmensa de registros sobre la vida humana en esta centuria, pero de ellos, por lo común, sólo utilizamos la representación del proceso en la mente del analista.

¿Por qué este aislamiento, por no decir hostilidad, hacia los procedimientos disponibles hoy para el procesamiento de datos? ¿Por qué negarnos a lo que la epidemiología puede decirnos sobre los resultados comparativos del psicoanálisis con otras psicoterapias, lo que los estudios interaccionales nos puedan mostrar sobre la relación madre

- bebé, o sobre la comunicación no verbal en psicoanálisis, y la lista podría volverse interminable.

Por qué el dilema, por qué la opción excluyente entre la evidencia clínica y la metodología rigurosa?

Creo que conviene decirlo sin ambages: el analista siente que lo que es esencial a la experiencia del análisis queda fuera de ese tipo de estudios. Y en eso tiene razón. Son apropiadas las palabras de Bécquer, “ese himno gigante y extraño ... no hay cifra capaz de encerrarlo.”

Entonces, ¿hay que abandonar estos estudios, que sólo pueden aportar una evidencia parcial e indirecta? Todo lo contrario. Precisamente porque son parciales son más necesarios.

La gran tentación del S.XX y tal vez la que le costó más cara, por sus efectos inmediatos y por el desencanto que generó después, fue la de creer en todo lo que fuera totalizador y rechazar lo parcial, fragmentario y diverso. Proyectos holistas y prometeicos que darían lugar al hombre nuevo.

Todos conocemos en los pacientes esta fantasía de renacimiento que no está lejos de la de los analistas de creer que teníamos ya en nuestras manos el secreto del cambio estructural.

Precisamente por estar inmerso en una experiencia globalizante el analista necesita tanto de una reflexión filosófica y ética como de datos externos, monitoreos epidemiológicos y comprobaciones indirectas, que hagan de complemento y contrapeso a su percepción clínica. De lo contrario corre el riesgo de quedar más expuesto aún a la fantasía de la que hablaban Sousa et al. del psicoanálisis como “una mae onisciente e onipresente”.

Ser analista ya es en sí bastante difícil. Se podría decir: ¿Por qué

no dejar este tipo de investigaciones en manos de otros? Podemos sin duda desentendernos, pero, sí abandonamos este campo, limitamos el concepto de análisis a su forma clásica y restringimos cada vez más sus indicaciones, dudo mucho que estemos respondiendo a las nuevas síntesis que requiere la vida. En ese caso no debe extrañarnos que aparezca el malestar.

Volvamos sin duda una y otra vez a las fuentes, pero no nos quedemos allí, porque si permitimos que la corriente se estanque, podemos quedar hechizados por el reflejo de las glorias pasadas y olvidar las nuevas fronteras que nos llaman.

4) BIENESTAR EN EL PSICOANÁLISIS.

Si el psicoanálisis es capaz de concitar tal grado de pasión en quienes lo practican es porque tiene una frontera que no se alcanza jamás: la que se abre hacia nuestro interior. No es fácil mantenerla abierta, pero tampoco es fácil que, una vez descubierta, vuelva a cerrarse totalmente. Creo que esto es también vigente para el campo científico descubierto por Freud. No existe, en los albores del tercer milenio otro intento comparable de lograr el más amplio acceso a la subjetividad y a la comprensión de las fuerzas que la condicionan.

Un campo científico, una vez abierto, no es tampoco fácil que vuelva a cerrarse. Pero es necesario cuidarlo. Hemos vinculado el malestar con aquellos desafíos que el psicoanálisis, en su desarrollo, aún no ha respondido y que le exigen nuevas síntesis, que siempre serán parciales y provisionales, y siempre cuestionarán lo instituido. Esta es la condición de la vida y cumplir con ella es tanto fuente de bienestar como de incertidumbre. Recordando a Freud podemos preguntarnos

¿quién podría asegurar el desenlace final?

Mayo de 1992

Bibliografía

BERNARDI, R. 1989. The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. *Int. J. Psychoanal.* 70: 341 - 347. (El poder de las teorías. El papel de los determinantes paradigmáticos en la comprensión psicoanalítica. *Rev. de Psicoanálisis.* XLVI, 6: 904 -929. 1989).

BERNARDI, R. 1991. Plurality of theories in Psychoanalysis: Bases for a comparative study. 37th Ipa Congress. Buenos Aires. (In Press: *Int. J. Psychoan.*).

BERNARDI, R., Nieto, M. 1989. What makes training analysis good enough? 4th. Conference of training analysts. Rome. (In Press: *Int. Rev. Psychoan.*).

FIGUEIRA, S. A. 1991. *Nos bastidores da psicanálise*, Ed. Imago, Rio de Janeiro.

JIMENEZ, J. P. 1990. Introducción a la mesa redonda: Investigación y proceso psicoanalítico, Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Rio de Janeiro.

KANTROWITZ, J. L., Katz. A. L. and Paolitto F. Follow up of Psychoanalysis Five to Ten Years after Termination: 1. Stability of Change. *J. Amer Psychoanal. Assn.* 38,2: 471-496.

MATTEO A. - Malestar en las Asociaciones Psicoanalíticas: demandas de “apertura” y “extensión”. APU. Jornada Interna

MORATÓ de Neme, R., Neme, J. C. Malestar en la práctica analítica. APU. Jornada Interna.

NIETO, M., Bernardi, R., Brum, J., Ginés, A., Mühler, L. 1982. Futuro del Psicoanálisis en Latinoamérica. Relato. XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina. Buenos Aires.

PORRAS, L. 1992. Unbe-hagen.. .Unbe-wiissten. APU. Jornada Interna.

SOUSA, P. L., Francisco, B., Meurer, J. L. 1992. Efeitos da boa análise sobre o analista e suas conseqüências. APU. Jornada Interna.

THOMA H., Kachele, H. 1989. Teoría y práctica del psicoanálisis, Ed. Herder S.A. Barcelona.

VIÑAR, M. 1992. Malestar en la cultura desde el Uruguay, 1992. Inédito.

WALLERSTEIN R. S. and Weinshel E. M. 1989. The Future of Psychoanalysis. Psychoanalytic Quarterly, LVIII: 341, 373.

WALLERSTEIN R. S. 1989. Psychoanalysis and Psychotherapy: an Historical perspective, San Francisco.

WALLERSTEIN, R. S. 1988. Psychoanalysis and Psychotherapy: Relative Roles Reconsidered. Annual Psychoanal, 16: 129-151.

WALLERSTEIN, R. S. 1991. The future of psychotherapy, Bulletin of the Menninger Clinic, Volume 55, Number 4; Ed. Allen Press, New Hampshire.

O meu querido malestar

*Paulo Luis Rosa Sousa**

I

O texto de Ricardo Bernardi vem marcado por precisao cirúrgica. Em movimentos rápidos logo alcança o frágil ponto de equilíbrio narcísico, tanto nosso, como analista, quanto de nossa disciplina.

E abala profundamente esse ponto.

Algo notável é que o relato possui condimento antidesmentida que o torna delicioso, embora exija degestao demorada e trabalhosa.

Bernardi tem consciência de que expoe, cruamente, muitas de nossas feridas e, preocupado com as conseqüências de seus “desafios pendentes”, faz uma espécie de oração, logo no inicio (pág. 4):

*aspiremos tan sólo a dejamos ganar por el amor a la verdad y poder examinar, con atención, problemas que producen incomodidad y desazón,*e conclui, augurando:

confiemos también en que esto acelerará nuevos avances.

Sob tal expectativa esperaçada, seguirei alguns sendeiros assinalados pelo autor uruguaio, mas á diferença dele, darei ênfase ao malestar existente na Psicanálise com relação á formação de analistas, á política institucional e á ideología implicada.

II

Multas horas dos consultórios de analistas e, em especial, de candidatos, sao ocupadas por tratamentos diferentes da análise clássica. Para tais casos, justamente mais dificeis, os candidatos devem buscar treinamento e orientação fora da área institucional. Ou entao, o que é

* Grupo de Estudos Psicanalíticos de Pelotas, RS, Brasil. Introdução ás idéias de Ricardo Bernardi em “Malestar en el Psicoanálisis: los desafios pendientes”

também freqüente, são pacientes atendidos mediante técnicas “adaptadas”, a partir da análise standard e as “adaptações” transcorrem, comumente, sem supervisão ou sem atenção teórica mais detida.

A Medicina conhece, há tempos, a chamada “lei do cuidado inverso”, referida à atenção das massas: pessoas mais enfermas, ou sob maior risco, recebem menores cuidados à saúde.

Na situação dos candidatos ocorre algo similar: pacientes mais difíceis -ressalte- se, fonte maior de ingressos econômicos-, dos quais os candidatos se ocupam na quase totalidade das horas, não encontram lugar explícito sob a luz institucional.

A evolução de nossas instituições mostra que ao crescerem vão se desdobrando em departamentos de Psicanálise aplicada, seja a crianças, adolescentes, famílias, psicose, história, seja à psicossomática.

Por que não um **departamento para a psicoterapia**? Filha da “Psicanálise Pura”, nós mesmos, analistas, isolamos a psicoterapia **analítica** em outras instituições, por nós fundadas ou estimuladas, como se ela não estivesse presente nas instituições oficiais **porque, simplesmente, não falamos nela.**

O que al tanto desagrada e nos obriga fazê-la espúria (ou má companhia) ante os olhos severos da Mãe-Análise?... para logo andarmos de braço, numa outra hora e num outro lugar. Algo faz lembrar recônditas amarguras da sexualidade infantil, numa espécie de encontro, oculto e dividido, com a Mãe e com a Outra.

Não é isto u’ a monumental desmentida, com o custo emocional e o malestar que toda desmentida implica?

Necessita ainda a Psicanálise do “splendid isolation” freudiano para sobreviver?

Os **departamentos aceitos** em nossas sociedades não serão eufe-

mismos para a psicoterapia que leva o mesmo sobrenome da análise?

E fácil antever o quanto a questão que levanto aumentaria a complexidade científico-administrativa de nossas já complexas instituições, mas,

- quem deve responsabilizar-se, em essência, pelas aplicações da Psicanálise?

- não toca tal problema uma profunda necessidade do candidato?

- uma Psicanálise da Psicoterapia não será tão respeitável como qualquer outra área de aplicação? E de maior repercussão prática?

III

Acompanho o desenvolvimento de investigações recentes (pesquisas empíricas, sobre a psicopatologia do negativo, sobre psicossomática) que transcorrem fora do âmbito específico da Instituição Analítica. Claro que não me retiro ao âmbito geográfico, pois algumas delas requerem processos especiais, que a instituição padrão não tem como oferecer, mas o que questiono é se não chegou a hora da Instituição Psicanalítica, oficial e abertamente, buscar associar-se a outros centros (universitários, de pesquisa, de financiamento) na promoção de novas indagações para nossa disciplina?

Talvez na América Latina, mais que em outros lados, padecemos, à sombra do Velho Professor, de uma espécie de “Síndrome do splendid isolation”, permanecendo, reconfortados, dentro de nossas instituições. Isolamento, associação, uma nova combinação de ambos -o que promove o progresso da Psicanálise?

O mundo cultural contemporâneo está marcado pela aproximação entre Humanidades, Ciência, Arte e Tecnologia como em nenhum outro momento. Esse caráter interdisciplinar vive uma expansão crescente, rumo a sistemas cada vez mais abertos, mutáveis e complexos, tecendo um contexto no qual a Psicanálise, justamente, parece ser disciplina de

privilégio, já que faz convergir sobre si tendências da cultura, antes, apenas paralelas e sem intercomunicação e, agora, ligadas por uma complexidade de linguagens.⁽¹⁾

IV

O relato uruguaio faz com que nos aproximemos com mais carinho à nossa própria ignorância, o que leva, na prática, a que estejamos menos defendidos diante dela e do malestar que a acompanha. Por isso exaltei, ao começar, o lado amável do malestar -é via de acesso à ignorância e sua presença indicador valioso do juízo de realidade.

Nestes termos, concluindo as notas, apontarei àquele malestar ubíquo, fruto da tensão entre a ciência que professamos e a ideologia⁽²⁾ intrínseca que nos anima, malestar presente a cada momento que tocamos o tema homem, mulher, sexo, dinheiro, e morte.

E que outros temas existem?

Seria mais ético, na formação, se cada sociedade informasse, à moda de uma bolsa de valores, a variação diária da ideologia que aí se vive, colocando na tela o que se ensina, o que não se ensina, o que vale o homem, a mulher, o sexo, o dinheiro, a morte, no momento a momento da instituição.

Sonho impossível, mas...

Não custa sonhar por uma ignorância menos doura.

Gracias, Bernardi.

Junho 1992

¹ Cf.: Nota Editorial, El paseante, Madrid, Nº 4 (Otoño), 1986, pág. 4.

² Este ambíguo termo está aqui tomado nos termos de Yvon Bress: "*haveria que fazer da ideologia, não urna categoria infamante, mas uma dimensão inevitável da existência individual e coletiva*" ... "*cessar de tomar o ideológico como ilusão enganosa a ser desmistificada com a clara luz da ciência*". (in Y. Bress: "El Psicoanálisis como ideologia religiosa", *Psychanalyse à l'Université*, París, Tomo 8, Nº 29, dezembro 1982). Referência tomada de Marcelo Viñar, in D. Gil e M. Viñar: "Malestar en la Cultura. Un diálogo con Freud desde el Uruguay, 1992". *Trabalhos Pré-publicados, XIX Congresso Latino Americano de Psicanálise*. Montevideo. 1992. pág. 4

Más allá del malestar en el psicoanálisis*

*Clara Uriarte de Pantazoglu***

El Dr. Infante se ocupa, en el primer tramo de su trabajo del estatuto científico del psicoanálisis en tanto fuente y despliegue para el malestar. La valoración de la naturaleza y estatuto de la ciencia conjuntamente con sus métodos posee diferencias destacables ya se trate del terreno del positivismo lógico o el de las más modernas tendencias neopositivistas. Según Chalmers (1) para la postura inductivista, la ciencia se basa en un principio de inducción a partir de la base segura que proporciona la observación.

Los enunciados a los que arriba el observador científico (enunciados singulares y universales) forman la base de la que derivan las leyes y teorías que constituyen el conocimiento científico. Ante el interrogante de cómo es posible plantear afirmaciones generales basándose en evidencias limitadas, los inductivistas responden que es lícito generalizar.

Cuando el hombre de ciencia tiene a su disposición leyes y teorías universales puede extraer de ellas diversas consecuencias que le sirven como explicación y predicción, es decir, hace uso de un razonamiento deductivo.

Corresponde a posturas más racionalistas, como la de Popper, Kuhn, y Feyerabend formular que la observación depende de la teoría y la teoría la sustenta el sujeto que investiga.

Es esta perspectiva neopositivista, responsable del importante vuelco de la filosofía de la ciencia en los últimos cincuenta años, la que con

* Comentarios al trabajo de José A. Infante, el cual se transcribe al final de este texto.

** Lord Ponsomby 2460/4, Montevideo 11600

más vigor hacen suya aquellos que sostienen la validez de los criterios científicos para el psicoanálisis.

Ya no estarnos acá en el terreno de un observador aislado de aquello que observa sino en el de un observador participante.

La postura adoptada por el Dr. Infante frente a la pregunta por el estatuto científico del psicoanálisis se ubica en una orientación epistemológica que se nutre de los aportes del neopositivismo.

Freud mantuvo a lo largo de su vida una preocupación por la científicidad del psicoanálisis. Mantenernos fieles a esta preocupación freudiana aleja una actitud evitativa de las dificultades al tiempo que posibilita la apertura a diferentes contextos epistemológicos.

Es mi interés traer a la discusión otras aproximaciones epistemológicas diferentes a las que nos propone el Dr. Infante en tanto puedan ayudar a una controversia enriquecedora acerca de problemas, sin duda, polémicos.

Castoriadis expresa que la necesidad y la imposibilidad de una conceptualización científica del psicoanálisis no son ni accidentales, ni provisionarias: son de esencia.

H. Atlan citado por Le Guen(2) hace referencia a “la ambigüedad escondida en la relación entre ciencia y mística ilustrada en la controversia que mantuviera Freud con Jung. Sostiene que importa más el método que la teoría y que Freud comprendió muy bien como sólo por su método de investigación el psicoanálisis podía aspirar a cierta científicidad.

Tras la búsqueda de una teoría lo más general y unificada posible se corre el riesgo de un deslizamiento hacia una verdad única, a la vez que es necesaria la teoría para sostener el método. En este punto se sitúa la ambigüedad del psicoanálisis.

Esta ambigüedad para Atlan es necesaria y fecunda y es con el fin de mantenerla que se forjan nuevos conceptos que, aun si se comprueba que son bastardos desde el punto de vista de la evolución de las ciencias, han permitido al psicoanálisis continuar su desarrollo, al abrigo, de esta ambigüedad.

Necesidad e imposibilidad dice Castoriadis para evocar la científicidad del psicoanálisis; ambigüedad propone Atlan. Sus palabras difieren pero sus ideas son vecinas, tanto uno como el otro ven en esta dualidad, en esta contradicción un carácter inevitable y necesario.

La larga historia de las ciencias de la naturaleza, la prodigiosa importancia de sus resultados y la rapidez de su desarrollo ha llevado a que muchos pensadores la sostuvieran como parangón de la ciencia.

Debemos cuestionarnos si se puede estudiar al hombre como fenómeno de la naturaleza, como cosa, como puede serlo el objeto inmediato de las ciencias naturales.

En este sentido quiero recordar a Bajtin cuando manifiesta que “el texto es la única realidad inmediata (realidad del pensamiento y la vivencia) que viene a ser punto de partida para todas las disciplinas humanísticas. Donde no hay texto, no hay objeto para la investigación y el pensamiento”.(3)

El hombre para Bajtin es un creador de textos en su especificidad humana siempre se esta expresando (hablando, es decir está creando textos). Un acto humano es un texto en potencia y puede ser comprendido (como acto humano, no como acción física) tan solo dentro del contexto dialógico de su tiempo (como réplica, como postura llena de sentido, como sistema de motivos). Así la investigación se convierte en interrogación y plática, o sea en diálogo. Nos preguntamos a nosotros mismos y organizamos de una manera determinada la observación para obtener la respuesta. Por lo tanto en aquellos lugares

donde el hombre es estudiado fuera del texto, desprendido del mismo, ya no se trataría de ciencias humanas.

En las ciencias naturales buscamos conocer un objeto y en las ciencias humanas un sujeto. A esta diferencia radical en lo que concierne al objeto corresponde una diferencia de método. En este sentido Bajtin prefiere hablar en relación a las ciencias humanas de comprensión y no de conocimiento. Y toda comprensión es dialógica.

Para las ciencias humanas el criterio no es la exactitud del conocimiento sino la profundidad de penetración. El objeto de las ciencias humanas es el ser expresivo y hablante. Este ser no coincide jamás con él mismo, y es por ello que es inagotable en su sentido y en su significación. (4)

El riesgo siempre presente para el psicoanálisis es perder su especificidad marcada por las peculiaridades de lo que acontece o transcurre entre dos sujetos (analista y paciente), marcados por la transferencia.

Respecto al vasto problema del psicoanálisis en el contexto social tomaré, a modo de recorte, la complejidad de sus nexos con las demás disciplinas que conduce necesariamente a un re-planteo vivo y permanente de aquello que le es propio.

Cuando el psicoanálisis busca fundar su teoría y apoyarse para su legitimidad sobre las ciencias contemporáneas cualesquiera sean ellas se encuentra a merced de sus destinos singulares, de los cambios y la eventual caducidad de sus elaboraciones teóricas dominantes.

Freud supo evitar introducir el psicoanálisis en las otras ciencias respetando un mínimo de concordancia y filiación a su lado. Hoy en día sentimos la fragilidad de esta tolerancia, ante el embate de las neurociencias y de la psiquiatría biológica que ilustra la competencia a la vez que la importancia de tales desafíos.

La defensa de la posición del psicoanálisis en el contexto social se relaciona estrechamente para el Dr. Infante con la presentación de evidencia de la eficacia y eficiencia en su práctica clínica.

Luego de largos debates entre los analistas acerca del lugar otorgado a la realidad material sabemos hasta qué punto mantenemos dudas y reservas frente al mismo.

No se trata de un aparato psíquico capaz de reproducir la realidad o de percibirla tal como ella es sino de concebir este aparato psíquico como perpetuamente creador de sentidos y creador de lo nuevo. Posición ésta que nos conduce a un tiempo que precede a toda creación y da espacio para que la incertidumbre y el malestar se asiente.

La creación de lo nuevo durante el análisis no resulta de la acción del analista sobre el paciente. Nos encontramos en el campo de la experiencia y no de la experimentación. Freud (5) en la Conferencia 34 escribe:

“Nuestro primer propósito fue comprender las perturbaciones de la vida anímica de los seres humanos porque una asombrosa experiencia nos había mostrado que en ella comprensión y curación andan muy cerca, que una vía transitable lleva de la una a la otra”. Comprensión dice Freud, que tomo desde la perspectiva de Bajtin para quien no debe entenderse en su sentido ingenuo y realista: no se trata para nada de un reflejo exacto y pasivo, de una repetición de la experiencia de otros en mí, pero sí de la traducción de la experiencia en una perspectiva axiológica enteramente distinta en categorías y formaciones nuevas”.

(6)

Entiendo que cuando nos manifestamos acerca de la posición del psicoanálisis no podemos escamotear interpelarnos por su identidad, por aquello que le es propio, singular y que nos atraviesa a cada uno de nosotros en nuestra práctica clínica.

Quiero expresar que es a través de un acto psíquico incierto, arduo de tolerar, compartido por analista y paciente e inasible para un observador tercero, neutro, donde reside la esencia misma de la comprensión psicoanalítica con todo aquello que ésta tiene de íntimo e inacabado.

Defensa de la posición del psicoanálisis implica, a mi modo de ver, el rescate de una experiencia única, no reproducible, donde el terreno de lo básico o propio no coincide con el ideal de exigencia de las ciencias de la naturaleza que apunta sobre todo a la generalización al nivel de la comunidad de lo investigado y a la aceptación general de sus protocolos.

En cuanto a los avatares en la organización de las asociaciones psicoanalíticas cabe una interrogación y precisión primera que atañe al concepto mismo de institución en su referencia al lugar teórico desde donde se lo conceptualiza y desde el cual nos instalamos para pensarlo. En este sentido importa señalar las variaciones que este concepto sufre en relación a los diversos contextos o sistemas de referencia donde lo encontremos utilizado.

Quisiera destacar el movimiento operado a nivel del análisis institucional desde una concepción “objetiva” donde la institución se ofrecía a la observación inmediata, cosificada, a una concepción simbólica de la misma.

Se trata de una elección teórica que consiste en pensar la institución en el sistema de referencia de la cultura, donde la dimensión inconciente encuentra su pleno reconocimiento. Es esta dimensión inconciente y sus complicadas “redes transferenciales y contratransferenciales institucionales” la que hace del malestar una presencia ineludible.

El Dr. Infante analiza en su trabajo las conformaciones de grupos donde predomina el autoritarismo y la rigidez, aspectos que quedan vinculados, entre otros problemas, a la estratificación de los miembros

de las asociaciones psicoanalíticas en diferentes categorías.

Creo que, desde una perspectiva diferente, una noción como la de transversalidad de F. Guattari enriquece nuestra mirada en cuanto a circulación institucional se refiere.

La transversalidad se define por oposición a la “verticalidad” (estructura piramidal del organigrama) y a la “horizontalidad” (sociograma de las relaciones más o menos formales, más o menos institucionalizadas en los diversos grados de la pirámide).

La transversalidad es una dimensión que pretende superar los dos impasses tanto la verticalidad “oficial” como la horizontalidad “informal”, y tiende a realizarse cuando una máxima comunicación se efectúa entre los diversos niveles y sobre todo entre los diferentes sentidos. (7)

El concepto de comunicación no debe ser tomado acá a partir de un esquema emisor-receptor sino que más bien se trata de analizar la estructura de poder en una institución, es decir, establecer el sociograma latente detrás del organigrama manifiesto.

La transversalidad aparece como un principio de redefinición de lugares, de exigencia de demarcación inevitable de los mismos que aleja la “comedia de la existencia”, correlativa a la cosificación del grupo, que cada uno representa para sí mismo y en los otros. (8)

El grupo analítico que acepta afrontar esta dimensión en lugar de quedar dependiente tanto de una verticalidad burocratizante como de una horizontalidad grupista opera una propuesta de diálogo, intervención creadora, promotora de interrogación y de búsqueda.

Referencias

1. CHALMERS, A. “Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos” Siglo XXI Editores, 1982.
2. LE GUEN; O. Flournoy; I. Stengers; J. Guillaumin. “La psychanalyse, une science?” Paris, Les belles lettres, 1989.
3. BAJTIN, M.M. “Estética de la creación verbal”. pág. 294. Siglo XXI Editores, 1982.
4. TODOROV, T. “M. Bakhtine. Le principe dialogique”. pág. 41. Editions du Seuil, 1981.
5. FREUD, S. “Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis y otras obras”. pág. 134. Ed. Amorrortu T. XXII.
6. TODOROV, T. “M. Bakhtine. Le principe dialogique”. pág. 39. Editions du Seuil, 1981.
7. GUATTARI, F. “Psicoanálisis y transversalidad”. pág. 101. CEUP Depto. de Publicaciones.
8. GUATTARI, F. Op. cit. pág. 104.

Más allá del malestar en el psicoanálisis*

José A. Infante

Introducción

El psicoanálisis ha estado sujeto a críticas desde sus comienzos y también ha habido fuertes disensiones entre sus propios adherentes. Frecuentemente las críticas tuvieron su origen en prejuicios ideológicos o en actitudes emocionales, lo que llevó a los psicoanalistas en muchos lugares a distintos grados de aislamiento defensivo. Sin embargo los desarrollos teóricos, la ampliación de sus aplicaciones, el desafío de nuevas formas de tratamiento y los cambios sociales han llevado a que muchos de estos temas hayan sido repetidamente cuestionados en los últimos años por los analistas mismos, incluyendo preguntas acerca del futuro de nuestra disciplina.

Entre los autores que recientemente han escrito libros sobre el tema se encuentran Grünbaum (1983), Gedo (1984), Wallerstein (1986), Edelson (1988) y Strenger (1991).

El volumen de ensayos editados por Goldberg (1983) en honor de Heinz Kohut lleva el sugerente título de “El futuro del psicoanálisis”, el *Psychoanalytic Quarterly* (1988, 1989 y 1990) ha publicado una serie de artículos con ese mismo título, escritos por algunos de los más representativos psicoanalistas norteamericanos, *Psicoanálisis* (revista de APdeBA) ha dedicado un volumen completo a “Reflexiones epistemológicas” (1988), los conocidos textos de técnica de R. Horacio Etchegoyen (1986) y de Thomä y Kächele (1989) otorgan amplio espacio al tema, en “El múltiple interés del psicoanálisis - 77 años

* Relato oficial de la Asociación Psicoanalítica Chilena al Congreso

después” (1991, M. Lemlij, editor) varios de los trabajos están enfocados en él, como también algunos de los trabajos más recientes que se incluyen en “Cuarenta años de psicoanálisis en Chile” (1991, E. Casaula, J. Coloma, J. F. Jordán, editores).

Aparte de los textos citados existen numerosos artículos diseminados en publicaciones periódicas que enfocan los problemas que pueden incluirse bajo el nombre genérico de “El malestar en el psicoanálisis”, algunos de los cuales serán comentados en este trabajo.

Status científico

Lo que se ha dado en llamar la crisis en la teoría psicoanalítica ha sido enfocado desde diversos puntos de vista. Revisaré aquí brevemente las siguientes interrogantes:

¿Reúne el psicoanálisis los requisitos para ser considerado una ciencia?

¿Es posible estudiar la teoría psicoanalítica con medios cuantitativos?

¿Cómo nos manejamos los psicoanalistas con la multiplicidad de nuestras teorías?

Algunos críticos han sostenido que la teoría psicoanalítica no satisface los requisitos básicos de la verdadera ciencia. En esta línea se han ubicado por ejemplo Karl Popper (1963), quien declaró que el psicoanálisis es una pseudociencia y Adolf Grünbaum (1984) quien sostiene que los datos obtenidos en la situación psicoanalítica están inevitablemente contaminados por la sugestión. Este último aclara, sin embargo, que no afirma que el psicoanálisis está equivocado, sino que su verdad es una cuestión empírica, que es necesario verificar mediante estudios longitudinales y experimentales.

Otro grupo de críticos, con una posición opuesta, que ha sido llamado

hermenéutica, sostiene que el psicoanálisis no es científicamente comprobable y proponen que se lo defina como una disciplina interpretativa. Comentando esta polémica Thomä y Kächele (1988) recuerdan que Hirsch ofreció una versión de las diferencias entre ciencias del espíritu y ciencias naturales y que el propósito de la distinción fue defender el carácter autónomo del conocimiento humanístico en contra del imperialismo de la ciencia natural como lo plantean los filósofos positivistas.

La ciencia natural es nomotética o legislativa, mientras el conocimiento humanístico es ideográfico o único e individual. La subordinación bajo leyes generales en las ciencias naturales es “explicar” (Erklären), pero la mira de los estudios humanísticos es “comprender” (Verstehen) lo particular en su calidad de único.

En este punto la postura de Edelson (1988) está con los que afirman que la ciencia no está definida por su tema o sus contenidos sino por sus métodos y cree que el psicoanálisis alcanza, o por lo menos puede alcanzar, los criterios para ser una disciplina científica. Al igual que Grünbaum propone la realización de estudios extraclínicos bien diseñados, estudios experimentales controlados, estudios prospectivos y estudios epidemiológicos para validar las proposiciones psicoanalíticas.

Sobre este tema algunos autores han afirmado que es imposible estudiar la teoría psicoanalítica por medios cuantitativos, lo que aparece desmentido, por ejemplo, en la cuidadosa revisión metodológica hecha por Dennis G. Shulman (1990) de cinco trabajos en los que se usó el método experimental para investigar aspectos de la teoría psicoanalítica.

Con respecto a las limitaciones de la verificación extraclínica de las hipótesis psicoanalíticas Wallerstein (1986) adhiere a lo que con anterioridad habían planteado Thomä y Kächele (1975): “Si el método psicoanalítico no se utiliza y el proceso tiene lugar fuera de la situación

terapéutica, sólo pueden ponerse a prueba aquellas partes de la teoría que no requieren de una relación interpersonal especial como base de la experiencia y cuyas formulaciones no se relacionan en forma inmediata con la práctica clínica, ...que es el lugar crucial en el que se debe proporcionar la prueba de sus teorías explicativas.

Como es sabido, es en esta línea que se han orientado los principales esfuerzos en las investigaciones de estos autores, y también en el monumental Psychotherapy Research Project de la Menninger Foundation que ha dado origen en treinta años a más de sesenta trabajos y cinco libros.

Desde el punto de vista conceptual el carácter científico del psicoanálisis ha sido clarificado por Jaime Coloma (1991) quien, tomando como punto de partida las ideas desarrolladas por Gregorio Klimovsky, ha mostrado que el método psicoanalítico cumple con los requisitos para ello, a saber, que posibilita investigaciones sistemáticas, controladas y nítidas.

Sobre el origen del problema dice Gedo (1984) que los intentos de construcción teórica de Freud continuaban la tradición de Brücke en cuyo laboratorio había comenzado su carrera científica. Esta tradición estaba anclada en la epistemología formulada por Descartes en el siglo XVII. Ella delimitaba el mundo material (res extensa) del mundo del espíritu (res cogitans) para hacer posible el estudio de “la materia” a través de los métodos de la ciencia física: observación consensualmente validada y razón. En este contexto epistemológico, simultáneamente empirista y racionalista, Freud emprendió la tarea aparentemente imposible de aplicar los métodos científicos al estudio de la res cogitans, desarrollando una “metapsicología” para servir como una teoría explicativa que hiciera de puente entre los dos ámbitos del discurso; de acuerdo con los standards positivistas de la filosofía de fines de siglo, Freud se sintió obligado a comprometerse con explicaciones a nivel neurobiológico.

La misma idea ha sido planteada por Thomä y Kächele (1989) cuando dicen: “nosotros creemos que la raíz de la crisis se encuentra en la confusión de biología y psicología, que surge del monismo materialista de Freud, finalmente fundado sobre un isomorfismo de lo psíquico y lo corporal”.

En los últimos años la discusión sobre nuestra multiplicidad de teorías ha estado centrada en torno al trabajo de Wallerstein (1988) “Un psicoanálisis o muchos”. Sostiene ahí su visión del psicoanálisis actual con una teoría clínica unitaria, que es empíricamente comprobable y una teoría general pluralista, las metáforas que incorporan nuestros compromisos intelectuales y nuestros valores. Lo que nos une según Wallerstein es la teoría clínica, el uso de la transferencia y la resistencia.

Esto ha sido disputado por algunos. Rangell (1988), por ejemplo, ha planteado la pregunta de si el psicoanálisis es reconstructivo o interaccional y sostiene que éste ha llegado a ser un punto de división entre diferentes escuelas, tanto como la fuerza relativa de los factores edípicos y pre-edípicos en la génesis de las neurosis. Según él, la definición misma de lo que es la transferencia difiere en los dos puntos de vista. Para los que intentan la reconstrucción del pasado la transferencia todavía significa, como para Freud, desplazamientos a objetos del presente desde el inconsciente pasado reprimido, mientras para aquéllos para los que la experiencia en el aquí y ahora es el objetivo, la transferencia está constituida por todas las interacciones entre paciente y analista. Agrega que las mismas considerables diferencias existen en la comprensión de las resistencias y que incluso para algunos analistas el análisis de las resistencias es considerado como una falta de empatía por el paciente.

Creo que lo que sostiene Rangell es válido sólo si se plantea en términos excluyentes ya que pienso que el análisis es reconstructivo e interaccional, primando uno u otro aspecto según el tipo de paciente y

según la etapa del proceso y creo que lo mismo puede decirse sobre el análisis de las resistencias.

Comentando este punto Etchegoyen (1991) ha dicho que la diferencia de escuelas tiene que ver con la estrechez de nuestra visión teórica. Ejemplificando dice: “como si el conflicto oral con el pecho, la regulación de la autoestima y el complejo de Edipo fueran incompatibles entre sí”.

Igual posición ha sido sustentada por Kernberg (1991) quien hace ver que el concepto de Wallerstein sobre “bases comunes” tiene respaldo empírico en la evolución hacia aspectos comunes de la técnica. Destaca en primer lugar una tendencia general hacia la interpretación más temprana de la transferencia y a un aumento del análisis de ella en todos los enfoques, excepto en el lacaniano. En segundo lugar dice que hay menos énfasis en el análisis de sueños, en la recuperación de recuerdos y en la realidad externa. Por último habría una tendencia a concentrarse en el análisis de las defensas de carácter en vez de en el análisis del significado inconsciente de síntomas particulares, experiencias o recuerdos.

Comparto este planteamiento y pienso que la posición de Wallerstein, aunque ha sido disputada, ha ido conquistando un creciente número de partidarios.

Organización institucional

La segunda área de “malestar en el psicoanálisis” es el de las tensiones intrainstitucionales. El tema ha sido tratado en numerosas reuniones y las publicaciones acerca de él son abundantes. No intentaré una revisión de ellas y me limitaré a comentar las ideas de unos pocos autores que a mi juicio resumen acertadamente el estado actual del problema.

El hecho de que históricamente nuestra Institución no ha sido sólo una sociedad científica aparece destacado por M. Gomberoff (1991), al

mostrar que el psicoanálisis

Fue creado por Freud y sus discípulos como un Movimiento, es decir como un grupo que busca prosélitos y pretende influir en el ambiente social en forma activa. Estas características exigieron que se le diera una estructura organizativa como se dan estos grupos, es decir rígida, autoritaria, con gran énfasis en la jerarquía y con líderes carismáticos que permanecen largo tiempo en el poder. La tesis de Gomberoff es que esta estructura organizativa se justificó históricamente, pero al mantenerse en el tiempo se ha constituido en un obstáculo para el progreso científico y en motivo de graves tensiones entre los miembros.

En un trabajo anterior (1986), que publiqué con el título de “El malestar en el psicoanálisis”, me referí a estos problemas de nuestras sociedades.

Destiqué entonces que el desarrollo de las sociedades psicoanalíticas ha sido acompañado, la mayoría de las veces por conflictos casi permanentes y por frecuentes divisiones, pese a lo cual el psicoanálisis ha ganado una decisiva influencia en la psiquiatría y la cultura de los países occidentales. Recordé que este “malestar” había sido el tema central de varias reuniones internacionales en las que surgieron voces fuertemente críticas y donde se planteó la necesidad de cambios institucionales, que en distintas medidas se han ido llevando a cabo en algunas sociedades.

Uno de los problemas señalados es el que se crea en una sociedad científica que mantiene una estratificación de sus miembros en categorías de asociados, titulares y didactas, donde la movilidad hacia arriba es muy lenta y dificultosa.

A mi juicio una de las consecuencias perniciosas que produce esta situación es el menoscabo de la creatividad porque prolonga la sensación de dependencia e infantilización que prevalece durante los años de entrenamiento y porque en forma realista o fantaseada se siente que los trabajos promocionales deben conformarse según los esquemas teóricos

prevalecientes para que sean aprobados y que cualquier rasgo de originalidad resulta altamente peligroso.

Recordé en ese trabajo que Limentani (1974) en su introducción al Pre-Congreso de París había dicho que el *training* institucional es probablemente antitético con el análisis. También afirmé que las luchas de poder están relacionadas con problemas narcisísticos no resueltos de los miembros y que los sistemas sociales se usan como defensa contra angustias persecutorias, agregando que un aspecto peculiar de nuestro trabajo es la exacerbación del conflicto entre las demandas de los instintos y las restricciones de la civilización descrito por Freud (1930), en este caso entre las fuerzas eróticas y agresivas generadas en la transferencia-contratransferencia y las exigencias del *setting* analítico.

Kernberg (1990) ha planteado la tesis de que la causa principal del autoritarismo en los institutos psicoanalíticos es la discrepancia entre los fines educacionales explícitos y la estructura administrativa. Según él los síntomas incluyen temor, sumisión, rebeldía y pasividad en la organización. En estas circunstancias, dice él, la idealización y la paranoia llegan a ser predominantes y para subrayar esta idea cita a Roustang, quien en su estudio de la relación entre maestro y discípulo llama la atención sobre la contradicción inherente en los institutos psicoanalíticos: el fin del psicoanálisis es resolver la transferencia, pero la educación psicoanalítica (en su forma actual) conduce a su mantención.

Esta situación se encuentra ilustrada en las palabras de un grupo de analistas (M. Bruzzone, E. Casaula, J.P. Jiménez y J.F. Jordán, 1985) que reflexionaron sobre sus experiencias durante la formación. Dicen ellos: “Algunos nos sentíamos en proceso de ser aceptados dentro de una secta religiosa dogmática. Otros, como un grupo de pacientes que había escapado a la agudeza diagnóstica de analistas didácticos experimentados... Fuimos manifiestamente pasivos y acatantes ante la autoridad docente...

Frecuentemente temíamos que en lugar de ser evaluados por nuestros rendimientos académicos o nuestra competencia técnica, de acuerdo a criterios objetivos, se nos evaluara por nuestra adhesión a alguna corriente analítica o por nuestra patología personal.”

Ya he dicho que es mi opinión, por testimonios recogidos en diversos lugares, que lo expuesto en el trabajo recién citado no representa un caso aislado, sino, por el contrario, una situación que en mayor o menor grado se presenta en la mayoría, sí no en todos los institutos psicoanalíticos.

En ese trabajo señalé que las soluciones a estos problemas no son fáciles y que no las hay universales ya que el tamaño de los grupos, su historia y otras condiciones locales obligan a ensayar soluciones distintas, pero propuse algunos principios generales en torno de los cuales podría formarse un consenso.

Dicho en forma resumida ellos son:

1) Abandono de toda pretensión hegemónica para nuestras teorías favoritas, aceptando el planteamiento de Wallerstein acerca de la existencia de múltiples psicoanálisis que comparten un mismo marco de referencia conceptual básico. Es decir, fiel observancia al principio del pluralismo teórico, tanto en los programas de enseñanza como en la elección de profesores.

2) Evitar los procedimientos discrecionales en la promoción de los candidatos y en la elección de nuevos didactas.

3) Adherencia al principio del analista didacta “no informante”.

4) Libre elección del analista didáctico y de los supervisores por parte del candidato.

Por supuesto debe agregarse que tal como lo señala Kernberg debe cuidarse que la estructura administrativa misma sea funcional de manera que evite el desarrollo de las tendencias autoritarias en la organización.

Cree además este autor que no se producirán avances mayores en los institutos de psicoanálisis a menos que tengan alguna afiliación con universidades por la necesidad de un ambiente interdisciplinario que estimule a postulantes con fuerte interés por la investigación. Pienso que esta es una idea con gran potencial, pero que para implementarla hay que evaluar cuidadosamente las condiciones locales.

Contexto social

La otra área de “malestar en el psicoanálisis” es aquélla en la que éste se relaciona con disciplinas conexas y con la sociedad en general. Entre los diversos aspectos que aquí pueden incluirse algunos han expresado preocupación por el creciente número de psicoterapeutas de diferentes denominaciones y por el desarrollo de métodos biológicos de tratamiento para las psicosis, para la depresión, para los desórdenes de pánico y para los obsesivo- compulsivos.

Refiriéndose a este tema dice Michels (1988) que los avances en las neurociencias agregarán nuevas dimensiones, refinamientos y circunstancias limitantes a las explicaciones psicoanalíticas, pero no pueden reemplazar a la comprensión en términos de intención, significado y relaciones humanas.

Creo que sus palabras representan el sentir de todos los analistas, pero que hay en esto una situación que requiere de un estudio cuidadoso para planificar cómo enfrentarla.

Me refiero a que en algunos de los países en desarrollo se vive actualmente un crecimiento explosivo de las aplicaciones de la psiquiatría biológica y sobre todo de la profesión de psicólogo, lo que hace surgir a una gran cantidad de individuos buscando su realización profesional a través de los caminos más diversos, algunos influidos por el psicoanálisis,

pero un número creciente apoyados en otras teorías. Frente a esto el psicoanálisis continúa un desarrollo lento que hace muy dudoso que le permita mantener el nivel de influencia que ha logrado en los círculos profesionales y en la sociedad durante los últimos cincuenta años.

También existe el riesgo, destacado por Olagaray (1991), de la multiplicación de “profesionales del diván”, que se llaman a sí mismos analistas, sin haber pasado por la formación de institutos reconocidos.

Pienso como Michels (1988) que el contexto social en el que trabajamos ha ido cambiando y que es probable que la profesión tendrá que defender su posición como una forma valiosa de tratamiento para un grupo significativo de pacientes, presentando evidencias de la eficacia y eficiencia de sus prácticas clínicas.

Algunos esfuerzos encaminados en esa dirección han sido mencionados en este trabajo. Quisiera agregar aquí que la American Psychoanalytic Association está desarrollando, bajo la dirección de Robert Wallerstein, un programa de colaboración de quince grupos de investigación sobre proceso y resultados de la terapia analítica. De esfuerzos como éste y de la actitud de nuestras asociaciones dependerá si nuestra profesión llega a ser un componente importante de los servicios de salud, una influencia importante en la prevención y tratamiento de los problemas de la salud mental o si llega a ser una actividad pequeña, altamente especializada y al servicio de una élite.

Al hablar del contexto social del psicoanálisis no quisiera dejar de lado un aspecto que ha sido históricamente conflictivo. Me refiero a su relación con los puntos de vista religiosos. Para hacerlo me voy a referir brevemente a trabajos de dos psicoanalistas chilenos, cuyos puntos de vista comparto.

Juan Pablo Jiménez (1991) se pregunta “¿Qué queda de la crítica psicoanalítica a la religión?” y hace ver que la crítica a la religión sustenta

una teoría de la proyección según la cual todas las imágenes de Dios están trazadas por la mano humana. Hace ver este autor que los sentimientos religiosos no tienen por qué disolverse en la nada cuando se liberan de las representaciones infantiles angustiantes de Dios y nos recuerda que Martin Buber ha planteado que el punto de encuentro entre la teología y el psicoanálisis se halla en la transición del sentimiento de culpa a la culpa real.

Ramón Florenzano (1991), por su parte, destaca la importancia que le dio Hartmann a la religión en la formación de la estructura psíquica y también subraya la necesidad de que el analista haya elaborado sus creencias religiosas (o la falta de éstas), para evitar problemas contratransferenciales.

Contestando a la pregunta de Jiménez se puede decir hoy que el psicoanálisis trata con formas neuróticas de adhesión o de antagonismo a la religión, pero que no le corresponde pronunciarse sobre la religión misma. El esclarecimiento de estas cuestiones permite la superación de prejuicios que en una época fueron perjudiciales para el psicoanálisis. En el curso de este trabajo he procurado identificar algunas causas de malestar en el psicoanálisis y las he agrupado en tres áreas: la definición de su *status* científico, su organización institucional y su inserción en el contexto social. También he sugerido caminos para ir más allá” del malestar, sin que pretenda proponer “soluciones” que sólo podrán ser el fruto de un debate amplio en el que participe un buen número de interesados.

Referencias

- BRUZZONE, M., CASAUAL, E., JIMENEZ, J.P. and JORDAN, J.F. (1985) *Persecution and regression in analytical training*. *Int. Rev. Psychoanal.*, 12
- COLOMA, J. (1991) *Sobre el carácter científico del psicoanálisis. Cuarenta años de psicoanálisis en Chile*. E. Casaula, J. Coloma, J.F. Jordán Editores, Ananké, Santiago, Chile.
- EDELSON, Marshall (1988) *Psychoanalysis: A Theory in Crisis*. University of Chicago Press.
- ETCHEGOYEN, R. Horacio (1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- ETCHEGOYEN R. Horacio (1991) *El psicoanálisis en la última década: la clínica y la teoría*. En "El múltiple interés del psicoanálisis -77 años después". Lemlij, M. Editor. Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- FLORENZANO, Ramón (1991) *Psicoanálisis y religión*. En "Cuarenta años de psicoanálisis en Chile", Casaula, E., Coloma, J., Jordán, J.F. Editores, Ananké, Santiago, Chile.
- FREUD, S. (1930) *Civilization and its discontent*. S.E.
- GEDO, John (1984) *Psychoanalysis and its discontents*. New York, The Guilford Press.
- GOLDBERG, Arnold (Ed.) (1983) *The future of psychoanalysis. Essays in honor of Heirtz Kohut*. New York, International Universities Press.
- GOMBEROFF, Mario (1991) *Consideraciones sobre la institución psicoanalítica*. En "Cuarenta años de psicoanálisis en Chile", Casaula, E., Coloma, J., Jordán, J.F. Editores, Ananké, Santiago, Chile.
- GRÜNBAUM, Adolf (1984) *The foundations of Psychoanalysis. A philosophical critique*. Berkeley, University of California Press.

- INFANTE, José A. (1986) *Psychoanalysis and its discontent.*
S. Freud House Bulletin, 10, Special Issue. (También en español con el título de “El malestar en el psicoanálisis”. Revista Chilena de Psicoanálisis, Vol. 7, 1988).
- JIMENEZ, Juan P. (1991) *¿Qué queda de la crítica psicoanalítica a la religión?* Trabajo inédito.
- KERNBERG, Otto F. (1990) *A Authoritarianism, culture and personality in psychoanalytic education.* Trabajo inédito.
- KERNBERG, Otto F. (1991) *The current status of psychoanalysis.* Trabajo inédito.
- LEMLIJ, Moisés (1991) *El múltiple interés del psicoanálisis - 77 años después.* Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- LIMENTANI, A. (1974) *The training analyst and the difficulties in the training psychoanalytic situation.* Int. J. of Psychoanal. 55.
- MICHELS, R. (1988) *The future of psychoanalysis.* Psychoanal. Q., 57.
- OLAGARAY, Jorge (1991) *Sobre algunas características y significados de nuestras instituciones.* En “Cuarenta años de psicoanálisis en Chile”, Casaula, E., Coloma, J., Jordán, J.F. Editores, Ananké, Santiago, Chile.
- POPPER, K. (1963) *Conjectures and refutations: the growth of scientific knowledge.* Basic Books, New York.
- RANGELL, L. (1988) *The future of psychoanalysis: the scientific crossroads.* Psychoanal. Q., 58.
- SHULMAN, D.G. (1990) *The investigation of psychoanalytic theory by means of the experimental method.* Int. J. Psychoanal., 71.
- THOMÄ, H., KÄCHELE, H. (1975) *Problems of metascience and methodology in clinical psychoanalytic research.* Annual of Psychoanal., 3.
- THOMÄ, H., KÄCHELE, H. (1989) *Teoría y práctica del psicoanálisis.* Editorial Herder, Barcelona.

WALLERSEIN, RobertS. (1986) *Forty-two lives in treatment. A study of psychoanalysis and psychotherapy*. New York, The Guilford Press.

WALLERSTEIN, Robert S. (1988) *One psychoanalysis or many? Int. J. Psychoanal.*, 69, 5.

Malestar en la cultura

Un diálogo con Freud desde Uruguay, 1992*

Daniel Gil,** Marcelo N. Viñar***

Indice

1ª Parte

Individuo y sujeto

Los problemas metodológicos: o la perspectiva de lectura

Malestar y psicoanálisis

Latinoamérica desde Uruguay

Torturas y fracturas de memoria

Visitando la propia casa

2º Parte

Freud y la cultura

El texto freudiano y la cultura alemana de la época

La cultura y las culturas. Individualismo versus holismo

El amor, el odio y la culpa

Apocalipsis, ¿now?

* La discusión de las ideas y la organización temática de este trabajo es responsabilidad compartida por ambos autores aunque la concreción de su redacción sea responsabilidad de Marcelo Viñar para la primera parte y de Daniel Gil para la segunda, lo que se refleja en la preferencia temática y en el estilo de la escritura, que optamos por no uniformizar.

** Luis P. Ponce 1433, Montevideo 11600

*** Joaquín Núñez 2946, Montevideo 11300

1ª parte

Individuo y Sujeto

«Trabajar las ideas centrales de Freud sobre la cultura»... «hacer una relectura de Freud en el contexto cultural actual y latinoamericano», (así rezaban las instrucciones de la invitación de FEPAL. Este origen de este texto dice, pues, algo de la relación del sujeto a su cultura, a su tiempo y lugar de pertenencia. Vínculo o lazo social, libertad y sujeción: No escogemos nuestro tema, nos lo encargan, pero somos sensibles a la naturaleza y calidad del pedido.

¿Cómo se conjugan —psicoanalíticamente hablando— estos dos momentos, el de la soledad, para que la elaboración de un texto se produzca; y el de comunicación, para que el mismo pueda ser escuchado y entendido? Tiempos complementarios, desde que se renuncie al falso mito del individuo aislado y se enuncie que toda psicología es —estrictamente hablando— psicología social (Freud, 1921). Servidumbre y mimetismo son el polo tóxico que desdibuja al sujeto y lo sumerge en la anomia de la masa, su contraparte creativa se abre cuando lo personal y lo transindividual se armonizan en una síntesis que extingue de modo efímero y puntual, la oposición adentro-afuera.

Pulsión e identificación son en Freud dos vértices de tramas explicativas. Entre ambas queda un espacio abismal, no totalmente accesible; para la emergencia de un sujeto. O se claudica ante este punto de no-saber con axiomas explicativos biologists o culturalistas, o se mantiene abierta y tensa la doble referencia, de cuya conjugación depende que un sujeto se constituya o se destituya.

El juego sutil entre sugestión y simbolización para definir la calidad de la

influencia del colectivo sobre el sujeto o el de este, de discriminarse o alterarse ante esa influencia, es un punto crítico de comprensión tanto a nivel psicológico, como pedagógico y político y es un nudo que concierne al psicoanálisis de modo muy directo.

El llamado de los otros, que hacemos nuestro, puntualmente; para devolverlo en una propuesta de reflexión, donde adhesiones y oposiciones generarán la controversia, construirán una materia textual, donde cada quien intentará discernir lo propio de lo ajeno, refrendará su pertenencia y su singularidad, esto que le es compartible y aquello que le es distinto, de su prójimo, de su semejante (complejo del *Nebenmensch*). Este otro, genérico o encarnado, pero de ambas maneras necesario, que con mayúsculas o minúsculas no deja de hacernos problema y al que Freud definió en *Psicología de las masas...*, como socio o adversario, modelo y rival.

¿Quién será entonces el autor de este trabajo? Sin duda, los que firman, pero atravesados por una coyuntura ideológica e institucional actual y pretérita que hacen que el «*qué*» y el «*para quién*» sean correlativos; que viene —como decía Freud— de «*las almas colectivas a que pertenecemos*» y aspiran a recortar una «*parcela pequeña de singularidad y originalidad*».

Esta tensión entre el sujeto individual y el colectivo, será el primer problema a debatir, no como la oposición de lo uno o lo otro y como alternativas excluyentes, sino como articulación problemática y cuestionadora.

Desde este encuadre, llamaremos cultura a lo que el *Socias* (colectivo social), le hace al psiquismo. O más explícitamente: llamamos cultura a un conjunto múltiple y mal precisado de creencias compartidas, verdades consensuales, intereses y modos de plantear o abordar los problemas con que una colectividad incide en las conductas, pensamientos y actitudes de los individuos (supuestos) singulares que la integran; proponiéndoles adherir, discrepar o rechazar al consenso tácito o explícito del *Socius*.

Bajtin llama *cronotopo* a este interjuego entre la subjetividad y las coordenadas espacio-temporales de una coyuntura histórica. Esa unidad espacio-temporal que caracteriza al colectivo, sólo es definible por vía convencional (país, región, comunidad científica, política., deportiva, histórica, etc.). (Estas definiciones son provisionales y operacionales, y más que su exactitud y rigor pretenden favorecer la discusión y beneficiar de críticas y precisiones).

En la matriz etno-cultural a la que pertenecemos, las ideas consensuales —dominantes o transgresoras— configuran un modo de pensar y de posicionarse frente al amor, la muerte, la constitución de lo sagrado y de lo intolerable, los ideales y valores éticos y estéticos.

No hay punto virginal para un sujeto singular, sino punto de adhesión, de rechazo o de cuestionamiento de lo que recibe como instituido. En la magia colectiva de lo postulado por el establishment, o los maestros o los héroes, no se trata de pretender la libertad, sino de discernir, negociar y administrar las dependencias; sabiendo que pensar por sí mismo y parir la propia alteridad comportan trabajo, dolor y riesgo. En la sugestión colectiva en la que estamos siempre inmersos, la singularidad que la experiencia analítica busca y propicia, necesita de ese límite, borde entre lo personal y lo colectivo, punto de disyunción que alerta contra una megalomanía solipsista y totalizante, siempre activa y en acción en cada uno y todos nosotros.

Sólo los muertos no creen en nada, no hay cultura concebible sin creencias absolutas, dice J. B. Pontalis y agrega: «*Del círculo de la creencia y el saber uno no escapa. Es mejor entrar en el debate que tenerse al margen porque la cientificidad exhibida, solo apunta a imponer silencio. Frente a la cultura, su comprensión va de la tautología a la metáfora y el modelo de la percepción hay que buscarlo más en el sueño y la experiencia estética —con su capacidad infinita de transformación— que en la*

informática y su tratamiento de datos»¹.

Porque lo que es a descubrir no es un existente objetivo, sino como las cosas me hacen seña y me hablan y abren así el abanico de la diversidad. No debe ser de otro modo, tratándose de pensar en el motor de la felicidad y el destino y del malestar que las tiñe.

Lo que se busca aquí, entonces, no es la consolidación de una verdad verificable, sino progresar en un trabajo incesante en las fronteras de *creencia y pensamiento*, donde la primera produce inmovilidad o estancamiento y el segundo es portador de efectos de mutación.

Hurgar en la fundación de las creencias busca más metaforizar lo real que alcanzar la verdad. Pero el desenlace comporta una bifurcación entre el aparato de creencia y el trabajo del pensamiento.

Una niega la falla, el otro la admite. La creencia no cuestiona ni se cuestiona, se da con certeza indestructible. En ella la pregunta no aparece, pues la respuesta es su modo de funcionamiento; mientras que, al contrario, el pensamiento es explorador y curioso, es laboratorio, busca el problema y la contradicción y conduce a respuestas limitadas y provisionarias. Una se complace de la pregunta, de la tierra incógnita, que habita y transforma; la otra, la anula y permuta la ignorancia en conocimiento sin interrogación.

Y es de tradición freudiana, al proponer un texto de esta índole, donde importa más provocar un desafío que concitar un acuerdo, agregar un tercer término a la dicotomía insoluble entre pensamiento y creencia. Queremos para este debate un poco de locura, de ruptura con los sistemas de racionalidad que nos atan habitualmente, la posibilidad de desamarrarse de la racionalidad que nos es familiar.

¿Y dónde queda la objetividad? Sólo en la vocación del que habla, procurando una postura materialista donde la lectura de la realidad preceda

¹ J. B. Pontalis, N. R. P. (Nouvelle Revue de Psychanalyse N° 18). Otoño 1978, Gallimard, Paris.

a las pretensiones de su sistema de pensamiento. Precaución sin duda insuficiente y poco probatoria. En todo caso el prisma interior deformante y conformante es parte del instrumento de lectura y pretender extirparlo en aras de una científicidad es pretensión vana.

* * *

Los problemas metodológicos: o la perspectiva de lectura

Relectura de Freud, aquí y ahora, ¿quiere esto decir apropiarse de sus ideas sobre la cultura y reacomodar la teoría de las pulsiones con que culmina su ensayo a nuestro contexto actual de tiempo y espacio? No es esta nuestra perspectiva y nada sería menos freudiano. La paradoja en la trasmisión de una herencia cultural es anudar al ideal conservador de preservación un legado, la posición de mutación y progreso que escape a la letal repetición de lo idéntico y se abra a lo inédito. Releer Freud y hacer trabajar sus ideas es para nosotros, a 65 años y diez mil millas de distancia, asumir la ambición imposible de apropiarnos —sin su genio— de su posición subjetiva cuando escoge como objetos de reflexión, la cultura, la religión, la felicidad y el destino humanos. Como expresa De Certeau: leer los textos freudianos es hacerlos trabajar en función de los acontecimientos recientes y nosotros pensamos que el trabajo teórico en psicoanálisis está más cerca del trabajo psíquico que nos exigimos y pedimos a nuestros pacientes en la sesión, que en el enunciado de un saber consistente.

Menudo desafío: Pensar el tema que se nos propone, comporta adoptar —¿y elegir?— una (o varias) perspectivas para abordarlo. Pero ni un vector único de razonamiento ni un repertorio más o menos completo de enfoques parecen ser posibles para dar cuenta de un malestar, término que el diccionario define de modo categórico como «Desazón, incomodidad indefinible». No es otra cosa lo que hace Freud en el texto homónimo, con el

genio y rigor que lo caracterizan, explora tanteando, senderos múltiples y abiertos que lo llevan a lo suyo, la teoría o mitología de las pulsiones como grandes principios que ordenan el funcionamiento psíquico, en lo que Theodor Reik llamó «un trabajo de arquitectura negligente»... «aunque renueve la fuerza sintetizadora y resolutive de su lenguaje.»

De consiguiente, el ombligo, el resto (en el sentido freudiano del modelo del sueño), habrá de ser piedra angular de nuestro debate. Un tema donde —como dice el aforismo de Maurice Blanchot— la respuesta será la desgracia de la interrogación.

La ciencia de Freud —la peste— tiene 90 años y goza de buena salud. La expansión de su práctica y de su prestigio, de su producción teórico-clínica, la hacen una multinacional exitosa y bien implantada.

Algunos vemos en este hecho una fuente indudable de malestar. Entre la soledad inquietante de un quehacer que interroga el padecimiento y el dolor humanos y la fastuosidad de nuestros encuentros y congresos, entre la precariedad de un grupo de pioneros que descubrían o inventaban teorías, y las ventajas y peligros de un saber instituido que contiene los conceptos clave para la resolución de la casuística y los problemas, la posición subjetiva del analista en formación (y en esto ¿quién no lo es?), la tentación de la certeza, de una arrogancia erudita, es una fuente cierta de malestar.

Ricos herederos de un discurso fecundo, nuestro riesgo y malestar, no es como en tiempos de Freud la marginalidad y la exclusión, sino la degradación que propicia un saber instituido, la usura de la repetición. Cierta uso de la certeza, en nombre de la buena teoría, o de la «objetividad demostrable por la experiencia», nos sitúa en un discurso mistificador de la ciencia y no hace otra cosa que —cambiando de nombre— convocar el lugar y la función de lo religioso en el pensamiento. *Navigare necesse, vivere non necesse*; se es fiel y no hereje a la enorme contribución freudiana si en lugar de repetir o comentar sus conceptos como saber instituido,

buscamos la navegación que es propia a nuestras aguas. El psicoanálisis no es saber positivo, acumulable. Cuando deja su condición de proceso instituyente, deja de ser psicoanálisis.

¿Cómo superar la aporía entre una racionalidad científica y otra ideológica?

Lo que hace problema en nuestro tema es que no hay un objeto — cultura— que sea observable desde una exterioridad conveniente. No hay saber monológico, no hay la tranquila objetividad del científico de la ciencia natural. La posición del sujeto, del que habla, con su memoria y aspiraciones, con sus determinaciones y teleología son parte del objeto dialógico que se construye. Esto vale para Freud en 1927 como para nosotros, imitando su postura o estilo, 65 años después.

A este respecto, los autores pensamos con Y. Bress², que *«habría que hacer de la ideología, no una categoría infamante, sino una dimensión ineluctable de la existencia individual y colectiva»...* *«cesar de tomar lo ideológico como ilusión tramposa, a desmistificar con la clara luz de la ciencia»*

«La preocupación de comienzos de siglo por el determinismo psíquico, es un esfuerzo por introducir un trabajo de pensamiento allí donde el saber por la fe lo detenía; de aquí a deducir que la ciencia explica (o explicará) al hombre y al universo (ideología o religión científicistas) hay un abuso, que induce el escotoma de reconocer que ni los hombres ni las sociedades pueden vivir «sin adherir a discursos míticos, que no son subsumibles a una racionalidad científica».

El sujeto freudiano, sujeto escindido, es parte constitutiva de la reflexión.

² Yvon Bress: *El psicoanálisis como ideología religiosa*. Psychanalyse à l'Université. Tomo 8, N°29. Dic 1982, Paris.

No hay producción de conocimiento objetivo. Una reflexión psicoanalítica sobre la cultura no puede adoptar la perspectiva de un discurso científico, ni el ágora de un discurso político.

¿Quiénes somos entonces al tratar este tema? ¿Autores, actores, observadores, participantes, espectadores? Un poco de cada uno. En todo caso importa tanto la enunciación como el enunciado; la posición del sujeto, que el objeto en que pensamos.

Esta posición paradójica del investigador que pertenece o está inmerso en el fenómeno que estudia a la vez que busca replegarse o retirarse para poder pensarlo —la fórmula es de Hanna Arendt³— es la postura metodológica que buscamos adoptar. Benveniste señala que sólo la comunicación animal es unívoca, el lenguaje humano comporta siempre polisemia y equivocidad. La verdad que buscamos apunta a la penetración expresiva, no a la categorización objetiva demostrable y verificable.

* * *

Malestar y Psicoanálisis

El nexo entre malestar y psicoanálisis no nos parece enigmático, hay algo del primer término que funda el segundo, cualquiera sea la conceptualización que se haga de la castración, como pivote de la teoría. El malestar ha sido desde siempre aguijón de la experiencia y reflexión analíticas. A su vez, por retroacción en una causalidad circular, la experiencia analítica se propone ser una manera de tratar y modificar el malestar. Por eso pensamos que Freud hablaba de peste, llegando a la sociedad del éxito y el *welfare*, con sus ideas claras de raigambre puritana.

Si hay una certeza de lo que el psicoanálisis no es: es la de ser una terapia adaptativa. Y si un efecto saludable puede pedírsele, es la meta de que la desadaptación sea más creativa y menos estúpida que la desadaptación neurótica. Pero la definición de esta frontera causa malestar y conflicto en nuestra comunidad. Esto que parece tan claro a nivel declaratorio, intoxica nuestra práctica y nuestros vínculos. El pánfilo y edulcorado comentario: «Estás mejor desde que estás en análisis con fulano», «Esto no anda en tu matrimonio personal o institucional, tienes que verlo en análisis», se reitera desde Viena a Montevideo, sin omitir escala en París y Buenos Aires. La extraterritorialidad del psicoanálisis de nuestros mundillos personales es decisiva en la legitimidad y eficacia de su propuesta y los mundos superpuestos⁴, de nuestra socialidad. Este nivel microsocial en que Freud señalaba que se juega el narcisismo de las pequeñas diferencias, es prescindible por tóxico y empobrecedor y poco o nada tiene que ver con la noción de cultura que intentamos pensar, pero vale la pena mencionarlo porque la interfiere.

Pero el nexo entre psicoanálisis y cultura es más problemático y asusta sin vueltas. Sobre todo cuando se comparte la advertencia del fundador de que el psicoanálisis no es —constitutivamente no puede ser— una concepción del mundo, tentación diabólica siempre activa en cualquiera de nosotros. Desde esta premisa, el problema del borde o límite entre nuestro quehacer y la cultura, de la naturaleza y modo de o aporía individuo-sociedad es caduca y no aporta comprensión. En el encierro del consultorio se puede confundir un asunto de dispositivo con un problema de fondo, volviendo a la ficción absurda del individuo aislado.

Freud se interroga sobre las relaciones entre Psicoanálisis y Cultura a lo largo de toda su vida. Y si no ¿por qué *Totem y Tabú*, y *Psicología de las*

³ Hanna Arendt, pág. 88

⁴ Puget, Beresnstein

masas y análisis del Yo, El porvenir de una Ilusión, Malestar en la Cultura, Moisés y el monoteísmo, que jalonan la obra freudiana? ¿Tentaciones especulativas prescindibles para la clínica?⁵ ¿Por qué la infrecuencia de estos textos en el debate científico y en los seminarios de formación? La comunidad analítica no es unánime en la respuesta a estas interrogantes.

Nosotros pensamos que una reflexión sobre la cultura es ineludible para sostener el acto analítico. Esta afirmación nos abre a interrogantes y problemas en cuyos planteos y respuestas cojeamos, pero ello no excusa la posición opuesta. Así se abre el texto de Theodor Reik en 1930: «*Los últimos escritos de Freud se han convertido en una fuente de seria y en ocasiones penosa perplejidad...* » y en la página siguiente: «*¿no es acaso el credo de un incrédulo?*» *Todavía se recuerda una de las severas reprimendas que Freud recibió de Abderhalden y otros clínicos a raíz de El Porvenir..., reprimenda que ahora se verá agravada. Es que a los médicos internistas no se les habla de cultura y felicidad*». Y este enfrentamiento sigue vigente, de modo latente o explícito. Este congreso será un lugar de debate.

Pensamos que no se traiciona la convicción de que la teoría de las pulsiones o la de los fantasmas originarios están en el cogollo de la conceptualización analítica, si sostenemos que una reflexión sobre la cultura es imprescindible para el acto analítico. Así podemos quizás ahorrarnos la torpeza de escuchar como determinantes analíticos, lo que una clínica elemental (y cuidadosa) sabrá identificar como obedeciendo a otro determinismo y causalidad.⁶

Así lo exige el principio de Heizenberg, exigencia epistemológica de que un campo de experiencia de advertir tanto lo que incluye como lo que

⁵ Theodor Reik en *A medio siglo de El malestar en la cultura*. Siglo 120U, recopilación N. Braunstein.

⁶ Dice Leclaire: Ningún campo de experiencia, de práctica o de investigación fundamental pueden hoy pensarse y sostenerse con el consenso exclusivo de los conceptos que lo especifican y limitan.

excluye.

Sólo tomando en cuenta esta frontera que alerta contra la tentación de usar el psicoanálisis como *weltanschauung* nos permitirá tratar de seguir siendo analistas y no dejarnos capturar en la condición de adeptos. Adepto será aquel que utiliza el descubrimiento freudiano, la realidad psíquica, haciendo caso omiso de la articulación con lo que no lo es. «*Cuando el psicoanálisis se revierte sobre sí mismo en este movimiento*» —dice Pontalis— «*satisface la vocación de todo aparato de creencia: poner un término al trabajo indefinido y metafórico del pensamiento por la edificación de una neo-realidad', cerrada y tautológica que se hará tomar por la causa verdadera del acontecimiento*»⁷.

Una causa de malestar será pues insistir en la pregunta incómoda de discernir cuándo el dispositivo y la regla fundamental son útiles de trabajo y cuándo son ideologización evitativa, expresión de la fobia al mundo. Lo mental como el buen espacio, la acción como una categoría de calidad inferior.

En 1926, Freud culmina su ensayo con la «*mitología no alegre*» de las dos categorías pulsionales: Eros y Tánatos, apuntando con ellos, como en el Porvenir, a esbozar el principio explicativo de una gran mecánica universal. ¿Será demasiado herético sentir malestar por la vocación totalizante y del sistema de la gran oposición pulsional? Es diferente usar la teoría como instrumento de lectura, que como explicación de fenómenos.

En la historia de las ideas del tiempo freudiano, el hallazgo de un principio explicativo totalizante fue pregnante como ideal científico. Fue así para Darwin y Marx y otros tantos. Eros y Tánatos, como antes fue la búsqueda de una energía específica, la libido y la identificación de su naturaleza, un centro de la preocupación freudiana: desideratum de un

⁷ Pontalis, Op. Cit.

conocimiento provisorio hasta que «todo pueda ser explicado por procesos fisicoquímicos»...⁸ ¿y dónde queda con esto la experiencia analítica y el sujeto freudiano? En este punto somos antifreudianos.

Sacralización de un concepto de ciencia que postula la antecendencia y prioridad jerárquica de la Biología y las ciencias naturales. La propia obra de Freud y las investigaciones y los aportes en ciencias humanas y del lenguaje —Bajtín, De Saussure, Levi Strauss— permiten hoy afirmar que lo biológico y lo cultural (discursivo) pueden y deben ser pensados como co-instituyentes sin antecendencia ni prioridad lógica de uno sobre otro. No es necesario pensar el nivel biológico como anterior o previo a lo cultural, (lo que trae como consecuencia deslizar una noción de valor o jerarquía), donde la naturaleza antecede y determina a la cultura. La hominización comporta la aparición de un universo simbólico, donde la articulación de naturaleza y cultura son concomitantes y no categorías opositivas, sino niveles complementarios de comprensión.

* * *

Latinoamérica desde Uruguay

La explicitación de nuestra perspectiva y marco de referencia nos insumió buena parte de nuestro espacio. Vengamos ahora a Latinoamérica. En los 40 años de nuestra vida adulta, el planeta y nuestro continente cambiaron: y al decir jocoso de un amigo: «El mundo cambió y no precisamente en la dirección que yo deseaba»; con lo que si malestar es nuestro tema, materia no nos falta.

Los grandes indicadores macrosociales de esta época en cuanto distribución de la riqueza no van en la dirección de una mayor justicia social y de un más amplio acceso a los bienes materiales y culturales. Marginalización que tiene como corolario inevitable el aumento de la violencia social. Si se

⁸ *Análisis terminable e interminable*

divide la sociedad de acuerdo a los ingresos en décimos de la población, el sector acaudalado supera en 5 a 10 veces a los menos pudientes en los países europeos desarrollados. En América Latina, la misma distribución sobrepasa en general varias centenas. Esta concentración de la riqueza es o será causa de estallido social. Las opciones son hoy entender y corregir las causas o elevar muros materiales y simbólicos entre nosotros y los marginados e instrumentar los dispositivos represivos para sostener la partición. La toxicomanía y la criminalidad que suscita, invitan más a una respuesta represiva que transformadora. Los índices de mortalidad infantil van de Nueva York a Africa, de un barrio rico a otro pobre, de la ciudad de Montevideo.

La automatización y la plétora profesional nos coloca en posición harto embarazosa, cuando se trata de discutir la orientación socioprofesional de nuestros hijos⁹.

La muerte de lo sagrado y la sacralización del dinero, la muerte de la utopía y la declinación de los discursos solidarios, parecen signar el presente de modo ostensible y aunque el psicoanálisis no dispone de instrumentos de lectura específicos para tratar estos emergentes, tampoco puede evitar que la violencia social atraviese la sesión.

⁹ Un vehículo que precisaba 400 horas humanas para su fabricación, hoy se construye en 40. Ejemplo para expresar cómo la automatización y robotización desplaza a nivel planetario la necesidad de mano de obra humana en múltiples campos profesionales y crea desafíos de un nuevo modelo de sociedad, destruyendo la ecuación de que el desarrollo conlleva bienestar. Hace 50 años un tercio de la población francesa trabajaba en el rubro agroalimentario y la producción era insuficiente, hoy lo hace el 7%, mañana el 1% y esa producción es excedentaria y competitiva con la nuestra. Se paga a los agricultores para que cierren sus granjas y el compromiso de la comunidad europea es disminuir en un millón de hectáreas cultivadas.

Las agresiones al medio ambiente y su consecuencia de amenaza a los grandes equilibrios ecológicos llevan a transmitir informaciones e hipótesis donde fantasía y realidad son indiscernibles y no sabemos ya si se habla de predicciones científicas o fantasmas apocalípticos.

Tortura y fracturas de memoria

En nuestro país —¿en nuestra región?— un rasgo que nos parece relevante en el lazo social actual y local —y cuya comprensión nos parece crucial para la supervivencia de nuestros modelos, mitos y proyectos (¿qué es sino la cultura?)— es el fenómeno que llamamos fracturas de memoria.

Luego de tres lustros de terror político cuyo *modus operandi* no tiene en nuestra región antecedentes en nuestro siglo; terror político que mediante la tortura sofisticada, la desaparición de personas y el exilio forzoso instituyó una «legalidad» y una cultura basada en la exclusión, se han creado efectos a nuestro entender duraderos. Más allá de los sufrimientos individuales repertoriados, creemos que el ataque ha sido al pensamiento y la cultura.

Si las rivalidades y conflictos son desde siempre y en todas partes una constante de la convivencia (cultura) humana; desde las dictaduras militares recientes, la intensidad y destructividad de estos conflictos, ha tenido un crecimiento exponencial. Se dice que «la gente está mal» y los epítetos psicopatológicos con que se sanciona a los protagonistas parecen dar cuenta y explicar la dinámica de las situaciones. En un segundo tiempo, la observación y reflexión cotidiana imponen constatar que en grupos e instituciones diversas, los relieves y nudos de sentido se repiten con una monótona e insólita constancia, lo que autoriza a hablar de isomorfismos y se empieza a pensar no sólo en la psicopatología de los personajes en acción sino en la manera en cómo están atravesados, manejados o capturados —a la manera de un mundo shakespeariano— por un vibrión colérico del vínculo social cuyos efectos contagiosos son fáciles de consignar pero cuya naturaleza no es de fácil identificación.

La constante que se subraya es que el otro (los otros) son menos disponibles como socios y más proclives a ser captados como adversarios o

rivales, como si en la intrincación la báscula se inclinara hacia Tánatos.

El clima dominante es paranoide, de sospecha o descalificación a cualquier iniciativa o acción en curso; con el consiguiente malestar o sufrimiento de los actores y pérdida de eficiencia y deleite en la acción emprendida. Lo elocuente es la similitud y la constancia de los roles en pugna, cualquiera sea y a pesar de la diversidad de los ámbitos institucionales involucrados (periodismo, sindicatos, grupos teatrales, núcleos universitarios de diferentes disciplinas, partidos políticos, etc.) Donde primaba la riqueza del debate o el placer de la comunión de una empresa o mito compartido, hoy prevalece el malestar, la desconfianza y la sospecha. Una fracción detenta la buena posición y las diferentes son a desautorizar o destruir. De ordinario, la decepción del diálogo desemboca en la violencia o el aislamiento y la desolación. Las condiciones del debate y la controversia, otrora fuente de riqueza, se usuran y degradan y el prójimo se hace enemigo.

Con el esquematismo de una fórmula provocadora proponemos que frente a la experiencia de terror la sociedad uruguaya está escindida en dos actitudes inconciliables. Para unos, la vida siguió y el terror fue un detalle en el curso de la historia, para otros fue una convulsión que rompió la continuidad de sus destinos y les obligó a cicatrizar heridas a veces irreparables.

En la modalidad intimista que surgía de la idiosincrasia y el tamaño de nuestro país, el diálogo entre estos dos hemimundos se hizo difícil y enconado y persiste el silencio y la desconfianza; que impregna y satura no sólo la palabra y el espacio público sino que cala e infiltra vínculos personales, formalmente distantes del plano político.

Lo curioso y significativo es que no es éste el único clivaje que opera, sino que también entre los que padecieron tortura y exilio, al interior y al exterior, el diálogo ha sido difícil o imposible de reanudar y en vez de

capitalizar la rica diversidad de las experiencias, prevalece la denostación y la condena de lo diferente. La hipótesis que surge de esta descripción, es sí la violencia vivida y no simbolizada, produce efectos de identificación con el agresor, que reconducen al sistema de exclusión implantado por la dictadura.

De este pasado inmediato, ¿qué futuro? «*El fin de la historia*», es un artículo o panfleto, de cuyo contenido poco conocemos, pero el éxito mediático de su tema y título corresponde en una resonancia significativa, poco significable; al sentimiento inquietante o apocalíptico de un tiempo de transición y mutación, donde nuestros mitos habituales y conocidos no funcionan o funcionan mal y señalan nuestra dificultad a concebir las referencias simbólicas del tiempo que vendrá. Pero el momento infamiliar de lo desconocido sólo dice de nuestra resonancia subjetiva, no informa ni pauta la naturaleza de la realidad planetaria que advendrá.

Habida cuenta de la edad de los autores (y la edad media de la sala) habrá que prevenirse contra la postura nostálgica de que todo tiempo pasado fue mejor y vacunarse contra la evidencia de confundir el estado del mundo con el de nuestras arterias, bronquios o neuronas.

Aún así la fragmentación de memorias colectivas y el desmoronamiento de mitos compartidos, signa una arista del malestar de la cultura actual y los jóvenes europeos y latinoamericanos con que logramos conversar, comparten esta desazón.

Es más fácil hablar de síntomas que de remedios, y nos colocamos en un lugar distinto del mentado pesimismo freudiano, un señor que trabajó, pensó y escribió hasta pocos minutos antes que los opiáceos lo sumergieran en el camino de la muerte, lo que nos ofrece un buen modelo identificatorio.

Es en todo caso imprescindible exorcizar los pesimismos apocalípticos, lo finito es nuestra vida, no la historia y evitar el repliegue elitista y cínico del aislamiento, la prescindencia y la descreencia. Porque si toda creencia

es un hueso duro de roer en cualquier trabajo analítico, la descreencia es de los más duros y mortíferos, con su máscara de depresiones larvadas o manifiestas o de cinismo altanero y paralizante. La lección freudiana ha sido, es a este respecto, clara y fecunda, en cualquiera de los hitos de su trayectoria: El primer trabajo frente a la realidad displacentera es poder hincarle el diente y reconocer su existencia, resistirse a la tendencia inercial que Freud describió como componente esencial de la maquinaria psíquica. Trabajo de reconocimiento de las diferentes maneras y artimañas (escotoma, negación, desmentida) que operan en la dirección de hacer inexistente lo que existe.

Pensar la cultura, la felicidad, el destino, con optimismo o pesimismo, es una virtud o condena inherente a la condición humana y la profesión que adoptamos nos exige meternos de lleno en esa reflexión, de modo si no protagónico, al menos ineludible.

Que la lectura de relieves significativos que aquí proponemos sea adecuada o errónea, es lo menos importante, si logra su finalidad de sugerencia, provocación y desafío, al colectivo que integramos. Designar los puntos de urgencia y los baluartes, encararlos con rabia y decisión no es denuncia o revuelta adolescente: es hondamente freudiano afirmar que la realidad humana que se semiotiza correctamente, se transforma. La investigación es la terapéutica, no son dos instancias diferentes. Trabajar el tema de la cultura es construir la memoria del futuro.

* * *

Visitando la propia casa

No pudimos —por razones de espacio y de capacidad— más que marcar con brocha gorda lo que nos parecen algunos hitos relevantes del malestar

social actual. Pero luego de pasear por la ciudad, es necesario revisar la casa.

Cuando hicimos nuestra «formación analítica», nuestro «análisis didáctico» era reembolsable con un salario de interno de medicina, hoy día, la misma relación es de un tercio o un cuarto, lo que refleja en nuestro medio —a nivel económico salarial, es decir, refleja a nivel simbólico- las relaciones entre sector público y privado, y el lugar de deterioro y merma de prestigio del espacio universitario.

Las casas y los barrios que habitamos son de más en más distantes y ajenos de la clase media (liberal y progresista) donde desde siempre el psicoanálisis reclutó su clientela de pacientes y practicantes y su ideología. Esto hace contraste con la meca europea, que fue siempre nuestra pauta de referencia y aunque la diferencia no nos sea saludable, tiene la virtud de romper la posición satélite del Psicoanalista Latino Americano respecto a la cultura central y nos obliga a pensar soluciones autóctonas.

La distancia económica es, o se convierte, en distancia simbólica. Si el acto analítico es acto de lenguaje (es decir de cultura) importa cada vez marcar *qué* desvío con relación a qué consenso. Mientras tratamos de guardar para el consultorio cierto confort y rigor, en el trabajo en el ámbito público nos atrapa el temblor— cada vez mayor— de preguntamos si llevamos nuestros instrumentos y conceptos a otro espacio institucional y social, o si el sistema de poder nos usa como cómplices de un simulacro corrupto de igualdad en oportunidades y derechos.

La distancia entre el consultorio y el dispensario o el hospital, es un abismo creciente, en lugar de reducirse, como lo prometía la socialdemocracia incipiente en los años 60. Este abismo entre el espacio de la sesión y el mundo social circundante es radicalmente diferente en nuestro continente que en Europa, que fue siempre nuestra medida de referencia y las palabras y conceptos freudianos tendrán necesariamente otro valor al ser traducidas a

otra lengua ordinaria y a otra realidad social.

El malestar y la tentación diabólica es crear un lugar enclaustrado más distante y ajeno a la realidad social y cultural. No se lea en esto una actitud misionera o salvacionista de la sociedad, sino una preocupación por la riqueza y vitalidad de nuestra disciplina y nuestro quehacer. La relación del Psicoanálisis con la evolución de las ideas en todos los campos de la cultura y las ciencias, nos parecen decisivas para mantener abierto y tenso el debate entre la especificidad y lo interdisciplinario. La referencia de Freud a Copérnico, Darwin, o la antropología, abren una actitud que retorna Lacan con el estructuralismo lingüístico (De Saussure) y antropológico (Levi Strauss); y en una lista incompleta que para nosotros incluye a Maurice Blanchot, Michel Foucault, José Pedro Barrán, esa arista entre lo que es y no es psicoanálisis es imprescindible que se mantenga viva y controversial.

Por eso es que la vitalidad y calidad del debate universitario, institución que en Uruguay fue desde siempre centro de referencia del debate cultural, es crucial para la calidad de supervivencia de la institución analítica y la declinación —que constatamos o tememos— no puede sino tener consecuencias nefastas en la evolución de nuestra disciplina y la tentación es del aislamiento. Cuántas falsas vocaciones promoverá el hecho de que la práctica analítica promete una subsistencia en lugares donde otras prácticas son de menos en menos rentables y asoma el fantasma de la desocupación.

* * *

¿Cómo tratar hoy el magno legado de Freud y su generación? El tratamiento de esta pregunta se ofrece a infinitos enfoques posibles y el nuestro es sólo una indicación sumaria de esa multiplicidad potencial.

Nuestros institutos y sus docentes recorren la obra freudiana para los

analistas en formación. Se habla de un abordaje cronológico o didáctico y sistemático en la génesis y plenitud de los conceptos. A esta obra gigantesca se agrega el aporte de los post-freudianos, donde es difícil definir el límite entre el desarrollo y la reformulación del paradigma original. El crecimiento exponencial de la producción intelectual favorece la Torre de Babel. Por países, por regiones, por autores (Klein, Lacan, Kohut, Winnicott, Bion, Bollas, etc.), o las llamadas síntesis (Fenichel, Segal, Etchegoyen, Ph. Julian, Joel Dor). ¿Cuál es el denominador común de la difusión y la transmisión? ¿Qué se expresa y qué se omite, cuando identificamos nuestra práctica con el nombre de tal o cual autor de referencia?

El desafío es imposible, ¿cuál es el umbral de información-erudición? ¿Qué se privilegia en los hallazgos freudianos, los momentos de síntesis, esto es, los conceptos contruidos o el trayecto para contruirlos? A nuestro entender la obra de Freud realiza el aforismo con que Don Quijote instruyera a su escudero: «Lo que importa es el camino, Sancho, no la morada».

Recordemos al menos que el debate científico y su pureza inmaculada, está teñido siempre por lo que en Psicoanálisis se trasmite como teoría sexual infantil y como cultura adolescente, en lo que ésta admite de moda, sugestión y placer hipnótico de pertenecer a una masa indiferenciada pero consistente.

Además, no escotomicemos que nosotros, como el Proesor Freud, tenemos un compromiso con la verdad científica pero también con la subsistencia, en lo que ésta conlleva de promover el propio reconocimiento y prestigio, y lo que esto trae como guerras o rivalidades tribales. O por la contrapartida el sentimiento de locura que es vecino de la soledad de la exclusión.

Para que haya psicoanálisis, no alcanza un analista y un paciente, hace falta un colega del primero. Y esto no sólo por razones laborales, de

mercado, o intelectuales, de intercambio, sino por razón estructural: la precariedad de la posición del analista en la sesión, ante el carácter de la experiencia que convoca. Por ese carácter se nos hace imprescindible la convocación de los terceros, la multiplicación de instancias grupales de estudio y supervisión, pero lo que resta a explicar más allá de la universal estupidez humana, es la posición arrogante y jactanciosa tan frecuente en nuestros debates teóricos e institucionales, como contraparte de la precariedad y la ignorancia en la sesión.

El criterio de solvencia profesional —de ser competente o incapaz— es más inmediato y visible en el arquitecto o el cirujano que en el analista. El encierro tóxico de la función de analista —dice Leclaire— y los efectos en su persona y en su trabajo, dentro y fuera del consultorio, deberían ser materia de una interrogación permanente.

Por último, otro lugar para pensar el malestar, más decisivo aún que la teoría y la institución, es la propia clínica.

El buen paciente neurótico que nos describe Freud (¿tal como fuimos nosotros?), es de más en más infrecuente en la consulta. Freud parecía por una vez tener las cosas muy claras y afirmaba que se analizan las Neurosis de Transferencia y que nuestro método y conceptualización no es apto para las neurosis narcisistas y las parafrenias.

Pero por razones de hecho o de derecho la indicación del maestro no ha sido seguida ni es seguible. De larga data por razones de investigación o de empleo, los analistas aplicaron el método y la modelización descubiertas con o para la neurosis, a otras estructuras psicopatológicas. La clínica psicoanalítica ha sido exportada de modo creciente a los cuadros fronterizos, a ciertas formas de psicosis y perversiones y a la clínica de las toxicomanías. Con o sin modificaciones del dispositivo, entre rigor e imprudencia, buena parte de psicoanalistas noveles o veteranos, hacen incursiones efímeras o permanentes a algunos o varios de estos campos

nosográficos. También se habla de psicoanálisis de niños, de familia, de grupos, de instituciones.

Freud fundó su ciencia apoyándose en el saber de su época y en particular, en lo que aquí nos atañe, en la postura psiquiátrica. Pero la perspectiva freudiana aborda el «síntoma» y la enfermedad en la óptica de abatirlos y destituirlos de su condición de tales. Frente a la neurosis — Freud hizo de esto un emblema del psicoanálisis— el proyecto analítico apunta a despojar al síntoma de su ajenidad (objetividad) y reformulándolo, promueve su apropiación por el sujeto, convirtiéndolo en parte constitutiva de su historia y su destino. Cuando esta vocación se hace conquista, aparece otro problema: ¿qué relaciones existen entre el psicoanálisis y una nosografía importada del campo médico? La posición de Freud —y quizás nosotros con él— es ambigua, a la vez psiquiátrica y antipsiquiátrica. En todo caso hay una ruptura y nada nos autoriza un siglo después a reconducir los mismos parámetros taxonómicos del siglo precedente; en particular los criterios de normalidad y alteración que la obra freudiana contribuyó a modificar y los de analizabilidad que de allí derivan.

Merecería un trabajo que está fuera de los límites de estas páginas, interrogar las interdependencias entre cultura y psicopatología —y el riesgo de un sociologismo reduccionista está siempre al acecho— lo cierto es que usar la misma nosografía del fundador y que su mismo pensamiento contribuyó a transformar, nos genera un creciente malestar y no responde a la realidad cotidiana del consultorio, el hospital o la escuela.

Hoy importa más una comprensión de las estructuras psicopatológicas y de sus funcionamientos prevalentes que una prolija construcción sindromática. Lo que tampoco exorciza el riesgo de la psiquiatrización ni

asegura poder mantener la coherencia de un texto singular, que es lo que privilegia el procedimiento freudiano. Las advertencias de Michel Foucault sobre separación, exclusión y rechazo, en su trabajo incesante de reformular la pluralidad humana, son de agudeza y sentido común para prevenir el retorno de una taxonomía donde la taxación valorativa se cuele de contrabando en la necesidad de una semiotización precisa.

Sumariamente y más acá de estadísticas prolijas, se tiene la impresión de que se asiste a una epidemiología en mutación, aunque aún no podamos precisar umbrales y límites. Una epidemiología que se expresa de modo diferente cuando la aprehendemos *esperando* en el consultorio de un barrio acomodado, que la que se *construye yendo* al hospital, a las instituciones para niños, psicóticos o marginales.

En unos y otros casos, pensamos que el pedido de análisis, la «expectativa confiante», se juega hoy de otro modo, no sólo que en los tiempos de Freud, sino en los comienzos de nuestra práctica profesional. Que el psicoanálisis haya adquirido hoy estatuto de saber oficial, y que del rechazo se pase a la solicitud, no simplifica las cosas. La familia, la escuela, el cuerpo médico, esperan del psicoanálisis y sus representantes las «soluciones» que no se esperaban en el tiempo de los pioneros, y cualquiera sea la prudencia, el recato o el pudor para ocupar el lugar que se nos asigna, y que J. Lacan problematizó de modo fecundo, en su noción de lugar del supuesto saber; cuando el psicoanálisis funciona como saber instituido, se modifican las reglas del partido. Las «soluciones» que las personas, grupos o instituciones dan a esta endiablada problemática son múltiples. Quizás ninguna buena. Hay quienes claman la fuerza del mensaje freudiano y sitúan el combate en definir la frontera entre lo que el Psicoanálisis es y lo que no (Psicoterapias, técnicas del cuerpo, hipnosis, sugestión). Pero como

no es el hábito lo que hace al monje, más que definiciones prolijas, entre sagradas y burocráticas (número de sesiones, definición de transferencia y encuadre), conviene tanto o más trabajar incansablemente en la redefinición de la experiencia analítica y la explicitación de sus efectos mutantes.

Marcelo N. Viñar

Marzo 1992

2ª Parte

“¡En el hombre hay tantas cosas horribles!... La tierra ha sido ya durante mucho tiempo una casa de locos”.

F. Nietzsche

“Sólo nos queda esperar que la otra de ambas ‘potencias celestiales’, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha

con su no menos inmortal adversario.

Mas ¿quién podría asegurar el desenlace final?”

S. Freud

1. Freud y la cultura

Malestar en la cultura: 1930.

¿Desvelos de un viejo pesimista o develamiento de un pensador trágico?¹ ¿Es la creación de un enfermo, decepcionado de la vida por la defección de discípulos, la guerra, las crisis económicas, el ascenso del fascismo...? ¿Obra meramente especulativa, sin importancia dentro de su enorme edificio teórico psicoanalítico, que se puede abandonar, luego de una mirada crítica o condescendiente?

Hasta el mismo Freud parece dar argumentos a alguna de estas posiciones cuando escribe a Lou Andreas-Salomé, una de sus más estimadas interlocutoras, que éste, su nuevo libro, comparado con sus trabajos anteriores “le parece superfluo”, que lo escribe “y el tiempo pasa muy agradablemente” (sic); y que mientras se entregaba a ese trabajo “descubría las verdades más banales.” (sic)²

Podemos quedar aquí y retomar al confort de nuestros consultorios y hasta de

¹ Parfraseo a E. Gómez Mango quien dice: Freud no es un pensador pesimista, es un pensador trágico.

² Correspondencia Freud - Lou Andreas Salomé, pág. 225.

nuestras instituciones con sus pequeñas rencillas y ambiciones, y abandonar lo que ahora, trabajosamente, intento barruntar, y que ustedes tendrán que leer o escuchar, en esta relectura del Maestro, dejándonos atravesar *dialógicamente* por su pensamiento.

Pero, además, ¿acaso la reflexión y problematización freudiana no es pertinente?

Luego de escrita su obra, en estos 65 años, ¿los acontecimientos mundiales no obligan a retomar sus pasos? La segunda guerra mundial; la guerra fría; la guerra de Viet Nam; la progresiva y creciente pauperización del Tercer Mundo, con su cortejo de hambre, enfermedad, analfabetismo y muerte precoz y sus movimientos independentistas; las dictaduras latinoamericanas; la crisis de las Ideologías y el derrumbe del socialismo real; la pobreza injertada en el seno mismo de los países altamente desarrollados; el auge de los nacionalismos; el resurgimiento siniestro del racismo, por ahora ensañado con los turcos, los árabes, los negros, los sudacas... ¿y después?, ya que no podemos descartar que se invente nuevamente una “conspiración judía mundial”, porque en los vericuetos de todo racismo anda el antisemitismo. Sin olvidar la amenaza creciente del daño a la vida, a lo mejor irreparable, por la destrucción irresponsable de los pulmones del mundo y de la barrera a los rayos cósmicos.

Y esta realidad ¿atañe o no al psicoanálisis? Cuando menos tenemos que reconocer que —lo queramos o no- estamos metidos en ella hasta las narices, y a veces hasta los ojos y los oídos, ya que no la queremos ver ni oír, pero no hay forma de no tomar posición, pues la prescindencia ya es una toma de posición y, probablemente, no la mejor. Y ello no sólo como *zoon politicus*, sino también como psicoanalistas, en nuestra práctica y nuestra teoría, porque algo de todo lo que pasa merece una reflexión psicoanalítica. No porque el psicoanálisis vaya a dar *la* solución, ni siquiera *una* solución, pero sí porque el psicoanálisis puede aportar una visión del hombre que los proyectos políticos no consideran, olvidan o dejan de lado.

Desde luego que esta tarea no puede ser resultado de una coerción, ni de un intento de “buena voluntad”, y podemos quedarnos con los grandes y fecundos trabajos de la clínica. Pero quiero despejar un error o malentendido que hasta el propio Freud ayudó a generar y que planteo a partir de esta pregunta: ¿La reflexión clínica está separada de la reflexión sobre la cultura? En otros términos, ¿lo que Freud pensó sobre la cultura es algo lateral, secundario, prescindible, una distracción en su larga y fatigosa vida, o está íntimamente entramado, siendo *toda* la obra de Freud una gran indagación sobre el hombre y su cultura?

Cierto es que Freud rechazó siempre toda cosmovisión totalizante, unificadora, monista, metafísica, pero al hacerlo —como decía Lou AndreasSalomé— asumía una actitud filosófica al segundo grado. Y si Freud ¡w adhería a una metafísica monista no es menos cierto que forma parte de la gran corriente de los filósofos de la sospecha, junto con Nietzsche y Marx (Ricoeur), que conmocionan toda plácida autosatisfacción de los filósofos abstractos y alejados de la vida, manteniendo como eje el conflicto, la contradicción, la ambivalencia, denunciando como Ilusión todo *happy end* de una síntesis posible.

Por otra parte Freud mismo confiesa a Fliess, en carta de 1/1 de 1896: «Veo como el largo rodeo por vía de la práctica médica, estás alcanzando tu primer ideal de la comprensión fisiológica del ser humano, tanto como yo secretamente alimento la esperanza de llegar, por la misma vía, a mi objetivo original, la filosofía” (Freud-Fliess: “*The complete letters of S. Freud to W. Fliess*”). Y ya en el ocaso de su vida, en el postfacio de la *Presentación autobiográfica*, en 1935, dice: “Tras el rodeo que a lo largo de mi vida di a través de las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, mi interés regresó a aquellos problemas culturales que una vez cautivaron al joven apenas nacido a la actividad del pensamiento.” (T XX, pág. 68).

Es esta misma posición freudiana la que ha dado lugar al malentendido de ver su monumental obra de teoría y clínica como un encauzamiento hacia el “buen camino” de la ciencia positiva y su retorno hacia la reflexión sobre la cultura, la

especulación y la filosofía, como pasatiempo de la ancianidad.

Sin embargo a lo largo de tantos años fue jalonando su investigación con obras tales como *La moral sexual cultural y la nerviosidad contemporánea*, *Totem y Tabú*, *Psicología de las masas y análisis del Yo*, los textos sobre la guerra, hasta llegar a *El porvenir de una ilusión*. *El malestar en la cultura*, *Moisés y la religión monoteísta*.

¿Serán estos simplemente islotes, incursiones secundarias, en lo social? Basta leerlos para comprobar su profunda e indisoluble relación con la clínica. Pero hay más aún: ¿acaso la difícil investigación sobre la mujer, teñida en el mismo Freud por la ideología de la época, no es también análisis de lo social? Y ni hablar del lugar del padre, presente siempre, casi obsesivamente, en *Lobos*, *Ratas*, *Schreber*, etc., para terminar en el *Moisés*.

¿Y pensar en el amor, el odio, la sexualidad, el deseo, la vida, la muerte, lo perecedero y la belleza, no es una indagación sobre el hombre y la cultura?

No hay una sola letra en la obra de Freud sobre la cultura que entre en contradicción y no esté ensamblada con su trabajo clínico.

Es que Freud con su descubrimiento del complejo de Edipo describe el complejo nuclear de las neurosis, y no sólo de ellas, sino que define de una vez y para siempre la estructura nodal de la cultura y el lazo social.

Investigación clínica y reflexión sobre la cultura no son momentos distintos sino que son, a lo sumo, perspectivas distintas que lanzan sus líneas sobre un mismo objeto, y estas líneas se entrecruzan, forman redes y nudos entre una y otra. Desde la clínica el oído atento y siempre joven oye el resonar angustioso, clamoroso y lastimero, trágico, casi nunca feliz y menos aún dichoso, aunque demasiadas veces ilusorio, de una pobre criatura indefensa caída en la cultura de donde no puede escapar.

* **

2. El texto freudiano y la cultura alemana de la época

Pero el ensayo sobre *El Malestar en la cultura* no es un gesto aislado, y el índice de este malestar lo podemos ver en múltiples obras de arte, tanto literarias como plásticas. Para marcar algunos jalones significativos me limitaré a algunas referencias dentro del pensamiento alemán.

Oswald Spengler entre 1920 y 1922 publica una obra de enorme difusión, no sólo en Alemania sino también en toda Europa y América Latina: «*La decadencia de occidente*».

Este autor considera la cultura como un ser viviente. Toda la evolución tiene un momento de partida de fecunda creatividad, momento de nacimiento y florecimiento, al que llama *cultura*, luego envejece y se transforma en una *civilización* en que ya no se inventa nada y “no es más que un paso de gigante... hacia su muerte”. Y eso es lo que está sucediendo, encontrándose al mundo a la deriva: es “el fin del devenir”.

Si bien la obra de Freud tiene algún punto de contacto con la de Spengler, difiere radicalmente ya que no cae en vaguedades especulativas y totalizantes, y que su punto de partida es el núcleo de la clínica y la visión del hombre que nace del psicoanálisis.

En la misma época (1921) se conoce parte de la obra de Max Weber, *Economía y Sociedad*. Allí analiza la conducta del intelectual, en momentos de desconcierto, quien busca dar un “sentido” único a la vida, “busca ‘unidad’ consigo mismo, con los hombres, con el cosmos”. “Cuanto más rechaza el intelectualismo la creencia de la magia, ‘desencantando’ así los procesos del mundo, y éstos pierden su sentido mágico y sólo ‘son’ y acontecen’ pero nada ‘significan’, tanto más urgente se hace la exigencia de que el mundo y el ‘estado de vida’ alberguen en su totalidad, un sentido y posean un orden”.

Pero estos postulados chocan con la realidad y el intelectual se repliega en una huida del mundo, o busca refugio «en el pueblo», busca una solución individual o una transformación del mundo en sentido colectivo-ético-revolucionario, expresando el malestar. (M. Weber. *Economía y sociedad*, págs. 403-404, citado

por M. Laguarda).

Estas obras, que Freud podría o no conocer, importan en la medida en que forman parte del patrimonio cultural de una época y, en especial, de la cultura alemana.

Lo que sí Freud no desconocía era la obra de Nietzsche quien en 1886, treinta y un años antes que Freud, escribiera *El malestar...*, publicó *La genealogía de la moral*. Los puntos de contacto entre ambas obras son tales que ya no podemos hablar de coincidencias sino de influencia. (No abundo en ello ya que retomaré más adelante algunos aspectos)³.

Al igual que Nietzsche, Freud desenmascara los valores de la sociedad y nos descubre las raíces del bien, del mal, de la crueldad, como un trasfondo arcaico de toda cultura, «de la voz de Dios en el hombre». Y Freud cumple el anhelo nietzscheano de que los investigadores del alma sean hombres valientes, magnánimos que pueden refrenar el corazón y el dolor y «sacrificar todos los deseos a la verdad, a toda verdad, incluso a la verdad simple, áspera, fea, repugnante, no cristiana, no-moral... Pues existen verdades tales.» Y si toda esa coincidencia (influencia) existe también es cierto que Freud no creyó, ni esperó, ni se ilusionó, ni preconizó, la necesidad del advenimiento del *super-hombre*.

* * *

³ Las referencias de Freud a Nietzsche son escasas. En la *Presentación autobiográfica*, reconoce «las coincidencias de Nietzsche con el psicoanálisis» pero —dice— «lo he rehuido durante mucho tiempo por eso mismo!» Sin embargo sabemos de la relación de Freud con L.A. Salomé y sus largas conversaciones en donde la temática nietzscheana está muy presente. Por otro lado Freud en 1900, en carta a Fliess dice: «Acabo de adquirir a Nietzsche en quien espero encontrar palabras para mucho de lo que permanece mudo en mí, pero aún no lo he abierto». (Febrero 1, 1900). Por otra parte, en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en dos oportunidades, hay sesiones dedicadas a Nietzsche. Una el 1º de abril de 1908 sobre *Genealogía laboral*; la otra, el 28 de octubre de 1908 sobre *Ecce Homo*.

3. La cultura y las culturas. Individualismo *versus* holismo

Malestar (Unbehagen) en la cultura (*Kultur*). Malestar, no infelicidad (unglück), como primeramente intitula Freud a su ensayo. Malestar es algo más amplio, y también más vago. Es estar-mal como sensación indefinida, incómoda, que forma parte de una constelación con desasosiego, inquietud, congoja, ansiedad, etc.

En la cultura (kultur), que tanto en francés como en inglés se tradujo por *civilización*. Traducción legítima porque ambos términos en esos idiomas son equivalentes. Por su parte Freud aclara que a los efectos expositivos de su obra omite las diferencias entre ambos, con lo cual reconoce la no equivalencia de ellos⁴.

Para Freud *cultura* «designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales y sirven a dos fines: a) la protección del ser humano frente a la naturaleza y b) la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres» (TXXI, pág.88).

Al desarrollar la definición enumera las actividades «culturales» y las primeras mencionadas son aquellas que sirven para domeñar a la naturaleza y ponerla a nuestro servicio (TXXI, pág. 89). Todas ellas son del orden de «lo útil» y corresponden a lo que el pensamiento alemán designa como *civilización*.

Pero he aquí que lo *cultural* es también lo “no-útil”, tal como la belleza (TXXI, pág.92), pero son sobre todo las «tareas intelectuales», las actividades psíquicas superiores (sistemas religiosos, especulaciones filosóficas y formaciones ideales

⁴ La palabra *civilización* es un neologismo creado en el siglo XVIII en Francia a partir de *civilizar* y *civilizada* que existían de antigua data en el lenguaje jurídico pero que, no por mera casualidad, se difunden en el siglo XVI oponiéndose a *barbarie*. *Civilizado* es aquel de buenas costumbres, correcto en gestos y maneras. Cultura empieza a circular en forma paralela a *civilización* en diversos países. Incluso en Alemania, hasta el siglo XIX son prácticamente sinónimos, pero entonces la palabra *cultura (Kultur)* empieza a tener el sentido de valores morales, principios normativos, ideales; mientras que *civilización* queda restringida a las técnicas y las prácticas para la transformación de la naturaleza, *cultura* tiene que ver con el *espíritu*. Esta distinción subyace en el pensamiento de Freud (como lo veremos enseguida) y otros pensadores alemanes y se comprueba hasta en Habermas cuando distingue la *razón instrumental* de la *razón sustantiva*.

de los seres humanos, propios del *espíritu*), las que junto con la manera en que se regulan los vínculos entre los seres humanos, son expresión de la cultura (Kultur) (TXXI, págs. 92-93).

¿Pero por qué esta actividad de la cultura que ha producido maravillosas creaciones del *espíritu* también ha engendrado terribles males, injusticias y monstruosidades? ¿Por qué es intrínseco a la cultura la inquietud, el desasosiego, la inconformidad, en fin, el malestar?

Son éstas las preguntas que Freud se atreve a plantear e indagar, sin ilusión, despiadadamente.

Si bien es cierto que la descripción que hace Freud es la del malestar en la cultura occidental en momentos de crisis de la burguesía y el capitalismo, no hay duda para él que el malestar es propio de todas las culturas, y aunque maneja el concepto de evolución de lo «primitivo» hacia lo civilizado como un «progreso en la espiritualidad»⁵, como un «proceso cultural»⁶, de ninguna manera cae en la idea de que existe «un camino prefijado al ser humano para alcanzar el perfeccionamiento», (TXXI, pág 95), como tampoco cree en la de una humanidad que vaya a renunciar a todas sus ilusiones.

Lo que no quiere significar que el malestar no sea diferente en cada cultura. Así las sociedades «primitivas», donde el vínculo igualitario está absolutamente regulado para evitar toda forma de exceso que llevaría a la acumulación y la diferencia (*Sahlins*)⁷, no sólo son sociedades sin estado, sino que toda la organización social está dirigida *contra* la constitución de un estado (P. Clastres);

⁵ Freud como todos los pensadores del siglo XIX y principios del XX, están imbuidos por el concepto *evolucionista* del desarrollo de las sociedades. La sociedad occidental es la culminación de un largo proceso (cultural) que comienza por el comunismo primitivo, pasa por la sociedad esclavista, luego la feudal, para llegar a la sociedad capitalista. Esta idea es directriz en todos y en especial, en el desarrollo marxista.

⁶ «Sobre las masas humanas, sometidas a la necesidad objetiva de lo económico, discurre *también* el proceso de desarrollo de la cultura, influido ciertamente por todos los restantes factores, *pero sin duda* independiente de ellos en su origen *comparable a un proceso orgánico* y muy capaz de influir a su vez sobre las demás determinantes»(TXXII, pág. 165). Así define Freud el *proceso cultural*, vinculado, evidentemente, con la idea de la represión originaria como un proceso orgánico.

⁷ Ejemplo de ello es el potlach.

donde los lazos de alianza están perfectamente determinados a través de estrictas normas de parentesco (C. Levi-Strauss). En estas sociedades, digo, el equilibrio social es mayor y el malestar menor.

Pero aquí cabe una pregunta esencial de clara estirpe nietzscheano-freudiana: ¿cómo, en estas sociedades, se tramita la agresividad, la hostilidad, la crueldad propia de todo vínculo social?

Y la respuesta antropológica derrumba el hermoso mito de la paradisíaca sociedad del buen salvaje. Los pueblos «primitivos» son pueblos en los que la guerra no es algo accidental o contingente, sino que son *sociedades-para-la-guerra*, en la misma medida en que son *sociedades-contra-el-estado* (P. Clastres).

En los pueblos ágrafos la cohesión del grupo está mantenida por la igualdad; la jerarquía y el poder están separados, excepto para la guerra⁸, y la hostilidad, la agresión, el odio y la violencia, están dirigidos contra *otro*, ajeno y extraño. Mientras ellos son «los hombres», «los buenos», «los completos», los otros son «los malvados», «monos de tierra», «huevos de piojo», forma paradigmática del etnocentrismo⁹.

En contraposición la cultura occidental (y cristiana) muestra una serie de

⁸ El jefe en la vida diaria es un gran hablador pero nadie tiene obligación de escucharlo. El guerrero, por su parte, sólo se realiza como tal, plenamente con la muerte. (P. Clastres). En las sociedades primitivas jerarquía y poder están separados. En occidente, y a partir de la Edad Media, jerarquía y poder se juntan. Por ello la jerarquía ejerce una violencia, aunque ella pueda aparecer justificada fundando legalmente (de manera divina o humana), jerarquía, poder y dominio. Piénsese en la diferencia hombre-mujer, adulto-niño, burgués-proletario, loco-sano, ario-judío, blanco-negro (o indio, o turco, etc.) Las leyes del espíritu humano operan a partir de un orden simbólico estableciendo un sistema clasificatorio que transforma el caos en cosmos, es decir, establece un orden. Pero el mundo no es sólo orden, junto a él, y generando la variación y el cambio, está el des-orden, que no es lo mismo que el caos ya que el desorden pertenece al cosmos. (Véase I. Prigogine).

Pero parece inherente al funcionamiento del psiquismo que toda clasificación conlleva una jerarquía y esto porque la clasificación se hace a partir de ausencia-presencia, fálico-castrado, a través de un significante fálico, pasando de lo *diverso* a lo *diferente*.

Occidente ha transformado toda diferencia en valor jerárquico ha identificado jerarquía con poder y ha confundido complejidad con superioridad. Así se ha pasado, a través de la clasificación a la separación, y de allí al dominio. (E. Enriquez).

⁹ El *etnocentrismo* es el prejuicio en virtud del cual un grupo piensa que la humanidad termina en sus fronteras o que los patrones válidos para medir cualquier cultura son los de la suya.

peculiaridades que han ido modificándose y reformulándose pero de las que podemos pesquisar su historia.

En primer lugar es una cultura que forjó y desarrolló el concepto de *individuo*, exaltándolo hasta constituirlo en un valor absoluto. Es obvio que toda cultura reconoce la existencia en su seno de individuos como sujetos empíricos pero la cultura occidental gestó, a partir del pensamiento griego y judeo-cristiano, el concepto de individuo como ser moral, y constituyó una ideología individualista¹⁰.

Esto se produjo en un largo recorrido que tiene sus orígenes en el «preocúpate de ti mismo» de los griegos, que se desarrolló en el pensamiento estoico y se combinó con el concepto judío de la culpa, en esa peculiar síntesis que es el cristianismo¹¹. Así surge, a través de la culpa y el intento de salvación, una relación nueva con Dios¹².

Es decir, al mismo tiempo que se erige al hombre como entidad monádica lo constituye como esencialmente malo, estando del otro lado Dios, ese «Padre del Mal» (como lo llama Nietzsche), absolutamente bueno, dispensador de la vida y de la gracia. Ser omnipotente, omnisciente pero, para Lutero total y absolutamente incomprensible. Para el hombre Dios es loco¹³.

He aquí una primera paradoja de nuestra cultura: al mismo tiempo que constituye al individuo como valor supremo, lo coloca como ser abyecto,

¹⁰ *Individuo* puede tener dos sentidos: a) el de *sujeto empírico*, muestra visible de la especie humana, tal como se encuentra en todas las sociedades; b) el de *ser moral*, independiente y autónomo, *no social*, propio de la ideología moderna. Por otra parte, *individualismo* es aquella *ideología* que concibe al individuo en el sentido (b) e *ignora o subordina* la totalidad social a él. En oposición *holismo* es la ideología que subordina el individuo a la totalidad social. (Tomo estos conceptos de L. Dumond).

¹¹ Resumo aquí la idea de mi trabajo «*San Pablo: la carne y el espíritu. Contribución a la historia de la génesis del superyó en occidente*» (Inédito).

¹² Ya sea a través de la confesión mediada por la Iglesia. o en forma directa, como lo establece Lutero. Este radicaliza al hombre como ser abyecto y pecador que únicamente puede obtener la salvación por la gracia, ya que no existe ninguna obra que lo justifique ante Dios y es sólo la fe la que lo puede salvar.

¹³ Este rasgo del pensamiento occidental, el de la maldad como intrínseca, esencial y primigenia, pasa de manera fundamental en toda la cultura occidental. De esto no han escapado el pensamiento alemán, ni siquiera Freud o Melanie Klein, aunque no de igual manera.

esencialmente malo e inmerecedor de todo reconocimiento por Dios¹⁴.

En el Renacimiento se produce un quiebre por el cual se redefine la relación del hombre con el cosmos y con Dios. Con Descartes se funda el sujeto filosófico que encuentra la certeza de su existencia en si mismo y el buen Dios es sólo (pero nada menos) el garante de la verdad.

Es la Revolución Francesa la que no sólo asalta los palacios y decapita a la nobleza, sino que erige como valores absolutos del hombre la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*. Pero ese sueño dorado de la humanidad mostró que en realidad esos valores eran tan absolutos como abstractos y lo que consolidó fue el ascenso y dominio de la burguesía. En todo caso el HOMBRE era el burgués.

Y nadie como Sade, antes que Nietzsche y Freud, mostró en forma radical una nueva paradoja. En el final del quinto diálogo de la *Filosofía en el tocador*, expone, bajo el título «*Franceses, un esfuerzo más, si queréis ser republicanos*», el análisis exhaustivo de la religión, las costumbres, la sexualidad, la libertad. Muestra allí que la libertad, casi sacralizada, para que sea tal, debe ser llevada a sus últimas consecuencias y, al hacerlo, entra en colisión inconciliable con la igualdad y la fraternidad.

Creo que desde Freud podemos entender la raíz profunda (inconsciente) del ideal de libertad que proclama la cultura occidental a partir de la Revolución Francesa, cuando sostiene que «la libertad individual no es un patrimonio de la cultura (sino) que fue máxima antes de toda cultura». Y si bien puede ser rebelión contra la injusticia, también «puede provenir del resto de la personalidad originaria, un resto no domeñado por la cultura», lo que generará una hostilidad contra la cultura (TXXI, pág.94). Aunque allí maneje el concepto erróneo de una

¹⁴ Esta relación la analizó magistralmente Freud a lo largo de su obra pero, fundamentalmente en *El problema económico del masoquismo*, al establecer las relaciones entre el yo, en posición masoquista, y el superyó en posición sádica, y por lo cual el individuo, ese «ser excepcional» se infantiliza y se somete, cargado de ambivalencia, a esas figuras todopoderosas y terribles, herederas del complejo de Edipo y de la relación temprana del niño. El padre, «poder auxiliador por excelencia» y, sin embargo, asesinado, carga de culpa para siempre y al cual siempre se añora desde la culpa y desde el amor, más aún cuando se satisfizo, por su muerte, el odio.

humanidad pre-cultural, la verdad profunda (inconsciente) que encierra es que el ideal de libertad tiene como zócalo y fundamento una fantasía infantil, omnipotente y narcisista, de satisfacción irrefrenada de la pulsión y el deseo que, justamente, es la que muestra Sade. Por ello el ideal de libertad va a la par con la ideología individualista, ambas son retoños secretos del narcisismo, cuyo despliegue ha posibilitado la cultura occidental.

Pero la puesta en acto de esta aspiración haría imposible la convivencia humana (TXXI, pág. 93), haría imposible la cultura. Por eso la convivencia «sólo se hace posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte de individuos aislados, y cohesionada frente a éstos». Al hacerlo la comunidad se contrapone, como derecho, a la violencia del individuo, que es catalogada como «violencia bruta». Este es un paso cultural decisivo por el cual la violencia (individual) se transforma en derecho (de la comunidad). El *derecho* sería la violencia en poder de la comunidad¹⁵ (TXXI, pág. 94. TXXII pág. 187-190). Pero ésta encierra en su seno elementos de poder desigual y, por lo tanto el derecho en la comunidad también reflejará esa desigualdad (TXXII pág. 189-190).

Freud sólo menciona al pasar a esa desigualdad y no llega a plantearla en el plano de la desigualdad de clase. Se maneja con la idea vaga de comunidad y no hace el análisis de que el derecho es la forma de violencia-poder no de la comunidad en general, sino de una clase en particular, esa clase pautará la *justicia*. Pero ésta forma parte del aparato del Estado como uno de sus poderes, en la medida en que el Estado ejecuta, legisla, juzga y reprime.

Si sólo se analiza el problema a nivel del concepto de comunidad se pierde la posibilidad de comprender que el Estado es la forma en que la clase dominante,

¹⁵ Freud hace un uso reiterado, y casi sistemático, del término *comunidad* y no *sociedad*. En el pensamiento alemán esta diferencia es esencial. Para Troeltsch los alemanes tienen una devoción con respecto al todo, y el «todo social» es lo que Toennies ha llamado «voluntad espontánea» (*Naturwille*), rasgo característico de la *comunidad* (*Gemeinschaft*), opuesto a la «voluntad arbitraria» (*Kürwille*) del sujeto individual dentro de la *sociedad* (*Gesellschaft*), vista ésta como fruto de un contrato. (L. Dumond).

hablando en nombre de todas las clases, ejerce estas funciones, y el estado lo que hace es defender los intereses de la clase que se encuentra en el poder. Así la burguesía contra el proletariado y capas medias en la sociedad capitalista; o el aparato burocrático contra el resto, en los estados totalitarios.

Y la sociedad burguesa que proclama la libertad al mismo tiempo santifica la propiedad privada, con lo cual perpetúa la explotación del hombre por el hombre y lleva la desigualdad a nuevos niveles, desconocidos en la sociedad esclavista y feudal. En adelante el ascenso del capitalismo a través de nuevas formas aportadas por la *civilización*, (la revolución industrial, los progresos en la ciencia, los adelantos tecnológicos y la revolución científico-técnica), no sólo no han solucionado la desigualdad, sino que la han acrecentado y expandido a nivel planetario.

Vemos, entonces, que el ideal de libertad, tal como lo enunciamos en la actualidad, nace indisolublemente ligado a la ideología individualista, junto a la propiedad privada y el estado burgués.

El triunfo no fue el de la igualdad y la fraternidad, (proyectos sólo realizados en las sociedades holistas, donde no es necesario ni reclamar la libertad ni forjar su concepto, ya que allí no existe la propiedad ni el estado), sino el del individualismo despiadado.

Y esto a la par de la exaltación de la razón como soberana en el proyecto del iluminismo y la modernidad. Y llegará también el momento de la muerte de Dios, no de muerte natural, sino que lo matamos porque ya no lo necesitamos. Pero «a rey muerto, rey puesto», y allí se erige el Hombre, ese «Dios-prótesis», colocado ahora —¡y nada menos que por la ciencia!— en la cima de la evolución. Pero él allí ubicado no es el hombre en general, o cada ser humano en particular, sino el buen burgués y mejor capitalista.

Y si el hombre ya no necesitó a Dios y lo decretó muerto, también lo sagrado, valor que toda cultura había distinguido de lo profano, como par dialéctico, también desapareció.

Pero lo sagrado, como los fantasmas que echamos por la puerta, se coló por la ventana, pero ahora travestido, trasvalorizado, y se comenzó a sacralizar el dinero, ese gran fetiche que describió Marx, que cumple la fantasía de autoengendramiento que se llama especulación, y los objetos de consumo y toda una panoplia de grandes o pequeños héroes, idolatrados e idealizados: caudillos, führers, o actores, cantantes, profesionales del deporte, etc. Se organiza así un mundo que al profanar lo sagrado subrepticamente sacraliza lo profano.

En suma el ideal universalista que se forjó en la Revolución Francesa encierra una nueva contradicción insalvable ya que por un lado exaltó el individuo hasta el ideal individualista, lo que hacía imposible que se realizara un proyecto holista (igualdad, fraternidad); tanto como era imposible la realización del proyecto holista en una cultura que no lograba extirpar la ideología individualista.

Esta contradicción se vio más al desnudo en las sociedades del llamado 'socialismo real' que se constituyeron en estados totalitarios. Freud alertó con sesenta años de antelación los peligros de ese proyecto por el desconocimiento, o mejor desestimación, de las características del ser humano.

No se tuvo en cuenta que el proyecto holista sólo se ha realizado en las sociedades «primitivas» y sociedades de castas¹⁶.

Los proyectos holistas, que en la cultura occidental moderna y contemporánea se han elaborados sobre la idea abstracta de un hombre universal, desconocieron la dimensión del deseo y la pulsión, y por lo tanto no reconocieron que los ideales individualistas estaban en lo profundo alimentados por la fuente narcisista. Así los proyectos holistas han chocado por ahora inconciliablemente con los individualistas: malestar en la cultura.

* * *

¹⁶ En éstas tampoco existe ideal individualista y, en todo caso, sí hay individuos individualistas (fuera de la casta) son individuos-fuera-del-mundo (L. Dumond).

4. El amor, el odio y la culpa

Pero volvamos a la pregunta de partida: ¿de dónde proviene ese potencial destructivo propio de la especie humana?

Podríamos recurrir al expediente de la pulsión de destrucción y de que «la inclinación agresiva del ser humano es una disposición pulsional autónoma originaria» (TXXI, pág. 112), y quedarnos satisfechos con la explicación. Pero esta respuesta tiene, bajo un cierto aspecto científico, demasiado tufillo metafísico y aún teológico.

Prefiero seguir otro camino freudiano, como es el de los afectos de amor-odio en el juego intersubjetivo. Es decir que en lugar de recurrir a lo constitucional, o lo originario, maneras de tapan una X, con un nombre, hacer un enfoque estructural.

El estado narcisista primordial sólo puede concebirse si se le adjuntan al niño los cuidados maternos (*Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*).

La reacción del odio nace de la repulsa del *infans* a todo lo que no es yo —dice Freud— y, no es yo todo aquello que genera displacer, por ello el odio es anterior al amor. Objeto de amor será todo aquel que satisfaga el principio de placer (TXIV págs. 128-132). Es que el *infans*, ese ser desvalido e inerme, requiere para sobrevivir al otro como prójimo (*nebenmensch*: el hombre a mi lado). Este prójimo se constituye en «el primer objeto-satisfacción y primer objeto-hostil, así como único poder auxiliador» (TI pág. 376), según satisfaga o defraude los requerimientos del yo.

Dependencia absoluta, sujeción total, objeto de deseo, amor sin límites, pero, también —y por todo ello-, relación cargada de hostilidad, en la medida en que el requerimiento narcisista de totalidad, de completud, nunca es satisfecho y genera

frustración.

Pero, además, a través del *complejo del prójimo* se establece el juicio y el discernimiento al distinguirse las dos partes de este complejo: aquella inasimilable al yo (el lado cosa-ding) y aquella «que se puede reconducir a una noticia del cuerpo propio». A través de estas dos partes del complejo se produce el conocimiento de la igualdad y la diferencia, de la mismidad y de la alteridad. La primera operación del juicio es, a partir de la puesta en juego del cuerpo, la de establecer la distinción yo-otro (TI págs. 376-377).

La función de discernir, propia del juicio, es una tarea de *separación*, acción de la pulsión de muerte, que genera la discriminación yo-otro, otro-otros.

Pero este *otro*, por la relación de dependencia, no es un simple *alter*, es un otro «prehistórico e inolvidable a quien ninguno otro posterior igualará ya» (TI pág. 280), un otro absoluto. Lugar que ocupará primero la madre y luego el padre, en el pensamiento de Freud. Y si pierde el amor del otro, de quien depende, queda desprotegido frente a toda clase de peligros, y en primer lugar frente al peligro de que ese mismo ser hiperpotente le muestre su superioridad en forma de castigo. Por consiguiente *lo malo* es en un comienzo aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida de amor (TXXI, pág. 120). Por ello «el inicial desvalimiento del ser humano es la *f fuente primordial* de todos los *motivos morales*» (TI, pág. 363).

Por ello la experiencia fundamental y crucial del ser humano es endeble y tiene el peligro de bascular en el abismo de la indiscriminación confusión, en que el yo desaparece, o en la duplicación en la que el otro es el doble, sumergiéndose en lo siniestro (*unheimlich*), cuya única salida es la lucha a muerte (yo o el otro), y donde la muerte del otro-yo puede ser la propia muerte. (D.Gil, “*Yo mismo el otro*”...). O en el otro extremo, en que el prójimo se transforma en el extraño, el extranjero, en que hasta llega a perder el estatuto de ser humano para transformarse en animal o cosa a exterminar.

Tanto la indiscriminación como la ajenidad son amenazantes y nunca la experiencia del prójimo es un punto de equilibrio estable, y ello porque ese *otro*, a

través de quien se hace la experiencia de la alteridad, es un otro que puede procurar placer o displacer, dispensar la vida o la muerte, objeto del amor más ferviente y del miedo y el odio más atávicos.

Los sentimientos de amor-odio son propios de la estructura del ser humano y lo peculiar de cada cultura será la forma en que tramita, regule, encauce, estos afectos. Las culturas «primitivas» lo hacen con un fuerte ajenidad hacia «*los otros*», los que no son «*nosotros*», donde se vuelca todo lo hostil.

Pero la cultura occidental, erigida por el mandato de amor al prójimo, aunque éste sea el enemigo, ideal tan humanitario como in-humano, impone no sólo una exigencia desmedida, sino también absurda e imposible de cumplir (3.XXI págs. 106-108). En primer lugar porque el otro no siempre merece mi amor, y sí mi odio; pero, además, porque en mi propio seno anido el odio entre el superyó y el yo que, por el mismo mandato y a través de la culpa, la sociedad occidental no ha hecho más que exacerbar.

He aquí uno de los puntos que creo capitales de la reflexión freudiana sobre la cultura ya que el sentimiento de culpa es «el problema más importante del desarrollo cultural», y «el precio a pagar por el progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa» (TXXI, pág. 130). Pero el sentimiento de culpa es sólo «una variedad de la angustia que en sus fases más tardías coincide con la *angustia frente al superyó* (TXXI, pág. 131), por el temor a la pérdida del amor (angustia «social» - la llamó Freud), debida al desvalimiento y dependencia de los otros (TXXI, pág. 120-121). Es decir angustia ante la probable herida narcisista.

Por lo tanto podemos afirmar que *el problema más importante para la cultura en general, y para cada cultura en particular, radica en la forma en que se constituye el superyó*, esta instancia que transmite ideales, vigila, juzga y castiga, heredera del complejo de Edipo, internalizadora (eternizadora) de la figura de los padres y transmisora de los valores culturales.

Y, *grosso modo*, habrá dos formas de tramitar, (administrar) la culpa: por un

mecanismo proyectivo (paranoico) que hace del otro el malo, el culpable; o por un mecanismo introyectivo (melancoliforme) en que el sujeto es el culpable. Estas dos formas coexisten en grado variable en cada sujeto según su historia y según el mecanismo prevalente en cada cultura o en cada momento de una cultura.

Y esa «conciencia» de culpa, producida por la cultura, permanece inconsciente pero sale a la luz como descontento o malestar (TXXI, pág. 131).

Pero, ¿cómo se entronca esto con la segunda teoría pulsional?

Es recién en el Capítulo VI de *El malestar en la cultura* que Freud Introduce los conceptos de Eros y pulsión de muerte. La cultura estaría al servicio de Eros ya que la sola utilidad no alcanzaría para cohesionar a los hombres. Y es la cultura la que se opone a la pulsión agresiva *natural* (el término es de Freud) de los seres humanos, a la hostilidad de unos contra otros y de todos contra todos. Y esta pulsión de agresión es el subrogado de la pulsión de muerte.

No es clara esta exposición ya que si bien Eros gesta el programa de la cultura, no por ello podemos definir a la pulsión agresiva como natural ya que la agresión, en las sociedades humanas, es tan cultural como la cultura, sin desconocer por ello las raíces biológicas que se inscriben culturalmente. Sí no lo pensamos así podemos caer fácilmente en un reduccionismo etologista¹⁷.

Pero más allá de esta digresión lo que importa para el tema que nos ocupa es el desarrollo que hace Freud de la formación de la conciencia de culpa, la conciencia moral y el superyó.

SI la agresión («natural» o estructural) es limitada, contenida, frenada, ¿qué sucede con ella? Vuelve hacia dentro —dice Freud— hacia el punto de partida, al

¹⁷ Pienso que Freud, dominado por la idea de las polaridades, cara a la filosofía romántica alemana, y de la dialéctica, no en todas partes trabaja con ellas de la misma manera. En primer lugar la pulsión, eso que de lo biológico se expresa en lo psíquico, es propia del hombre. La pulsión no está fuera de la cultura, es un efecto de esa mutación que llamamos cultura, lo que no significa que no tenga una raíz biológica, pero sus representantes (psíquicos) son culturales. La pulsión (Trieb) no es el instinto (Instinkt). En segundo lugar en *Más allá...*, es mucho más claro y rico el interjuego dialéctico pulsional (mezcla y desmezcla) que en obras posteriores donde se va produciendo un deslizamiento cada vez más evidente hacia una contradicción antagónica entre Eros y la pulsión de destrucción, con la casi equiparación de ésta con la pulsión de muerte. Con ello se pierde un matiz conceptual riquísimo, como es el de la relevancia de la función de separación de la pulsión de muerte para comprender no sólo muchos aspectos de la psicopatología, sino también de la vida y la cultura (relación entre individuo y comunidad).

propio yo, instaurándose como una parte que se contrapone al yo: el superyó.

Y aquí la influencia nietzscheana es evidente ya que éste sostiene que «todos los instintos que no se desahogan hacia fuera *se vuelven hacia dentro* - esto es lo que yo llamo interiorización del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denominará su «alma». Todo el mundo interior, originariamente delgado, como encerrado entre dos pieles, fue separándose y creciendo, fue adquiriendo profundidad, anchura, altura, en la medida en que el desahogo del hombre hacia fuera fue quedando *inhibido*., todos aquellos instintos del hombre salvaje, libre, vagabundo, se volvieron *contra el hombre mismo*. La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción, todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos: *ese* es el origen de la «mala conciencia»... Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, *el sufrimiento del hombre por el hombre, por sí mismo*: resultado de una separación violenta de su pasado animal, resultado de un salto y una caída, por así decirlo, en nuevas situaciones y en nuevas condiciones de existencia, resultado de una declaración de guerra contra viejos instintos en los que hasta ese momento reposaban su fuerza, su placer y su fecundidad... Ese instinto de libertad (voluntad de poder), vuelto *latente* a la fuerza ya lo hemos comprendido - ese instinto de la libertad reprimido, retirado, cancelado en lo interior y que acaba por descargarse y desahogarse tan sólo contra sí mismo: eso, sólo eso es, en su inicio, la *mala conciencia*». (F. Nietzsche: *La genealogía de la moral*, Tratado II, párrafo 16-17).

«Y todo *no* que se dice a sí mismo, a la naturaleza, a la naturalidad, a la realidad de su ser, lo *proyecta* (destacado D.G.) fuera de sí como un sí, como algo existente, corpóreo, real, como Dios, como santidad de Dios, como Dios juez, como Dios verdugo, como más allá, como eternidad, como tormento sin fin, como infierno, como incomensurabilidad de pena y culpa» (F. Nietzsche: *La genealogía*

de la moral. Tratado II, parágrafo 22).

Esta impresionante pieza filosófico-literaria no opaca para nada, a pesar de su coincidencia, el pensamiento de Freud, quien, desde estas ideas, agrega una dimensión estructural a partir del complejo de Edipo, porque el superyó, como su heredero, a través de la desexualización provocada por la pulsión de muerte, hace perdurar a los padres en una identificación. Pero como los viejos amores no mueren fácilmente y la libido no abandona fácilmente sus objetos, éstos se resexualizan, reinstalándose los amores y odios más tempranos y la tarea de sublimación no se puede realizar plenamente hacia las formas abstractas de Logos y Ananké, y el superyó resulta sádico, con lo cual la cultura sale perjudicada ya que ni la moral ni el sujeto salen beneficiados (*El problema económico del masoquismo*).

Así se constituye la culpa¹⁸ en relación con la severidad del superyó y de la conciencia moral, todo lo cual hace que «el hombre se vuelva contra sí-mismo».

Pero conciencia de culpa y conciencia moral no son lo mismo. La conciencia de culpa es previa y es la expresión de la angustia frente a la autoridad externa, autoridad de la cual dependemos por nuestra indefensión, y al temor a la pérdida de amor. Tensión entre el yo y la autoridad externa. La conciencia moral, por su parte, va a la par de la constitución del superyó, es decir, del movimiento de *interiorización*, introyección-identificación de los padres y los valores de la cultura. Pero las trazas de su origen quedan reveladas por el movimiento de *proyección* al constituirse la figura omnipotente y feroz de Dios o de sus equivalentes profanos sacralizados.

¹⁸ Freud aclara que cuando habla de «sentimiento inconciente de culpa» cae en una contradicción en el adjetivo, que en realidad se trata de una «necesidad de castigo» del yo en posición masoquista que se exterioriza de diferentes maneras. Pienso que sería más coneccto hablar de culpa inconciente (por la hostilidad y deseos de muerte inconcientes), y de necesidad de castigo, pudiendo acompañarse de sentimientos (concientes) de culpa o no.

5. Apocalipsis, ¿now?

Pero este fin del milenio no nos muestra al hombre obsesionado por la culpa, el pecado y la salvación. Los héroes dostoiévskianos son piezas de museo o de manicomio, ... o de la intimidad de la sesión analítica.

En la actualidad vemos predominar un mecanismo paranoico (el otro es el malvado), a lo que se agrega lo que podríamos llamar un mecanismo perverso, ya que nadie reniega del mandato de amor al prójimo, enunciado bajo las más variadas formas pero, en un malabarismo propio de una dialéctica siniestra, es en nombre de los mismos ideales y para preservarlos, que se extermina al otro de hambre, a tiros, a gas, a silencio, o a paladas de arena.

Es por el acto que se desmiente la ley.

Esto es posible en la medida en que se produce una identificación con las figuras más terribles del padre (padre imaginario), en detrimento de los aspectos ideales (padre simbólico).

Así las democracias liberales hablan de su ideal de progreso, pero en nombre de un sentido pragmático contabilizan fríamente vidas y miserias de los hombres bajo el eufemismo de «costo social». Las potencias imperiales invaden y/o imponen dictaduras sangrientas, siempre en nombre de la democracia y la libertad. Los estados totalitarios persiguen, vigilan, reprimen para salvaguardar la sacrosanta revolución. Y ¿para qué mencionar el auge de los movimientos fundamentalistas con su guerra santa?

La culpa, como conciencia, queda volatilizada y la moral tergiversada. Lo que sí no deja de aparecer —¡y de qué manera!— es el malestar en la cultura.

En los siglos XIX y XX se forjaron grandes ideales humanitarios holistas, todavía demasiado cristianos y hegelianos. Optimismo confiado en un devenir Ineluctable de progreso y superación. No comprendieron que eran Ideales demasiado teleológicos y no supieron que toda teleología, aún la atea, es una sombra de Dios.

Los proyectos de la cultura occidental han sido utopías totalizantes (cristianismo y comunismo) y han tenido un carácter evangélico, trayendo la buena nueva de la salvación, del hombre nuevo, terrenal o celestial: y/o pastorales, con sus jefes, caudillos, líderes, führers, por un lado y la masa-rebaño por el otro.

Estas utopías, en su proyecto y su mensaje, al desconocer al ser humano con sus amores y sus odios, con sus rebeliones y su propensión a la «servidumbre voluntaria», han caído en el idealismo, proponiendo la superación por la gracia o por la modificación, casi mecánica, del hombre por la transformación de las relaciones económicas, más que necesarias pero no suficientes. Estas últimas utopías, que tuvieron el enorme mérito de des-entrañar las bases económicas de la sociedad, sin embargo no quisieron saber de las entrañas del alma humana.

Y ningún proyecto asumió la contradicción insalvable entre la ideología individualista y la holista.

Llegamos así al fin del siglo y al fin del milenio y para algunos también al fin de la historia, con un reforzamiento del individualismo y el escepticismo ante cualquier proyecto holista.

Aceptar esto, más acá de todo juicio moral, significa desconocer que conflictivamente junto al Individuo está la comunidad, que junto a la sumisión está la rebelión, que junto al amor el odio, que yo no existo sin el otro, sin los otros.

¿Podrá la cultura occidental gestar ideales que concilien individuo y comunidad? ¿Qué modificación de estructura y valores se requieren?

No vislumbramos en este momento ninguna respuesta, sumidos como estamos en un profundo malestar por el desconcierto y la desesperanza. Pero no descartemos que la haya, sabiendo que será precaria y no definitiva. Y si no, mereceremos el anatema de Freud cuando decía *«que una cultura que deja Insatisfecha a un número tan grande de sus miembros.., no tiene perspectivas de consumarse de manera duradera, ni lo merece»*.

Es por la nueva visión del hombre que da el psicoanálisis que los psicoanalistas podemos aportar una palabra, difícil de proferir y de oír, sin desesperar —como decía el Maestro- y contribuyendo a que se afiance Eros en su eterna lucha contra la destrucción.

Daniel Gil

Rumbo, Marzo 1992.

Estructuración psíquica*

*Myrta Casas de Pereda***

Todo intento de tratar con los orígenes puede desembocar riesgosamente en una teoría unitaria, en una construcción totalizadora del hombre. Verdadero punto álgido que conduce al malestar en el psicoanálisis y que, sin embargo, hace de ese interrogante, siempre renovado, un eje de su existencia. El ser humano, su ser en el mundo, no coapta jamás con lo inconciente que lo determina. Y su anhelo de comprender, entender o explicar la vida, va a estar necesariamente marcado por esa imposibilidad radical, consustancial a lo más vital de nuestra existencia.

Sabemos del *impasse* que representa para el progreso del psicoanálisis tanto una concepción genetista pura como una estructuralista a ultranza. Mi planteo intentará atravesar ambos riesgos centrándome en el sujeto del inconciente y privilegiando su proceso de estructuración, donde el sujeto se realiza en relación al otro (funciones materna y paterna) por los efectos de la indefensión propia del ser humano.

La indefensión es la marca a fuego de la ontogenia que organiza las múltiples y sutiles redes donde el sujeto para acceder a su propio deseo, necesita ser deseado y sostenido metafóricamente y literalmente por sus padres. ¿Y dónde leemos los efectos de esta estructuración sino en el movimiento del cuerpo y de la voz?

Y esto, que se constituye en discurso infantil, es efecto, producto al mismo tiempo que producción, pues el niño, en este encuentro esencial con los brazos y

* Panel *Estructuración Psíquica* del Congreso

** Av. Gral. Rivera 2516. Montevideo 11300

las palabras del otro, empieza a sostener y articular sus primeras marcas.

Primeras, segundas o infinitas, son marcas en un proceso permanente de intensa actividad constitutiva en los primeros años que implican al mismo tiempo una disponibilidad permanente de funcionamiento psíquico que autoriza la tarea analítica en cualquier momento de la vida.

Marcas que en el legado freudiano se subsumen en la representación (*vorstellung*) con todos sus alcances y también sus límites. El término representación, anclado en raíces filosóficas propias de la época freudiana, es alcanzado por el desarrollo de la lingüística que entra modificada al psicoanálisis a través de la obra de Lacan. Y en los últimos años es también influido por la semiótica y la pragmática que relevan y renuevan la lingüística. Así, el símbolo y el proceso de simbolización se colocan tal vez a la par de la representación.

Si «*hablar es hacer cosas con palabras*» [J. Austin (1)], aparece una productividad del discurso que vuelve muy significativo el aspecto estructurante en juego. ¿Del estructuralismo de la lingüística, con sus aportes innegables, nos deslizamos hacia un cierto vuelco neopositivista?

El lenguaje deja de ser esencialmente comunicación y se le subraya el aspecto de producción.

El discurso infantil, en su doble faz de gesto y palabra, imagen y vocablo, consustanciales y presentes en el jugar, diagrama en actos sucesivos «plenos de sentidos» (libretos lúdicos concientes, preconcientes) la emergencia de no sentidos o la producción de un sentido nuevo (emergencia de deseo inconciente). Discurso como texto [M. Bajtin (2)] que siempre se desarrolla en la frontera entre dos sujetos.

Palabra y acto, trama significativa que se escribe a medida que se juega la puesta en escena del discurso infantil, donde el analista, a quien se dirige dicha «escritura», deberá no traducir, sino hacer posible la puesta en escena literal que constituye la transferencia. El juego del niño, su jugar, no es «lo preverbal», sino discurso no verbal. El «pre», en realidad, nos conduce a una mera ilusión

evolutiva, pues el inconciente no evoluciona¹, sino que cambia, moviliza, articula y desarticula representaciones, trabaja cada vez en cada experiencia significativa del encuentro-desencuentro del niño y sus padres.

Cuando Freud en «*Más allá del principio del placer*» (8) piensa en la repetición toma dos polos de la misma: el juego del niño y los *impasses* del tratamiento. Compulsión de repetición, lado simbólico del sujeto que se hace presente tanto en un momento de estructuración como en un momento de falla. Momento de estructuración pensado en torno al juego *de fort-da*, que subraya la imprescindible tarea, trabajo de experiencia [el *playing* winnicottiano (16)]¹, que implica la representación, la marca psíquica. El movimiento y el acto en, torno a un objeto contingente (un carretel) produce un símbolo, una simbolización (la ausencia de la madre).

Cuerpo y palabra, imagen y representación, se vuelven problemas capitales del psicoanálisis actual.

Reconocimiento perceptivo de objetos y de imágenes en operaciones semióticas sobre un fondo de lenguaje verbal. Proceso de simbolización donde el cuerpo erógeno, sensible, de la pulsión se hace palabra.

Desde el nacimiento asistimos a una evolución neurológica. La palabra no es inmediata, como no lo es tampoco la disponibilidad motora, y la evolutividad del sistema nervioso no debemos verla en paralelo con el inconciente y la estructuración psíquica. La productividad del discurso infantil es desde el comienzo mismo una realidad psíquica donde la imagen (lo imaginario) que abarca lo acústico, lo visual, lo olfativo, lo cenestésico, anudan lo perceptivo a la vivencia; anudamiento que implica deseo, pulsión y cuerpo, organizando(se) en fantasmas y pensamientos.

Es que, tal como lo plantea F. Nietzsche (14), «en general todo gesto tiene un sonido que le es paralelo; la alianza más íntima y más frecuente de una especie de

¹ Me refiero a una evolución en un sentido teleológico.

mímica simbólica y de sonido constituye el lenguaje».

Es precisamente este ámbito de discurso ampliado, (gesto, acción y palabra)², que permite captar los cambios en el pensamiento infantil que van hacía una progresiva pérdida de la magia, desde las creencias infantiles entramadas con la ilusión en un lento y permanente proceso de desilusión. Y desde las perspectivas de las defensas diríamos que de la preeminencia de la desmentida se va articulando una aprehensión de la realidad que pone en juego los efectos de la represión y que es a su vez aprehendida desde la represión.

Mi propuesta de trabajo como recorte especulativo del vasto campo de la estructuración psíquica será lo siguiente: Pienso que lo que está allí implicado, como sustrato inconciente, como meollo de la estructuración, **es un juego de presencia-ausencia que vuelve consistente el símbolo de la negación**. Este sería el pivot esencial en la constitución de la división del sujeto y la organización de las intancias.

Lo negativo, la negación, la actividad negadora, el trabajo de lo negativo, son algunas de las formas en que este concepto es trabajado en el psicoanálisis actual por numerosos autores: A. Green (11), G. Rosolato (15), J. Kristeva, J.J. Baranes, R. Kaës, J. Lacan. (13), entre otros.

Muchos de estos desarrollos se sostienen en la dialéctica hegeliana; retomo ese punto de partida a través de una síntesis donde D. Gil (10) señala (siguiendo la reflexión de A. Kojève sobre Hegel) que *«la negatividad no es igual a la nada, sino que es **acción creadora**, se expresa por la acción, como obra, a través del trabajo»*. (Destacados míos.) Y agrega que negatividad y acción, en el

² No es que realmente la imagen culmine en una palabra o que el trayecto inverso implique una regresión como señalaba Freud en los sueños. Ya hace muchos años, Lacan (12) proponía que la regresión freudiana de *La interpretación de los sueños* era una necesidad topológica del «aparato» que Freud manejaba en ese momento. Creo que con esta propuesta no perdemos la complejización y significación a *posteriori* que implica el espacio-tiempo de la infancia. Pienso que la palabra y la imagen tienen un interjuego dialéctico donde ambas se determinan recíprocamente: la palabra generando imagen, la imagen a su vez siendo una palabra imaginada.

pensamiento de Hegel están estrechamente unidas. Así, la negatividad se actualiza en tanto acto negador y éste es en realidad un acto transformador. Transforma lo natural en historia personal a través de ese acto de trabajo. Se realizan pues, al mismo tiempo, el mundo y el individuo histórico. Pero a su vez sólo podrá serlo (individuo histórico) en el reconocimiento de su finitud.

Papel protagónico de la muerte en el pensamiento hegeliano, uno de cuyos efectos es precisamente que el entendimiento está apoyado en una **actividad de separación**.

Es lo negativo, la negatividad, la entidad negadora, la que separa sujeto de objeto, y así la operación de discriminación tiene lugar. La acción negadora en Hegel es trabajo y trabajo es transformación. Nada menos que de ser natural adviene hombre.

La muerte y la negatividad, pues, en estrecho vínculo, que genera la vida psíquica (entendimiento).

Y en este tránsito (que recorto de todo el desarrollo hegeliano y de su dialéctica) el no-ser y el ser-en-el-mundo, me permito articularlos con la idea freudiana del yo-no yo³, se realiza por la acción negadora como trabajo (*arbeit*) psíquico que resulta en separar sujeto de objeto y objeto de sujeto.⁴

Desde este aporte podemos pensar que existen variadas formas de presentificarse o actualizarse la función de lo negativo.

³ En este momento lógico de la descripción freudiana [*La negación* (9)]. la discriminación yo-no yo sería desde Hegel (y desde Freud) un ámbito donde no estaría implicado el reconocimiento del objeto que es el que dialécticamente produce la aparición del sujeto. En estos primeros momentos (lógicos) donde lo placentero es «yo» y lo displacentero «lo expulso», se trataría de una negación antagónica y no una negación dialéctica que corresponde en Hegel a la aparición del deseo, ese otro momento lógico que implica el reconocimiento del objeto. Y que para el psicoanálisis implica la mediación simbólica entre la alienación y la separación.

⁴ En esta aparente reiteración sólo deseo subrayar el reflexivo implicado en la constitución del sujeto del inconciente, sostenido en la función del semejante auxiliador: la madre.

Y en torno a la estructuración psíquica (E.P.) se me destacan tres modalidades del No, o tres vías de desarrollo de sentidos diferentes que confluyen en el mismo vocablo.

A. La negación discriminativa

La *negación discriminativa*, tomada abarcativamente, se hace presente desde comienzos de la vida en el discurso materno y contiene en contracara la afirmación. Creo que ambas podemos asimilarlas a la *afirmación* y expulsión freudianas (*behajung* y *austossung*) (9), en su articulación de lo primordial (lo bueno adentro, lo malo afuera; verdadero ejercicio del juicio de atribución).

Esta negación es puesta en escena por la madre en esos primeros juegos de «No está-está» cuando cambia a su bebé y juega a esconder su rostro mientras enuncia, con tonos cálidos y lúdicos estas palabras fundamentales: «¿¡No está?! ¡Está...!»

Es primero la madre quien juega *al fort-da*, ocupando el lugar del niño en la subjetivación anticipada, propiciando lo especular. Le «enseña» a jugar el juego de la presencia-ausencia que autorizará la presencia o emergencia del deseo (de que algo esté, de que algo sea). Especularidad que hace al sujeto funcionando en el objeto en movimientos de alienación separación.

Los juegos de presencia-ausencia inauguran una larga serie a lo largo de la infancia, constituyéndose luego en los juegos del *fort-da* y de escondite. Y si la presencia-ausencia se gramaticaliza en el espacio-tiempo fáptico de los gestos o juegos compartidos, ámbito placentero que reúne por ello el deseo de la madre (de que el niño sea, de que el niño viva), esa tarea de transformación, ese trabajo de la acción negadora, tiene lugar y sus efectos se plasman en hechos de E.P. Puesta en marcha del deseo que a su vez promueve los mecanismos defensivos, al tiempo que acontecen marcas y simbolizaciones. Estas defensas, en realidad, no son sino los diversos modos en que se producen las articulaciones que conllevan la

aprehensión de lo real, del mundo, junto a los límites y las frustraciones.

La defensa correlativa a este *No discriminativo* es la desmentida. El No de la discriminación que diferencia lo que es de lo que no es, necesita pasar por una condición atributiva (está-no está) antes que pueda establecerse la judicación de la existencia. Presencia como vida y ausencia como muerte se juegan desde muy temprano duplicando la realidad de la indefensión y la imprescindible presencia del otro para la vida (el deseo del Otro). No se puede tolerar la ausencia porque implica la muerte (psíquica, física), y la desmentida entroniza su fuerza en estos primeros años de la vida.

Este trabajo de lo negativo que es transformación permite la separación sujeto-objeto, efectiviza la discriminación, pero la elaboración más simbólica de la ausencia, como sería la castración en un contexto edípico, queda aún a distancia. Si bien la estructura edípica está presente desde el comienzo, en el discurso de los padres, el modo de relación objetal condiciona la organización del fantasma. Se vuelve necesaria una experiencia reiterada de la pérdida para organizar el objeto, cada vez, y por ende el sujeto.

La desmentida da cuenta de los límites del aparato psíquico para enfrentar la simbolización de la ausencia, y es un paso de la misma donde se organiza, en lo perceptivo, la negación de la ausencia. Se desmiente la ausencia desde la primera alucinación mítica de satisfacción, como se desmiente la ausencia de la madre en la encarnadura factual del objeto transicional (cumpliendo nada menos que la función materna de aliviar la angustia); así como se desmiente la ausencia del otro como semejante plasmada en el compañero imaginario cuya patología desliza el sentido hacia el doble y lo siniestro; o se desmiente también la ausencia del pene de la madre en el fantasma fálico de las *teorías sexuales infantiles* (T.S.I.) - desmentida de la diferencia de los sexos.

La desmentida es consustancial a la estructuración psíquica, y por ello, el acceso a la descreencia que implica la aceptación de la diferencia, la salida de la desmentida, no puede venir nunca como esclarecimiento sino sólo como

resultado.

El juicio de atribución y el juicio de existencia [en ese orden para Freud (9)] están en juego en toda afirmación-expulsión que organiza una marca primordial, y la desmentida, que habla de un juicio de atribución que se sustrae, pone de manifiesto el hecho de que la E.P. implica organizaciones en torno a pivots estructurales como son la ausencia, la muerte o la castración, que anticipan un periplo de resignificaciones donde la simbolización gana lugar.

Cuando Freud otorga el nombre de «*teorías*» a una serie de creencias infantiles universales, no hace sino otorgar toda la fuerza a un simbólico que nos determina y donde lo que allí se encarna es precisamente la desmentida de ausencias. En las T.S.I. es la castración en su negativo lo que se representa (la no castración, la no diferencia de sexos), en primacías orales y anales (coito oral, parto anal), junto a la idealización y omnipotencia del otro, plasmada en las creencias (como los Reyes Magos, por ejemplo). Ilusión que debe ser consistentemente jugada, escenificada, para que la pérdida sea efectivamente simbolizada.

La indefensión se hace presente en la precariedad de las funciones simbólicas que, en apretada trama con el conflicto, diseñan el modo de vérselas con la realidad: la creencia, la ilusión, las T.S.I., son los ámbitos de la desmentida.

A su vez pienso que la desmentida es una disponibilidad efectiva que no deja de estar siempre presente en el hombre como testimonio de ese trabajo de estructuración que se apoya en última instancia en la finitud; me refiero a que sí en la infancia están presentes las creencias y las T.S.I., en la humanidad «adulta» e histórica aparecen los mitos o su versión sublimada en el arte o la religión (creaciones de la cultura).

Y a este aspecto que hemos llamado negación discriminativa, se le agrega, como trama que se complejiza el No de la prohibición.

B. El No de la prohibición

También presente en la cotidianeidad, surge siempre como límite que viene de afuera.

Desde el «no llore mi bebé...» que conduce el deseo de no sufrimiento, calmando o aliviando una vivencia dolorosa y que hace presente una modalidad expulsiva del no; autorización simbólica a expulsar el displacer que hace marca en la estructura libidinal del bebé. Pero el placer a su vez tiene límites.

Resignificado como prohibición es muchas veces limitación frente a los riesgos de la vida diaria, habilitando al mismo tiempo un espacio reasegurador. Es que la muerte como riesgo, es también presencia simbólica en el deseo parental que conduce al hijo a la aceptación del No. Su transgresión o su falta de articulación, implica la amenaza de muerte del deseo, pues allí lo que se juega es el No de la prohibición del incesto.

Y en el espacio-tiempo de «lo que no se puede» o «no se debe», presentificando al mismo tiempo lo que se habilita, en esas rutinas de lo cotidiano, acontece una imaginarización encarnada de un acontecimiento inconciente capital cual es la represión: trabajo de un No como límite al placer que hace presente la defensa nodal de la neurosis.

El No a las demandas, límite al placer, va desde vivencias de frustración a elaboración de límites y organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó.

El No de la prohibición vehiculiza desde la función materna o paterna las estructuraciones edípicas parentales y va plasmando en el hijo en cada encuentro los efectos de dicha decantación estructural. De allí que las carencias y fallas en este ámbito de la prohibición, que es en última instancia prohibición del incesto, constituyen la base de numerosos efectos patológicos.

Los puntos A. y B. dan cuenta de la coexistencia de defensas como la

desmentida y la represión; y precisamente el retomo de lo reprimido es para Freud puesta de manifiesto en una tercera cualidad del No: la negación (*verneinung*).

C. La Negación

Se hace presente como juicio condenatorio cuando en realidad «es el sustituto intelectual de la represión», siendo el No señal de la misma: «*Su certificado de origen; digamos como el “Made in Germany”*» (9), sólo que esto es ámbito propio del discurso. Es el No del lenguaje verbal que aparece en la sesión, pero en el ámbito de la E.P. del niño, la operación simbólica que determina un instante de represión implica un No (certificado de origen), que es en realidad una pérdida y una sustitución. Esto a su vez se organiza entre el deseo del niño y el deseo de sus padres (inconciente) en una imaginarización factual imprescindible: la represión, en curso a lo largo de la infancia no es discriminable del retomo de lo reprimido.⁵

Entre afirmación y expulsión, entre presencia y ausencia, acontece una marca primordial que deja restos que pueden ser «recuperados» en la negación verbal desde los efectos de la represión.

Pretendo distinguir así:

Por un lado, el ejercicio del negativo en los efectos señalados en los puntos A. y B.: juego de presencia-ausencia que es habilitado por la función materna que introduce la mediación simbólica. Este ejercicio posibilita discriminaciones, transformaciones (Punto A.) y sustituciones (*represión*. Punto B.); es decir, funcionamiento inconciente con sus leyes propias (movimiento del deseo en metáfora y metonimia, condensación y desplazamiento) y que se mantiene por un

⁵ Este hecho tiene para J. Lacan validez permanente en todo momento de la sesión analítica.

buen tiempo con una *desmentida* muy consistente.

Y por otro lado, la negación freudiana (Punto *e.*), testimonio de la represión.

Creo que es interesante pensar que estos acontecimientos primordiales transcurren junto a señales o índices que resultan significativos. Así, el No en sus momentos más inaugurales es también gesto incipiente que se realiza en la desviación de la mirada que se acompaña con el movimiento de la cabeza hacia ese lado y que luego se completará hacia el otro, dando lugar al gesto universal. Hermosa descripción winnicottiana en el juego de la espátula al que Ch. Bollas (3) atribuye un esbozo de representación mental.

Y en esta peripecia donde opera el *a posteriori* (momento de tiempos lógicos), se abre un espacio donde se actualiza la postergación, la espera, que es un elemento central en el proceso de estructuración.

Me refiero al espacio-tiempo que he denominado metáfora viva idea que surge de lo trabajado sobre el objeto transicional. (4,5) Proponía allí que el objeto real, que da lugar al objeto simbólico, atraviesa un espacio-tiempo donde se re-presenta (el objeto real) como objeto perdiéndose (objeto perdido). Materialidad factual que habla de la necesidad de la experiencia de la pérdida, para la representación de la ausencia (un corte de tiempo lógico suspendido y encarnado). El objeto perdido de entrada» para Freud, necesita perderse cada vez para que esa simbolización inaugural de la pérdida tenga consistencia y se habilite la complejización de los procesos de simbolización.

Juego de itinerancias de presencia-ausencia, modo natural de expresión de la pulsión escandida en su esencia repitiéndose, redobla la también escandida relación de objeto que se ejercita entre el niño y su madre. El mito de la continuidad debe ser reformulado en el sentido de que lo que se continúa, lo que no cesa, es el juego de escansión de presencia-ausencia. Visible en lo oral, donde a la mamada sucede el descanso; similar en lo escópico; o aún en lo auditivo, silencio y sonido; o en lo cenestésico, donde se hace evidente la presencia sobre el

fondo de ausencia, registro de la diferencia.

Esta jerarquización de lo real no es para hacer prevalecer el aspecto biológico, sino para entender que el ámbito de la simbolización es el cuerpo en movimiento; marcas psíquicas realizándose.

La presencia de la madre y su potencial ausencia se reinscribe en nivel simbólico como presencia-ausencia del deseo de la madre, y a su vez se vivencia como la presencia-ausencia de afecto. Y esto, vuelto a significar en la estructura edípica, presente desde el comienzo a través de los padres y sus marcas, se organiza como la imaginarización de presencia-ausencia de pene materno que pivotea en lo imaginario la unión-desunión, el vínculo narcisista con la madre, lo dual-triangular imprescindible para la vida.

Es que la posibilidad que algo no esté (vida-muerte) se constituye como organizador psíquico. Como señala P. Fedida (7), «el juego inventa un lugar para la ausencia precisamente para permitir a la ausencia tener lugar».

Es entre cuerpo y palabra que aparecen sentidos. En la infancia la consistencia de lo imaginario es directamente proporcional a la indefensión y disminuye a medida que la desilusión gana lugar.

Tal vez necesitamos pensar en un *hiatus* o desfasaje (como decía en otro trabajo⁶), entre esta ida y vuelta de la ilusión a la des-ilusión, del narcisismo al reconocimiento de los límites, de las creencias al saber... de la castración, desfasaje que implica todo el proceso de desarrollo infantil y que es por lo tanto espacio y tiempo reales, años en la vida del sujeto. «*Latencia*» es la palabra que usó S. Freud para pensar la estructuración psíquica; espacio y tiempo diferidos

⁶ «Sobre el Juego y la simbolización.» Inédito

que hablan de una dialéctica de significación que el *a posteriori* configura con la articulación del nuevo sentido.

De la aprehensión psíquica del objeto, negatividad del gesto y/o la palabra, surge el sujeto; es el efecto del trabajo de lo negativo. La constitución del símbolo implica la constitución del sujeto del inconciente y el fantasma (en relación dialéctica).

Es el corte en el llamado trasvasamiento inaugural madre-bebé lo que queda explicitado en el juego del fort-da que Freud también relaciona con el bebé sustrayéndose del espejo y diciendo los mismos fonemas «ooo». Juego de alienación-discriminación donde, al mismo tiempo que simboliza y representa la ausencia de la madre con el carretel, el niño se instituye como sujeto deseante apareciendo y desapareciendo de «su» imagen. Momento de resignificación de la división y tiempo del sujeto funcionando en el objeto, en los objetos de juego.

A lo largo de la infancia los juegos de fort-da son verdaderos trabajos de significación subjetiva. En el juego se significa el deseo, se actualizan necesidades y demandas y la organización subjetiva, sujeto deseante y sujeto de conocimiento, inconciente y yo, adquieren consistencia. A su vez, los objetos contienen los pasos del proceso de identificación. Me refiero a movimientos de alienación y separación, nombrados de diferente manera en los distintos esquemas referenciales: proyección-introyección, identificación proyectiva, objeto subjetivo-objeto objetivo, bi y tridimensionalidad, simbiosis y salida de la misma, etc. (M. Klein, D. Winnicott, D. Meltzer, M. Mahler).

“Y este procesamiento simbólico que el juego articula es un tránsito donde la apropiación significativa de lo real es correlativa a los procesos representacionales” (5)

Y en esas puestas en escena hay tres elementos en juego:

- la necesidad del otro (en su función anticipatoria), primero especular para ser

(sujeto), aconteciendo aquí la primera pérdida (yo no soy ese);

- pérdida que se resignifica en las variadas formas del *fort-da* a lo largo de la infancia, donde el sujeto se afirma en la simbolización de la ausencia del otro (ya no especular);

- y la aparición, primero gestual y luego verbal, del No en los primeros meses de la vida del bebé, y que actualizará un nivel cada vez mayor de abstracción del trabajo de lo negativo, del trabajo sobre la pérdida.

Es que aún la represión primaria podemos verla como una simbolización que es división, en tanto es afirmación que lleva en contracara la pérdida. La represión primaria implica para Freud una pérdida absoluta no recuperable, al tiempo que instaura y sostiene toda ulterior operación de represión. La represión primaria, momento de ficción teórica, surge como el *grado O*, imprescindible para el despliegue de una cadena que contiene los elementos básicos de toda simbolización. Y para que ocurra esa pérdida (afirmación y expulsión) -llámese represión primaria, negatividad creadora, metáfora o simbolización-, lo que se vuelve imprescindible **es encontrar respuesta en el deseo del otro, no satisfacción sino respuesta**. Es el lado realizativo de la subjetivación.

La dialéctica presencia-ausencia que se juega (realiza) con la madre, división inaugural en la palabra materna que lo nombra y que juega a no estar, que se juega en los objetos que pasan de un valor icónico a un valor metafórico (siempre es discurso fálico predominante), que se juega en la ausencia del pene materno que organiza la circulación del fantasma fálico, acompaña al hijo desde el inicio de la vida. No un antes y un después en la cronología, sino momentos y experiencias múltiples de significación y resignificación.

Esto subraya la importancia del valor simbólico de la función materna que debe poder acompañar e incidir en la avalancha de creencias con que el niño entra a abarcar la realidad; no puede hacerlo de otro modo. La madre *se ofrece y le ofrece* juguetes o le ayuda a crearlos, porque se necesita un **tiempo** del mencionado **espacio** de metáfora viva. Coordinadas de espacio y tiempo indispensables como

señala E. Cassirer (6) para la constitución de objeto y por ende del sujeto.

Desde el chupete, la frazadita, el osito y la muñeca, la madre otorga o presentifica objetos que iconifican lo real inabarcable. Pero no sólo los otorga sino que permite su puesta en escena; la madre juega y cuenta cuentos, le hace cuentos, fabrica historias, le hace ilusiones.

En esta dimensión de ilusión y engaño la madre también dice la verdad, pues los cuentos están hechos de la misma argamasa de los mitos en la historia del hombre.

Y es precisamente la puesta en escena el modo de existir del *niño*; en ella, es donde se crea (recrea) y se produce cada vez *la otra escena*.

Tránsito de estructuración donde el niño, escritor con su cuerpo de letras que dice la madre y que dice a la madre, diagrama al mismo tiempo su subjetividad.

1992

Bibliografía

1. AUSTIN, J. *Cómo hacer cosas con palabras*. Ed. Paidós-Studio, 1982.
2. BAJTIN, M.: *El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas*. En: *Estética de la creación verbal*. Ed. Siglo XXI., 1989
3. BOLLAS, Ch.: Cap. 5: *The Psychoanalyst's Multiple Function*. En: *Forces of Destiny*, pag. 94. Free Association Books, London, 1989.
4. CASAS DE PEREDA, M.: *Gesto, juego y palabra. El discurso Infantil*. Rev. Uruguay de Psicoanálisis, N°74, 1991
5. CASAS DE PEREDA, M.: *Sobre el juego y la simbolización*. (Inédito)
6. CASSIRER, E.: *La philosophie des formes symboliques. Tomo 3: la phéroménologie de la connaissance*. Caps. 3,4. Ed. de Minuit, 1972.
7. FEDIDA, P.: *L'absence*. Ed. Gallimard, Paris, 1978; citado por O. Didi

Huberman en *La plus simple image*. Nouvelle Revue de Psychanalyse N° 44: Destins de l'image, 1991.

8. FREUD, S.: *Más allá del principio del placer* (1920), T. XVIII, Ed. Amorrortu, 1979
9. FREUD, S.: *La negación* (1925). T. XIX, Ed. Amorrortu, 1979.
10. GIL, D.: *La vida, la muerte y la pulsión*. Pags. 133-8, Ed. EPPAL, 1989.
11. GREEN, A.: *Le travail du négatif* Revue Française de Psychanalyse. L. 1., 1986: *De locuras privadas*. Cap. 8: *Negación y Contradicción*. pag. 269, Ed. Amorrortu, 1990.
12. LACAN, J.: *Seminario 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Pag. 223. Ed. Paidós, 1983
13. LACAN, J.: *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. En: *Escritos*. Págs. 321-2, 314. Ed. Siglo XXI, 1972; *Seminario 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, págs. 109, 112, 126. Ed. Paidós, 1983.
14. NIETZSCHE, F.: «*La concepción dionisiaca del mundo*». Citado por J. Kristeva en *Semiótica* 1., pag. 117, Ed. Espiral, 1981.
15. ROSOLATO, O. *Lo negativo. Figuras y modalidades*. (A. Missenard; O. Rosolato; J. Guillaumin; J. Kristeva; Y. Gutiérrez; J.J. Baranes; R. Kaës; R. Roussillon; R. Moury) Ed. Amorrortu, 1991.
16. WINNICOTT, D.: *Realidad y juego*. Ed. Granica, 1972.

Panel:

Estructuración psíquica*

*Mercedes E de Garbarino***

El tema *de* este panel constituye un verdadero desafío para los que tratamos de describir y teorizar el tan difícil período de la adolescencia.

¿Podremos hablar de estructura cuando queremos significar lo que implica la crisis adolescente?

Tal vez el desafío empieza mucho antes con el tema de este panel. Lo primero sería: ¿qué entendemos por estructura? De qué concepto de estructura partimos para discutir “la estructuración psíquica”. Pero esto nos llevaría a otro lugar que no es al que yo tengo intención de llegar.

Sin embargo, quisiera decir que en mis apreciaciones voy a partir del concepto más general, más simple de estructura.

No nos ubicamos en la definición de la lingüística que considera como base de la estructura el primado de la forma y en los que las estructuras son los electos de la combinatoria simple y pura del significante, es decir, en esta concepción las formas son las que determinan la realidad de la estructura.

Mi enfoque de la estructura psíquica, si es que se puede hablar de estructuras del aparato psíquico, sería la consideración de los paradigmas de la teoría analítica freudiana como estructuras.

Vale decir ajustándome al estudio que hace sobre el tema Jean Laplanche.

No pretendemos abordarlo desde un punto de vista epistemológico estructuralista, tal como en la actualidad lo encara esta disciplina.

* Panel *Estructuración Psíquica* del Congreso.

** Br. Artigas 1339, Montevideo 11200

No manejamos la estructura como una forma de encarar los problemas de la ciencia que tratan el signo y que tuvo su punto de partida en la lingüística saussuriana.

Queremos aclarar esto antes de entrar en lo que nos interesa que es aportar algunas reflexiones y así aproximamos a decidir si las crisis adolescentes configuran una estructuración psíquica o no.

Otra cosa previa es recordar que el concepto de estructura tal cual lo formula el estructuralismo en tanto un sistema, es decir un conjunto del cual ninguno de los elementos puede ser modificado, sin provocar modificaciones en los demás, motivó el reagrupamiento de la mayoría de las ciencias, las ciencias del signo, de los sistemas de signos.

En psicoanálisis fue la escuela lacaniana la que tomó esta línea. Vale decir que tomó el modelo lingüístico y lo aplicó a los datos del psicoanálisis. Los propone como una comprensión del sujeto según esquemas estructurales de significantes; jerarquizando las formas.

No es este el concepto de estructura desde el que partimos como ya lo dijimos. Vamos a buscarla estructuración psíquica de la crisis adolescente tal cual la describe Laplanche: los diferentes conceptos teóricos que son las bases de la ciencia psicoanalítica (como Edipo, castración, etc.) constituyen estructuras.

Tratándose de adolescentes es tal la variedad de conductas, de características que muestran estos jóvenes, que por momentos dudamos en cerrar en un todo los diferentes fenómenos psicológicos que se suceden en esos pocos años de la vida. Sin embargo vamos a tratar de decir alguna cosa sobre lo que es desde el punto de vista teórico el momento de la adolescencia: si se trata de una estructura o no lo podemos reflexionar luego. Propongo hacerlo juntos.

Quisiera recordar sin embargo lo que algunos estudiosos de la crisis adolescente han aportado a este tema. Algunos piensan que se trata de un momento justamente de caos o desestructuración de la personalidad y por lo

tanto no sabe formularla como estructura. Otras postulan que a pesar de la situación crítica por la que están pasando hay una cierta organización o mantenimiento de una estructura. Por ejemplo, Julia Kristeva asegura que se trata de una estructura psíquica abierta, a semejanza de los “sistemas abiertos” que describe la biología y que tienden a una Identidad renovable en la interacción con los otros.

En nuestro medio Irene Maggi de Macedo en un trabajo con colaboradores sostiene que se trata de una estructuración en movimiento. Movimiento determinado por la trama de una doble “escritura”. Una más regresiva que serian los elementos narcisistas y la otra las relaciones de objeto. Yo agregaría que la trama se configura en base a las huellas mnémicas de la infancia entramadas por la actual.

Como vemos si bien se habla de estructuras, son estructuras abiertas renovables, en movimiento.

Veamos qué es lo que ocurre durante este período y después opinar.

Para aproximarnos a lo que ocurre en el joven en esos momentos repetiremos una vez más lo que ya todos los que se ocupan del tema han aceptado. La crisis de la adolescencia consiste esencialmente en una crisis narcisista; sin dejar de lado la reedición del Edipo con las características que le imprime el momento actual.

En esta afirmación estamos hablando de dos estructuras o dos formas de vivir los acontecimientos externos: la narcisista y por lo tanto preedípica y la edípica, que observamos se dan simultáneamente o alternándose una y la otra. Además se organizan una y la otra a la luz de nuevos elementos que se dan o son inéditos de este período.

Cuando hablamos del narcisismo del adolescente, queremos aclarar que se trata de una situación muy específica, muy regresiva a la que llamamos narcisismo del Ser. Nos remitimos a la teoría postulada en nuestro medio por H.

Garbarino.

Siguiendo esta concepción del Ser consideramos que el adolescente entra en esa instancia como consecuencia del desajuste de su aparato psíquico sobre todo por el desdibujamiento del yo y sus ideales.

Cuando hablamos de crisis narcisística nos referimos precisamente al hecho de que el yo queda desprovisto de carga -en forma momentánea- y se produce una regresión al narcisismo del Ser. Es en esta situación que se sienten -en sus fantasías- formando un todo con el universo, son el aire, o las estrellas. Es así que un adolescente de 15 años nos cuenta que emitía una luminosidad por sus manos, la misma luminosidad de una estrella y por eso no tenía dolor, que sabía si venía un auto en la próxima calle porque era el viento y no necesitaba de los órganos de los sentidos para enterarse de la existencia del auto. Sin embargo, este joven cuando al día siguiente comenta con sus familiares sobre su dolor, dice que durante la noche se le fue porque pudo dormir y al llegar a la esquina verifica si realmente venía un auto o no, por supuesto que si él “intuía” que no se aproximaba el auto, esto era así.

Como se puede ver por estas viñetas este joven se maneja en dos niveles.

En uno puede ser estrella, aire; ser el cosmos y por lo tanto “sabe” que viene un auto, no siente dolor. Está en esos breves momentos sumido en el narcisismo del Ser, que con su fuerza centrífuga se extiende como una partícula en el espacio que puede ser de aire, puede ser estelar o muchas otras y así siente la pérdida de límites y por lo tanto en un vivir diferente de lo cotidiano con parámetros espacio-temporales que no son los nuestros.

Sin embargo casi de inmediato es capaz de verificar por los órganos de los sentidos si viene el auto o a razonar que fue el descanso de la noche que le ayudó a solucionar su dolor.

Este adolescente con estas vivencias puede hacer una vida adecuada, estudia con eficacia, sin llegar a ser brillante, tiene novias o chicas con las cuales forma pareja, tiene su grupo de amigos (a los cuales les cuenta estos episodios) con los

que se reúnen semanalmente para escuchar música, charlar o ir a bailes, etc.

En conclusión lo que queremos destacar es que en la adolescencia normal hay una división de la personalidad y el joven vive en dos mundos.

Puede convivir con los adultos en forma adecuada, pero por debajo viven los acontecimientos con vivencias fantásticas para nuestro razonamiento lógico.

Por lo general sólo lo comentan con sus pares que los entienden muy bien dado que lo comparten. Es este aspecto de su personalidad que les da la posibilidad de crear.

Es bastante común que escriban cuentos y poemas, la mayoría de las veces con buen nivel literario; condición que al pasar la adolescencia la mayoría, la pierden.

Este aspecto que sería lo característico de esta crisis es lo que nos hizo decir en comunicaciones anteriores que el adolescente se maneja con un funcionamiento psicótico. Creemos que hoy diríamos que si alguna entidad patológica se podría asemejar, lo veríamos como un funcionamiento fronterizo; pero con una importante diferencia y es que tienen la posibilidad de recuperarse de este incursionar por el Ser y volver al mundo cotidiano regido por el yo instancia. Esto es lo que hace al cuadro como no patológico.

Esta alternancia entre el Ser y el Yo, instancia que muestra en forma muy hermosa un escritor adolescente, precisamente, que fue el Conde de Lautreamont en su libro "Cantos de Maldoror", empieza el cap. XV del segundo canto, en un vaivén entre el sumirse en el espacio: "Hay horas en la vida en que el hombre de melena piojosa lanza, con los ojos fijos miradas salvajes a las membranas verdes del espacio pues le parece oír delante de sí el Irónico huchear de un fantasma...". Pero hay algo que lo saca de ese mundo fantástico donde el ojo mira membranas verdes del espacio, el fantasma que grita, etc. Dice Lautreamont "... Menea la cabeza y la baja..." Hay algo que viene de adentro que lo menea, lo sacude y lo saca de esa vivencia oceánica. Continúa él "... ha oído la voz de la conciencia. Entonces sale precipitadamente de la casa con la velocidad de un loco, toma la

primera dirección que se le ofrece a su estupor y devora las planicies rugosas de la campiña.” Sale de la casa-yo que es lo que limita, contiene, él no quiere limitarse y dispara y ya sin control “devora las planicies rugosas”. Continúa todo el capítulo en esa lucha entre la atracción del Ser con sus vivencias oceánicas y la presencia del yo que lo ubica en lo cotidiano.

Termina esta lucha entre el Ser y el yo al final del capítulo convirtiendo a la conciencia en su enemiga y fantasea matarla y roerle el cráneo. En esta dificultad de asumir la conciencia, mostraría la patología del personaje (super-yo excesivamente sádico) cosa que no ocurre en un adolescente normal.

El adolescente puede transitar de uno a otro mundo sin solución de continuidad, cosa que constituye un esfuerzo y un sufrimiento enorme en Lautreamont.

Considerada así a la crisis adolescente, ¿podríamos verla como una estructuración psíquica?

Palabras claves: * *Adolescencia - Crisis - Narcisismo del Ser*

* La Comisión de Indización de A.P.U. ha indizado el primer artículo para la RUP. Estas palabras representan el contenido temático de este artículo y es a través de ellas que se recupera la información contenida en el mismo.

Panel sobre los casos difíciles*

*Héctor Garbarino***

Cuando Freud, en el año 1923, se propuso examinar las diferencias entre neurosis y psicosis, se basó en la concepción del aparato anímico propuesta recientemente en su obra “El yo y el ello”. Creemos que aquí residen las limitaciones de las conclusiones a las que llegó Freud, pretendiendo comparar dos estados genética y estructuralmente tan diferentes, con el mismo modelo de aparato psíquico, un modelo individual de aparato que le fue extraordinariamente útil para las neurosis, pero que no podía darle los mismos resultados en pacientes que trascienden la condición individual. Esto lo llevó inevitablemente a minimizar las diferencias. Es así que en su segundo trabajo dedicado al tema, ya desde el título: “La pérdida de realidad en las neurosis y psicosis”, se ve que Freud se decide por estudiar más las analogías que las diferencias.

Era necesario, pues, un nuevo modelo de aparato anímico para abordar la pérdida de la realidad en las psicosis. Un modelo que diera cuenta de las profundas transformaciones espaciales, temporales y narcisísticas que sufren estos enfermos.

Con esto no queremos desconocer la importancia de la obra freudiana aún para la comprensión de las psicosis, pero sí señalar sus limitaciones. Hace unos pocos años, nosotros hemos propuesto un nuevo modelo de la mente para una mejor aproximación, creemos nosotros, a estas patologías, modelo que introduce una nueva metapsicología. Recordemos que Freud mismo, pocos años después de los trabajos mencionados, sostuvo que “sin la bruja metapsicología, no se da un solo paso adelante”.

* Panel *Casos Difíciles* del Congreso

** Br. Artigas 1339, Montevideo 11200

Para nosotros, el conflicto inicial de la psicosis no sería intersistémico, como en las neurosis, sino fundamentalmente intrasistémico, es decir, el retiro de investiduras del yo a los objetos sería secundario a la alteración primaria del yo que retira sus Investiduras a la propia imagen corporal. Es un yo mal constituido desde el origen, “hecho a la ligera”, como decía Schreber, fácil presa de la pulsión de muerte, y propenso, por consiguiente, al desmoronamiento frente a la acción de traumas narcisistas externos. Al perder el yo las representaciones de sí se desestructura el esquema corporal y se pierden los límites individuales. Me he referido en diferentes ocasiones a la enseñanza que representó para mí una paciente que, días después de perder su imagen especular, hizo un delirio alucinatorio que comenzó con la figura del doble, como medio de recuperar la imagen de sí perdida y evitar caer en el vacío de ser.

El yo ha perdido su espacio psíquico propio, tridimensional, ha regresado a la condición bidimensional del yo corporal, ya no hay distinción yo-no yo, ni adentro y afuera, y las representaciones de sí son percibidas en el mundo exterior en forma alucinatoria.

Pero el punto al que queremos llegar y que nos parece esencial es que no se trata aquí sólo de un cambio en la configuración espacial y también temporal, ya que se pierde el tiempo diacrónico del yo, y se instala un presente eterno, sino de un cambio narcisista que nos obliga a la extensión de la teoría del narcisismo. Ya no se trata del narcisismo que inviste al yo y al cuerpo dándoles cohesión y límites, o a los objetos que son reflejos del yo, sino de un narcisismo que cambia de dirección perdido su polo de atracción normal, y se vuelve centrífugo invistiendo en el mundo externo los objetos del universo, y especialmente los símbolos universales. Perdida la unidad yoica buscan recuperarla mediante estos símbolos que operan a la manera de ordenadores de su existencia.¹

¹ Por eso Schreber escribió: “el orden cósmico trae consigo el medicamento para curar las heridas que se le infirieron; este remedio consiste en la eternidad”.

Hemos llamado narcisismo del ser a este narcisismo que vuelto hacía el cosmos, inviste los símbolos universales.

En Schreber, los Rayos, símbolo universal de la suprema potencia creadora, son utilizados como un esfuerzo para restaurar el ser, amenazado de destrucción y caída en el no ser. Producido el derrumbe del yo individual, que Schreber llamaba “el almicidio”, le sobreviene la angustia de perder la excitabilidad del ello, y caer en el vacío de ser, de allí la importancia que da a los nervios del cuerpo, al papel fecundante del sol y al poder fertilizante de los Rayos.

En el mismo sentido la transformación en mujer es un intento de recuperar la identidad de su yo. Pero lo que nos interesa destacar, es la angustia de no ser que Schreber expresaba de muchas maneras, por ejemplo, mediante la disolución del ser: “he visto, no en una sola ocasión, sino en cientos de ellas, cómo figuras humanas eran esbozadas durante un breve tiempo, mediante un milagro divino para disolverse luego o disiparse.

¿Será por casualidad que Schreber atribuye a los objetos humanos del mundo macroscópico el mismo destino que los físicos modernos asignan al mundo de las partículas subatómicas, de desarrollarse y recrearse continuamente? ¿O será que los esquizofrénicos al desintegrarse su aparato anímico se aproximan a las condiciones de existencia del mundo inanimado? En este sentido es interesante señalar que también Hoffmann que, como Schreber, tenía motivos para saber de la psicosis, en su cuento “El hombre de arena”, hace que su personaje Nataniel se enamore de Olimpia, la muñeca inanimada, como reflejo especular de su propio núcleo inanimado que, cuando vuelve a él mismo, destruida la muñeca, provoca la irrupción de la psicosis.

En este sentido creemos que el delirio esquizofrénico es un intento de recuperar al ser la trama delirante sirviendo como sustentación al ser y evitando su completo

aniquilamiento en el no ser.

Otra es la situación del delirante paranoico, con el cual se inició la segunda enfermedad de Schreber, donde no hay desmoronamiento del yo, sino regresión narcisista al yo placer, como mostró Freud, que posibilita el trastorno hacia lo contrario del amor homosexual en odio y proyección total del odio que hace nacer el perseguidor.

El estudio de la esquizofrenia, así como de la mística, la adolescencia y la creatividad, nos hizo introducir la instancia del ser como la instancia originaria, con la cual nacemos, anterior al yo, y por consiguiente a toda imagen y a toda identificación. Es la percepción del ello ilimitado, en que uno simplemente es, en unión indiscernible con el Todo, en un régimen unidimensional, donde espacio y tiempo no están diferenciados. Freud llamó “yo oceánico” a este estado que nosotros atribuimos a la instancia del ser.

El recién nacido se sentiría como un ser ingrávido, siendo el llanto y el grito del niño acontecimientos meramente fisiológicos, como señaló Meltzer, hasta la aparición del yo corporal, y con él la vivencia de un cuerpo, en el vínculo con la madre.

Pero hay niños en los cuales todo sucede como si la madre no hubiera podido realizar su función de humanizar al recién nacido y rescatarlo de su vinculación con el cosmos. Son niños autistas que permanecen ligados al universo, percibiendo, por intermedio del narcisismo del ser unido a un yo rudimentario, los símbolos universales. Constituyen las presentaciones del ser, que son al yo ser, lo que las representaciones son al yo instancia. Hacen rotar su pelvis, flamean sus brazos, se balancean, giran en círculo, incorporando los ritmos giratorios del cosmos.

Se sienten un fragmento del universo, es la niña que llora y dice: “llueve”, o la que percibe la espiral en las volutas de humo. Son las identificaciones cósmicas que sustituyen a las identificaciones humanas.

Se pierde de este modo la distancia entre lo animado y lo inanimado, lo que hace posible que las lágrimas sean lluvia. Lo que sucede en ellos es que las interacciones humanas, con objetos humanos, son sustituidas por interacciones con objetos del universo. No poseyendo un cuerpo individual, sino un cuerpo abierto al mundo externo, son más que cosas existentes en si mismas, parte de un flujo energético universal.

En cuanto a los fronterizos pensamos que su conflicto central está en que oscilan constantemente entre el narcisismo del yo y el narcisismo del ser, no pudiendo realizarse plenamente en ninguno de ellos, lo que es la principal fuente de su sufrimiento existencial.

Por un lado, impulsados por el narcisismo del ser buscan la unión con el Todo, situándose en otros parámetros témporo-espaciales y viviendo, por consiguiente, en un mundo intermedio, y por otro lado, se sienten compelidos, por la comunidad de individuos, a integrarse al mundo social en que viven.

Como consecuencia del predominio del narcisismo del ser no se sienten cómodos en su cuerpo al que viven como una cárcel.

La sexualidad al servicio del narcisismo es un medio para sostener, mediante la fusión con el partenaire, un yo claudicante. Logran alguna cohesión yoica por mediación de la fusión con el objeto, el cual le es vitalmente necesario para evitar la desintegración. La incorporación de los símbolos universales constituye otro medio para poner cierto orden en su existencia.

En definitiva, creemos que la introducción de la instancia del ser con su narcisismo propio y el estudio de su acción específica en cada una de estas patologías narcisistas graves puede contribuir a una mejor comprensión de estos casos difíciles.

Panel: Pareja y familia*

*Alfredo Vares***

Quiero hacer una intervención de concepto que sea instrumento. Quiero hacer una intervención de concepto que sea herramienta de transformación, herramienta de cambio. Comenzaré por ilustrar mis propuestas conceptuales utilizando el marco Congreso-Panel como situación de interacción regulada. Utilizaré ese momento para trabajar el concepto DIALOGO operando desde y hacia una situación concreta compartida. Seguiré, planteando consideraciones respecto a los temas: “el malestar en el psicoanálisis”, “pareja y familia”. Luego hará las consideraciones finales de esta intervención.

1. EL DIALOGO

Tomaré y trabajaré el concepto DIALOGO como interacción e intercambio con sus aspectos regulatorios, instrumentales y proposicionales jugando en el tiempo y en el espacio.

1.1 La regulación del diálogo

En el diálogo, una intervención nunca es proposicional pura -aunque pueda parecer así- siempre produce efectos sobre el interlocutor, i.e, es instrumental y además siempre propone -implícita- alguna regla que administra el proceso de diálogo, i.e. es regulatoria.

Para que exista DIALOGO es necesario que se consigan acuerdos en los aspectos regulatorios e instrumentales “antes” que en el plano proposicional. Se trata de “antes” lógico -no cronológico- puesto que en cada intervención están

* Panel Pareja y Familia del Congreso.

** Garibaldi 2859/1304, Montevideo

simultáneamente presentes y problematizados lo regulatorio, lo instrumental y lo proposicional.

Cuando un interlocutor se apropia o cede todo lo regulatorio, produce el efecto máximo de violencia instrumental el diálogo se vacía, queda una sucesión al tema de monólogos. DIALOGO SINIESTRO.

Trabajando la situación Congreso-Panel con estos conceptos quiero establecer un puente analógico que nos oriente en la posibilidad de utilizarlos en nuestro trabajo psicoanalítico.

Cuando acepté participar en el panel se confirmé el supuesto que yo aceptaría. Cuando acepté estar presente en ese futuro hice la confirmación regulatoria e instrumental imprescindible para el futuro proceso de diálogo, yo estaría allí. En ese futuro, estar allí confirma en presente algunos supuestos del pasado y se provoca en ese presente muchos más nuevos supuestos para su futura confirmación. Presente marcado por futuro invadido por pasado.

La comisión de organización científica del Congreso me comunicó que compartiría con dos colegas los primeros treinta minutos de planteo. Luego intervendrá el coordinador y relanzará la discusión hasta completar el tiempo total disponible, que es dos horas. La instancia de la intervención general incluirá potencialmente a todos los asistentes al panel, pero de ellos, los que concretamente quieran intervenir tendrán que expresarse por escrito.

Por último comentaré otra regla: la publicación previa al panel. La publicación del esquema de la intervención que hará cada panelista establece una condición para facilitar producir algo nuevo. Esta condición privilegia la secuencia propuesta-respuesta en la búsqueda de la producción de conocimiento. Es una regla que promueve el intercambio creativo, es una regulación que trata de neutralizar nuestra tendencia al enrollamiento monológico y trata de favorecer el desarrollo dialógico. CREATIVIDAD DIALOGICA.

Enrollo monológico se produce cuando uno trata de intervenir sin recibir, frente a otro que trata de recibir sin intervenir, así sucesivamente. No hay intercambio. La limitación temporal favorece el enrollo monológico del diálogo, esta tendencia disminuye si expandimos el tiempo -en el caso del panel- trabajando previamente sobre la publicación. Expandir el tiempo de esta manera es una tendencia saludable para la creatividad dialógica. Apropiarse del tiempo es una tendencia al enrollo monológico, una tendencia a DIALOGO SINIESTRO.

Estoy manejando el concepto diálogo por el cual una respuesta es -a su vez- la siguiente propuesta. Toda propuesta es respuesta a una propuesta anterior. Quiero destacar que uso la secuencia propuesta-respuesta en sentido lógico, estoy proponiendo una unidad lógica, en ella cada intervención es parte de una serie de propuesta-respuesta aun cuando parezca una producción aislada. Es una unidad lógica, un concepto despegado de la materialidad cronológica.

La regla “publicación previa” me obliga a escribir, a construir en mi presente témporo-espacial una intervención respuesta alimentada por el pasado. Mi pasado atribuye a los participantes futuros algunas supuestas intervenciones, ellas son las que inciden en la que hoy es mi respuesta previa y propuesta para el futuro que será presente. Aquí escribo hoy desde ayer para mañana allí.

Esta publicación anticipa el comienzo de la discusión. Hoy escribo aquí, hago mi presente desde mis diálogos con UN INTERLOCUTOR con quien hice mi pasado y desde él construyo mis respuestas hacia UN INTERLOCUTOR que ubico en mi futuro, en UN DIALOGO posible durante el panel. Allí, entonces, en ese futuro se producirá un cambio fundamental, el interlocutor ausente estará presente con su historia propia.

Quiero destacar el momento de cambio radical en las posibilidades instrumental y regulatoria. Ese momento en el que mi interlocutor interno, al que yo hacía Intervenir, instrumentaba y regulaba desde mi historia, ese momento en que se confronta con un interlocutor presente, externo que responde lo Imprevisible instrumental y regulatorio desde su propia historia.

Mi historia son los diálogos de mi pasado. Su historia son los diálogos de su pasado. Nuestras historias son los diálogos de nuestros pasados en diálogo presente interactuando para Intercambiar instrumentos, reglas y proposiciones.

Insisto en volver al momento y al lugar del pasaje inexorable de la virtualidad-ausencia a la actualidad-presencia. Insisto en ese instante de cambio fundamental en la condición regulatoria e instrumental. Es el momento de DIALOGO entre lo conocido reconocido y lo desconocido ignorado.

Con fines expositivos simplificaré ese complicadísimo instante en dos posibilidades extremas, ellas lo caricaturizan pero lo describen. Mostraré diferencias extremas como nunca lo son ya que siempre son diferencias de grado, de matices muy entremezclados. En cada DIALOGO se intercambian proporciones variables de:

a) Irrespetuoso Reconocimiento Recíproco, este reconocimiento anuda nuestras historias, nos confirma, nos fija con alegría de tontos. El irrespetuoso reconocimiento recíproco nos instala muy cómodos en lo conocido-reconocido. Como un eco, esta reciprocidad en espejo sólo tiene el destino de desvanecerse reverberando. La reciprocidad en espejo se confirma y reconfirma sin aportarse nada. Tranquilidad de cementerio, DIALOGO SINIESTRO.

b) Respetuoso Desconocimiento Recíproco, éste es angustiante, intranquiliza, nos moviliza, nos sacude totalmente hasta el esqueleto. Un respetuoso desconocimiento recíproco nos pone fuera de lo conocido, nos obliga a asomar la cabeza en el abismo de la diferencia, nos produce un doloroso vértigo y tememos por la caída de todo el cuerpo. Un respetuoso desconocimiento recíproco nos enfrenta estremecidos con el vacío, con lo ignorado, con la falta, nos moviliza el ORDEN REGULATORIO, nos obliga a Instrumentar nuevas regulaciones.

1.2 Incidencia regulatoria en lo proposicional

La propuesta temática establece -implícitas- aún más condiciones regulatorias

del intercambio. Malestar en el psicoanálisis, pareja y familia, son una orientación temática mínima, queda un vastísimo campo de interacción, de diálogo. Todo un universo de imágenes para mirar a través del ojo de una cerradura de -apenas- dos horas. Así se regula, se fijan límites, se condiciona saludablemente. Para cada panelista se establece -implícita- la regla de seleccionar; se le administra y se regula su libertad de elegir los puntos para plantear el tema... ¡en diez minutos!

Esta selección es Imprescindible. Esta selección es determinante. Esta selección establece la diferencia radical de lo que se puede plantear sobre “lo mismo”. Aún siendo la misma persona seleccionará distinto sí se modifican las circunstancias, si cambia la regulación, si cambia la administración de las intervenciones en el diálogo. Por aquí ya se vislumbra que en el diálogo los aspectos regulatorios determinan lo proposicional.

1.3 Incidencia de lo instrumental en lo proposicional

Cuando acepté participar en este panel, se puso en marcha mi deseo de compartir con ustedes nuestros años de trabajo psicoanalítico. No existen historias superponibles así como no hay expectativas que se puedan colmar.

Enterado de las características -ya mencionadas- de la situación, me interesé, me preocupé en tratar de intervenir para que logremos lo que llamé: respetuoso desconocimiento recíproco. Sabía, y tengo muy presente que recibiré intervenciones inesperadas tanto como lo es ésta. Nuestro diálogo durante el panel lo conceptualizo como una práctica epistémica dialógica, este concepto pone en relieve y destaca el valor heurístico del diálogo.

El valor heurístico se apoya en el respetuoso desconocimiento recíproco que establece zonas de investigación y exploración novedosas. Así, el mejor conocimiento a lograr es el conocimiento alcanzado en los vacíos, en las insuficiencias que revela el diálogo vivo con un Interlocutor presente.

Estoy convencido de que el conocimiento más valioso está en el camino de lo por conocer. Este camino solamente se mantiene abierto si se recorre en

DIALOGO. El diálogo vivo revela las diferencias y se mantienen abiertos los interrogantes.

Como pueden percibir tengo Interés y muy fuerte de que mi intervención tenga efectos de abrir LA DUDA. Ese interés ha dado forma a lo que escribo, trato de hacer, trato de escribir haciendo lo que estoy proponiendo. Este es el aspecto instrumental de mi intervención, estoy intentando una ACCION verbal en mi DIALOGO con ustedes.

Los aspectos instrumentales junto con los aspectos regulatorios ya mencionados caracterizan un enfoque dialógico que integra conceptos de la pragmática. Con ellos puedo apoyar teóricamente la afirmación: hablar es siempre diálogo, es hacer algo desde-para otro interlocutor. En este enfoque todo Interlocutor es un interhablante y verdaderamente un interactuante. PSICOACCION DIALOGICA.

2. UN ENFOQUE DIALOGICO DEL PSICOANALISIS

2.1 Malestar en el psicoanálisis, pareja y familia

Parte del malestar en el psicoanálisis en cualquiera de sus aspectos -tanto institucionales como teóricos o prácticos- deriva del efecto que producen las modificaciones regulatorias e instrumentales que no son advertidas o valoradas como para que se las pueda Incorporar, integrar al trabajo de análisis -en el nivel que corresponda.

Parte del malestar en el psicoanálisis deriva de que no se tiene suficientemente en cuenta aquellas relaciones del paciente con las que ha establecido la fijación externa de su problemática interna. Especialmente dolorosas, difíciles y a veces son imposibles de analizar, las fijaciones externas que han recibido algún tipo de consolidación social formalizada en lo jurídico, en lo político, en lo religioso u otro tipo de institucionalización semejante. También incluyo la institución PSICOANALISIS en esta posibilidad.

Parte del malestar en el psicoanálisis se produce cuando las proposiciones teóricas se cristalizan monológicamente. Ello ocurre porque su plano asertivo está configurado para instrumentar la confirmación de necesidades regulatorias transferidas. Hay teorías usadas tan monológicamente, que sólo remedan un diálogo con sus propios ecos conceptuales. Con este tipo de teorías también ocurre que las presentaciones clínicas -cuando las hay- están destinadas a ilustrar, confirmar la teoría defendida así como baluarte regulatorio. Cuando un paciente queda al servicio de ilustrar teoría, más que malestar es un horror, la iatrogenia campea desbocada.

Parte del malestar en el psicoanálisis de pareja y el de familia, se da porque concurren a consultar las más variadas e imprevisibles combinaciones de relaciones. Las más sencillas refieren a la situación planteada por un matrimonio con hijos de sus matrimonios anteriores. Un poco más descriptivamente compleja es la situación cuando los dos padres se han vuelto a casar y tener hijos. En el otro extremo -de lo poco frecuente-pondría aquella situación planteada por una hija del coito de la madre con un hijo de su tercer esposo. Enterada por su madre. ¿pareja? ¿familia?

El Panel es de “pareja y familia”, esta formulación -que es la que comúnmente se usa- nos podría llevar a pensar que necesariamente se trata de las únicas alternativas de trabajo con sus correspondientes respaldos teóricos diferentes. En mi concepto no es necesariamente así, sino que se puede conceptualizar de modo que la aproximación teórica pueda respaldar el análisis en otras situaciones en que nos consultan. Una posibilidad es esta propuesta conceptual dialógica, es sencilla y entiendo que es válida también para el psicoanálisis individual.

Cuando se trata de estudiar algún tipo de teoría compleja -que en parte deriva y se aplica en una práctica que es ajena al trabajo habitual del que lo estudia- en general el modelo capta todo el Interés y se posterga la investigación en la práctica, la investigación de un concepto por su aplicabilidad.

Esta postergación se ve facilitada porque el trabajo psicoanalítico con un

paciente -digamos descriptivamente- multipersonal es muy movilizador y problematizante. Es cansador percibir y participar en el ajuste regulatorio que hacemos permanentemente todos los presentes.

Valoro la sencillez de la propuesta dialógica porque en este campo de investigación psicoanalítica el recurso espúreo de refugiarse en los conceptos es más frecuente cuanto más complicada es la teoría. Las teorías muy complejas con abundantes cruzamientos desde otras disciplinas dan la sensación de que nunca sabemos lo suficiente para empezar a trabajar.

En este campo de trabajo es muy frecuente un déficit fundamental, una falta, muchos de nosotros no nos hemos analizado con nuestras parejas, o en familia, o por lo menos en un grupo terapéutico psicoanalítico. Este déficit acentúa la tendencia al refugio en la teoría, estudiar para suplir lo no analizado es un recurso muy riesgoso.

Esto me hace recordar aquellos viejos tiempos en que trabajando recurría -a veces con mucho acierto- a importar un “recurso” vivido en mi análisis individual.

Como es fácil percibir, en este campo del psicoanálisis es donde abunda el malestar sentido como saludable movilizador. Trabajamos incómodos, con teorizaciones incómodas que nos hacen seguir buscando nuevos instrumentos, y hacer de nosotros mejores instrumentos.

2.2 Una pareja tres familias

Una pareja tres familias es un recorte conceptual, una hipótesis muy sencilla, por supuesto es Incompleta y su grado de abstracción está muy próximo de lo descriptivo. Es una hipótesis liviana, relativamente portátil, transportable hacia otros encuadres, Incluido al psicoanálisis individual.

Trabajando inicialmente con parejas esta hipótesis surge en la mente del analista con fluidez y naturalidad. Una pareja tres familias tiene un gran valor Instrumental y cualquier psicoanalista que trabaje con parejas la puede construir y después desarrollar según su propia experiencia.

En mí caso el desarrollo ha sido en la dirección de conceptualizar y analizar la red dialógica que se construye en la sesión psicoanalítica entre todos los participantes presentes y las tres familias ausentes.

En este enfoque la metáfora teórica red dialógica, se construye con la imagen de una red cuyos hilos proposicionales se tejen, se anudan según el orden regulatorio e instrumental transferido del diálogo con interlocutores del pasado de cada uno de los presentes. Es una sesión psicoanalítica porque en ella se establecen las condiciones para que las transferencias modifiquen su condición de determinación ausente y se integren al patrimonio de disponibilidad de todos los presentes.

Se transfiere la historia del diálogo de cada uno y se establece progresivamente una red dialógica con participación de las tres familias y el analista.

En esta propuesta de concepto la pareja produce un diálogo manifiesto que vehiculiza las transferencias; ellas tejen la red dialógica -transferencial- entre los interlocutores presentes, desde-hacia las familias de origen y desde-hacia la familia que quisieran ser. Una pareja tres familias.

En mi concepto, pareja es diálogo, en el presente de la sesión la pareja es diálogo entre el pasado y el futuro. En ese diálogo de tres familias -conceptuales- entra el analista, soporte transferencial calificado para analizar las instrumentaciones y regulaciones transferidas -red dialógica de modo que esos determinantes ausentes entren en disponibilidad presente.

Todo se desarrolla según acciones de lenguaje, la transferencia busca inducir sus confirmaciones desde la red dialógica. La función del analista se cumple porque interviene siendo en parte soporte y en parte partícipe en la red dialógica. Cada vez que se produce algún respetuoso desconocimiento recíproco, éste sirve para indicar que el proceso de análisis está en marcha. Es una confirmación de que el analista tuvo la elocuencia de hacer un no decir junto con decir no haciendo lo que el paciente pretende inducir.

Un respetuoso desconocimiento recíproco angustia, intranquiliza, moviliza, sacude porque nos enfrenta con lo desconocido de quien creíamos conocer. En el

caso de las parejas a veces uno cree saber todo del otro, entonces el impacto del desconocido es mayor.

Un respetuoso desconocimiento recíproco moviliza todo el orden regulatorio y nos obliga a instrumentar nuevas y originales regulaciones -creatividad dialógica- para mantener el proceso de diálogo.

La creatividad dialógica refiere conceptualmente a la capacidad de resolver las regulaciones en el diálogo e Indica una doblemente saludable condición entre los interactuantes. Por una parte, refiere a la capacidad de establecer -crear- diálogo; por otra parte, refiere a que una vez establecido el diálogo, la creatividad dialógica es la dinámica productiva -creativa- que especifica lo esencial del diálogo.

2.3 Fragmentos de sesión

Los fragmentos de sesión serán seleccionados adecuados al desarrollo del panel.

3. CONSIDERACIONES FINALES DE ESTA INTERVENCION

La lectura de esta propuesta respuesta escrita requiere mucho más que los diez minutos adjudicados a mi intervención en el Panel. Lo escrito excede un poco del espacio adjudicado para mi intervención previa al Panel. Este es un excelente ejemplo de negociación de la regulación. Propongo -haciéndolo, acto de habla escrito- ajustar las reglas preestablecidas. Es una práctica de creatividad dialógica para facilitar la producción interactiva en beneficio de todos los interesados en participar durante el Panel. Durante el tiempo de planteo, tomaré solamente los diez minutos adjudicados, pero lo que diré se podrá apreciar mejor si ustedes se han instrumentado con esta intervención escrita como introducción.

Queda planteada al Congreso mi nueva propuesta respuesta regulatoria; estas páginas son más que las cuatro solicitadas. Si es aceptada llegará a ustedes todo lo escrito, así mi intervención verbal futura podrá ser otra, adecuada a diez minutos.

Serán diez minutos porque entiendo que esa propuesta regulatoria debe tener un mínimo margen de negociación. La proposición necesariamente debe ajustarse a la regulación para mantener abierto el flujo de producción dialógica. Si en esas brevísimas dos horas los que intervenimos nos apropiamos o prescindimos de la administración regulatoria del diálogo, se producirá el enrolllo monológico, el no diálogo, el DIALOGO SINIESTRO.

Psicosis.
Acerca de mejorías y peorías
D = PS

Silvia Braun de Bagnulo *

Lizardo Valdez **

De los múltiples problemas que plantea el trabajo con los pacientes psicóticos, nos pareció interesante pensar algo de lo que sucedía al mejorar. Y esto nos llevó a revisar qué es lo que entendíamos por mejorar y empeorar.

Es evidente que los criterios son diferentes en la neurosis que en la psicosis. Se hacen necesarias pues, algunas aclaraciones: en primer lugar, cuando nos referimos a pacientes psicóticos estamos hablando especialmente de sujetos diagnosticados de esquizofrenia desde el punto de vista psiquiátrico y que cuentan en su historia con más de un episodio que motivó su internación.

Nos encontramos pues con un primer referente psiquiátrico, que nos sirve para separarlos de pacientes que desde el punto de vista dinámico presentan una constelación similar e Integran el grupo mucho más amplio de las “psicosis psicoanalíticas”.

Este uso un tanto abusivo del término psicosis hace que se hable Indiscriminadamente de pacientes borderlines y psicóticos,¹ sin advertir que, más allá de coincidir en algunos mecanismos de defensa, tipo de angustia, etc., responden a situaciones psicopatológicas diferentes, tienen un pronóstico diferente

* Av. Italia 2540, Montevideo 11600

** Gregorio Suárez 2780, Montevideo 11300

¹ Este aspecto fue reiteradamente señalado en el Laboratorio de Psicosis de la APU.

y nos parece que necesitan abordajes técnicos diferentes.

Pero este problema de tratar de separarnos de lo médico, que aparece ya desde Freud y quizás debamos aceptarlo como una constante del trabajo analítico, tiene más incidencia cuando se trata de cuadros donde el acervo analítico es menos rico que en las neurosis, y entonces se recurre a lo conocido, la psiquiatría. La dificultad reaparece cuando queremos precisar a qué nos referimos cuando hablamos de mejorar o empeorar.

La mejoría psiquiátrica supone la desaparición o atenuación de una serie de síntomas que lo hiciera cambiar de lugar en el DSM3 por ejemplo (esquizofrenia en remisión). La mejoría psicoanalítica implica otras cosas que son las que se hace necesario ir precisando.

Como una primera aproximación podemos decir que en el psicótico, cuyo conflicto es con la realidad, nos va a Importar mucho más que en el neurótico el cambio en la realidad, y no debiéramos avergonzarnos de decirlo: el cambio en las conductas, en su encuentro con la realidad.

Junto a esto vamos a reconocer como mejoría lo que podríamos llamar como el mejor conocimiento de la realidad externa e interna y esto, si es auténtico, implica DOLOR.

Este dolor, sus características, las defensas contra él, su particularidad en el psicótico, serán uno de los aspectos importantes de estas reflexiones.

¿Hay distintos tipos de dolor? Estamos familiarizados con el dolor físico, conocemos el dolor moral de la melancolía, pero el dolor al que nos vamos a referir es al dolor del saber y del sentir, al que hacía referencia el poeta Ruben Darío.²

² *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo*

Con este dolor nos encontramos en el neurótico, en la aceptación de la incompletud, pero es infinitamente más intenso en el psicótico, o distinto, no lo sabemos, pues su incompletud es inconmensurable con la del neurótico, es de otra naturaleza, vinculada a las vicisitudes propias de su narcisismo a las que nos referiremos más adelante. De ahí que nosotros sólo podamos atisbarlo por momentos y referirlo a lo que conocemos, pero siempre teniendo presente estas distancias. Bion y Winnicott se han referido a este dolor como la angustia impensable o terror sin nombre.

Veamos algunos ejemplos y qué es lo que nos dicen los propios pacientes de este dolor. Veamos también cómo lo percibimos nosotros y cómo lo expresamos.

Para delimitar el campo, veamos algo del dolor ante la mejoría y analicémoslo en el paciente y en el analista y exploremos las reacciones de estas mismas personas ante la peoría. Dejemos lo que sucede con la familia del paciente, con su entorno y con el propio proceso analítico, para una comunicación posterior.

¿Qué es más doloroso, mejorar o empeorar?

EL DOLOR DEL NO SENTIDO (en el analista)

EL DOLOR DEL SENTIDO (en el paciente)

Freud (1911) recomendó para la escucha del analista, en cierta reciprocidad con la libre asociación del paciente, lo que denominó atención flotante. Esta consiste en la suspensión del juicio y de lo que habitualmente orienta la escucha fuera de la

y más la piedra dura, porque esa ya no siente
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo.
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

De "Cantos de Vida y Esperanza". Lo Fatal.

sesión.

Dicha regla técnica tiende a romper con la coherencia del discurso y enfrenta al analista al trabajo de descubrir las conexiones inconscientes del mismo y por lo tanto a momentos de no comprensión.

Con los pacientes neuróticos, estos momentos se refieren fundamentalmente al significado inconsciente del material, el que si todo marcha bien, tarde o temprano podremos develar, aunque más no sea parcialmente.

En cambio, con los pacientes psicóticos nos enfrentamos a una situación distinta. No hay coherencia del discurso a romper, simplemente porque no hay coherencia. El no entender se refiere, no a las conexiones con lo inconsciente, sino que se vincula a la ruptura de su aparato y con algo de la ruptura con la realidad.

El encuentro con esta forma particular de no sentido puede resultar difícil de tolerar y obturar la investigación psicoanalítica.

La curiosidad es uno de los elementos fundamentales de la actitud psicoanalítica. Para Bion, la posibilidad para la curiosidad depende de la capacidad para admitir que los fenómenos pueden no tener significado.

El análisis de pacientes psicóticos nos introduce de lleno en nuestra tolerancia al no sentido y a la desconexión con la realidad.

Por esto pensamos que, para trabajar con estos pacientes, el analista debe poner en juego fantasías omnipotentes propias del funcionamiento psicótico, que le permitan “participar” de ese tipo de experiencias, así como sostener su creencia de que puede entrar en el mundo interno del otro.

Bion nos advierte también de los riesgos de esta aventura, diciendo que el analista debe tener conciencia de estos peligros; su enfoque debe ser binocular, es decir, a la vez que atiende el material del paciente, darse cuenta de los peligros de su asociación con este determinado paciente.

Al teorizar la necesidad de adaptar el aparato mental para el encuentro con

pacientes psicóticos, Bion introduce conceptos como continente contenido,³ PS = D, enfatizando el factor *réverie*, mediante el cual el analista procesa y otorga significado a las proyecciones de su paciente.

G. Hamilton (1990) describe la identificación proyectiva normal y necesaria del analista, como parte de su función de contención. Lo que el analista le regresa al paciente siempre tendría adherido un poco del sí mismo del propio analista y de su propio mundo interno.

A su vez Bryce Boyer (1989) sostiene que al hacer Interpretaciones mutativas a pacientes en regresión se abandona la neutralidad técnica y se realizan desde una posición impregnada por las emociones del analista, y recuerda una comunicación personal de Searles en la que le dice que un analista neutral tiene una probabilidad muy grande de proyectar en el pacientes todo tipo de emociones bastante alejadas de lo neutral.

En nuestra experiencia, la neutralidad propugnada para los neuróticos se hace imposible cuando compartimos las vivencias de intensa desorganización de nuestros pacientes.

Y nos preguntamos en qué medida no hay una cierta inversión de la situación, recurriendo nosotros a la asociación libre, al intento de racionalización y al recurso de la prueba de realidad. Veamos algunos ejemplos.

Una paciente, en una manifestación de *ajenidad* extrema en relación a su propio cuerpo, llega a un estado límite por *desnutrición*.

Al abrir la puerta, la analista es intensamente afectada por la imagen que su paciente le trasmite: no se puede sostener por sí misma, un familiar la ayuda a caminar. La analista la sostiene hasta llegar al diván en que se recuesta.

³ En nuestro medio Carlos Mendilaharsu ha realizado reiteradas comunicaciones que enriquecen estos conceptos describiendo distintos tipos de vínculo.

Pasados unos momentos comienza a temblar. Surgen en el analista sentimientos de angustia ante la indefensión, acude a su mente la idea de la muerte. No encuentra en su cabeza ninguna palabra: ¿qué decir? ¿qué interpretar?

La analista no se había sentado, se acerca más quedándose de pie a su lado. La paciente extiende su mano hacia ella. La analista sigue buscando palabras en su mente y finalmente responde tomándole la mano extendida.

Lenguaje corporal que se responde con lenguaje corporal. Siente la mano helada. La idea de la muerte se reinstala y se siente invadida por ese cuerpo muerto”, “inexistente” para la paciente. (¿También para la analista?).

La analista intenta reconectarla con su cuerpo y le dice que tiene un cuerpo que hay que cuidar, atenderlo y que necesita recibir alimento.

Pensemos sobre la formulación que hace el analista. ¿Las palabras son pronunciadas para evitar la vivencia de locura que le llegaba desde su

paciente, de su cuerpo inexistente? ¿O intenta restituirle a través de las palabras su cuerpo clivado, negado omnipotentemente? En este último caso el principio de realidad del analista funcionaría oponiéndose a la fantasía omnipotente de no tener cuerpo pero, a su vez, para que la analista pueda vivenciar esta fantasía es necesario que en su mente predomine un modo de funcionar psicótico, rescatándose mediante los recursos organizativos que le permiten tener en cuenta la realidad y hacer presente el cuerpo.

El principio de realidad enunciado por Freud (1911) en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” surgiría como una modificación del principio del placer, centrada en la experiencia de satisfacción. Se producirían una serie de modificaciones en el aparato psíquico, entre las que se encuentran: la conciencia, la atención, la memoria y el surgimiento del pensamiento. Basándose en esto es que Bion sostiene que el pensamiento depende del juicio de realidad realizado mediante la visión binocular. En la visión binocular de la experiencia se da la simultaneidad de las representaciones consciente e inconsciente. Ambas

funciones constituyen distintos vértices desde los que se correlacionan los fenómenos, pero nos preguntamos sí esto es siempre así o hay momentos en que esta simultaneidad no es posible, que el analista es totalmente absorbido por lo psicótico, no dispone de representaciones conscientes y sólo en un segundo momento es posible restablecer lo binocular. Habría pues una sucesión que sólo después se transformaría en simultaneidad. Recordemos al pasar que la visión monocular es bidimensional y sólo la binocular es tridimensional.

¿Y qué decir de la angustia que se constituye en el pilar central de la transferencia y contratransferencia y por tanto del trabajo analítico?

Cuando Freud reformula su teoría sobre la angustia pone el acento en el yo. La angustia deja de ser el resultado de la represión para constituirse en un instrumento del yo para sus operaciones defensivas. Dice Freud que la angustia es una señal que el yo utiliza cuando prevé que sobrevendrá una de las situaciones específicas de peligro. Recordemos que Freud pensaba que el factor que determinaba la angustia automática era la vivencia de desvalimiento del yo frente a una acumulación de excitación interna o externa que no podía tramitar. El yo dispone pues de esta “señal” para evitar el desborde excitación, mediante la puesta en marcha de defensas.

Ahora bien, en los pacientes psicóticos el yo instancia se encuentra desintegrado y por lo tanto carece de una barrera antiestímulo, quedando expuesto a una angustia de tipo automático impensable. Tampoco el yo es capaz de ejercer ninguna defensa eficaz, se desatan mecanismos muy primitivos como el de la identificación proyectiva masiva, con la consiguiente pérdida de diferenciación yo-no yo.

Esto es una defensa automática en el sentido que el yo no la puede controlar, perdiendo su función organizadora del aparato psíquico.

Al romperse la interacción dinámica ($PS = D$), se cierra el camino para la modulación de la angustia y para la organización de defensas más eficaces. En esta

situación es el analista el que siente la angustia y su yo el que da la señal que pone en marcha el dispositivo defensivo, tanto en él como en el paciente. Pensamos que el paciente introyecta algo del sentido de realidad del analista, lo que en el mejor de los casos contribuye a una mínima estructuración de su yo.⁴

Veamos otro ejemplo donde las palabras no están presentes y el cuerpo, junto a la señal de angustia del analista, se hace cargo, una vez más, de cumplir con una función estructurante. Si bien no se refiere a una situación de análisis, pensamos que es útil para mostrar lo que queremos.

Luisa es una paciente con síndrome de Down de 23 años, casi sin lenguaje y que hacía una semana había comenzado con un cuadro delirante que la hacía aterrorizarse ante la sola visión de una mosca y se negaba a ingerir todo tipo de alimentos y medicamentos. Se había encerrado en su cuarto y permanecía allí en una semipenumbra.

Una madre que no dejaba de hablar hizo que el analista le pidiera que lo dejara a solas y así se encontró por primera vez tratando de comunicarse con alguien en esa situación. Los intentos de aproximación verbal fueron vanos y ante los intentos de aproximación física la paciente reaccionaba aterrada.

El analista se quedó un rato sin saber qué hacer, tan sólo estando, hasta que sin saber por qué empezó a espejar los tics de la paciente. Primero una guiñada, luego una mueca, luego el movimiento de la mano. El rostro de la paciente se fue distendiendo, desapareció el susto y poco a poco se fue como armando y se transformó en un juego gozoso.

Se pudieron cambiar los roles y la paciente pasó a imitar al analista que en poco tiempo logró, comiendo él, que la paciente comiera.

Hasta aquí dos situaciones en que el no saber del analista, ¿el dolor?, ¿el miedo?, ¿la herida narcisista que implica el no saber?, lo llevan a abandonar la

⁴ Alfredo Vares ha señalado las distorsiones que pueden producirse por un inadecuado manejo de la contratransferencia y que lleven a internaciones u otras medidas que perjudiquen al paciente

neutralidad y a decir o actuar, o a actuar diciendo.

Cuando hablamos interpretando el delirio de un paciente psicótico, ¿a quién le hablamos? A él o a nosotros mismos para tranquilizarnos, como el caminante que suba en la oscuridad del que hablaba Freud.

Esos saberes transitorios, esas mejorías más o menos efímeras, nos tranquilizan, la razón sigue reinando. Es la mejoría que sigue a las situaciones críticas. Veamos ahora el “empeoramiento” que sigue a las “mejorías”. Se trata de momentos en que el yo de los pacientes se encuentra más estructurado, el principio de realidad se hace más fuerte y también el conocimiento de la realidad interna y externa.

Pablo, un esquizofrénico de 21 años, dirá: “Tuve el viaje del fin de semana con mis bajones (no es la situación maníaca que ha traído otras veces), pero el balance fue positivo”. “Lloré, pero no a los gritos, con lágrimas” (¿diferencia entre la desesperación PS y la tristeza D?).

“Una compañera me dijo que la realidad es cruda pero hay que vivirla... Me sentí relegado, no encontraba lugar, me dicen que soy demasiado serio”.

“Estoy atrás ahora y estaré atrás los veinte años que vienen, mucha cosa sigue corriendo y yo sigo igual. Tengo 21 años y es como que recién saliera del útero de mi madre.”

“Me es imposible levantarme de mañana”.

Pablo está viendo su realidad, cuánto dolor, ¿podrá tolerarlo? o volverá a estar como antes, delirante, dueño omnipotente del mundo. Pera él mejorar es empeorar, ¿hay un punto de cambio cualitativo? ¿Se desarrolla un nivel de tolerancia al dolor o es ese el límite de la psicosis?

Oigamos a Alicia, otra paciente esquizofrénica.

Llega a la sesión, me entrega un cheque y dice: “Me parece que falta algo.” Al decirle que faltan \$200 ella contesta: “Yo se los doy”. Abre su cartera y me da los \$200. (Siento sorpresa, tanto como que esté al tanto de la suma, como que ella decida pagarme).

Le hago un señalamiento sobre su saber de que falta algo, así como el tener

dentro de cartera-mente conocimientos.

P. “Ayer me puse a llorar. Empecé a pensar, pensar, pensar y me puse a llorar. Me vinieron las palabras solas y me dio por llorar. Yo estaba media deprimida. Me puse a pensar, pensar y pensar y me puse a llorar.”

A. ¿Su llanto?

P. “Por lo que estaba pensando. Pensaba con dificultad pero yo sé lo que pensaba. Tuvimos una conversación con L. (hermana), ella me decía que yo antes me arreglaba, pero ahora me siento Inferior, que no puedo pensar, no tengo voluntad para hacer las cosas. Ella me dijo que la voluntad no me va a venir en un carrito. Yo le iba a decir lo que hablamos con usted, que yo tengo problemas para entrar en la vida. Pero no lo dije porque no me entiende. En la cama recordaba todo eso.

Para mi cumpleaños yo no quería cosas materiales, ni pañuelos ni broches, yo quería eso (se refiere a estar bien). Pensé también, lo último que pensé para largar el llanto, ahí fue que ... (está angustiada, se le quiebra la voz) ... que yo le tenía que decir (a la hermana) que tenía que enfrentar la realidad, una realidad que ella no la tiene que enfrentar. Por eso necesito que me apoyen, que me ayuden. Ella con el riñón puede mejorar. Con las inyecciones ella puede quedar sin dolor, pero yo... estoy en un período que trato de resignarme, de enfrentar la realidad, que quizás voy a estar así toda la vida, que no sé si voy a estar así toda la vida o no. entonces me puse a llorar.”

En ambos casos el dolor amenaza la integridad yoica y la mejoría alcanzada.

En estos pacientes, a diferencia de otros, las formaciones ideales tendrían características tanáticas (no deseado, deseado muerto, loco, etc.).

En el trabajo analítico paciente y analista van construyendo otras formaciones ideales pero que, más allá de nuestra intención, quedan impregnadas por los valores de la cultura, que se transforman en una exigencia desmedida para estos pacientes. (Nos referimos a que nos ven con un trabajo, con una familia, etc.).

A medida que van logrando una mejor percepción de la realidad interna y

externa, comprueban la diferencia entre sus posibilidades reales y sus aspiraciones Ideales, habitualmente teñidas de omnipotencia.

El analista se mueve en el desfiladero angosto entre el no deseo (neutralidad necesaria con otro tipo de pacientes) pero que en estos casos se acerca peligrosamente al no deseo de los padres y por otro lado a un deseo que esté más allá de las posibilidades reales del paciente. Este deseo del analista es necesario para sostener el propio deseo del paciente y su autoestima.

En nuestro medio H. Garbarino distinguió el duelo por el yo (propio de las depresiones narcisistas) del duelo por el objeto.

Nosotros pensamos que el dolor y la depresión narcisista en los momentos de “mejoría” de estos pacientes tienen características particulares, pues quedan vinculados al naufragio de un yo todavía endeble, que no puede alcanzar los ideales contruidos en el trabajo analítico.

De este modo el paciente mejora, pero con frecuencia no puede sostener su mejoría. Es necesario que el analista sea capaz de entenderlo una vez más y comprender que al menos momentáneamente continuar viendo la realidad es intolerable.

¿No será éste el momento de encontrar una transacción entre la realidad y el delirio que sea a la vez operante y tolerable? De lo contrario, el propio paciente restablecerá sus defensas más patológicas, regresando a mecanismos de la posición esquizo-paranoide.

Bibliografía

BION, W. *Transformaciones*. Centro Editor de América Latina, 1972, p. 95.

BOYER, Bryce. *Contratransferencia y técnica en el trabajo con el paciente en regresión*. En el Libro Anual de Psicoanálisis 1989. Edic. Psicoanalíticas, Imago. Londres-Lima, pp. 220-221.

DARIO, Ruben. *Cantos de vida y esperanza*. Lo fatal.

FREUD, S. *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. 1912, Tomo XII, Edit. Amorrortu, p. 111.

FREUD, S. *Inhibición, síntoma y angustia*. 1925, Tomo XX, pp. 87, 104, 132, Edit. Amorrortu.

HAMILTON, Gregory. *La función de contención y la identificación proyectiva del analista*.

En el Libro Anual de Psicoanálisis 1990, Edic. Psicoanalíticas, Imago, Londres-Lima, p.81

**Transferencia:
entre la palabra y la acción**

Mireya Frioni de Ortega. *

Gonzalo Varela Viglietti

*“...maravillosa palabra en el decir,
maravillosa en el obrar.”*
San Agustín. “Confesiones”

Resumen

Creemos no equivocarnos si afirmamos que existe en psicoanálisis - implícita o explícitamente- una jerarquización de la palabra que parece ir en detrimento del acto o de la acción. La acción es, en psicoanálisis, un fenómeno “sospechoso”. Pedimos a los pacientes palabras, no acciones e intentamos excluir estas últimas del campo de la cura. Podemos sin duda entender -y hasta explicar- esta importancia concedida a la palabra: se trata del instrumento principal de la cura (*talking cure*).

No son tan claras en cambio las razones que nos llevan a esa desvalorización del acto a la que hacíamos referencia más arriba.

En este trabajo, los autores intentan reflexionar acerca de la compleja relación existente entre acto y palabra en sus relaciones con la transferencia. Hay actos que están en lugar de las palabras, actos que acompañan las palabras y la palabra también implica un acto. Tanto en una como en otra habrá algo que no cesa de buscar decir, que busca

* Gurí 2263. Montevideo 11200

expresarse a través del hacer o la palabra: entre ellas se sitúa la transferencia.

Introducción

El descubrimiento de las manifestaciones transferenciales es un hecho clave en la historia del psicoanálisis y han sido significativas sus consecuencias sobre la técnica. Pero como ha sido ya señalado por Laplanche (17), la ampliación de este concepto hace que -por lo menos para algunos analistas- haya llegado a designar y abarcar *todo* el campo de la cura.

Desde Freud sabemos que todo ser humano está sujeto a transferencias. La creación de la situación analítica (encuadre) en tanto permite la aparición del inconsciente y la transferencia se constituye así en un campo privilegiado de observación. En el encuadre, ella se muestra en su doble aspecto: es allí donde surge y se la puede resolver, revelándose como el instrumento principal de la cura; pero es también allí donde aparecen sus dificultades a las que denominamos resistencias de transferencia. Si la meta de la cura es recordar, la transferencia es resistencia pues se transfiere para no recordar deseos pretéritos.¹

Pero si la meta es reconocer el deseo inconsciente, rechazado, entonces la transferencia posibilita este reconocimiento en la actualidad que ese deseo inconsciente adquiere en ella.

Tempranamente Freud observó estos hechos. Ya en la “Psicoterapia de la histeria” (7) describió cómo el paciente transfiere a la persona del médico representaciones en conexión con el contenido del análisis.

“La transferencia sobre el médico acontece por enlace falso.”

Se trata de un fenómeno frecuente “y aun de ocurrencia regular”.

¹ Etchegoyen ha señalado que ninguna ocurrencia puede ser mejor para evitar el recuerdo que la ocurrencia transferencial. (5)

Luego, en el “Epílogo de Dora” (9), el acento recae sobre la naturaleza repetitiva de estas manifestaciones transferenciales.

En “La interpretación de los sueños” (8), la transferencia aparece con un sentido diferente. Se trata aquí de desplazamientos de representaciones y afectos vinculados a la sexualidad infantil. Es un desplazamiento de un deseo inconciente a una representación preconscious.

Pero no es nuestra intención seguir el itinerario que ha recorrido esta noción a lo largo de la obra de Freud, sino detenernos en las relaciones que ella mantiene con la actuación.

El lugar de la actuación.

Creemos no equivocarnos si afirmamos que existen en psicoanálisis - implícita o explícitamente- una jerarquización de la palabra que parece ir en detrimento del acto o de la acción.² La acción es, en psicoanálisis, un fenómeno “sospechoso”. Pedimos a los pacientes palabras, no acciones e intentamos excluir estas últimas del campo de la cura.

Podemos sin duda entender -y hasta explicar- esta importancia concedida a la palabra: se trata del instrumento principal de la cura (*talking cure*). El encuadre, la posición del paciente en el diván, la regla de abstinencia,³ todo apunta a privilegiar a la palabra al tiempo que se busca inhibir la acción.

²Más adelante nos detendremos sobre las posibles distinciones -o precisiones- de estos términos.

³ Esta regla de abstinencia que busca fijar el campo de la cura dentro de los límites de la palabra implica una concepción acerca de la acción. Lo que nosotros intentamos criticar no es la importancia concedida a la palabra en psicoanálisis sino el que de ésta se desprenda una desvaloración de la acción. Devolvemos así a ésta su valor, sin por supuesto menoscabar en nada el propio valor de la palabra como Instrumento imprescindible de cura.

Hornstein (14) ha señalado que la cura psicoanalítica intenta “descorporizar”, yendo en busca de representaciones verbales con una exigencia de trabajo psíquico, dejando en suspenso el actuar. Se trata aquí de otra de las tantas paradojas de Freud: poder recordar para poder “olvidar”.

No son tan claras en cambio las razones que nos llevan a esa desvalorización del acto a la que hacíamos referencia más arriba. ¿Cómo podríamos entenderla?

El actuar como sucedáneo (Ersatz) del recordar

Si bien Freud abordará este problema del actuar de un modo más sistemático en los trabajos sobre técnica de los años 1912 y 1914, existe ya en el epílogo del “caso Dora” una frase que anticipa lo fundamental de aquello que desarrollará luego. Dice allí:

“Así fui sorprendido por la transferencia y. a causa de esa X. por la cual yo le recordaba al señor K., ella se vengó de mí como se vengara de él, y me abandonó, tal como se había creído engañada y abandonada por él. De tal modo, actuó (*agiereri*) un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías, en lugar de reproducirlos en la cura.” (9)

Dora actúa en lugar de recordar, mostrándole de esta forma -como luego Freud en “Recordar, repetir y reelaborar”- el signo “distintivo de esta técnica”. Lo citamos:

“Si nos atenemos al signo distintivo de esta técnica respecto del tipo anterior -(se refiere a la hipnosis)- podemos decir que el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace.” (12)

El actuar es definido aquí en íntima relación con la transferencia. Aquello que el paciente no puede recordar -en virtud de la represión- será actuado en la transferencia. El recuerdo se opone a la repetición, ella es efecto de la atemporalidad del inconciente. Recuerdo y actuación aparecen así como dos formas opuestas en las que el pasado vuelve a actualizarse.

No hay, por otra parte, en este fragmento alusión alguna que permita pensar la actuación en relación con la idea de acción motriz. Laplanche (16) ha señalado que el término *agieren*⁴ implica un equívoco en el propio pensamiento de Freud, pues éste confunde lo que en la transferencia es actualización, con el hecho de recurrir a la acción motriz, lo cual no se halla necesariamente implicado en la transferencia.

Sería bueno, por tanto, establecer una distinción entre aquello que llamamos *actualización* -siempre en estrecha vinculación con la transferencia, como repetición de un pasado “olvidado”- y la *acción motriz*, vinculada al polo motor en la conceptualización del aparato psíquico presentada por Freud en “La interpretación de los sueños”. (8)

En Freud habría dos líneas de pensamiento antagónico en lo que tiene que ver con las relaciones entre *agieren* y recordar:

a) el *agieren* es una forma de no recordar, se actúa para no recordar;

⁴ Se trata del término utilizado por Freud en los trabajos sobre técnica para referirse al actuar: es llamativo su empleo pues es un vocablo de origen latino (*agere*. obrar) poco frecuente en la lengua alemana, que se sirve en general de otros términos para referirse a la acción tales como *Tat*, *Handlung*, *tun*. *Wirkung*, etc. (16) Cuando se trata de un acto de motilidad, de una acción, las palabras *Tat*, *tun*, *Handlung* o *Aktion* son indiferentemente utilizadas por Freud. *Agir* ha sido la traducción al francés ensayada por J. Rouart (19). Otros han preferido la de pasaje al acto” que ha hecho fortuna en psiquiatría pero que supone el pasaje de un estado a otro -por ejemplo de una idea a un acto- lo cual no está necesariamente en la idea de *agieren*. Laplanche y Pontalis (16) han optado por traducirlo como *mise en acte*. Los anglosajones finalmente han propuesto el término *acting out*, término que se presta a un sinnúmero de confusiones, pues su progresiva ampliación hasta llegar a abarcar fenómenos como el paso al acto, de corte netamente psiquiátrico, le han hecho perder su especificidad en psicoanálisis. Rescatarlo para el campo psicoanalítico supone devolverle su íntima relación con la transferencia. El sentido a veces peyorativo que ha adquirido el término se entiende más si pensamos en su aplicación indiscriminada dentro y fuera del psicoanálisis a todo un grupo de conductas impulsivas, delictivas y antisociales. (3) Pues el término adquiere sentido solamente por su relación con el análisis y la transferencia.

b) el *agteren* como forma particular o especial de recordar.

Esta segunda línea será la que tomaremos nosotros, con una precisión. Puesto que el repetir no aporta al paciente un recuerdo consciente, él no es consciente de qué es lo que lo lleva a la acción. Al mismo tiempo el actuar muestra que hay una conexión con algo de su pasado olvidado y en este sentido comunica algo a su analista.

El actuar en relación con la descarga motriz.

Pero también en “Recordar, repetir y reelaborar”, y sólo unos párrafos más adelante, leemos “(el médico) se dispone a librar una permanente lucha con el paciente a fin de retener en un ámbito psíquico todos los impulsos que él querría guiar hacia lo motor, y sí consigue tramitar mediante el trabajo del recuerdo algo que el paciente preferiría descargar por medio de una acción, lo celebra como un triunfo de la cura”. (12)

Aquí el actuar es acción motriz, la idea de descarga parece ser central y opuesta a la de elaboración psíquica.⁵

En los tres fragmentos citados de Freud encontramos otras tantas formas distintas de tratar el actuar. En “Dora”, a través del actuar físico, ella desgarró el lazo que la une al tratamiento. En el primer fragmento de “Recordar, repetir y reelaborar”, el actuar es tomado como

⁵ Uno de nosotros ha analizado (13) los términos utilizados por Freud, *Durcharbeitung* y *Verarbeitung*. En español se han empleado dos traducciones para el término alemán *Durcharbeitung*: trabajo elaborativo y reelaboración. A pesar de ello se han empleado indistintamente trabajo elaborativo y elaboración como conceptos sinónimos, aunque Freud utilizó términos distintos para ellos. Ambos contienen la raíz *Arbit* que significa trabajo, en tanto en español labor y trabajo tienen diferentes orígenes pero significados equivalentes. En este sentido encontramos útil la concepción de Laplanche (18) acerca de la elaboración como concepto que encierra en su raíz la noción de trabajo. Si bien Freud no ha sido claro en expresar sobre qué cosa se realiza esta elaboración en el aparato psíquico, dice en cambio más acerca de en qué consiste este trabajo. Se trata de ligar una energía indiferenciada de forma tal que ella ya no circule libremente sino que quede unida a ciertos contenidos (representaciones). Esta ligazón (*bindung*) tiene por otra parte un proceso correlativo e inverso: es la desligazón o descarga. La elaboración posibilita la supresión de la instancia repetitiva del inconsciente. Estas consideraciones sobre el trabajo o la labor en psicoanálisis nos llevan a conectar nuestra concepción del actuar con la adolescencia, donde muchas veces es el analista el que realiza ese trabajo, suministrando al paciente representaciones que le permiten “pensar”, retener en un ámbito psíquico todos los impulsos que él querría guiar hacia lo motor”.

actualización que ocurre en transferencia, en lugar de recordar. En el segundo fragmento, actuar es sinónimo de descarga a través de una acción motriz.

Esta relación entre actuación y acción motriz no es nada simple y Freud oscila entre diferentes posturas.

En: “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, leemos:

El establecimiento del principio de realidad es grávido en consecuencias: “la descarga motriz que durante el imperio del principio del placer había servido para aligerar de aumento de estímulo al aparato anímico (...) recibió ahora una función nueva, pues se la usó para alterar la realidad con arreglo a fines. Se mudó en acción.” (10)

En esta cita Freud parece distinguir entre descarga motriz -como simple descarga- y la acción, como aquella nueva forma que tiende a modificar la realidad de acuerdo a fines. Descarga motriz y acción son propuestas como fenómenos diferentes pero relacionados. Desde un punto de vista genético, puesto que la acción aparece como un segundo momento en relación con la descarga como una nueva función, en relación con la instauración del principio de realidad. También desde el punto de vista económico el aumento de energía en el aparato lleva a su descarga a través de la motilidad, ecos de la concepción freudiana del aparato psíquico, como arco reflejo.

Pero en esta misma obra, Freud afirma que:

“La suspensión que se había hecho necesaria, de la descarga motriz (de la acción) fue procurada por el proceso del pensar, que se constituyó desde el representar.” (10)

Es así que Freud parece fluctuar entre dos concepciones:

Descarga motriz → Acción; y

Descarga motriz = Acción (como sinónimos)

Se introduce además un tercer elemento, el pensar como aquel proceso que permitirá el aplazamiento de la descarga por la ligazón con restos de palabra.

Pero veamos cómo define Freud este pensar:

“Es en lo esencial una acción tentativa, con desplazamiento de cantidades más pequeñas de investidura...” (10)

Esta diferencia tan radical entre palabra y acción, presente en otros escritos de Freud, parece desdibujarse aquí, y el pensar pasa a ser definido como “acción tentativa”, con lo que pensar y actuar parecen acercarse.

Lo primitivo del acto

Freud finaliza su ensayo ‘Totem y Tabú’ (10) con una enigmática frase de Goethe: “En el principio fue la acción (*Tat*)”. El no podía desconocer que ella parafrasea aquella otra con que San Juan comienza el Evangelio: “En el principio era el Verbo.” ¿Qué ironía traduce esta frase de Freud al invertir de un modo radical aquello que él mismo había jerarquizado como el instrumento principal del que se sirve la cura? ¿Por qué el acento recae en la acción y no en el verbo?⁶ Assoun ha

⁶ En el Verbo divino que es Dios, palabra y acción van juntas. Dios “hace” con la palabra:

“Dijo Dios: ¡Haya luz! y hubo luz! (Génesis 1. 3)

En el Prólogo del Evangelio según San Juan (6) leemos:

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios.

Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.” (San Juan 1. 1-3) Finalmente, también S. Agustín en sus “Confesiones” ha dedicado al Verbo divino muchos pasajes de los que escogemos solo uno:

“Tú no haces las cosas sino diciéndolas, y sin embargo no son simultáneas en el ser ni eternamente duraderas las cosas que diciéndolas pones en la existencia.”

planteado si acaso no estaremos aquí frente a una “clave” que nos permite entender el estatuto freudiano de la acción. (1)

¿Cómo pensar entonces esta frase de Freud? Con una perspectiva filogenética y desarrollista y con una concepción del “primitivo” propia de su época, Freud plantea que éste traspone directamente su pensamiento en acción y busca de esta forma contraponerlo a lo que ocurre en el neurótico, en el que la acción está inhibida. Allí mismo define el pensamiento como sustituto pleno de la acción.

Creemos que Freud, al referirse a la acción en el primitivo, nos habla de un decir arcaico, primario. De ahí que escoja esta frase de Goethe con la que termina el ensayo. Es por tanto la acción en el primitivo, pero también lo primitivo de la acción como proceso de descarga.

Assoun ha señalado que el acto -en el sentido de *Tat*- sería como si la cosa misma se pusiera a hablar en oposición a aquello que podríamos definir como elaboración verbal, entendiendo esta última como la ligazón de representaciones. (1) Diríamos que la cosa misma se “pone a hablar”, en oposición a verbalizar. Lo que Freud atribuye aquí al primitivo -sus pensamientos se trasponen directamente en acción (*Tat*)- servirá en los trabajos sobre técnica para definir la fluctuación (*agieren*) del neurótico. En él esta actuación quedará vinculada a los pensamientos reprimidos. Freud toma, por tanto, la noción de acto en su función de *Ersatz* (sustituto, sucedáneo), destacando así su carácter regresivo. En los trabajos sobre técnica es lo reprimido, aquello que en lugar de recordarse se actúa (*agieren*). La acción surge allí donde la palabra se sustrae.

Nos hemos planteado como problema la dicotomía entre palabra y acción que Freud estableció y el análisis de sus posibles dimensiones

sobre el plano de la cura.⁷

La palabra acción (*Tat, Handlung* en alemán) saca su carácter filosófico del término latino *agere* (llevar adelante, empujar) que se relaciona por un lado con el sentimiento interior del esfuerzo y la voluntad y por otro con los movimientos exteriores que son su manifestación. El inconsciente, al servicio del deseo, no puede adaptarse al voluntarismo inherente a esta acepción de la acción.

¿Cómo pensar entonces esta relación entre acto y palabra desde el Psicoanálisis? Tanto en uno como en otro habrá algo que no cesa de buscar decir, que busca expresarse a través del hacer o de la palabra. Tal vez tengamos que pensar que la acción, como lo plantea Blondel, pone de manifiesto nuestros actos y los encama, pero a la vez tendríamos que decir que el acto implica una acción de la que él es agente.

Entendiendo así el acto como un modo de decir del inconsciente no podríamos establecer oposición entre acto-acción y palabra.⁸ La relación entre ellos se torna compleja. Hay actos que están en el lugar de las palabras, actos que acompañan las palabras y las palabras implican actos como plantea Austin (2).⁹

¿Todo en el análisis tiene que pasar por las palabras y terminar en

⁷ La filosofía no ha estado ajena a este problema. Para la filosofía de la acción (M. Blondel) no habría heterogeneidad entre palabra y acción. Esta oposición que se ha alegado muchas veces implicaría un doble error; sería necesario para que fuera real, que el pensamiento se limitara a ser un sistema de representaciones, de relaciones de abstracciones nocionales separadas de la vida, y que la sustituyeran; esto es falso; y sería necesario que la acción fuese un empuje de potencias irremediabilmente oscuras, que la conciencia no pudiera iluminar, retomar por su cuenta, perfeccionar. Esto es igualmente falso. La acción debe constituir la síntesis de la espontaneidad y de la reflexión. (14)

⁸ Podemos entender el actuar del adolescente como un recurso del decir, privilegiado en esta edad.

⁹ Filósofo de la escuela de Oxford (1911-1960) que militó en la llamada “Filosofía del lenguaje ordinario”, propone denominar oraciones o expresiones realizativas a aquellas cuya enunciación equivale a la realización de una acción. Por ejemplo: “Te prometo que...” Austin estableció su clasificación de actos del hablar donde al enunciar una frase se cumplen tres actos: los locucionarios, los ilocucionarios y los perlocucionarios. Locucionario equivale a expresar una noción con un cierto sentido (es el significado tradicional). Actos ilocucionarios son aquellos que informan, ordenan, advierten, etc. Los actos perlocucionarios son los que producimos porque decimos algo, tales como convencer, persuadir, confundir, etc.

palabras, como propone Marta Nieto? (20)

Pensamos que existen dos racionalidades o niveles diferentes:

- De un lado la palabra, que no puede traducir todo nuestro sentir, ni el del paciente, que es incompleta y engañosa. Tópicamente ella está en relación con el proceso secundario y por tanto más cerca del desconocimiento o del ocultamiento que del “decir inconsciente”. Es efecto de la represión y se encuentra en amplia relación con el yo. (4)

- El acto, en cambio, en tanto “decir de la cosa” o “decir del inconsciente”, estaría más cerca del deseo, pero es también un decir incompleto, fragmentario.

Hay siempre algo que se escapa y allí radica la incompletud de todo decir.

No debemos descartar la existencia de lo que podríamos llamar “mixtos”, como por ejemplo una interjección, la gestualidad, etc.

Quizás un pequeño fragmento de una sesión pueda ilustrar este aspecto:

Ese día la paciente X... comenzó su sesión como siempre, contando como tantas veces lo que ha hecho, las dificultades que encuentra en su vida familiar. Como las otras veces, también yo sentí que iba a ser difícil salir de esa repetición y poder ampliar la comprensión.

Su marido “ha recaído otra vez en la bebida y el destrato”; los hijos “también han caído en malas amistades y en conductas que revelan su malestar”; sus ilusiones acerca de una familia “se caen a pedazos”.

En medio de este discurso, con un ademán tira al suelo cigarrillos, cenicero, encendedor...

-. Hoy se le cae todo.

Este ademán, esta acción acompañando a su discurso -y a través de la

intervención del terapeuta- permitió abrir la comprensión acercándonos a nuevas formas de entendimiento.

A modo de conclusión

¿Es posible concebir la actuación como una patología del proceso analítico? ¿No estaríamos entonces jerarquizando el recuerdo en detrimento de otros modos de expresión a través de los cuales el deseo inconsciente pueda manifestarse?

Que no se infiera de aquí que pretendemos una equiparación entre el decir del acto y el de la palabra. Hemos planteado que en el acto sería la “cosa misma” la que se pone a hablar en oposición a aquello que podríamos definir como elaboración verbal.

Bibliografía

1. ASSOUN, P.: *De l'acte chez Freud. L'équivoque métapsychologique*. Nouvelle Revue de Psychanalyse. Les Actes. N°31, Gallimard. Paris, 1985.
2. AUSTIN, J.: *Cómo hacer las cosas con palabras*. Ed. Paidós, España, 1982.
3. BARBIER, A.: *L'agir, l'acte et l'action en psychanalyse*. Rev. Fr. de Psychan.LI, v.4, 1987.
4. CASAS DE PEREDA, M.: *Gesto, juego y palabra. El discurso infantil*. Mayo de 1991 (Inédito).
5. ETCHEGOYEN, H.: *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu, Buenos Aires, 1988.

6. Evangelio según San Juan en: Sagrada Biblia. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1957.
7. FREUD, S.: *Estudios sobre la histeria*. (1893-1895). A.E. (Aamorrtu Editores), Vol.II.
8. FREUD, S.: *La interpretación de los sueños* (1900). A.E., Vol.IV-V.
9. FREUD, S.: *Fragmento de análisis de un caso de histeria [1905 (1901)]*. A.E., Vol.XII.
10. FREUD, S.: *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911). A.E. Vol.XII.
11. FREUD, S.: *Totem y Tabú [1913 (1912-13)]*. A.E. Vol.XIII.
12. FREUD, S.: *Recordar, repetir y reelaborar*. (Nuevos consejos sobre a técnica del psicoanálisis) (1914). A.E., Vol.XII.
13. FRIONI DE ORTEGA, M.: *Una aproximación al concepto de trabajo elaborativo* (Inédito). Presentado en A.P.U. en mayo de 1989.
14. HORNSTEIN, L.: *Cura psicoanalítica y sublimación*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1988.
15. LALANDE, A.: *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*. Ed. El Ateneo, Buenos Aires. 1967.
16. [APLANCHE, J.: *Vocabulaire de la Psychanalyse*. Ed. P.U.F., Paris 1968.
17. LAPLANCHE, J.: *La cubeta. Trascendencia de la transferencia*. Problemáticas V. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1990.
18. LAPLANCHE, J.: *L'angoisse*. En: *Problématiques 1*. Ed. P.U.F., Paris, 1980.
19. ROUART, J.: () *Rev. Fr. de Psychan.* LI, vol.4, 1987.
20. NIETO, M.: *De la técnica analítica y las palabras*. En: *Lenguaje y*

Psicoanálisis. Rodrigo Alonso Editor. Buenos Aires, 1973.
21.SAN AGUSTIN.: *Confesiones*. Ed. Paulinas. Buenos Aires, 1986.

Bibliografía consultada no citada

ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S.: *Transferencia y acting out*. En:
Rev. Uruguay de Psicoanálisis (69). 1989.

GIOIA, T.: *El concepto de acting out*. Rev. de Psicoanál. Buenos Aires,
T.XXXI, N°4, 1974.

GREENACRE, P.: *The psychoanalytic process, transference and acting
out*. *Int. J. Psycho-Anal.* (1968) 49, 211.

LANCELLE, G.: *Acting out y transferencia*. Rev. de Psicoanál. Buenos
Aires., T.XXXI, N°4, 1974.

**Psicoanalistas:
una prolongada infancia**

*Marcos Lijtenstein**

I. Un reciente fin de semana próximo a la terminación del año lectivo y al inminente comienzo de las vacaciones estivales, quise volver a un volumen de relatos de William Faulkner. La promesa de un indoblegable placer estético ganó su sitio. Pero no pude evitar un incómodo sentimiento de tener que darme permiso: en la Universidad había cumplido o estaba en seguro curso de cumplimiento, el cierre de los compromisos finales del año, en mis funciones de coordinación docente y me sentía bien dispuesto a realizar las horas de análisis que restaban. Algo así como el incómodo sentimiento de que, puesto que quedaba claro que el nene se había portado bien, nadie, nada, podría poner en entredicho su disfrute del postre o de un juego predilecto.

Todavía, en el curso del disfrute, el alivio de encontrar en la narración buenas incitaciones para el análisis aplicado: un olvido clave, el enfrentamiento de la adolescente Elly con la abuela, el alcance, para aquella, de la iniciación sexual, las actuaciones, el desconocimiento del propio protagonismo en el desenlace...

Suerte que el indoblegable placer estético se impuso, dejando lo demás, si viene a darse, para una eventual relectura, para un ejercicio en segundo término con las claves del inconsciente.

Lejos estoy de proponerme para un inelegante ejercicio exhibicionista. Me ha ocurrido más de una vez oír a compañeros

* Br. Artigas 1085. Montevideo 11200

semejantes comentarios culposos, unidos a la definida conciencia de su falta de razón.

Pero justamente cuando a una conducta le falta (o le sobra) razón, es que empieza el psicoanálisis.

II. ¿Qué nos pasa —o al menos nos suele pasar— con la intensa trabazón con que Investimos nuestras tareas de análisis y sus aledaños, que las salidas, aún si ejemplarmente encarnadas o incitadas por el propio Freud —Literatura, Antropología. Religiones, a veces una actividad clínica fuera del consultorio, por ejemplo- nos parecen tan difíciles de justificar y disfrutar?

No nos dejaremos tentar por la racionalización: hay ya de por sí una tan ingente e inabarcable literatura psicoanalítica en nuestra actividad científica y en nuestra cultura, que mal podríamos pretender un sitio justificado para las “escapatorias”. En todo caso, ya nos podremos enterar de lo que pasa en el mundo, por lo que nos traigan los propios analizando. Con lo que me estoy refiriendo tanto al leer o al contemplar, sobre el mundo, como al hacer en el mundo.

Acabo de escribir “escapatorias” Me parece oportuno encontramos con la noción. Percibo que escribiendo una nota con propósito psicoanalítico, rápidamente los motivos de la defensa podrían desviarnos: anticipando una teorización (como antes señalábamos que podríamos querer analizar un texto literario sin darnos la ocasión preliminar e indispensable de disfrutarlo). Entonces podríamos echar mano de un repertorio de conceptos que utilizados antes de tiempo o fuera de lugar, se volverían etiquetas obturadoras. Así, por ejemplo, si nos apresurásemos: he aquí un conjunto de cavilaciones obsesivas; he aquí una fantasía anal de la lectura como regalo que por sus fuentes y su

sentido, no es lícito permitirse o mostrar; he aquí correlativas y severas admoniciones superyoicas. Aunque todo esto resultara eventualmente cierto, esgrimido inmediatamente, amenazaría el intento de acercarnos hasta donde nos fuera dado, al corazón de un problema. Cabe pensar que los mismos resortes en juego para cuestionarnos el derecho al placer de esa lectura, estarían reobrando al impulsar esta intelectualización defensiva: permaneceríamos encerrados en el registro de la prohibición, incluida la del deseo de entender.

III. El lector se promete un buen momento, aunque se trate de un drama. Como analista, al entrar en sesión, también, aunque se trate de dolor, de pérdidas, de una angustia que reconduce a la indefensión. Ese “buen momento” no quiere decir, en ese caso, un gozoso connubio con el sadismo. Se trata de experiencias entrañables, que por algo entran en colisión con otras que el analista puede pretender, como cuando un sujeto es reclamado por versiones contrapuestas de la fidelidad.

Así como se ha descrito¹ que el sueño manifiesto juega sus escenas sobre una pantalla onírica que simbolizaría el seno materno alucinado y hecha regresivamente de un blanco narcisismo, la cual comúnmente no es perceptible, tenemos que preguntarnos por aquello que permanece oculto, implícito en la sesión analítica y que no es fácil de explicitar, por su misma índole arcaica.

Para ese propósito, ya no estamos con la mirada centrada en el analizando, sino en la relación analítica y en lo que ésta posibilita al analista. Estamos pensando más allá de la conflictiva neurótica del analista, que constituye el nivel tradicionalmente abierto a la prolongada elaboración analítica².

Cuando decimos lo que la relación analítica posibilita al analista, estamos en el polo contrario al del ensanchado y ahondado

conocimiento de sí, ese al que enriquecen la tensión y los senderos de las virtualidades transformadoras de dicha relación de análisis.

Por el contrario, estamos prestando atención a lo que le posibilita al analista escamotearse, detenerse protegido ante las fuentes radicales del sufrimiento, persistir en la construcción de vallas que las cieguen. Una tarea que en última instancia ni la más encendida lucidez podrá detener, a riesgo de locura y de muerte. Pero antes de esos resortes últimos, queda camino para intentar recorrer.

IV. Por los años sesenta, en sendos trabajos dedicados respectivamente a la familia y al encuadre³ José Bleger expuso parte de sus reflexiones sobre el problema de la simbiosis. Entendió «que la familia se caracteriza fundamentalmente por el establecimiento de una *simbiosis* y que en ella interviene, se concentra, *la parte psicótica de la personalidad de todos sus integrantes*». Siendo «aquella parte de la personalidad que ha quedado en los niveles más inmaduros y regresivos», en los cuales campea la *falta de discriminación*.

Se deposita y controla en la familia la parte menos diferenciada o menos discriminada de la personalidad. Gracias a lo cual (y basado en una profunda disociación) le es posible a un sujeto actuar en el extragrupo familiar poniendo en juego la parte más adaptada, más discriminada, más evolucionada de su personalidad.

Me interesa subrayar lo que sigue: « (...) la simbiosis es fundamentalmente *una relación muda*, es decir, que tiene que ser intencionalmente detectada y puesta de manifiesto, porque se da como Implícita; en otros términos, sirve de encuadre, de conjunto de constantes a la misma dinámica del grupo familiar, pero si no intervenimos sobre la simbiosis misma, no vemos los factores más importantes de la relación y la dinámica familiar y tampoco podemos Intervenir efectivamente con

resultados valederos».

Ahora pasaremos, siempre con Bleger, de la simbiosis-encuadre del grupo familiar, al encuadre de la situación analítica. Brevemente: caracteriza el encuadre como institución, siendo ésta «una relación que se prolonga durante años con el mantenimiento de un conjunto de normas y actitudes». En ese encuadre-institución o no-proceso, se enmarcan los comportamientos que constituyen un proceso.

También aquí aparece la idea de que el encuadre es mudo, pero no por ello Inexistente: «es el depositario de la parte psicótica de la personalidad; es decir, la parte indiferenciada y no resuelta de los primitivos vínculos simbióticos».

Al afirmar que en el encuadre «la alianza es con la parte psicótica (o simbiótica) de la personalidad del paciente» se pregunta: «¿con la correspondiente del analista? No lo sé todavía».

Quisiera retener—finalmente— de estos extractos, que a propósito del encuadre-institución, Bleger reflexiona sobre la evidencia de «que cada Institución es una parte de la personalidad del Individuo. Y de tal importancia, que siempre la identidad —total o parcialmente— es grupal o institucional, en el sentido de que siempre, por lo menos una parte de la identidad se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido» u otros ámbitos. Esto abre el tema de La institución como encuadre.

V. Me inclino a responder por la afirmativa, cuando Bleger se interroga si la parte psicótica (o simbiótica) de la personalidad del analista y no sólo la del paciente halla en el encuadre mudo su depositario.

Con lo que no pretendo que esta depositación sea privativa del análisis

—como no lo es la transferencia— pero el mismo es una ocasión privilegiada para su funcionamiento y para estudiarla.

Refiriéndose en «*El yo y el ello*», (cap. III) a la génesis del ideal del yo (o superyó en dicho texto), Freud⁴ afirma que «tras este (el ideal) se esconde la identificación primera y de mayor valencia del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal». En la nota 9 propone que en vez de padre «quizá sería más prudente decir «con los progenitores» pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene».

Podría decirse en síntesis que el analista, mientras es padre con el analizando, permanece hijo de sus progenitores. Y aún, este lenguaje corre el riesgo de dar en clave adulta una versión de lo que se cultiva secretamente en la relación muda, haciéndonos perder de vista sus cualidades primitivas, arcaicas.

Al comienzo del cap. y de la misma obra, dice Freud:

«El superyó debe su posición particular dentro del yo o respecto de él a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y el segundo: es el heredero del complejo de Edipo y. por lo tanto, introdujo en el yo los objetos más grandiosos. En cierta medida es a las posteriores alteraciones del yo lo que la fase sexual primaria de la infancia es a la posterior vida sexual tras la pubertad (...). Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado y mantiene su Imperio aún sobre el yo maduro».

He extendido estas transcripciones porque remiten con claridad a la prioridad de la identificación primaria. Esto parece tan obvio, como que lo primero es lo primero, pero cabe preguntarse sí lo tenemos presente cuando repetimos que el superyó es el heredero del complejo de Edipo, esto es, de las identificaciones secundarias. Podría incurrirse en el error

de pensar sólo en estas últimas y no en la concurrencia de ambas series. Una concurrencia que por cierto no afecta el reconocimiento del papel constituyente del complejo nuclear.

Tenemos como analistas por lo menos dos progenies: nuestra familia camal y la analítica, donde entran en juego no sólo los analistas sino también las instituciones, la comunidad analítica y su interjuego nunca definitivamente armónico con la cultura.

Siempre amenazados del retorno al desamparo, precisamos sellar nuestros primitivos lazos constituyentes y defendemos de cuanto pueda vulnerarlos y vulnerar nuestra existencia. Con lo que corremos el riesgo de canjear dependencia —ignorándonos en cuanto cultores de su mantenimiento- por seguridad, la que confiamos a nuestros «mayores».

El analizando niño convoca para bien nuestra niñez «la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado» — pero la renuncia al co-análisis, el mantenimiento de la mudez del encuadre (quizás como el fundamento de sostener lo que los Baranger llaman «baluartes») nos permite defendemos fijando la mirada en la indefensión del otro exclusivamente. Y todavía, diría Bleger, cuando se juega en el proceso, no cuando se deposita en el encuadre.

Hace un momento se me apareció el comienzo de estas notas, Faulkner, la protagonista de su relato y en mi mente se cruzó fugazmente la paciente de Faulkner...

Aunque la lectura —y más tratándose de un texto literario- pone en vilo nuestra adultez, parece que el superyó analítico tiende a imponerse: «el monumento recordatorio» nos retiene niños-analistas, pero permitiendo que nos defendamos de su asunción cabal y de sus consecuencias; imponiéndonos una adultez analítica pretendidamente sin fisuras que nos deja sumidos en una soledad que no se sabe soledad. También nuestra pretensión de autenticidad está en riesgo, si

desconocemos el asedio de la inautenticidad.

Reconocer el malestar en que nos sume ser, al fin y al cabo, humanos y no divinos, promete la recompensa de enriquecer nuestra condición de analistas, sí afinamos la técnica como un surco que lleve agua a más vastos e íntimos territorios de nuestra condición humana, la que no por vulnerable deja de mostrarse desafiante.

Dic. 1991/mar. 1992

Notas

1. B.D. Lewin, cit. por Laplanche. J. y Pontalis, J.B.: «Ecran du Réve», en «Vocab. de la Psychanalyse». P.U.F., Paris, 1968.
 2. En ese nivel (Edipo, castración) quedábamos en «La soledad del psicoanalista». Rev. Urug. de Psic. N° 62, Montevideo, 1984.
 3. BLEGER. J. *Psicohigiene y Psicología institucional*, cap. IV. *Grupo familiar y psicohigiene*. Ed. Paídos, Bs. As., 1966 (P. ed.).
Simbiosis y ambigüedad, cap. VI: *Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico*. Ed. Paidós, Bs. As.. 1972.
- FREUD, S. (1923). *El yo y el ello*. O.C. t. XIX. Amorrortu ed. Bs. As.1979.

En los albores del conocer
Una aproximación a la interacción de lo afectivo en el
conocimiento

Cristina López de Cayaffa¹

Existen múltiples abordajes para un tema como este, comprometido y polémico. Ello se debe a la naturaleza de los objetos en juego que remiten al hombre y su inserción en la cultura en una situación dinámica donde se entrecruzan lo evolutivo, lo afectivo, lo intelectual, lo normativo etc.

Esta multiplicidad ha dado lugar a que se enfoquen distintos polos, el niño, el adulto, el alumno, el maestro, sus vínculos, las incidencias que los entrelazan y los interdeterminan.

Me he planteado con interés creciente el tema de la interrelación entre afectividad y conocimiento cuando se enfocan los orígenes de este proceso. Y me he encontrado como analista tratando de pensar esos orígenes valiéndome de la teoría psicoanalítica pero sintiendo el «malestar» de una escisión en mí y en mi objeto de estudio. Conozco y reconozco valioso otro enfoque del tema, un enfoque no analítico —el plagetiano- forma también parte de mí igual que el psicoanálisis, me ha ayudado a acercarme a mis pacientes niños con una comprensión de sus formas de pensar y razonar que me ha resultado útil al comunicarles mis ideas acerca de ellos y sus conflictos.

Urgida por este malestar y sostenida por él me planteé pensar el tema valiéndome de ambos esquemas referenciales, tratando de respetarlos al

¹ Luis P. Ponce 1437, Montevideo 11600

no confundirlos porque hablan de lados diferentes de lo humano. Pero hablan de LO HUMANO, un humano que los integra. Sentí entonces que también era respetarlos el ponerlos a trabajar juntos en mi pensamiento, atendiendo ese malestar por la escisión de enfoques teóricos, por una especie de segregación empobrecedora.

Cuando un niño hace su ingreso a un aula, a un preescolar, tiene ya una larga historia como sujeto cognoscente (Piaget). Se ha encontrado como individuo enfrentado reiteradamente a un mundo circundante que ha devenido tal (mundo-circundante) en la misma medida en que él ha devenido sujeto ha podido discriminarse separando de sí ese mundo inicialmente confundido con él, para llegar a conocerlo (construirlo) conocerse (constituirse). Esta larga historia es sin dudas una historia cognitiva, pero también una historia afectiva y por sobre todo una historia del entrelazamiento recíproco entre cognición y afecto.

Pensándolo así creemos que sólo desde una perspectiva integradora que enfoque la génesis de los procesos afectivos y cognitivos en su articulación dinámica es posible entender los hechos psíquicos que al tiempo que jalonan la historia individual constituyen al sujeto. Esta es una empresa difícil y vasta, que excede el alcance de este artículo el que cumplirá su objetivo si genera interés y expectativa para continuar la búsqueda.

Esa articulación dinámica incluye fenómenos de interacción y de interrelación. Hablar de interacción nos hace pensar en un sujeto, un objeto y las relaciones que entre ellos se dan. El hablar de interrelación nos lleva a pensar en las relaciones experimentadas y vivenciadas por el sujeto en el vínculo con otros sujetos, que dan lugar a estructuraciones afectivas que conformarán sus procesos identificatorios y lo harán surgir como sujeto de deseo.

En el marco de la interacción el sujeto capta al objeto en un momento

determinado y lo hace en función de sus estructuras sean ellas de acción representación-pensamiento. Asimila al objeto y al hacerlo lo transforma pues al someterlo a sus esquemas asimiladores estos en un mismo movimiento «matan» al objeto externo real para dar origen a un objeto interno-mental que se vuelve objeto para ese sujeto en ese momento de la evolución de su pensamiento y de sus afectos.

El «matar» al objeto externo real lo entiendo como la pérdida de posibilidades de surgimiento de otros objetos, a partir de él, los que surgirían de la aplicación de otros esquemas.

Pero este planteo quizás nos llevaría a pensar en un caos de significaciones personales lindando con los funcionamientos psicóticos y con los criterios de no compartibilidad del mundo. Y si esto no es así es porque algo sucede en los otros términos mencionados al hablar de interacción (objeto-relaciones).

El objeto, aún el objeto Inanimado, se ofrece al intercambio con el sujeto de una manera activa. Ello quiere decir que se resiste no se deja asimilar tan fácilmente, opone sus resistencias, sus características o peculiaridades que obligan a los esquemas asimiladores a una acomodación a una reestructuración. Esta puede ser innovadora con el consecuente enriquecimiento de la estructura por la aparición de nuevos esquemas asimiladores.

Es la resistencia del objeto lo que obliga a la acomodación de los esquemas y por ende al crecimiento mental.

La asimilación es el primer paso relacional entre sujeto y objeto y es precondition de la acomodación. Ambas tenderán a la equilibración que es su forma de adaptación.

Cuando hablamos de adaptación y de equilibración estamos en el terreno de la Interacción. Esta consistirá en la acción de un sujeto sobre un objeto sea para asimilarlo sea para acomodarse a él y operar así una

asimilación posterior que se vuelva apertura a futuras asimilaciones-acomodaciones.

1) Estos hechos pueden ejemplificarse por situaciones tempranas de la infancia o de la niñez más avanzada o, como pensamos, en el curso mismo del progreso científico en general. Un bebé que se aproxima a un objeto para asirlo y chuparlo, lo está asimilando primero a sus esquemas de acción prensiles y luego a sus esquemas de succión. Pero para lograrlo al mismo tiempo debe acomodar sus esquemas al peso del objeto-fuerza a imprimir al gesto —o a su distancia— grado de extensión de brazos o de inclinación del tronco. Al asimilarlo luego de estos acomodados el objeto que construye es más rico, al tiempo que el propio bebé se enriquece, crece, mental e instrumentalmente. Es mi opinión que los científicos usan las teorías como instrumentos asimiladores de la realidad que desean comprender (al igual que los niños con las teorías sexuales infantiles) y las acomodan de acuerdo a la resistencia de esa realidad dando lugar a nuevas teorías y con ello al crecimiento científico.

La interacción estructura entonces al mismo tiempo al objeto y al sujeto en un enriquecimiento mutuo, ya que en la medida que siempre algo del objeto se escapa o se resiste, siempre se están activando los procesos de búsqueda y aprehensión que impulsan las modificaciones de las estructuras mentales. Hasta aquí nuestro enfoque ha sido fundamentalmente piagetiano y la interacción y el crecimiento resultante de los procesos de adaptación es sobre todo de naturaleza cognitiva.

Pero ¿cómo pensar estos procesos en esa perspectiva integradora que articula lo cognitivo y lo afectivo? ¿Cómo entraría lo afectivo aquí? Piaget da solo unos indicios que luego no desarrolla. El caracteriza claramente el aspecto cognitivo refiriéndolo a las estructuras y sus

modificaciones en la evolución las que estudia al detalle en diversos dominios dando lugar a una epistemología del espacio, del tiempo, del número etc.

De lo afectivo dirá que es el motor indispensable, lo energético que moviliza el proceso (conversaciones con Piaget J.C. Bringuier Cranica 1977).

Deja abierto a otros Investigadores el tema de la incidencia y del operar de esta energética y sus avatares.

Por otra parte el psicoanálisis ha desarrollado su teoría explicativa del funcionamiento mental sobre pilares que tienen en lo energético-pulsional por una parte y en lo interrelacional (vincular) por otro sus bases más firmes. Al hablar de esa matriz de interacción sujeto-objeto que constituye el proceso: asimilación-acomodación adaptación-equilibración decíamos: el sujeto busca asimilar el objeto, éste se resiste, el sujeto insiste, persiste en su intento, se modifica (acomoda) en aras de él.

Nos preguntamos: ¿qué anima esa insistencia? ¿qué mueve a ese trabajo incesante que es condición y meta de la equilibración?

Aquí Piaget hablará de esa energética que no es objeto de su interés ni de su estudio.

Freud nos dice: «sólo un deseo mueve a trabajar al aparato psíquico». En esta afirmación se sintetiza la concepción Freudiana dinámica del conflicto en el cual uno de sus polos corresponde al deseo (inconsciente) el que siempre tenderá a realizarse en una búsqueda que intenta restablecer los signos de la primera experiencia de satisfacción.

También aquí surge la idea de un equilibrio que siempre buscado es encontrado para ser perdido, de un desequilibrio movilizador que impulsa

a la búsqueda de objetos que restablezcan la calma que impulsa a la

búsqueda guiada por signos lo que remite a un código que se construye y despliega en sentidos.

Búsqueda, construcción, despliegue, conflicto, oposición de fuerzas antagónicas, el concepto mismo del deseo, con su despliegue y escenificación en fantasías remite también a un interjuego energético que arma, sostiene, anima y artilla los procesos.

Estamos enfrentados nuevamente al aspecto económico, a la cara pulsional de los fenómenos, al entronque con lo libidinal.

Estamos abordando el tema del cuerpo y del cuerpo erógeno del cuerpo que siendo vehículo del ser en el mundo, es el origen mismo del ser en la medida que se erogeiniza en el intercambio con la madre. El hecho mismo de mantener el equilibrio biológico del hijo (calmar su hambre, su sed, higienizarlo) daría lugar a un desequilibrio libidinal en él (erogeinización) que desembocaría en necesarias actividades autoeróticas por medio de las cuales el sentir comienza a transformarse en un «sentirse» que es un esquicio del conocerse. Las manipulaciones de la limpieza corporal del bebé, el cuerpo a cuerpo del amamantamiento nos muestran la constitución del cuerpo erógeno, un cuerpo que se vuelve lugar y fuente de placer, de búsqueda y de encuentro, albores del sujeto psíquico. «Seducción materna primaria del lado del psicoanálisis, primer inscripción, «lección inaugural» del lado cognitivo sentir que es saber de sí. al que se es introducido por otro, un otro que paradójicamente no es en esos momentos primeros vivido como tal.

Saber de sí asentado en un cuerpo libidinal que carece aún de una imagen de cuerpo unificado andamiaje primero del yo. Estamos en el terreno de la sensorio motricidad y como dice Philippe Gutton todo lo que es sensorio motricidad es libidinal y viceversa. La regla es la confusión del objeto y del cuerpo del sujeto.

El emerger de esa confusión inicial se va a dar en el encuentro del bebé con su objeto materno (que es para él su primer mundo, medio externo y sujeto en el vínculo), allí se entrecruzarán esquemas de acción, se darán vivencias de satisfacción, inscripción de huellas mnémicas, creación de signos, surgimiento de deseos.

Los esquemas de acción funcionan al principio en forma independiente. Diferentes sentidos aplicados sobre un mismo objeto no informan de un objeto sino de varios (hay así un pecho olido, un pecho tocado, un pecho visto, un pecho succionado) lo tocado mirado etc. son para el bebé en ese momento diferentes objetos. Cada aferencia sensorial involucrada dará existencia fugaz a un objeto y este perderá su existencia al cesar esa aferencia. La progresiva coordinación de las acciones contribuirá a la paulatina constitución del objeto total y permanente, primer noción invariante que solidaria de otras construcciones (tiempo, espacio. causalidad) testimoniará la evolución de la función simbólica.

Los esquemas de acción (que son esquemas de asimilación-acomodación) tienen «hambre» de objetos, los que tienden a incorporarse mediante la asimilación generalizadora, esa que propenderá a asimilarse todo objeto a su alcance.

Es nuestra hipótesis que el motor que propulsa estos esquemas tan magníficamente captados por Piaget, lo que anima la insistencia y promueve las acomodaciones necesarias no es otro que la pulsión, ese concepto casi mítico de cuño freudiano que da cuenta de la exigencia de trabajo Impuesta al aparato psíquico para lograr un fin.

Allí en las fronteras de lo biológico y lo psíquico, la pulsión lanzaría los esquemas como instrumentos de caza del objeto, para incorporárselos asimilándolos, al tiempo que al separarlos del mundo en el que se confundían les da existencia como objetos de conocimiento y

erige al sujeto del conocer. También allí en esa frontera lo biológico se hará psíquico al surgir el sujeto de deseo pero no habrá coincidencia de ambos sujetos.

El psicoanálisis nos ha familiarizado con los conceptos de pulsión parcial y objeto parcial. Las pulsiones funcionan al principio en forma anárquica para luego organizarse y propender a una satisfacción unitaria.

Nos preguntamos si esas «parcialidades» de las pulsiones y de sus objetos no muestran algo más que un isomorfismo (¿cierta correspondencia?) con los esquemas de acción que actuando al comienzo en forma independiente darían cuenta de «objetos parciales cognitivos».

Si los esquemas de acción arraigados en un lado de maduración biológica, al tiempo que dan cuenta del objeto en forma parcial, porque no pueden aún coordinarse y totalizarlo, no ofician también como instrumentos de la aproximación libidinal «parcializando» y «parcializados» por las pulsiones aún anárquicas.

Nos preguntamos si en particular no sería la pulsión de apoderamiento la que activaría el lanzamiento de los esquemas del período sensorio motor, esquemas de acción que como sabemos están centrados en el cuerpo y sus acciones.

En la teoría freudiana, al formularse la segunda teoría de las pulsiones con su polaridad pulsiones de vida-pulsiones de muerte, la tendencia a asegurarse el apoderamiento del objeto ya no se atribuye a una pulsión específica, sino que aparece como una forma que puede adoptar la pulsión de muerte, quedando el acento desplazado a la destrucción.

Mirado desde el lado cognitivo en la puesta en marcha de un esquema de acción hasta su culminación en la asimilación de un objeto

al mismo, se podría ver el apoderamiento accionando el dominio del objeto, junto con una faceta de destrucción y muerte en la medida en que concebir —en acto- un objeto es transformarlo en un objeto para... (algo) y ello implica anularle sus otras posibilidades.

La constitución de las estructuras y sus modificaciones estaría pensamos, movida poligazón de ambas pulsiones. Si lo propio de las P. de vida es unir, reunir elementos para formar unidades más vastas, los procesos de estructuración al reunir elementos que se mantienen funcionando según leyes propias (las que garantizan su persistencia) las contaría como su fuerza cohesiva.

Al mismo tiempo la modificación de las estructuras, reorganización que supone englobamientos de unas en otras (más evolucionadas) se operaría en base, nuevamente, al interjuego pulsional. Así en el proceso de modificación y crecimiento que hace que unas estructuras sean superadas creemos ver el accionar de la pulsión de muerte que separa y desune, yugulada claro está por la pulsión de vida, para que eso que se separo-superó sea integrado en la nueva estructura en otro lugar.

La idea de un constructivismo genético al postular que las estructuras superadas son englobada por las siguientes que las incorporan con otro estatuto nos hace pensar en el accionar intrincado de los dos tipos de pulsiones, ya que si algo se pierde para poder ser recuperado, pero en otro lugar y función algo del orden de la muerte y de la vida pulsa allí.

Antes hablábamos de la constitución del objeto total y permanente en el curso del período sensorio motriz como un momento culminante de la inteligencia práctica y como apertura a los sistemas de representación y la función simbólica. Pero esa inteligencia en actos que podemos ver operar como producto de la actividad del niño, creemos, está dominada, impregnada, por la afectividad, ya en el sentido pulsional visto, como en el sentido vincular.

El objeto total y permanente es el objeto cognitivo, pero es también el objeto libidinal, y paradójicamente siendo el mismo, son diferentes y no hay conceptualmente confusión posible.

En el enfoque cognitivo el objeto permanente «madre» construido por el múltiple y reiterado entrecruzamiento de esquemas de acción sobre ella es una noción que comporta una representación y una certeza de existencia por fuera de cualquier percepción. Surge con valor de necesidad y ya no se lo puede concebir de otra manera que existiendo. Ahora su existencia es mental.

El objeto libidinal «madre» constituido como totalidad en forma progresiva y tempranamente (primer mitad del primer año) constituye una estructura afectiva característica. Este objeto está marcado por la inseguridad, se pierde y recupera alternadamente en relación con sus presencias-ausencia, marcando Intermitencias en las descargas pulsionales las que signadas ya con el placer ya con la angustia signarán a su vez al objeto. el que será vivido como bueno-malo, gratificador-frustrante etc.

En el enfoque afectivo el objeto total «madre» podemos decir tiene su asiento en lo vivencial. Su representación se despliega en fantasías de lo más variadas que opacan la certeza al matizarla por la tonalidad vivencial del momento, que a su vez modifica al objeto.

La presencia de la madre que gratifica y apacigua al bebé instaurará a partir de las vivencias de bienestar, un objeto bueno y reasegurador. La ausencia de la madre lo colocará en estados de insatisfacción, inseguridad y angustia que presentificarán un objeto que será vivido como perseguidor frustrador etc.

Pero aquí sobre este fondo de insatisfacción, frustración y angustia surgirá la búsqueda del «objeto afectivo desaparecido» una búsqueda que se organizará en «acciones sonoras» (llanto-grito) que sin ser

lenguaje de signos verbales se ofrece como corpus sonoro-gestual a ser descifrado por el otro (madre) quien le dará el valor de mensaje. Allegamiento yoico en el pensar de Winnicott, sujeto constituyéndose alienado en el otro (Lacan). La ausencia de representación (con su necesaria diferenciación entre significantes y significados) no impide que en el período sensorio motriz se constituyan «sistemas de significación» que emergerán de los indicios perceptivos (los que creemos Incluyen la percepción de la ausencia).

Estos sistemas de significación serían creemos, expresión del entretejido afectivo-cognitivo de esa etapa.

Sin deseo no hay trabajo ni crecimiento psíquico, sin estructuración y organización de las acciones (reales-virtuales-interiorizadas-fantaseadas) no hay significaciones.

Desde Piaget sabemos que las modificaciones de las estructuras que se dan en el curso del desarrollo producen nuevos niveles de comprensión que operan Incluso con retroactividad. Un material entendido de una manera en un período cognitivo anterior, será comprendido de otra manera cuando posteriormente cambien las estructuras y los elementos del pensar se reubiquen.

El pasaje de lo sensoriomotriz a lo simbólico testimonia esta transformación. La diferenciación entre significantes y significados que hace posible ese pasaje no determina el cese de las conductas sensoriomotrices sino que estas seguirán funcionando y evolucionando como tales, pero en la mente del niño ellas están ahora internalizadas y organizadas en esquemas de representación por medio de los cuales el objeto se procesa, manipula y asimila. El objeto se ha transformado en Imagen mental.

Sensoriomotricidad y función semiótica, acto y símbolo, símbolo en actos, se conjugan y potencian en el juego infantil. Forma natural de

expresión y lugar privilegiado por el cual los niños nos muestran cómo ellos se representan las cosas, cómo conciben el mundo y los fenómenos de la vida, y cómo «juega» en ellos la sexualidad. Investigación creación, «saber» y placer se amalgaman en el juego infantil. El juego «al dar expresión a las teorías sexuales infantiles, posibilita desplegarlas en una acción placentera, comprometiendo al cuerpo en esa escenificación» (l-p. 135).

Investigación, creación, «saber», producción de teorías. Las teorías sexuales infantiles son eso, teorías, intentos de explicar los grandes misterios que azuzan la curiosidad sexual infantil. Son creencias surgidas a medio camino entre lo vivenciado en el propio cuerpo en su tránsito libidinal y los datos provenientes de la investigación sexual infantil en su mundo circundante, lo visto, lo oído.

Son creaciones infantiles en las que se amasa lo experimentado-sentido en el cuerpo, lo percibido en el entorno, lo fantaseado en la mente.

Y son teorías, porque más allá de la fantasía que incluye al sujeto individual, intentan dar explicaciones generales. En ellas juegan altos niveles de elaboración para el niño y un monumental compromiso afectivo.

Lo que se plantea es nada menos que su origen, el de sus hermanos, el de su sexo, el por qué de esa diferencia que se le vuelve fuente de enorme ansiedad. En el procedimiento por el cual estas teorías universales se constituyen opera algo que pienso, prefigura, el accionar de la abstracción reflexiva que Piaget postula y describe para la experiencia lógico-matemática. En esta forma de abstracción, lo característico es que el niño obtiene conclusiones de sus propias acciones al manipular objetos. Abstrae así propiedades que no pertenecen a esos objetos fuera de la actividad sobre ellos ejercida. Así

por ejemplo la propiedad de ser 4 ó 5 no pertenece a unos guijarros, ella se desprende de la acción de contarlos ejercida por un sujeto que los clasificó, serió, y puso en correspondencia con la serie numérica.

La abstracción reflexiva o reflexionante, parte de acciones u operaciones del sujeto y transfiere a un plano superior lo que se ha extraído de un nivel Inferior de actividad. Es reflexionante en dos sentidos complementarios, uno es ese transponer a un plano superior (ej. conceptualizar acciones). Y otro es una reconstrucción, reorganización en el nuevo plano que da lugar a un nuevo sentido.

El niño pequeño desde el período sensoriomotriz explora su cuerpo, lo palpa, constata pliegues, huecos, salientes, experimenta las funciones corporales. Siente, y ese sentir que se reviste de una cualidad placentera al mismo tiempo le informa. Esa información—en actos— pensamos se va organizando en sistemas de acción-sensación-significación-representación, culminando en las teorías sexuales infantiles.

Que los niños piensen (teoricen) en la existencia del embarazo oral por ejemplo surgiría de la interacción de lo oído-visto acerca de que los bebés están dentro de la madre, y lo vivenciado al incorporar oralmente el alimento, junto con las trazas placenteras del juego-investigación en su cavidad oral. La experiencia princeps de incorporación de un niño es oral y ella se organiza en sistemas explicativos sobre el fondo de fantaseo-excitación-placer, con que la eroginización oral tiñe las actividades.

El organizarse como teoría sería un pasaje reflexivo a un nivel superior que comporta una reorganización del material y que da respuesta a uno de los interrogantes primordiales de la infancia.

Nuevamente aquí en la teorización infantil nos permitimos hipotetizar la acción de lo pulsional, ver y saber con su lado de apoderamiento de objetos y situaciones junto a la pulsión de vida que

alimentaria los procesos de integración cohesiva en el seno de la teoría.

He intentado presentar algunas ideas personales surgidas de la lectura de textos piagetianos y psicoanalíticos acerca del interjuego cognición-afecto en los orígenes del sujeto.

El propósito era presentar Ideas, generar preguntas, tentar alguna hipótesis o alguna respuesta que lejos del efecto de cierre u obturación diera lugar a abrir nuevas preguntas e Inquietudes. Promover esa incomodidad, ese malestar, que al mejor estilo pulsional nos mueve a actuar, pensar, hacer, para lograr ese placer efímero de creer que sabemos, cuya veracidad reside en enfrentarnos constantemente a que nunca obtenemos un saber completo, volviéndose entonces acicate de nuevos intentos. Estas propuestas son Inicios, y quieren ser estímulos para continuar la reflexión, la investigación, de temas que hacen al hombre en su calidad de ser total. El «hombre afectivo» o el «hombre cognitivo» pueden ser pensados, concebidos, estudiados, pero no nos encontraremos con ellos de frente en la calle o en el diván. El ser humano es una totalidad que entreteje lo afectivo-cognitivo y nos lo muestra en matices diversos. Muy pocos años antes de morir Piaget resumió lo que él concebía como propósito integrador. «Estoy convencido que llegará el día en que la psicología de las funciones cognoscitivas y el psicoanálisis estarán obligados a fusionarse en una teoría general que mejorará a ambos y los corregirá» (10p. 37).

Referencias

1. Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. *El juego en Psicoanálisis de niños*.
2. BLEICHMAR, S. *En los orígenes del sujeto psíquico*. Amorrortu. Bs. As. 1986.
3. BRIGUIER, J.C. *Conversaciones con Piaget*. Granica Barcelona,

- 1977.
4. DAVIES M., WALLBRIDGE O. *Límite y espacio*. Amorrortu Bs. As. 1988.
 5. FREUD, S. Tres ensayos de teoría sexual. Amorrortu O.C. vol. VII. Bs. As. 1978.
 6. GIL D., PORRAS, L. Compiladores. *La castración*. EPPAL. Montevideo, 1989.
 7. GUTFON. PH. *El bebé del psicoanalista*. Amorrortu Bs. As., 1987.
 8. LAPLANCHE Y PONTALIS. *Diccionario de psicoanálisis*. Labor, Barcelona 1987.
 9. PIAGET, J. *La construcción de lo real en el niño*. Proteo, Bs. As. 1965.
 10. PIAGET, J. *Estudios de psicología genética*. EMECE Bs. As, 1973.
 11. PIAGET, J. *Introducción a la psicolingüística*. Nueva visión. Bs. As. 1965.

Ultraje, Ejercicio a dos voces

Irene Maggi de Macedo *

No se me puedo olvidar de aquel día en que Augusto se presentó a la sesión exigiendo una respuesta inmediata a cómo le quedaba una remera, le tenía que asegurar que sí me parecía bien o mal. La empleada de la casa le decía que «bien» «pero uno nunca sabe si lo dice en serlo». Era un problema de color, que él no podía resolver. No seguiría hablando hasta que yo le contestara. Estuve mostrando su dificultad en pensarlo solo, que podía ayudarlo en resolverlo, pero, si la que elegía era yo, esa sería una elección mía y no de él.

Se dio vuelta en el diván, quedando los pies donde se reposa la cabeza. (Augusto mide unos dos metros de altura, por lo cual sus pies llegaban casi a mi nariz. No olvidemos el consecuente mal olor de champions de adolescente descuidado, y que además no acostumbra usar medias).

Le interpreté que pensaba que lo que me transmitía con su cambio de posición confirmaba aquello de que estaba con los pies en la cabeza, y con el pie no se piensa. Se molestó. Cada vez se ponía más intransigente y demandante, hasta que apareció la amenaza: «Hasta que no me contestes sí o no, no me voy».

Me empecé a intranquilizar. Su actitud era decidida, nada parecía cuestionario. Mi capacidad de pensar era ahora la que estaba paralizada.

* Soca 1247. Montevideo 11300

Se me venía a la cabeza la paciente siguiente, que estaba por ese entonces cursando un embarazo adelantado. Buscaba en mi cabeza situaciones en que se me hubiera planteado la negativa del paciente a retirarse a su hora. En mi experiencia con niños esto es a veces común, pero los recursos son muy variados y uno se maneja a la manera de juego. Aquí la posibilidad lúdica se me volvía imposible por lo firme de la oposición, y la insistencia de Augusto, que aunque yo llamara a la policía, sus padres, alguien de mi casa, él no se iría.

Conservé mi calma; le aseguré que no se necesitaría recurrir a nadie. Teníamos experiencia, durante el transcurso de nuestro vínculo, que siempre habíamos intentado buscar sentido a sus actos sin recurrir a la familia. Los encuentros con ellos habían sido a pedido de ellos. Augusto miraba atento a su reloj, y cada tanto me decía: «quedan tantos minutos, y todavía no me contestaste».

Le respondía que él conocía las condiciones de trabajo y que yo estaba segura que se iba a resolver. En el último segundo miró hacia el sillón vecino y se percató que allí había dejado su cuaderno de apuntes. Yo noté que se desviaba su atención del reloj al cuaderno. Me comenta que teme que yo me tome una venganza; le destruya sus anotaciones para el examen. Llegó la hora. Me levanto y le digo que podemos seguir conversándolo en la sesión siguiente. Me encamino hacia la puerta, él se sienta en el diván, y me repite que teme mi venganza, pero no se va sin mi contestación. Al mismo tiempo que yo llego a la puerta, él ya está en pie, rápidamente agarra su cuaderno y me empieza a seguir. Le reitero que podemos seguir hablando de sus temores, la venganza mía en la próxima sesión, y colocándome detrás de él, voy encaminando, con mi brazo, suavemente, hacia la salida, a Augusto. Quedaba otra puerta, la del hall de la sala de espera. Allí se quedó enfrentándome, con una actitud muy hostil, sin abrir la puerta siguiente, y desafiando a no irse.

En ese momento comencé a hablar lentamente, en tono seguro: intentaría ayudarlo a no caer en situaciones de repetición, de violencia, como las que vivía con sus padres, al mismo tiempo que abría la segunda puerta. El se quedó pensando; otra vez su atención se desvió de la puerta, y sin violencia, suavemente, fui acompañándolo hacia la puerta. Cuando se dio cuenta me puso el pie, no podía dar por concluida la sesión. Por momentos yo sentía la impotencia, desorganizadora, de mi habilidad analítica, puesta en juego. Volvía a plantearseme la llegada del próximo paciente como rescatándome del «no saber», esos instantes donde el «continuum» de la corriente ideacional parece detenerse. Ahora, al repensarlo, recuerdo aquellos momentos de tremendo shock traumático, donde la articulación, frente al hecho, queda por instantes paralizada, sin un pensar que los contenga. ¡Qué situación embarazosa! Intenté nuevamente hablar. Apoyó el pie y allí, en un gesto rápido cerré la puerta. Al segundo sentí el golpazo estruendoso de su salida del consultorio.

Comentarios. 1ª voz.

Seguramente el análisis con adolescentes hace de la tarea ese «aún más»... del que da cuenta la etimología de la palabra «ultraje». Se exige una respuesta a la vida, a lo desconocido, a lo que es ser, (un color de remera), imposible. El adulto, y siempre es desde el lugar de adulto, no surge la respuesta. ¿Cómo se hilvana ese entrecruzar de representaciones que nacen de ese encuentro singular? Los límites del encuadre son difíciles de mantener. Analistas, expertos en la magia de lo lúdico, no es fácil precisar el límite, o el encuadre, o el marco, entre el jugar, la acción y la palabra. Es en el pasaje adolescente de Augusto, donde la vivencia del ultraje se me hizo presente. ¿Por qué?

Tomo esta sesión como puntual en su proceso. Y también en el mío.

Es característico del tratamiento con adolescentes la intensidad invasora que surge como vivencia preponderante del análisis. Nuestra «teórica» analítica se conmueve. (¿Es ultrajada?). El paciente nos empuja a «aún más».

Apurada en mi intimidad, mi celo analítico (para eso estoy), me interroga. Intransigente, en demanda de una respuesta. Y allí pierdo pie. Nosotros sabemos de límites, hora, tiempo, espacio. ¿Cómo aprehender ese otro tiempo, ese sin tiempo, infinito, e instantáneo, sin sentirse enojado y humillado, atropellado?

Es allí donde no encontramos respuesta y salimos a los empujones. Pienso sí esto no es lo que nos ha llevado tanto tiempo para estructurar el campo propio de la adolescencia, y sus particularidades, describiéndolo casi siempre como ese tiempo de nadie «esa tierra sin nombre, el agujero negro», como en algún momento lo hemos pensado. Dice Gules Lipovestsky que una moda señala el imperio de lo efímero.

Augusto tiene 18 años, consultó hace ya tres, con una sintomatología severa. El entorno familiar es característico de estos cuadros. Sin embargo su evolución en el análisis, junto al seguimiento psiquiátrico ha sido favorable. Actualmente cursa sus estudios sin ningún problema, pero la violencia, que despliega contra su familia, hace la convivencia muy difícil de tolerar. No acepta la idea de llevar una vida de independencia relativa de la casa.

Villiers de L'Isle Adam, en «Les demoiselles de Bienfilatre», al comienzo de su cuento, describiendo el «métier» de las protagonistas dice: (... le métier de ce couple austère consistant, principalement, á se suspendre, áchaque instant, avec des attitudes désespérés...) cita a Pascal: Pascal nous dit qu'au point de vue des faits, le bien et le Mal sont une question de «latitude». En effet, tel acte humain s'appelle crime, id. bonne action, lá-bas, et réciproquement».

Lentamente me fui recuperando. El problema con Augusto era de «latitud». Tiempo y espacio, territorios y hemisferios, variaciones climáticas, podían pensarse como opuestos, y entonces sería una transgresión mutua; o, a través del ultraje, el «aún más» del acto, un acercarse a lo nuevo a descubrir. Pienso, si desde lugares diferentes podría llegar a la palabra, símbolo, posible de acceder a una vida independiente y adulta.

Comentarios. 2 voz.

Haciendo un esfuerzo por comprender la actitud de Augusto, varias líneas de pensamiento van surgiendo, en relación a lo que puede significar un acto en la adolescencia y una respuesta, que también se traduce en acto, de parte del analista.

Mientras miraba los championes de Augusto, el olor, y todas las sensaciones que esta escena iban despertando en mí, sentía la urgencia de ponerlas en palabras. Era una situación peculiar.

Augusto exigía una respuesta; ésta apuntaba directamente a su identidad, a su ser, el no recibirla lo llevaba a una situación de la cual no podía dar cuenta con palabras, sino con actos. Este acto llegaba a mí como un «ultraje». Para M. Khan este término Incluye los actos verbales y también físicos de violencia.

Augusto exigía respuestas concretas; desde su lugar adolescente se sintió ultrajado por aquella no respuesta, que se convierte en una demanda tan vital, que lo llevará a transgredir todo encuadre.

Nosotros, analistas, desde nuestro lugar «adulto» (del saber) sabemos de límites, encuadres témporo-espaciales que, a la hora de encontrarnos con el adolescente nos replantea nuestro lugar, nuestro tiempo. ¿Es acaso una transgresión? o ¿aún más?

Parecería que la demanda adolescente tuviera un carácter ilimitado, donde tiempo y espacio entran dentro de un parámetro infinito.

Dentro de esta vivencia ilimitada, el analista parecería tener un carácter peculiar, paradójico, ultrajar al paciente llevaría a ultrajar en un acto al analista. Sin embargo, este ultraje parecería marcar un límite insoportablemente difícil de tolerar en determinadas situaciones. Límite que marca el final de una sesión, que marca un tiempo y un espacio diferentes al sin tiempo que parece implicar un «estar» eterno, en una tierra sin nombre. Al dar palabras —en este caso de finalización de la sesión— se genera la diferenciación de un espacio y tiempo nuevos, convirtiendo al analista a los ojos del adolescente, en un otro capaz de marcar los límites. Parecería que aquel interjuego de ultrajes pudiera pasar a convertirse en un elemento limitante que marca para el adolescente otra presencia distinta de sí mismo.

En este particular caso, el cuerpo del paciente actúa, el analista a su vez hace participar su cuerpo dando a toda esta acción el carácter de presencia de dos cuerpos distintos, ambos demandan bordeando sin palabras, con actos esa línea tan sutil de lo limitado-ilimitado que la mayoría de las veces nos lleva a considerar el análisis con adolescentes como una situación en la cual nuestra formación como analistas de niños o adultos parece no dar suficiente cuenta, proponiéndonos entonces una creación que a su vez nos re-crea en cada tratamiento.

Conclusiones (¿más voces?)

La Revista número 56 de la APU se dedica al tema de Transgresiones:

«(Término que debemos a una feliz inspiración de G. Koolhaas) que apunta a la hipótesis de tres estructuras (actuación, psicopatía y perversión) tiene en común: violación, «pasar a través» del otro, de la

norma social, del cuerpo, proyectándose sobre el fondo de una transgresión fundante, el incesto».

¿No existiría aquí un deslizamiento de concepciones al pasar de transgresión a ultraje? ¿Cómo se podría realizar una posible articulación?

SI bien el escenario edípico ¡tan caro al adolescente! con la consecuente ausencia «castración», sería un nivel de teorización posible, pienso aquí en otro escenario más primitivo, tal como lo teoriza H. Garbarino desde el postulado del Ser.

Si yo bien escucho a Augusto él no sabe del deseo, del ser, de cómo es él, y me pide que le responda. Pero tampoco entiende de sus pulsiones amorosas y sobre todo agresivas. Y yo soy responsable del quiebre etológico, que le va a permitir un renacer, un salto en la organización humana.

Existiría en la adolescencia un proceso de desorganización estructural, entendiendo la desorganización de instancias, que tendría como consecuencia un desligamiento pulsional. La fuerza cohesiva del Yo, no siempre se opone exitosamente a la acción del Ello. Dice Garbarino: «La pulsión de muerte desorganizó la conformación espacio-temporal y el narcisismo yoico propio del yo instancia y el yo regresó a su condición primitiva de yo ser, quedando bajo la amenaza del no ser».

«La acción silenciosa de la pulsión de muerte».

Hablar de amor, esa nostalgia, es de la infancia, del infantil sujeto, para el adolescente es acto, ni juego ni palabra, quizás un vacío a llenar ¿Pero por quién?

Muchas veces caemos en la trampa de creer que esto se encuentra en el discurso familiar, que allí esta la clave, que con múltiples entrevistas vamos a revelar al adolescente su incógnita. No dejo de pensar que en todas las oportunidades es de ayuda. Pero no equivocarse, sí no se

produce el alumbramiento propio no tendremos un ser adulto. Aquí se trata del Ser.

Muchas veces puede ser vivenciado por el joven como múltiples ultrajes, que a la manera de acumulación, pueden convertirse en quiebres, rupturas imposibles de oponerles una defensa adecuada. Es así que se nos despliega la variada gama de patologías adolescentes.

Pero lo que quiero destacar, al tratar de ejercicio a dos voces, es del imprescindible lugar del adulto, con sus leyes, siempre ultrajantes para él (adolescente y adulto), pero que en un buen encuentro siempre es posible de reestructurar el aparato psíquico, hacía una nueva «verdad» creativa. Si en ese desencuentro ¿antes dije encuentro? lo que prevalece es la transgresión, entonces sí, se produce un verdadero «breakdown».

¿Es posible considerar, durante el proceso adolescente, al ultraje, como al servicio tanto del adulto como del adolescente, de la acción positiva de la pulsión de muerte?

Creo que el «aún más» de la demanda puesta en acción del joven si se enfrenta a un límite, borde, espacio y tiempo, puede reestructurarse creativamente, conservándose para la especie como aquél de quien se espera la sobrevivencia. Para ello tiene que rescatarse de su caída en las profundidades del ser y conectarse nuevamente con el mundo social.

Propongo un ejercicio a dos (?) voces.

Montevideo, marzo de 1992.

Bibliografía

LIPOVETSKY, Gilles. *El imperio de lo efímero*. Ed. Anagrama.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM. *Contes Cruels*. Librairie José Corti.

KHAN, M. Masud. *Cuando llegue la primavera*. Ed. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, N° 56.

GARBARINO, Héctor. *El Ser en Psicoanálisis*. Ed. Eppal.

GARBARINO, Héctor. Trabajo inédito. *Lo ominoso*.

Más allá de las palabras

Juan Carlos Neme,

*Raquel Morató de Neme**

En los últimos años hemos constatado la aparición o concomitancia de enfermedades orgánicas graves, especialmente cáncer, en el transcurso del trabajo analítico. Esto ha llevado a interrogarnos acerca de cómo inciden en el proceso analítico y qué modificaciones implican en la técnica, que necesitan ser teorizadas.

El modelo freudiano nos muestra un largo recorrido, desde la hipnosis su modificación, colocando la mano sobre la frente hasta la libre asociación que nos lleva a cambios en la técnica, según las necesidades frente al eventual fracaso o inoperancia de las anteriores. En las siguientes viñetas mostraremos las propias modificaciones establecidas por el paciente y las nuestras, deseando compartir las reflexiones teóricas que esto nos ha suscitado.

Dejamos de lado la enigmática relación psique-soma, campo de investigaciones múltiples, (Marty, P. 1976, 1984, 1985), (Chiozza, L. 1987). El sentido inconsciente de los síntomas somáticos, en qué momento surgieron en relación al proceso analítico, antes o durante de acuerdo a la clasificación de Yorke (Yorke, C. 1980), tampoco lo discutiremos. Por otro lado, nos preguntamos qué posibilidades existían de detectar desde la estructura psíquica del paciente, la posibilidad del desarrollo de una enfermedad tan grave y destructiva. Como corolario de esto, sí se podría haber predecido y evitado.

* Tomás Diago 713, Montevideo 11300

Centraremos nuestra atención acerca de un comportamiento común: los cuatro pacientes que presentamos, al hablar de sus enfermedades en situaciones críticas, se sentaron adoptando la posición cara a cara.

Esta situación nos llevó a Interrogarnos acerca del sentido de este cambio en estas circunstancias, que implica una modificación en el encuadre analítico y cómo se entrama en nuestro trabajo. Qué papel desempeña en el adulto lo no verbalizado, punto éste que viene siendo investigado en nuestro medio en el análisis de niños (Casas de Pereda, M. 1991; Cárdenas de Espasandin. M. 1989) y de adolescentes pero que creemos que en el análisis de adultos adquiere, en determinados momento, un sentido específico.

A continuación presentaremos cuatro viñetas clínicas.

El Sr. A es un empresario en la edad media de la vida que consulta por dificultades en su relación de pareja y en el trabajo con su socio. A los pocos meses de Iniciar su tratamiento relata molestias somáticas por las que está siendo estudiado, no teniendo un diagnóstico preciso, según el paciente centrando sus preocupaciones en su divorcio, los problemas con sus hijos y la diversidad de criterios para manejar la empresa. Sus síntomas somáticos se hicieron más manifiestos, continuando con la imprecisión diagnóstica, las dificultades para hablar de los mismos, a pesar de lo cual, con insistencia logró explicitar que el diagnóstico era de cáncer y que se presentaban diferentes alternativas terapéuticas.

La Sra. M. también en la mitad de la vida, consultó enviada a un tratamiento individual, después de una terapia de pareja fracasada porque su marido no quiso continuar. Desde el inicio llamó la atención la pobreza de su lenguaje y las dificultades para expresarse la mayoría de las veces. Durante el transcurso del análisis pudo adquirir una

limitada libertad para manejarse y desarrollar tareas que le permitieron tener sus ingresos propios, pero no pudo separarse de su marido por razones «económicas», a quien decía odiar. Comienza con síntomas poco específicos, consultando médicos quienes no le dieron importancia. En uno de los exámenes se le constata una tumoración, desconociéndose si su origen es benigno o maligno. Al enterarse de esto hace una crisis de diagnóstico con una ansiedad muy severa. Frente a la posibilidad de una intervención que la aterra, está dispuesta a morir antes de verse mutilada.

La Sra. C., de 37 años, en el momento de consultar era separada, sin hijos, profesional. El motivo para iniciar el tratamiento era bajo rendimiento laboral y dificultades para iniciar una nueva relación de pareja. Durante los 5 primeros años de tratamiento, logró rendir mejor, al mismo tiempo que disfrutar de su trabajo y tener un vínculo de pareja estable. Era llamativo que con cada nuevo logro surgiera algún síntoma somático: bronquitis, cefaleas, malestar estomacal Indefinido, desórdenes menstruales, hipertensión que cedió con medicación. Al poco tiempo de restablecerse de una neumopatía, se encontró un bulto en un seno. Rápidamente consultó al médico y el resultado de la biopsia fue de cáncer, decidiéndose extirpar el seno en esa misma semana.

La Sra. O. consultó a los 45 años, después de la muerte de su madre que convivía con su familia (esposo y 2 hijos adolescentes) por sentirse desbordada en tanto que su madre siempre se había hecho cargo de la casa y del cuidado de los hijos, mientras ella desarrollaba múltiples actividades fuera de la casa. A los 3 años de análisis, después de una reestructuración de la familia, donde cada uno de los miembros se fue haciendo cargo de sus propias actividades y ella teniendo más éxito en las suyas, se descubrió una tumoración en un seno, siendo ésta extirpada.

Estos cuatro pacientes, en los momentos que abordaron alguna situación crítica de la enfermedad, tanto en el diagnóstico como en el tratamiento, se sentaron en el diván mirando al analista, volviéndose a recostar una vez que esta situación era relatada. Esta modificación en el encuadre, introducida por el propio paciente, nos llevó a reflexionar sobre el sentido que adquiriría el cambio de posición.

En primera instancia nos planteamos si el propio paciente consideraba la enfermedad como algo que provenía de la realidad, no formando parte del proceso analítico. Esto es un punto polémico planteado ya en los escritos de Freud (Freud, S. 1931) respecto al grado de analizabilidad cuando existe una enfermedad orgánica. Waldhorn, más recientemente, coincide con Freud sobre la imposibilidad del proceso psicoanalítico concomitantemente al tratamiento de padecimientos orgánicos (Waldhorn, H. 1960). No nos centraremos en este planteo, prefiriendo Investigar el sentido de mirar al analista y ser mirado por éste durante la sesión de análisis.

Nuestra hipótesis de trabajo es que el paciente, en estas circunstancias cruciales busca en el analista, más allá de las palabras, un contacto afectivo mayor que lo remite a los tempranos procesos de espejamiento.

Para abordar este punto efectuaremos previamente una revisión de algunos autores que se han ocupado de investigar la importancia de la mirada, como medio de comunicación, desde los primeros momentos de vida del ser humano.

Citaremos en primer término los aportes de Lacan (Lacan, J. 1949), donde señala la importancia de la etapa del espejo en que el niño se ve como un todo unificado, reparando así el sentimiento de fragmentación que existe antes de que adquiera la capacidad para usar símbolos. Más tarde, Winnicott (Winnicott, D. 1967) elaboró este concepto de Lacan

en el contexto del vínculo madre-niño, centrándose en el rostro de la madre ejerciendo la función de espejo, el niño, por medio de la mirada busca transmitir a la madre sus estados afectivos, quien a su vez se los refleja al niño, lográndose una óptima comunicación. Kohut, con un enfoque teórico diferente (Kohut, H. 1977) centrado en la patología del sí mismo, insiste sobre la importancia de responder con una Imagen especular adecuada por parte de la madre la mayor parte del tiempo. Esto lleva a la consolidación de sí mismo del niño, proporcionándole la autoconfianza y autoestima básicas que lo apoyarán el resto de su vida.

Más recientemente, las investigaciones sobre el desarrollo del bebé y su Interacción con la madre muestran este proceso de espejamiento como muy Importante en el desarrollo del self, confirmando estos conceptos psicoanalíticos. No sólo han sido observados y descritos en términos de respuesta visual del gesto y la expresión emocional, sino también en términos de «eco» vocal y sintonía afectiva (Emde, R. 1987; Stern, D. 1985). El eco vocal constituye la repetición por parte de la madre de la vocalización del bebé, considerándose un paso importante para el desarrollo del lenguaje durante el primer año de vida.

La sintonía afectiva, término propuesto por Stern, enfatiza dentro de la relación madre-bebé, el compartir estados afectivos internos. Esto se logra a través de comportamientos tanto del bebé como de la madre que, sin ser estrictamente imitativos, reflejan un determinado estado afectivo compartido por la díada. Stern prefiere este término al de espejamiento porque por un lado éste sugiere una sincronía temporal completa incluyendo tres procesos: la imitación, el compartir estados afectivos y en algunos casos validación consensual o refuerzo verbal.

Stern, en esta misma línea, se cuestiona sí la sintonía afectiva no sería igual a empatía. Esta última según el autor comprendería la mediación

de procesos cognitivos. En cambio la sintonía afectiva se produciría en gran parte en forma inconsciente y casi automáticamente. Ambas, la empatía y la sintonía afectiva tendrían en común el proceso inicial de resonancia emocional, pero esta última toma la experiencia de la resonancia emocional y automáticamente convierte esa experiencia en otra forma de expresión, no continuando hacia un conocimiento o respuesta empática.

Volviendo a las viñetas cénicas, podemos señalar que los cuatro pacientes tenían en común un Interés excesivo respecto a su apariencia corporal. El Sr. A. en su juventud y aún con nostalgia recordaba su aspiración a ser profesor de Educación Física, lo cual se había visto impedido de realizar por ser incompatible con otras opciones vocacionales.

La Sra. M., muy meticulosa en su vestimenta y cuidado personal, se había sometido a una intervención de cirugía plástica para aumentar el volumen de sus senos. Las Sras. C. y O. cada tanto comenzaban dietas de adelgazamiento y ejercicio físico bastante regular (ballet y yoga) para mantener sus siluetas juveniles. Estas tres pacientes mujeres ocupaban una parte importante de su tiempo en estas actividades.

Teniendo en cuenta que la enfermedad orgánica siempre implica una herida narcisista, en tanto daña la imagen corporal, en estos pacientes se veía exacerbada por las características descritas anteriormente, produciéndose una disminución de su autoestima y autoconfianza básicas, mayor que en otro tipo de personas.

Pensamos que esta disminución de la autoestima y autoconfianza llevó a este cambio de posición por parte del paciente y a la búsqueda del contacto visual con el mismo, para lograr así un mayor acercamiento afectivo con el mismo, proporcionándoles la resonancia emocional necesaria para poder soportar la crisis del diagnóstico y/o las vicisitudes

del tratamiento.

Recordamos que la Sra. M. prefería morir antes que ser intervenida, viviendo la intervención como una mutilación y, por otro lado, se sentía abandonada por su madre, quien desde su enfermedad no la venía a ver.

Por otro lado, la Sra. C., cuando iba a realizarse su tratamiento, prefería se acompañada por sus amigas y no por su madre, quien, según la paciente, la llenaba de ansiedad.

La Sra. O. se quejaba de que su familia actuaba con ella como si no estuviera enferma, sintiendo que se reproducía la misma relación que con su madre, donde ella nunca había sido tomada en cuenta.

Nos preguntamos si estas situaciones que implican un riesgo vital no movilizan ansiedades y mecanismos muy tempranos que llevan a la búsqueda de una reafirmación de la autoestima disminuida, para lo cual se recurre a un tipo de comunicación interpersonal más primitiva que nos remite a la temprana relación madre-bebé, si no sería una forma de evitar la regresión, que la ruptura del equilibrio narcisista ha provocado, surgiendo la necesidad de mirar al analista como persona real, intentando restaurar este equilibrio perdido.

Cuando estos pacientes introdujeron esta modificación en el encuadre nos planteamos qué actitud tomar: si preguntarles directamente o esperar que fuera el propio paciente quien, en el transcurso del proceso analítico, nos diera las pistas necesarias para aclarar esta situación. En el caso de una paciente, el analista le preguntó directamente acerca de esta nueva actitud. Respondió que de esa manera comprobaba que era mirada por el analista. Con los otros pacientes se fue viendo la búsqueda de una madre «suficientemente buena», según Winnicott, debido a carencias afectivas con la madre real.

Planteamos si las palabras dichas desde el diván no resultaban ser suficientes y de esta manera los pacientes manifestaron la necesidad de

ver en nosotros, analistas, una respuesta afectiva. Ser reconocidos como un otro que está sufriendo y acompañados por él, Nosotros, a su vez, espontáneamente dejamos de tomar nota teniendo una actitud receptiva a la mirada del paciente. Este comportamiento diferente por parte del analista y del analizando nos recordó lo que señala Kohut (Kohut, H. 1984), acerca de la necesidad de un objeto self durante toda la vida y con el concepto de «resonancia» afectiva del otro de acuerdo con Modell (Modell, A. 1984), como sustentador del sí mismo en todos los seres humanos.

El funcionamiento habitual del proceso analítico, centrado en los conflictos intra- psíquicos, se ve sorprendido por la jerarquización de la dinámica interpersonal con la figura real del analista, que adquiere aquí una nueva dimensión al privilegiar el lenguaje gestual y la comunicación no verbal.

Nos cuestionamos acerca de la validez del proceso analítico en estas circunstancias donde la realidad de la enfermedad invade y opaca la conflictiva psíquica inconsciente.

Resumen

Los autores plantean en pacientes en tratamiento analítico afectados por una enfermedad orgánica grave, las modificaciones introducidas por los mismos en situaciones críticas de diagnóstico y/o tratamiento. El adoptar la posición sentada y cara a cara al analista, los ha llevado a plantear que la herida narcisista por el daño corporal los llevaría a la búsqueda en el analista, más allá de las palabras, de una comunicación afectiva que remite a los procesos de espejamiento o sintonía afectiva propios de la temprana interacción madre-bebé, intentando lograr en esta forma un mayor sentimiento de autoestima y autoconfianza básicas.

Se cuestiona sobre la validez del proceso analítico en estas circunstancias.

Bibliografía

CASAS DE PEREDA, M. *Gesto, juego y palabra. El discurso infantil*. RUP N° 74, 1991.

CARDENAS DE ESPASANDIN, M. *Un momento en la transferencia a partir del análisis de un gesto*. Jornadas de APU sobre transferencia, octubre 1989.

CHIOZZA, L. *¿Por qué enfermamos?* Alianza Editorial, Madrid, 1987.

EMDE, R. *Development Terminable and Interminable*. Congreso de Montreal, 1987.

FREUD, S. *La teoría de la Libido y el narcisismo*. XXIV Conferencia (1916, 1917), TXIV, AE, Bs. As., 1979.

KOHUT, H. *La restauración de si mismo* (1977), Paidós, Bs. As., 1980. *Como cura el análisis* (1984), Paidós, Bs. As., 1986.

LACAN, J. *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949). Lectura estructuralista de Freud. S. XXI, México. 1971.

MARTY, P. *Les mouvements individuels de vie et de mort*, Payot, Paris. 1976.

A propos de rêves chez les malades somatiques, R. F. de Psych. Vol. 5. 1984.

L'ordre psychosomatique, Payot, Paris, 1955.

MODELL, A. *El psicoanálisis en un contexto nuevo* (1984) AE, Bs. As., 1986.

STERN, D. *The Interpersonal World of the Infant*. Basic Books, Inc. Publishers, New York, 1985.

WALDHORN. H. *Assessment of Analyzability, Psychoanal. Quart.* Vol. XXIV, 1960.

WINNICOTT. D. *Papel del espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño* (1967). *Realidad y juego*. Granica Ed., 1972.

La mente y el qué-hacer del analista

Luz M. Porras de Rodríguez *

Estas reflexiones circulan, en un espacio de mi tarea como analista que comprende por un lado un esfuerzo de aprehender el retorno de cierto material de mi experiencia que es “convocado” en un momento de intercambio científico. Rescatar el material analítico a través de la **ocurrencia**, siguiendo el trayecto en que surge con sus enlaces. En un momento de mí tránsito por la institución tuve oportunidad de recordar situaciones de mi trabajo analítico, en ese marco, en una reunión Científica, hice una Intervención oral sugerida puntualmente sobre el material clínico en discusión. Material que evoca-convoca **“una ocurrencia que adivino casi lista”**¹. Este material trataba de un paciente que había suspendido el análisis; al cabo de un año llamó nuevamente a su analista para retomar el tratamiento, en su historia constaba que uno de sus padres había fallecido en la infancia. Esta situación *trajo a mi memoria* cierto material analítico (de 2 pacientes), que suspendieron y retomaron el análisis, ambos habían perdido uno de sus padres en la infancia.

El trabajo —*arbeit*— de (ser) analista nos provoca “cambios”, no sólo en la sesión sino en el diálogo con otros analistas, nuestras lecturas, nuestra historia. ¿Qué modificaciones provocan nuestras experiencias analíticas, que surge de nuevo —¿*de nuevo?*— en la mente del analista, y cómo se organiza en cada uno de nosotros? Estos hechos, no están ordenados en una causalidad lineal y progresiva, han tomado sentido *aposteriori* donde una comunicación psicoanalítica convoca en el aquí y ahora un entramado (varias historias se encuentran)... Se hace presente en

* Br. Artigas 1414. Ap. 101, Montevideo 11300

¹ “Por las comunicaciones de hombres en extremo productivos, como Goethe y Helmholtz, llegamos a saber más bien que lo *esencial* y lo *nuevo* de sus *creaciones* les fue dado a la manera de *ocurrencias* y *adivino* a su *percepción casi listo*” (5).

mi memoria la Carta 52, con sus reinscripciones.

¿Cómo se escribe-inscribe esta ocurrencia? La intervención se construyó apoyada en elementos que coincidieron en dos pacientes *Luis* y *Clara* tres con el aludido que los convoca. Confluyen un tema y una estructura en el proceso analítico; estructura que “toca” el encuadre

Estos hechos son:

-muerte de la madre en la infancia

-suspensión del análisis

-retorno al tratamiento

Me referiré a ellos en lo que concierne a mi tarea como analista; situación comprendida a posteriori, donde fue posible rescatar la experiencia analítica. Desde allí se materializó un ***“hecho seleccionado² como una ocurrencia”***.

-Luis...

De 43 años, en 6 años dos suspensiones de su análisis. Su madre había muerto cuando contaba 4 años. Al cabo de 18 meses resuelve abandonarlo. Esta situación coincide con la separación de su compañera; a partir de ese momento restablece la relación con su esposa. En esta primera separación se va “enojado”; quedan depositados en el análisis sentimientos de desconfianza y agradecimiento con gran ambivalencia³. Acordamos que me podía llamar si necesitaba retomar el análisis. Me consulta *dos* años después, concurriendo durante 3 meses asiduamente, luego deja de venir. Después de las vacaciones tenemos una entrevista a pedido mío, donde manifiesta que “perdió el interés”. Le señalé que posiblemente así era el

² En un intercambio de ideas con C. Mendilaharsu, me señalaba que esta experiencia tiene las características de un ***“hecho seleccionado”*** según Bion (1) refiriéndose a Poincaré,: «Si un nuevo resultado ha de tener algún valor, debe unir elementos conocidos por mucho tiempo, *pero que han estado hasta entonces dispersos y han sido aparentemente extraños entre sí, súbitamente introducir orden donde había la apariencia de desorden*, (vemos)..., cada uno de esos elementos en el lugar que ocupa la totalidad. No sólo el nuevo hecho es valioso por sí, sino que él solo da valor a los hechos anteriores que une». *«El hecho seleccionado es el nombre de una experiencia emocional, la experiencia emocional de un sentido de descubrimiento de la coherencia: su significación es por lo tanto epistemológica y no debe suponerse que la relación de hechos seleccionados es lógica»*. Subr. LP

³ «...esa transferencia se vuelve hostil o hipertensa, y por eso necesita de represión, el recordar deja sitio enseguida al actuar» (6).

modo en que puede analizarse, le planteo la posibilidad de continuar cuando lo crea necesario. Luego de un año y medio me llama, es su tercera consulta concurre con asiduidad durante 6 meses; ha modificado sus relaciones familiares, se ha separado de su esposa, tiene una nueva pareja y conflictos con sus hijos. El vínculo conmigo se ha hecho muy franco y amistoso (transferencia positiva). Es directo en sus apreciaciones, hace chistes. Vemos la posibilidad luego de 6 meses, de finalizar el análisis, trabajamos la separación. Le señalo que la primera vez se fue enojado, la segunda vez «*dejó morir la relación*», deja morir a la madre. Al faltar durante meses sin embargo mantiene el lugar probablemente por el Intento de elaborar un duelo con características esquizo-paranoides. En este último momento me da tiempo, lo que permite interpretar globalmente las situaciones anteriores, y ver esta nueva separación en una forma diferente. Vemos su resolución de casarse nuevamente, el deseo de tener un hijo, y fijamos la fecha de terminación. Ahora pienso que hemos trabajado analíticamente con un témporo-tránsito especial, que se adecuó a la posibilidad-imposibilidad del paciente de tolerar la situación analítica, recién «comprendida» al finalizar el tratamiento. El proceso se consolida en la medida en que integramos, como lo ha hecho el paciente, sus salidas y entradas del análisis. Estas situaciones ubican al analista en un lugar que sólo vislumbramos después. Repetición frente a un encuentro fallido, donde el analista es muerto, tumba, lugar de la transferencia, pero también de una madre viva que dejó su impronta. Probablemente por eso el retorno. En ese momento pudimos ver juntos el deseo de irse, dentro del contexto del análisis y desdibujar el vínculo transferencial, señalando la situación vivida como una manera de transitar un duelo infantil. En forma paradójal recupera a la madre en esta experiencia vivencial en el momento en que la deja en la transferencia. Sobre el “final” del tratamiento, me doy cuenta que han pasado 6 años, pienso en un trabajo analítico con presencias-ausencias; sus faltas negaban una ausencia-presencia al estilo del fort-da... una madre muerta, que no terminaba de morir.

La sucesión ha tomado el lugar de un imposible reencuentro, el análisis se ha dispersado (morcelé) en estos años... sólo reunido en la depositación hecha por el paciente en la analista. Es posible en este final abierto dar un sentido global a la experiencia analítica donde se puede captar el proceso analítico resignificando o significando esta historia. Debemos considerar, que la aceptación de los reingresos configuraron un modo especial por la historia estructural (pérdida de la madre) que me permitió retomar la situación analítica a pesar de los sentimientos contratransferenciales que fueron señalados en cada reingreso. En esta continuidad, algo que fue proceso para el paciente y para la analista se transforma en tres señalamientos finales, como una *interpretación-construcción*.

Se enoja con la madre y la abandona ¿por no ser abandonado? luego allí la mantiene pero la deja morir⁴, y por último recupera un espacio donde elaborar un duelo en estas situaciones actuadas. La construcción se configuró integrando las ausencias con las presencias, dando cabida a este largo período de idas y venidas una unidad que me involucró como analista. Teniendo en cuenta que se presentaba, en el aquí y ahora de cada abandono como una situación de fracaso terapéutico. Reuní la experiencia en la medida en que acepté la frustración y los sentimientos ambivalentes transferenciales que me permitió recibirlo en cada nuevo encuentro.

Lugar del analista que es un «*locus*»⁵ (no espacial, no geométrico) lugar de una función que permite comprenderla «nachtraglich». «*Locus*» también para el paciente que oscila entre el sitio (*situs*) y el lugar, que actualiza y elabora escapando de una situación imaginaria.

Destaco aquí la diferencia entre los duelos infantiles y de los adultos. «*La muerte de uno de los padres está cargada de consecuencias para el porvenir del niño*» (9), y en este encuentro analítico intentamos dar significación a situaciones

⁴ Descubre al comienzo del análisis que su madre estaba muy enferma, por lo que fue separado ante de que muriera.

⁵ «En la medida que el término no escasea en los textos de Freud (un nuevo acto psíquico, etc.) y de Lacan («tiempo esencial del acto de inteligencia», «acto analítico», etc.) nos parece necesario dar rigor a este término a partir de la diferencia entre: *locus* (lugar) no espacial, no geométrico, y *situs* (sitio) relativo al espacio esto es geométrico. De lo que se sigue que: acto es el tiempo por el cual un locus deviene situs» (11) Subr. LP.

no «comprendidas» donde intentamos dar significación a situaciones no «comprendida» donde fantasma y trauma se reciclan, favoreciendo la recreación repetitiva del hecho traumático.

Repetición de lo *mismo* y no de lo *idéntico*⁶ al decir de M'Uzan. Analizar en ausencia, o cuando la ausencia se hace presencia, sí el analista puede. A *Luis* yo lo esperaba y no me extrañaba su llamado.

Proceso analítico en un paciente, que en «*otra escena construye su duelos* en los encuentros desencuentros con la analista (encuadre analítico), construir-reconstruir una historia, lo que allí sucedió ingresó luego como contenido que pudo ser formulado en una construcción.

-Clara...

Me consulta luego de haber guardado mi teléfono durante 10 años. Una historia siniestra; cuando tenía 4 años la madre muere durante un parto por *rotura uterina*, muriendo también el bebe. *Clara* luego del parto de su segundo hijo «rompe espontáneamente el útero», por lo que debió ser operada de urgencia. Tuvo un accidente anestésico que puso en peligro su vida. Empezó el análisis a 3 sesiones bajo protesta. Salía de su casa daba vueltas y no venía. Luego de 6 meses plantea la suspensión, siente que no le sirve para nada y tiene miedo de dejar a su esposo. Se plantea cómo poder ser madre, sí ella no la tuvo. En ese momento transferencialmente tengo la impresión que ella, ni yo, podemos hacernos cargo de la situación donde la palabra y la vivencia están habitadas por un silencio de muerte, repetición (*lo idéntico*) en su cuerpo del desencadenante de la muerte de su madre donde la identificación con ésta la lleva a reproducir la rotura uterina (la madre tenía una cesárea anterior). Diría más que identificación fue una encamación, imposibilidad de simbolizar una pérdida que deja una herida —

⁶ «. . . el retorno eterno de lo mismo implica siempre un cambio aunque sea ínfimo... lo idéntico tiene un trazo de objeto perfectamente igual», (2) sin tendencia al cambio.

marca— en el cuerpo⁷. *Un año y medio* después, retoma el análisis, insiste en tener 2 sesiones, yo no transo ¿porqué dos? tiene dos hijos, son dos hermanos y el tercero no cuenta, se murió con la madre. Empezamos con 3 sesiones, siempre falta a una. Al darle las horas para reiniciar su análisis agrego horas a mí trabajo. A los tres meses resuelve nuevamente dejar el tratamiento, yo me siento irritada, y le digo «*que algunas personas tienen que esperar para conseguir hora para analizarse*» (pienso ahora que guardó 10 años mi teléfono). Este es un lugar siniestro (*unheimlich*), por lo familiar y por la posibilidad de que eso familiar se concrete en lo que, más que evocar realiza en esta tumba materna, donde transferencia acontecimiento infantil y realidad (su accidente) retornan con rasgos de lo idéntico. De alguna manera, vimos sus ausencias que se elaboraron como una necesidad de preservar el espacio «*situs*» y la hora, sabiendo que hay un lugar donde volver, pero *situs unheimlich, que la lleva a irse nuevamente*

La peripecia puso en ambos casos a prueba al analista en su respuesta transferencial, aceptar el límite del analizando en un «*tour de force*», ampliando nuestro campo de tolerancia observación. Como señala Bion ese momento puede ser utilizado como un crecimiento en el analista, saliendo de la situación -K. Conocer, ampliar nuestro campo de experiencia, poder salvar las trabas de nuestros sentimientos ambivalentes, que como contraidentificación proyectiva (Grinberg) limitan y cierran el campo analítico.

En estas dos situaciones la continuación del proceso ha quedado integrada, con *Luis* en la utilización del encuadre como el depositario de un lugar (*locus*) vacío dejado por la madre muerta, donde se pudo recrear en el análisis la fantasía y un campo imaginario transferencial. Señalaba que *Luis* en sus idas y venidas mostró un trabajo —*Durcharbeiten*— de elaboración analítica que necesito su tiempo con ausencias, pero también la ausencia de la madre se produjo de otro modo. Para *Clara* fue tumba (*situs*), tumba ella misma de la madre y del hermano. El *situs no*

⁷. «La compulsión de repetición comporta en los hechos, un poderío de actualización en el doble sentido de hacerse presente y de manifestarse en la forma activa (*agie*). (8).

pudo hacerse locus, lugar no espacial, campo de las fantasías. Transferencialmente en ese momento quedé con una sensación de fracaso, y con sentimientos de añoranza, tenía la idea de que Iban a volver, (*¿la madre volverá?*) la analista captada en su añoranza, juego de espejos transferenciales. Volvieron, un encuentro posible con *Luis*; encuentro imposible con *Clara*, ya que el análisis era tumba de la madre y del hermano ignorado. No pude modificar el encuadre a su pedido, el útero se rompió 2 veces.

-Sobre el analista...

¿Cómo objetivar al analista sin quedar «polarizado en la relación sujeto-objeto»? El analista como objeto de su propia reflexión, con encuentros-desencuentros, de esa experiencia que «comprende» y enlaza a los significados del otro. Bagaje de su tarea que le incumbe al inconciente, deviniendo analista en el intercambio-trasmisión en una **escucha tocada por el material de otro analista**. Ocurrencia que organiza la recuperación de la experiencia (*¿memoria?*) analítica, poniendo a disposición material analítico que se mantenía en la mente del analista como las «Gedankenmassen», masa de ideas reprimidas (4).

«Función analítica, proceso analítico, autoanálisis... o lugar del analista». Formulaciones diversas sobre un mismo tema, o puntos de vista diferentes que involucran al analista en sus teorías implícitas o explícitas. Pero también lugar posible donde puede ser observado y pensado el analista en «su función». *¿Será legítimo hablar (sólo) de la mente del analista? Quehacer del analista, lugar posible para la reflexión sobre el analista y el campo analítico.* Largo camino recorrido a través de los Congresos Internacionales de la API⁸ donde al modo del fiel de una balanza el punto de Interés y la creación de nuevos lugares de investigación fue basculando, el paciente y la psicopatología, el campo analítico con la transferencia y contratransferencia, para desembocar en el próximo Congreso, en la «mente del

⁸ He considerado la movilización de material asociativo (también en situaciones no saldadas) en relación a material aportado por analizandos (12).

analista».

Freud (3) marca su impronta con el «autoanálisis» *ya allí el acento está puesto en el analista*⁹. Quiero señalar que sólo merece el nombre de autoanálisis esta primera experiencia de origen del descubrimiento.

Freud (7) nos adjunta una observación de Ferenczi sobre el analista:
«...es decisivo para el éxito que el analista haya aprendido de sus propios «yerros y errores» y cobrado imperio sobre los «puntos débiles de su propia personalidad».

Pienso también que el trabajo (arbeit) analítico en el analista continúa por el desarrollo de una función «—función psicoanalítica de la personalidad,— que va a ser diferente en cada analista, pero que contendrá algo en común, una invariante que los analistas llamamos psicoanálisis»¹⁰ y que en esta experiencia se reunió de un modo particular, donde no ha sido ajena la historia del analista y su formación¹¹, que es también «otra historia» Esta circunstancia permitió la observación del analista en la trasmisión, modificando un campo que encadenó una experiencia a ser transmitida. Aquello no tramitado en el analista, *retorna en una ocurrencia que se escribe-reinscribe como trasmisión en psicoanálisis*. Esta experiencia permite elaborar situaciones no saldadas del trabajo con nuestros analizandos¹² y promover acercamientos teóricos. Situación caleidoscópica (retomo, reordenación, enlace) donde surge en un momento armado y fugaz algo del «resto» de nuestro que-hacer

⁹ Boletín de API, editado en Inglaterra en español, 1987.

¹⁰ «Como función tiene una finalidad: esclarecer la naturaleza del objeto psicoanalítico...» **En este caso el ANALISTA** «(y) está estrechamente relacionada con el proceso de aprendizaje por experiencia emocional...» (13).

¹¹ «Según una vieja leyenda ilustrada por Piero Della Francesca en Arezzo, el árbol con que se fabricó la cruz procedía del árbol de la ciencia» (10).

¹² . En otro trabajo (12), he reflexionado sobre la pérdida de un paciente por muerte. Este duelo particular (del analista) tiene «solución psicoanalítica», entendiéndolo por ello la conexión en su trabajo del material o «resto» (que falta o que queda) en nuevas situaciones dentro del campo analítico. *EL analista en otra escena*.

que no se tramita totalmente. Avatares en la experiencia, lo que fue ocurrencia e intervención clínica es convocado y se hace escritura.

Bibliografía

1. BION, W. *Aprendiendo de la experiencia*. Ed. Paidós, 1980, España.
2. DE M'UZAN, Michel. *Le meme et l'identique. Dans de l'art á la mort*. Ed. Gallimard, 1977. France.
3. FREUD, S. *Cartas a Fliess. En los orígenes del psicoanálisis*. OC TIX BN 1975, España.
4. FREUD S. *Sobre el mecanismo psíquico del olvido* (1898) Tomo XII, Ed. Santiago Rueda, 1956.
5. FREUD, S. *La Interpretación de los Sueños* (1900). TIV-V, OC AE 1979, Arg.
6. FREUD, S. *Recordar, repetir y reelaborar*(1914). TXII OC, AE, 1980, Arg.
7. FREUD, S. *Análisis terminable e interminable*. (1937). T. XXIII, OC, AE, 1980, Argentina.
8. GREEN André. *Temps et mémoire. Dans L'épreuve du temps*. Nouvelle Revue de Psychanalyse, N° 41 Gallimard, 1990., France.
9. HANUS, Michel. *Le deuil chez L'enfant. Dans La Pathologie du deuil* Masson Ed. 1976, France.
10. MARTINEZ DE MERLO, Luis. *Traductor y comentarista de la Divina Comedia*. Eds. Cátedra, 1988, España.
11. PEREZ PEÑA, Eduardo, GRONSPON, E.A. *¿Qué repite el efecto psicosomático? En Acerca de la enfermedad psicosomática*. Revista de Psicoanálisis. T. XLV, 1988, Argentina.
12. PORRAS DE RODRIGUEZ, Luz M. *Analizando*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, Nos. 72-73, 1991, Uruguay.
13. TABAK DE BIANCHEDI E., SOR, Darío. *Evocaciones y extensiones*.

Reflexiones sobre algunas ideas de Bion. Psicoanálisis. Vol. III N° 2/3 1981
Arg.

Montevideo, Marzo 1992.

¿Incomoda el inconciente?

Luz M. Porras de Rodríguez*

«Entonces me dolió, y me duele ahora,
cuando el recuerdo a lo que vi dirijo, »...¹

Señalaba Freud, que la peste había ingresado en América con el psicoanálisis. El descubrimiento del inconciente ha sido grávido de consecuencias, en casi un siglo ha tenido que ser reformulado... *¿por límites, conflictos, malestar?* Allí donde hay un *Límite* aparece la posibilidad de pensar, esto lleva en términos actuales a un crecimiento de la teoría y de la mente del analista.

La noción de transferencia, se vio enriquecida por el *abandono de Dora*, un *conflicto* no resuelto ha creado un avance en la teoría, límites que limitan pero que son también fronteras abiertas a nuevos campos en la investigación. Freud en la práctica amplía los límites en un «*más allá del placer*», —el inconciente está *desbordando* y crea malestar.

Malestar en psicoanálisis que nos convoca hoy en este Congreso, que no es sencillo de circunscribir. Acuden a mí mente varios interrogantes. *¿Qué del psicoanálisis?* lo multívoco, la teoría, la práctica, la investigación, el Analista, las Instituciones? En base a estos elementos, intentaré pensar algunos problemas que nos involucran, reflexiones alrededor del Psicoanálisis en sentido amplio (*analista/analizando, teoría/práctica, Instituciones/analistas*) que puede también ser una *combinatoria*, puntos que podrán inquietar en la coincidencia o en la disidencia, lo que también crea Incomodidad cuando del inconciente se trata, **UNBEHGEN/ UNBEWUSSTEN... MALESTAR/INCONCIENTE.**

* Br. Artigas 1414. Ap. 101, Montevideo 11300

¹ Alighieri. Dante. Divina Comedia. Ed. Cátedra, 1988, España.

La reflexión alrededor de la mente del analista que trataré de exponer de una manera general, está basada en la experiencia de colegas y la mía propia.

RESTOS (*más allá de los límites*)

Señalaba Freud, que el tratamiento de una neurosis, no previene la adquisición en otro momento de una nueva. En nuestro qué-hacer hallamos situaciones no tramitadas, que nos habitan, como parte de los «restos» (concientes e inconcientes) de nuestra función. *Más allá* de los límites restan, situaciones analíticas frustras, como por ejemplo pacientes que abandonan el tratamiento², donde la contratransferencia, no puede ser revertida en el campo analítico para ser elaborada. La muerte de pacientes y el lugar en que *resta* el analista merece un aparte. Uno se pregunta: . . . «¿qué pierde el analista?, ¿es posible elaborar un duelo al respecto?» *Con la pérdida del paciente el analista queda suspendido en su función. También en este lugar es necesario mencionar la muerte del analista y el lugar en que «resta» el analizando.*³

Este modo de expresar situaciones no tramitadas como «restos», me la sugirió el material de análisis de un paciente, que había perdido a sus padres con pocos días de diferencia, cursando un duelo patológico. Luego de varios años de tratamiento debe reducir los «restos» de su abuelo, que estaban en un panteón familiar, muy antiguo, húmedo y en malas condiciones; las autoridades del cementerio le comunicaron, que si los cajones estuviesen rotos, la reducción no se haría, (había varios) dando lugar a lo que se llama «**CONFUSION DE RESTOS**». Esta situación lleva automáticamente a sellar el panteón. Confusión de restos también remite a condensación y desplazamiento, y en ese caso vislumbramos la confusión,

² Porras de Rodríguez. Luz M. La mente y el qué-hacer del analista. Inédito, 1992

³ Porras de Rodríguez, Luz M. Analizando. Sobre una forma particular de duelo. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Nos. 72-73, 1991, Uruguay. "...el "duelo del analista", tuvo "**solución psicoanalítica**" en el trabajo analítico del material o "resto" (que falta o que queda) que en nuevas situaciones moviliza procesos inconcientes"

que hace sellar el panteón: el paciente funde los restos (metonímicos) de los vínculos con sus padres impidiendo la disposición libidinal para transitar el duelo. A modo de estos «restos», sería posible que el abundante material de nuestros pacientes, quedaran asociados inconcientemente, desbordando nuestra capacidad analítica (*los motivos son diversos, múltiples y sobredeterminanlos*).

Lo inconciente desconocido atrae y organiza fantasías, que actúan escondidas en las sombras tales como: la **duda** o **negativa** a tomar un paciente porque hay «algo que no nos gusta»; en un caso⁴ «—...*la conflictiva de la paciente*—... —*me confrontó a una experiencia anterior, que me situó contratransferencialmente en una situación no favorable, lo que hizo poner en **duda***⁵» *la pertinencia de tomarla en análisis*».

Nuestro trabajo con pacientes neuróticos y en algunos casos psicóticos crea un interjuego de material conflictivo, que le pertenece a los pacientes, y/o connota puntos álgidos de los conflictos del analista. De acuerdo a la intensidad de nuestro trabajo⁶ este material, en algunos casos no se hace conciente, restos que pueden organizarse en una fantasía. Material analítico que en su alteridad, nos altera (presencia del otro) cristalizando situaciones de compromiso contratransferenciales, que operan como «*Gedankenmassen*»⁷ masa de pensamientos reprimidos, que como relata Freud en relación a los olvidos atraen y actúan como fuente de represión. Desde allí pueden invadir⁸ los afectos y pensamientos del analista en su vida diaria, ya sea en forma más o menos conciente, (*los restos, lo desechable, lo no tomado en cuenta, lo descartable*). He pensado en llamar RESTOS a estos elementos preconcientes/inconcientes vinculados a la tarea analítica, que hacen parte de «*nuestra historia*».

⁴ Porras de Rodríguez. Luz M. ANA... Inédito. 1986.

⁵ Freud destaca la *duda* como indicador de procesos inconcientes. (IdeS).

⁶ Tolerancia o límite de cada analista en su trabajo.

⁷ Freud, Sigmund. Sobre el mecanismo psíquico del olvido, (1898). TXII, Ed. Santiago Rueda, 1956.

⁸ *No siempre es así*, considero puntos extremos.

MARGENES (*merodeando los límites*)

En primer término me referiré a ese lugar «*marginal*» en que trabaja y vive el analista, espacio no compartido, que lo enriquece como analista pero lo limita en su vida. Marginalidad en la escucha, en la que somos espectadores activos en los vaivenes tumultuosos de la transferencia y contratransferencia; marginalidad de la que tiene que rescatarse el analista, finalizada su función. Uno se pregunta, si es posible rescatar en la otra orilla, los márgenes de disponibilidad libidinal. En una charla informal con un colega, me comentaba, que su familia le hacía notar «*lo silencioso que estaba...*» y para él esto era un signo de alerta; el *silencio-secreto*, que también *tiene* sus **efectos**. Trabajo en la marginalidad del hacer, no siempre acompañada de otros quehaceres, pasividad, inhibición de nuestro polo motor, en aras de una tarea que debe tener sus límites (con variaciones individuales). En el tránsito analítico, esa marginalidad de la vida de los pacientes, enlaza nuestra vida. Horas marginales de nuestra vida..., algo para pensar.

PRISMA TRANSFERENCIAL⁹ (*a través del espejo*)

O transferencias múltiples, que dificultan las relaciones entre colegas casi tan complicado como «Las relaciones elementales del parentesco» descritas por Levi-Strauss.

Lo vemos en las Instituciones Psicoanalíticas (sobre todo sí son pequeñas) en las relaciones, por demás complejas, de analistas y analizandos; prisma que se presta a un *sin-fin de reflejos*, tales como en la actividad docente donde la circulación por los divanes de la vida institucional no pasa sin consecuencias; que empañan muchas veces la relaciones entre los colegas. También aquí enumero la frecuencia de análisis cruzados, de familiares de analistas. Todos estos elementos limitan la vida social entre nosotros.

Merece una acotación a este tema, un relato del Grupo de Estudios de Pelotas¹⁰ que considera las dificultades del análisis en ciudades pequeñas, donde en un extremo la vida del analista es conocida, y en el otro paciente y analista frecuentan y conocen a las personas de la ciudad. Esto repercute en el trabajo, ya sea por intrusión de la realidad dificultando la tarea: *«hay dificultad en analizar lo que es obvio y compartido con el analista»*. Dicen los autores al respecto: *«en este ensayo queremos traer a la discusión algunas de nuestras transformaciones personales dentro de las características de una ciudad pequeña por un lado, hablar de los elementos externos que actúan, como presión, sobre el analista y por otro lado hablar de los cambios que provocan sobre el analista en su trabajo»*. Destaco en este apartado... *cambios y transformaciones personales* en una interacción del medio y el trabajo analítico.

EL ANALISTA Y EL INCONCIENTE (*¿entropía?*)

¿Qué consecuencias además de las propias de la tarea puede el ejercicio del psicoanálisis crear en el analista? En un trabajo cínico un analista acota **«al margen»**. El analizando llegaba tarde; *«...Así también quedaba despojado de mi posibilidad, de mi tiempo y mi función analítica»*.¹¹

En nuestra función de analistas, trabajamos en relación al inconciente; Freud recomienda el reanálisis por lo que debemos apre(h)ender de nosotros mismos, pero también por aquello que va quedando de la tarea como ***resto; los límites van modificando la escucha, concilian las diversas teorías que nos habitan, o crean espacios de conflicto***. El hecho de ejercer esta profesión imposible, que es más amplia, porque nos comprende como seres *hablantes-pensantes-humanos-*

⁹ Feliz expresión de M. Lijtenstein.

¹⁰ Rosa Sousa. P.L.. Da Silva Francisco, B.S., Meurer, J.L. Psicanalizar (n)o interior. Simposio de FEPAL, 1991, Punta del Este, Uruguay.

¹¹ Ameglio, Francisco. Renée... Narcisismo fálico, completud narcisista. Comunicación científica en APU, 20 de marzo 1991.

divididos, donde la presencia de lo inconciente continúa ejerciendo sus *efectos*. Los pacientes aportan la experiencia que nos permite trabajar, pero dejan también sus restos que nos inquietan..., no puedo dejar de pensar, en el descubrimiento del radio, y como la enfermedad y muerte de Mme. Curie se produjo por otros *efectos desconocidos* y no controlados de su descubrimiento. El trabajo con el inconciente tiene efectos no controlables¹², *¿alcanza sólo el reanálisis para controlar estos efectos?*—con esto índico un lugar posible para la investigación— *¿si es que los hay, cuáles son esos efectos?*

Otra reflexión circula, por lo que se ha dado en llamar la narcisización del analista, pero que en otros casos puede operar en sentido contrario, en la medida que hacemos un trabajo (*arbeit*) permanente de ***desinvertimiento transferencial del cual somos soportes imaginarios***¹³, lo que crea en el analista sentimientos de vacío, depresión y desvalorización, teniendo en cuenta el trabajo en soledad.

Señala M. Lijtenstein: «...*la neutralidad y la suspensión del juicio podrían llevarnos —insensiblemente— a esclerosar la capacidad de pensar y de juzgar: ante todo sobre lo que pasa en la sesión, cuando cabe tomar perspectiva fuera de la misma, confrontando teorías, esquemas de referencia y clínica. Un paso más y otro y otro para dejar de pensar, de sentir, de hacer en cualquier otro terreno de los que la vida propone. Con lo que la misma flor analítica se agostará en ese territorio personal yermo*»¹⁴ Subr. L.P.

La entropía también puede hacer presa de nuestro trabajo así como de nuestras instituciones.

ANALISIS Y ESCRITURA (*¿paradoja?*)

El analista en la comunidad científica debe compartir sus hallazgos, con gran

¹² «Si no puedo Indinar a los Poderes Superiore, moveré las Regiones infernales» (Virgilio. «Ftectere si nequeo superos, Acheronta movebo»).

¹³ Escamoteando, al decir de Lacan, el lugar del *sujeto supuesto saber*.

¹⁴ Lijtenstein. Marcos. La soledad del psicoanalista. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, N° 62, 1984, Uruguay.

esfuerzo de desprendimiento; dar a luz un material que se gestó en un espacio transferencial, donde la pareja analítica, a pesar de su disimetría, se encuentra igualmente comprometida en los lazos transferenciales que permiten este qué-hacer. Freud recomendaba del lado del analista *esperar varios años* para publicar una comunicación; y en relación a los analizandos señalaba: «*Por lo demás, un paciente que habla en todas partes de su análisis contribuye desde el principio a hacer el análisis inocuo*»¹⁵.

Situación paradójica donde la privacidad del espacio analítico es transgredida. *¿Cómo juega una comunicación científica en un análisis en curso? ¿Corresponde informar a un paciente que parte de su análisis (en curso o a posteriori) ka integrado un trabajo clínico?* Preguntas que incomodan y que tienen respuestas diversas.

Estas situaciones también comprometen a los analistas en su *discreción*, cuando el material es de «circulación interna», la identificación de un paciente en un trabajo científico debe comportar la *actitud de una escucha analítica*, que cuando no se observa se distorsiona la tarea y la transmisión, configurando problemas de ética profesional.

EL ANALISTA Y LA INSTITUCION»...

En este apartado señalaría, las múltiples inscripciones que puede tener el analista en la Institución: en la Asociación propiamente dicha y en el Instituto. Me referiré más especialmente a la actividad administrativa, por un lado rescatando lo que tiene de integración la tarea compartida al grupo de pertenencia. El *malestar* se desliza, sobre todo, en aquellas tareas administrativas de dirección» donde la permanencia en el cargo por períodos largos se personaliza en el titular, creando un *lugar* que favorece la identificación con la función donde se cristalizan roles que quedan estereotipados. Situación que crea malestar, por la depositación en la

¹⁵ Freud, S. Weiss, E. Correspondencia. Ed. Gedisa, 1979, España.

persona de fantasías grupales (no sólo sucede por la permanencia prolongada). Pienso que la rotación en los cargos hace que un mayor número de colegas se integre a la vida institucional, la tarea compartida diluye fantasías y no se congelan posiciones. El malestar puede venir de otras áreas, tarea a dilucidar.

MALESTAR (*en psicoanálisis*)

El Psicoanálisis en «esta propuesta» parafraseando a Freud, sustituye a la cultura. Título, equívoco y multívoco, que atrae y puede organizar una experiencia haciendo circular el psicoanálisis alrededor del malestar. Lo equivoco¹⁶ de *malestar*, atrae desde aquí, aquel hiatus abierto por Freud desde y donde se vislumbró el psicoanálisis: *la neurosis* con la noción de *conflicto*. El psicoanálisis tiene como fundamento el inconciente y el malestar lo *capitonea...*

Freud dudó en nombrar su trabajo, el primer título fue Unglück (infelicidad), que luego modificó por Unbehagen¹⁷

UNBE-HAGEN

INCO(M)-ODA

UNBE-WUSSTEN

INCO(N)-CIENTE

A través del malestar (*UNBEHA GEN*) el inconciente (*UNBEWUSSTEN*) se desliza y lo desborda. Están unidos desde su configuración y el psicoanálisis no escapa a ello (*¿ello?*) porque de eso se trata, del inconciente (*UNBEWUSSTEN*).

¹⁶ . «De la retórica. Figura que consiste en emplear adrede en el discurso palabras homónimas o una **equívoca** en dos o más acepciones distintas.’. Diccionario de la Lengua Española, 1970. «... nos dejaremos guiar sin reparos por el uso lingüístico... confiarlos en que de tal modo daremos razón de intelecciones internas que aún no admiten expresión en palabras abstractas». (p. 88). Freud, S. El malestar en la cultura. OC.AE.TXXI, 1979, Argentina.

¹⁷ Strachey. James. En Introducción a El malestar en la cultura, de S. Freud. OC.AE.TXXI, 1979. Argentina.

En el texto de Freud hay una relación dialéctica entre malestar y cultura que es explicitada a través del psicoanálisis (mecanismos inconcientes).

Malestar bordea y borda al inconciente. Cadena significativa donde queda enlazado el «SABER-WUSSTE»¹⁸».

La propuesta sobre «MALESTAR... »¹⁹ creo un espacio para pensar, y otro será el tiempo para teorizar...

Marzo de 1992, Montevideo

¹⁸ *Wusste*-véase *wissen*: *Saber*. Diccionario Alemán Langenscheidt.

¹⁹ «Porras de Rodríguez, Luz M. UNBE-HAGEN... UNBE-WUSSTEN». Inédito, presentado en Jornadas Internas de APU, 4 de abril de 1992.

Vivir morir, analizar

*Gladys Tato**

Introducción

El diccionario define «malestar» como molestia, inquietud física o espiritual. La propuesta de este Congreso evocó en mí lo que fue uno de los momentos de mayor «malestar» como analista, la muerte de una paciente en análisis. La inquietud que esa experiencia me provocó contrasta con la amenazante quietud, la inmovilidad que es la muerte.

Sacudida en mi persona y en mi lugar de joven analista, a pesar del tiempo transcurrido y de sucesivas resignificaciones del hecho acaecidas en mi interior, no se ha aquietado mi malestar. La bibliografía que posteriormente consulté no calmó mis Inquietudes, me encontré compartiendo preguntas más que obteniendo respuestas. Esta experiencia me hizo reflexionar mucho sobre esta dimensión particular del análisis de un paciente que se muere, desde la práctica y la teoría.

Intentaré en estas líneas poner en palabras las vicisitudes del vínculo analítico en el último mes y medio de vida de mi paciente, desde la transferencia-contratransferencia.

Momentos del análisis

Cuando abrí la puerta del consultorio para recibir a Isabel, en la primera sesión, luego de las vacaciones, vi la muerte reflejada en su rostro. El pronosticado desenlace anunciado desde hacía más de un año, había llegado. Sentí el impacto de su mirada en la mía, que me decía en su conciencia de ese hecho, angustiante,

* Br. Artigas 490, Montevideo 11300

despojadas ambas, en ese instante, del mecanismo de la renegación.

Se recuesta en el diván y dice:

P. «En tantos años de psicoanálisis no he logrado aprender a vivir, quisiera ahora poder aprender a morir».

Minutos de silencio, inquietantemente poblados de imágenes, sensaciones, recuerdos, que me parecía imposible poder decodificar y dejar emerger como algo pasible de ser representado.

Rescatándome del Impacto paralizador de sus palabras lo primero que emergió en mí fue: «¡como sí yo supiera!».

Instalada en la más intensa de las impotencias, que no pude tolerar, pase rápidamente a una salida maníaca y omnipotente y me encontré a mí misma exigiéndome poder dar respuestas a su demanda. El absurdo de esta aspiración era tan paralizador como la vivencia inicial. Sentí después que su exigencia estaba cargada de reproches al psicoanálisis que no la había ayudado a vivir. Era también un reproche a mí. El psicoanálisis y yo éramos ambos objetos persecutorios que intentaban ser ahora idealizados ya no para asegurar la vida, ahora, por lo menos, enseñar de la muerte.

Creo que algo de mí enganchó con el idealizado reclamo de mi paciente y me encontré por un instante reclamando también por una enseñanza no recibida; enojada con una teoría que en ese momento no sentía ni sostén ni baluarte. Seminarios, supervisiones, transcurrían agredidos dentro de mí por no venir en mi auxilio... Y el análisis..., y la muerte de mi analista cuando yo era su paciente... y la muerte de mi primer supervisor..., y la muerte de... y la muerte, la muerte una y otra vez. Finitud que me golpeaba reiteradamente y una sola posibilidad: la aceptación del encuentro.

Pude luego de esos eternos instantes decir algo que contenía parte de mi vorágine Interior:

A: «Es tan intenso y tan grande el impacto de lo que está pasando que desearía

que yo supiera, que yo pudiera enseñarle de este desconocido camino».

Sentí una sensación de alivio, una sensación de haber salido de mi paralización inicial, y sus palabras lo confirmaron:

P. «Quiero seguir viniendo acá, para no estar sola, para aprender a enfrentarlo, para decirle que tengo miedo, que me muero y tengo miedo».

Nos internamos ambas en ese desconocido «espacio» hacia un fin que encierra una paradoja: la certeza y al mismo tiempo la incertidumbre, certeza del fin próximo de la vida e incertidumbre de la nunca experimentada muerte. Creo que ocurrió en mí la primera etapa de la aceptación de esta desconocida intrusa, en el análisis que, como una especie de tercero sería a veces incluido y a veces excluido.

Me ubiqué en una actitud, que de ahí en más traté de mantener hasta el final del análisis. Estuvo centrada en acompañar a mi paciente en las vicisitudes de su particular, única, e irrepetible manera de encuentro con la muerte.

Lograr esa permeabilidad ante tales vivencias me exigió una permanente e intensa decodificación de la contratransferencia que tocaba de lleno la aceptación de la posibilidad de mi propia muerte.

Fue desde este lugar que sentí que el análisis adquiriría una nueva y desconocida dimensión, que me colocaba como nunca en el lugar del desconocimiento, de la falta, de la finitud.

Procesar ese lugar particularmente difícil, fue esencial y es lo que creo que posibilitó que el análisis siguiera siendo análisis. Me sentía entre oscuridad y nebulosas donde la única claridad posible era llegar a poner en palabras preguntas, tantas preguntas...

P: (de costado en el diván en posición fetal) «Recién tuve la ilusión de que papá y mamá estaban acá».

Ilusión, deseo imposible de un reencuentro en un más allá, ilusión de una circularidad del tiempo... Resonaron palabras de mi hijo...: *«mamá cuando tú seas chiquita y yo sea tu mamá..*

Isabel chiquita e indefensa con la ilusión de un volver a nacer, regresión fatalmente tanática que dramatizaba y expresaba el fin de su largo drama melancólico.

A: «¿Ilusión?»

P: «Pensar que quería estar con ellos y ahora que me muero como papá y como mamá, quisiera poder creer que los veré». Lloro.

Reconocimiento angustiante de la pérdida, renuncia a la ilusión de un más allá, de un ayer al que no se retorna, de un futuro que no es reencuentro. Volvían insistentemente palabras de mi hijo... *‘¿mamá porque la vida no es como los autos, que tienen reversa?’*.

Comprendí que las «adultas» formulaciones de mi paciente, así como las sabias palabras de mi hijo, eran terribles verdades que siempre nos enfrentan al dolor y a la indefensión.

Rescaté mi presencia actual colocándome en el lugar de analista madre, viva, ilusión posible sólo desde la transferencia e interpreté en ese sentido. Ella me respondió:

P: «Me siento chiquita sola e indefensa. Tengo miedo, ¿porqué la muerte? ¿por qué? ¿me va a acompañar hasta el final?».

Reconocido destino final del tránsito por la vida, la muerte.

Nunca se había sentido acompañada y ahora expresaba con una intensa demanda que no la dejara sola en este último tramo.

En otra sesión:

P: «Me imagino mívelorio, la gente alrededor, mis hijas, mi marido,...».

Ese terrible final «lo irrepresentable» intentaba ser escenificado. Como un condenado que no se entrega, se intenta sobrevivir a su propia muerte Imaginándola.

Tal vez también, como una macabra forma de reconocerse aún viva porque podía pensar su propia muerte. Fantasías que eran a la vez aceptación y renegación. Me llamó la atención que a sus hijas, a las que siempre llamó nenas, adquirían

ahora reiteradamente la denominación de hijas. Fue eso una proyección ¿expresión de un crecimiento de la nena que había en ella? Fue un reconocimiento de la identidad más adulta de sus hijas, ¿frente a la inmediatez de su muerte?

Durante el relato de sus fantasías en torno al velorio me encontré ubicada por momentos en un lugar identificatorio con mi paciente desde el cual la acompañaba en esa recorrida por la escena. ¿Era yo analista, en mí relación con ella, que me imaginaba muerta? En ese transcurrir vinieron a mí los versos de Machado:

«¿Quién pondrá fin a mi diario al caer la última hoja en mi calendario?». ¿Qué pasa en la vida después que uno se muere?

Muchas veces síntomas, fantasías, estados depresivos, me alertaron sobre aspectos identificatorios con mi paciente, me angustiaban mucho, como si tuviera el temor de ser arrastrada por ella hacía la muerte. Rescatarse de eso era preservarme viva, algo que fue sentido por mí en algunos momentos como un triunfo culposo. Inesperadamente me encontré que en esa escena yo podría estar colocada entre los asistentes al velorio, algo omitido por la paciente. Esto hubiese implicado el reconocimiento de mi persona separada de ella, viva después de su muerte.

Esta fantasía debe haber generado en mí un sentimiento de culpa que detonó la emergencia de un penoso recuerdo, que fue evocado por mí con gran angustia; yo no había podido asistir al velorio de mi analista (me enteré demasiado tarde de la noticia de su muerte).

La realidad de la pérdida es lo que pone en marcha el mecanismo del duelo, sentí que podía existir en la paciente la «necesidad de verse muerta», en un intento de elaborar y aceptar su propia muerte y así se lo interpreté.

Esto dio lugar a un largo pero sereno llanto que yo acompañé en silencio.

A la sesión siguiente:

P: «Me muero, lo siento, lo sé».

A: Silencio.

P. «¿No me dice nada?».

A: «Necesita que le hable, si no teme que yo esté muerta».

P: «Usted está viva, viva, (llorando de rabia), usted no necesita enfrentar la muerte, usted tiene la vida»,

A: «Tiene rabia contra mi como sí sintiera que su vida la tengo yo y la guardo para mí, para seguir viviendo».

P: «El otro día se operó un amigo de mi marido, quería que él se muriera, para no ser la única».

A: «Querría que yo me muriera, Largo silencio».

P: *«No sé cómo puede, como puede escucharme... pero por suerte alguien puede».*

A: «Teme dañarme con todo esto, pero si lo dice es porque siente que puedo escucharla».

Fue un momento de una larga condensación de significados y afectos. Pudo largar su rabia contra mí, rabia que pude contener.

Por mí parte creo haber logrado salir del omnipotente lugar de ser responsable de su vida para ubicarme en el lugar de depositaria y continente de su dolor.

Me sentí atacada por la paciente, pero también cuidada, temerosa de dañarme. Pareció la expresión de un valioso momento depresivo de mayor integración.

En las últimas sesiones entraba en momentos de letargo que yo acompañaba en silencio como velando anticipadamente su muerte. ¿Qué hacía?, ¿cuál era el sentido de mi presencia en esos momentos?

Recordé que en mi adolescencia pasé largas noches cuidando a mi abuela en su agonía final y en una oportunidad abrió los ojos, me miró y sonrió como agradeciendo mi presencia, sentí que ese era el sentido: estar presente. A veces decía, para luego volver a cerrar los ojos:

P: «¿Vio como me voy quedando dormida?... ¿está ahí?».

En ese último mes y medio asistió a todas sus sesiones, mientras le fue posible. A pesar de sus dolores y de la necesidad de ser ayudada para trasladarse, concurrió a mí consultorio.

Posteriormente yo iba a su domicilio. Me impresionó el cuidado por nuestro espacio, avisó en su casa la hora que yo llegaría y pidió no ser molestada hasta el final de la sesión.

P: «El otro día miraba el tapizado de esos sillones, me vinieron las ganas de mandarlos arreglar, cambiar el tapizado, más alegre, más colorido...

¿Qué tonta no?».».

¿Sería tonta yo también? La conciencia de la inminencia de la muerte parecía quitarle sentido a la vida, pero tal vez justamente la muerte hace que la vida sea lo que es. El deseo es expresión de vida, sentí qué tonto hubiese sido acallararlo antes de tiempo.

En la última sesión, luego de un momento que parecía dormida, abre los ojos y me relata el siguiente sueño:

P: «Estábamos Ud. y yo en la habitación de al lado, la de mis hijas, íbamos a salir juntas de esa habitación, y yo le preguntaba: ¿apago la luz o la dejo prendida? Usted no me decía nada».

A: Desearía que yo tuviera el poder de decidir cuando la luz se apaga.

P: «¡Pero quién sabe cuando se va a apagar!».

Le señalé que si bien yo no le contestaba, estaba junto a ella. Trabajamos más cosas sobre ese sueño, pudo hablar de sus hijas y de la vida que tenían por delante.

Al final de la sesión le di la mano, cuando nos miramos ambas supimos que era la despedida.

Antes de salir como confirmando este hecho me dijo:

P: «Quiero pedirle que trasmita a mi familia algunas cosas que desearía ellos hicieran, ahora no podrían escucharlas».

A los dos días me avisaron que Isabel estaba en coma.

Moría ella, moría yo como su analista en mi vínculo con ella, de ahí en más me aguardaba un doloroso, largo, y difícil duelo.

Bibliografía

1. CAROTENUTO, Lidia. *La muerte*. Trabajo presentado el 10.11.88 en el Centro Weizsaecker, de Buenos Aires.
2. DUPONT MUÑOZ, Marco Antonio. *El paciente que va a morir*. Revista de Psicoanálisis. 1974. Octubre-diciembre, tomo XXXI, N° 4, Buenos Aires.
3. FREIRE DE GARBARINO, Mercedes. *Reflexiones sobre la muerte*. Revista Uruguay de Psicoanálisis. Tomo XV, año 58.
4. GIL, Daniel. *La vida, la muerte, la pulsión*. Ed. Eppal, 1989.
5. GRINBERG, Julia. *Sobre la aceptación de la propia muerte*. Revista de Psicoanálisis. Vol. V N°1, 1983.
6. GRINBERG, Julia. *El psicoanalista y el paciente con compromiso orgánico importante*. Revista de Psicoanálisis. Setiembre-octubre. Tomo XXXVI, N°5, 1979, Buenos Aires.
7. PORRAS, Luz M. *Analizando*. Revista Uruguay de Psicoanálisis, Nos. 72-73, 1991.

Los recuerdos contruidos

*Clara Uriarte de Pantazoglu**

Ana, una paciente adolescente, responde entre sorprendida y disgustada, de la siguiente manera a una intervención mía donde intentaba vincular su reciente cumpleaños al nacimiento y a la infancia. «No entiendo de qué me estás hablando. ¿Tú querés decir algo de antes... algo que pasó... algo del pasado? No sé... no le veo el sentido».

Podríamos planteamos que su respuesta evidencia una férrea negativa a Indagar sobre si misma, pero, más claramente aún nos habla de un vacío de sentidos en lo que al pasado concierne.

A diferencia de aquellos pacientes que, excelentes biógrafos de ellos mismos parecen no dejar escapar nada al olvido en una suerte de memoria sobreinvertida, Ana posee, a lo sumo, vagas imágenes de lo vivido.

Esta casi imposibilidad de traer recuerdos a la que hago referencia no debe ser confundida con aquellas dificultades tan conocidas de ahogo de recuerdos cuyo contenido evocaría un conflicto que deberá ser mantenido por la represión. Aquí el problema es otro, en tanto pareciera no haberse creado un enrejado dinámico de significaciones que permitiera dotar a un suceso de sentido y convertirlo en un recuerdo. Las sesiones se suceden en un relato algo deshilvanado, siempre ligado a un presente que puebla con anécdotas que parecieran no conducir a ningún fin.

* Lord Ponsomby 2460/4. Montevideo 11600

Nos encontramos lejos del discurso neurótico que, armado al modo de una novela, se encuentra gobernado por una narrativa organizada que nos permitirá restablecer una secuencia significativa según una lógica inconsciente. Falta en Ana ese despliegue asociativo que se da tras un recuerdo y que lleva a una evocación casi Incontenible de otros recuerdos que conduce a fantasmas originarlos y le da al recuerdo un estatuto dinámico comparable al sueño diurno y al sueño.

Freud escribía en «Construcciones en el Análisis» «... que el trabajo del analista consta de dos piezas por entero diferentes que se consuman en dos separados escenarios, se cumple en dos personas cada una de las cuales tiene un cometido diverso..., el analista no ha vivenciado ni reprimido nada de lo que le interesa, su tarea no puede ser recordar algo...» (4, pág. 260). ¿Cuál es su tarea entonces? Se pregunta Freud y yo también me lo pregunto. Freud contesta que el analista recogerá los indicios que lo olvidado ha dejado tras de sí con los cuales edifica una construcción que comunicará a su paciente.

Una incesante búsqueda en lo teórico clínico ha conducido al psicoanálisis a avances que hacen hoy que tamaña tarea de construcción de lo olvidado sea un trabajo imposible para que analista y paciente puedan llevar a cabo en la soledad de escenas separadas.

Son aquellos pacientes los que como Ana, con su vagar amnésico por las sesiones nos hacen repreguntamos a través de una renovada lectura de algunos textos freudianos sobre la problemática de la construcción de los recuerdos a la vez que nos Interpelan en nuestro quehacer como analistas.

Construcción de los recuerdos

En los albores del psicoanálisis la teoría traumática destacaba el tránsito del síntoma histérico a la rememoración y nos proponía una concepción realista del

recuerdo. Una escena vinculada a una intensa excitación se hacía presente nuevamente y podría ser reubicada en una determinada relación objetal con una precisa referencia temporal. Es decir, no se trataba de recuerdos contruidos. La modificación de esta perspectiva y el privilegio que toman las fantasías provenientes de lo visto y oído lleva a un destaque de la importancia de las huellas mnémicas. Sea como haya sido el modo de inscripción de las huellas sobre las cuales se edificará el recuerdo, su aparición sobre el campo de la conciencia comporta una formación o construcción. Escribe Freud «acaso sea en general dudoso que poseamos recuerdos conscientes *de la infancia* y no más bien meramente unos recuerdos *sobre* la infancia. Nuestros recuerdos de la infancia nos muestran los primeros años de vida no como fueron vividos, sino como han aparecido en tiempos posteriores al despertar. En estos tiempos de despertar los recuerdos de la infancia no afloraron, se suele decir, sino que en ese momento fueron formados... (3, pág. 3115).

Freud a] estudiar la construcción de los recuerdos encubridores extiende el proceso a todos los recuerdos de la infancia y, por lo tanto, nos invita a hacer una aplicación a todos los recuerdos en general. Las particularidades relativas a los recuerdos de la primera infancia nos ayudan a comprender cómo estos pueden adquirirse-construirse y nace así la capacidad del niño de hacer su propia historia.

En «Sobre los recuerdos encubridores» señala Freud un hecho por demás interesante y es que a... uno ve en el recuerdo a la persona propia como un niño, y sabe que uno mismo es ese niño; pero ve a ese niño como lo vería un observador situado fuera de la escena» (3, p. 315). La posibilidad de este «desdoblamiento, como lo llama Rouart (8, pág. 668~ posee el interés considerable de acercarnos luz sobre los orígenes de la memoria y de la manera como se adquiere en la infancia la facultad de hacerse de recuerdos y establecer entre ellos una continuidad que dé paso al logro de una identidad.

Este «verse a sí mismo» del niño, de la descripción freudiana lleva implícito un ser visto por la madre ya que la capacidad de verse a sí mismo pasa por una

identificación con ella. Es por este hecho de ser visto, mirado por su propia madre que puede surgir una representación de sí en el niño.

Cuando Freud describe las tres categorías de recuerdos coloca en el primer grupo aquellos recuerdos surgidos de escenas narradas por los padres repetidas veces con posterioridad al acontecimiento. Este encuentro con una figura que «le recuerda» destaca la importancia que poseen las palabras de la madre que al despertar huellas mnémicas dormidas permite dar sentido a la vez que ir integrando-formando recuerdos.

Resulta indudable que en ese ámbito de sostén, la madre, al ofrecer al niño su memoria para la construcción de un recuerdo también hará despertar en ella huellas mnémicas dormidas reavivándose los recuerdos. De esta forma, madre e hijo descubren, crean los recuerdos en un acto de dos que no puede ser cumplido por ninguna de las dos partes por separado.

Construcción

A esta altura del trabajo quisiera abandonar aquello que sugiere y reformula en mí algunas lecturas freudianas para dirigirme al encuentro analista-paciente donde poder Interrogarme acerca de la construcción de un recuerdo.

Freud describía la situación analítica caracterizándola por la asociación libre del lado del paciente, y la atención flotante y neutralidad del lado del analista. En tanto el paciente asocia libremente el analista muestra una receptividad fluctuante. De modo de mantener el análisis libre de toda impregnación subjetiva el analista debía ser sumamente cuidadoso en no introducir elementos subjetivos a través de sus propias asociaciones.

Hoy día son varios los autores psicoanalíticos que abogan en sus escritos por un analista comprometido ya sea haciendo uso de un pensamiento animista (C. y S. Botella, 2); de un recordar de a dos (C. Janin, 7); como objeto transformador (C.

Bollas. 1).

La ausencia de recuerdos en un paciente al cercar de un modo particular el problema de la construcción de los recuerdos, aleja toda Idea de un analista cuyas Intervenciones se deducen a partir de las asociaciones y recuerdos de sus pacientes. El analista deberá disponer para sí y para su paciente de su memoria, de modo que aquello que él comprende y aquello que descubre el paciente, queden confrontados directa o indirectamente. Toda búsqueda es imposible sin tener en cuenta esta confrontación que alumbra las memorias y lleva a un segundo plano la diferencia entre las dos experiencias: una y otra están orientadas hacia una misma verdad. Rememora el analista y el paciente en un movimiento mnémico tal que reactivado y ejercido por ambos llegará, por momentos, a hacerse memoria común acercando las dos escenas, ahora, ya no tan diferentes. Conjuntamente con este funcionamiento de la actividad mnémica común, es necesario que aquello rememorado sea comunicado de modo de favorecer la constitución de un espacio donde los recuerdos puedan emerger y mantenerse vivos. Resulta extremadamente Importante para el paciente vislumbrar que su analista responde y lo comprende al tomar parte en la rememoración lo cual le posibilita sentir confianza y esperanza al lado de otro. Esta respuesta del analista posibilita que afectos y sentimientos desconocidos que atraviesan el psiquismo del paciente puedan volverse más próximos permitiendo así que un recuerdo se organice. La certeza de disponer de un apoyo en la memoria de su analista constituye un elemento central que unido al encuadre y al espacio seguro contribuyen a la construcción del recuerdo.

Cabe señalar que todo proceso que acompaña la emergencia de un recuerdo hace necesaria cierta tolerancia a lo desconocido, a un tiempo de ambigüedad para que los mismos puedan cobrar forma.

De las distintas funciones que Freud enseñó que clínicamente puede asumir la regresión destaco acá su valor como factor especial en la terapéutica psicoanalista. Poco a poco hemos aprendido a comprender y usar no sólo el material verbal que nos entregan nuestros pacientes sino también la atmósfera creada en parte por las

palabras y el modo en que son utilizadas; por el silencio y por lo gestual.

A diferencia de aquellas situaciones que inducen a interpretaciones dirigidas a lograr un insight como proceso correlativo al acto de ver, la creación de esta atmósfera nacida del encuentro mutuo entre analista y paciente posibilitará la aparición de sentimientos y emociones desconocidas evocadoras de contactos, es decir, de vínculos arcaicos.

El analista se aleja de su lugar de objeto separado, de contornos firmes y deviene para su paciente el agua que sostiene al nadador. La fuerza que oponga el analista a este uso por parte del paciente será aquella que provea la resistencia necesaria para el progreso del análisis.

La resonancia traumática de las palabras puede dar lugar a momentos fecundos en un análisis si analista y paciente aceptan la regresión y abandonan sus referencias a una lógica conciente-preconciente, y marchan al encuentro de una significación inconciente. Es en este estado, según Oreen (5, pág. 1306) que intervenciones particularmente intuitivas pueden surgir.

Pensamos que, así como el niño enfrentado a aquello que lo hiere y perturba en lo más hondo de su narcisismo busca darle figurabilidad instalando escenarios que cobran fuerza de teorías, el analista da forma a aquellas imágenes y sensaciones inquietantes construyendo recuerdos-teorías.

Tales construcciones, se harán posible si el analista no huye de la regresión instalándose en un cómodo *déjà vue* de su propio pasado.

Diríamos que es en este reencuentro de memorias perdidas donde se entretajan mitos y ficciones entre paciente y analista que habremos logrado construir un recuerdo *sobre* la infancia.

Se hace necesario, demás está decir, la alternancia de los dos tipos de funcionamiento psíquico del analista: uno en el cual las imágenes se hacen difusas detrás de su representación al abolirse la distinción entre el yo y el no-yo y otro que supone un asentamiento en la prueba de la realidad por el empleo del

pensamiento secundario. Pensamiento secundario, tercero, que separa las dos escenas designando a cada pieza su papel y participación.

Acerco seguidamente una sesión con Ana donde poder observar en lo vivo del trabajo analítico los planteos precedentes.

Luego de una ausencia de una semana Ana inicia la sesión del siguiente modo: «Miraba tu casa desde el parque y vi las ventanas bajas. La última vez que vine yo me fijé y la tenías igual, ¿te acordás?». Le digo que quiere saber si me mantuve interesada en ella en todos estos días que no nos vimos. Si puedo recordar la última vez que estuvimos juntas y si las dos miramos las mismas cosas. Ella continúa diciéndome «Estuve leyendo un libro de psicoanálisis, un libro de mamá. Mamá no quería que lo trajera a Montevideo... lo leí en el avión..., lo ponía contra mi...» (saca un libro de la mochila y me lo muestra).

El «mamá» resonó en mí acostumbrada a que Ana llamara a su madre por el nombre de pila. Le señalo este hecho: que nunca antes la había podido pronunciar el **mamá** y como, de pronto, «**mamá**» la acerca a la niñez y a las ganas y temores de tenerla cerca que puede haber sentido en aquellos momentos. Ana estalla en repetidas preguntas acerca de la hora y el día en que estamos: «¿Son las cinco o cinco y media, hoy es lunes o martes?» Creo, y se lo digo, que más que preguntarme la hora está tratando de contarme algo acerca de una niña chiquita que se sentía muchas veces desorientada y perdida. Permanece en silencio y muy quedamente me dice: «Una vez Alicia (la madre) no me avisó que iba a salir... y no sabía que estaba sola en la casa. Se hizo de noche y no alcanzaba el interruptor de la luz. Estuve a oscuras creo durante muchas horas... salí a la calle..., me encontraron unos vecinos».

Ana expresa al inicio de la sesión afectos vinculados al no ser esperada por mí, comparables a aquellos que pudieron haber acompañado sucesos similares en la infancia. Hace de este modo referencia a sentimientos que si bien todavía no revisten significado para ella, al ser expresados en la relación transferencial abren la posibilidad de un sentido a descubrir y esto en sí mismo es reasegurador para mí

paciente.

Desde el parque miraba hacia mi casa y observa las ventanas bajas al igual que la última vez que estuvo allí. Me preguntaba si yo lo puedo recordar, si al igual que ella he puesto atención en ese hecho. Se instala así un aspecto medular del trabajo entre ambas ya que habla de la posibilidad de que, apoyada en mi memoria, pueda sostener una imagen que una el pasado al presente. En este movimiento acaecido entre ambas el interés y la preocupación que pueda vislumbrar en mí se hace fundamental para la apertura de un espacio potencial donde los recuerdos puedan emerger. Mi respuesta inspira el surgimiento de la palabra mamá que acompaña el relato siguiente de Ana y que tomo en mi intervención para inscribirla en situaciones que armo, invento y ánimo con imágenes que la tienen como protagonista y donde trato de integrar aquellos afectos que en su momento no pudieron ser transitados. De modo que los afectos vividos en el presente puedan ayudar en la construcción de un recuerdo e insertarse en la historia del paciente es importante que no se hagan demasiado intolerables y conduzcan a mecanismos de rechazo para defenderse del dolor que pudieran suscitar. Recojo el **mamá** y al hacerlo trato que sea oído como un eco donde ella pueda volver a reencontrarse a través mío con sentimientos dolorosos y de esta forma hacerlos más soportables. Es de este modo que las sensaciones de abandono se actualizan y sostienen, transferencia mediante, y abre una promesa de sentido y el embrión de un recuerdo.

Ana pregunta repetidas veces por la hora en una forma insistente que reviste el carácter de un grito. Se hacen presentes en mí viejas sensaciones de sentirme sola y un recuerdo «olvidado» de mi infancia donde en ciertas circunstancias permanecí encerrada en mi dormitorio sin lograr manipular el pestillo de la puerta de modo de abrirla. Las palabras de Ana han despertado en mí huellas mnémicas vinculadas al encierro y abandono y me colocan, al igual que ella, frente a lo desconocido de lo cual intento salir mediante un trabajo de figurabilidad que toma en mí la forma de un recuerdo. De pronto, me encuentro diciéndole que, con sus preguntas sobre el

tiempo y la hora está tratando de contarme algo sobre una nena chiquita y asustada. Surge en ella el recuerdo cuyo contenido gira alrededor del encierro y del abandono.

Este recuerdo que emerge en el seno del vínculo transferencial transforma el grito desorientado en llamado, dando sentido a lo vivido al tiempo que da cuenta de un momento del armado de una historia. Este recuerdo no aparece como una suma o síntesis de elementos rememorados sino como una construcción dotada de un escenario donde Ana puede aprehenderse y representarse. Esta historización en germen en el recuerdo aportado por Ana podrá en un futuro de sucesivos recuerdos lograr que al reconocerse en ellos esté más protegida de un desdibujamiento excesivo, un riesgo constante en ella.

Entiendo que la nena chiquita y asustada resulta la expresión de un tiempo infantil compartido que al hacerse memoria común se constituye en una vía para que cada una de nosotras pueda reapropiarse de un trozo de su historia.

Seguramente podemos planteamos un lado de seducción, acompañado por una inevitable confusión, implícito en el hablarle de la niña chiquita y asustada de mi recuerdo cuyas significaciones, sin duda, me pertenecen. Creo que este riesgo de ruptura del vínculo analítico está siempre presente cuando el analista ofrece su memoria al paciente y marca el imperativo constante del uso del análisis de la contratransferencia para deslindar lo ajeno de lo propio. Interesa agregar algo que dice Janin a este respecto: «...Sólo la escritura del psicoanálisis, y en ello Freud nos ha marcado un camino, permite en tanto elaboración secundaria en un a posteriori de nuestra práctica regular esta dificultad del análisis y, a veces, evitarla (6, pág. 440). »

Bibliografía

1. BOLLAS, C. *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Edit.

Amorrortu, 1987.

2. BOTELLA, C. y S. *Pensée animique, conviction et mémoire*. Revue Française de Psychanalyse. T. XLIX-1985.
3. FREUD, S. *Sobre los recuerdos encubridores*, 1899. T. III. Ed. Amorrortu.
4. *Construcciones en el análisis*. 1937. T. XXIII. Ed. Amorrortu.
5. GREEN, A. *La capacité de rêverie et le mythe étiologique*. Revue Française de Psychanalyse, Vol. 50, N° 5, 1987.
6. JANIN, C. *Analyser, arpenter, écrire*. Revue Française de Psychanalyse, Vol. 54, N° 2, 1990.
7. *Les souvenirs appropriés*. Revue Française de Psychanalyse. 4-1990.
8. ROUART, J. *Le souvenir comme amnésie organisée*. Revue Française de Psychanalyse. T. XLIII, 1979.

Síntesis final del Pre-Congreso Didáctico

*Coordinadora Fanny Schkolnik**

Los cuatro relatos presentados coinciden en la necesidad de tomar en cuenta el contexto socio-político-cultural y económico en el cual nos formamos y trabajamos los analistas latinoamericanos. Inestabilidad política, regímenes dictatoriales, importantes problemas económicos, inciden de diversa manera en la formación de nuestros candidatos. La necesidad de trabajar muchas horas hace que el tiempo disponible para Seminarios y Supervisiones sea escaso y el candidato se vea obligado a quitarle horas a su familia e imposibilitado de realizar otras actividades diferentes a las estrictamente curriculares que podrían enriquecer su formación estimulando sus inquietudes y su espíritu de investigación.

Por un lado, el candidato pierde contacto con la realidad y por otro, directa o indirectamente sufre los efectos de lo que está pasando en el mundo a través de una información que llega cada vez más rápidamente y lleva a tomar contacto con acontecimientos que ocurren al mismo tiempo en las más diversas y alejadas regiones del mundo. El efecto de todo esto es muchas veces abrumador.

Sin embargo, algunos opinan que la incidencia del contexto es más bien la expresión de lo resistencia] del analista y el paciente, o en todo caso es imprescindible estar atentos a esa posibilidad. Por otro lado, frente a estos cambios vertiginosos del mundo actual ¿hay lugar para una disciplina como el psicoanálisis que requiere tolerar cambios lentos?

Esta pregunta se vincula también con otras acerca del presente y el futuro del psicoanálisis.

• Sintetizadores: Ana de Barbieri, Graciela Bouza de Suaya. Heriberto Gadea, Alberto Matteo, Aída Miraldi, Raquel Morató de neme, Adolfo Pascale, Dilvia sapriza y Lizardo Valdez.

¿Coincide la crisis actual con la crisis del psicoanálisis? ¿Cómo interpretar la disminución de solicitudes de Ingreso de candidatos en muchos Institutos?

La nueva e inestable relación de fuerzas a nivel mundial, lo que se ha dado en llamar por algunos el fin de las ideologías”, la preocupación por el medio ambiente y las armas nucleares, generan incertidumbre y alejan de la engañosa ilusión de estabilidad. La ruptura de las normas lleva a la anomia: disarmonía entre las conductas del hombre actual y las normas de la sociedad. Los cambios acaecidos en el transcurso de este siglo y, en particular, en los últimos cincuenta años, han llevado a vivencias de inquietud e incertidumbre, propias de los momentos de crisis, debido a un incremento de la velocidad en dichos cambios.

Los avances de la ciencia y la investigación contribuyeron a que las concepciones actuales de la filosofía de la ciencia se alejen del realismo ingenuo de épocas anteriores y postulen la relatividad de conocimiento. También el psicoanálisis ha contribuido a modificar los criterios acerca de las posibilidades de conocimientos de la realidad interna y externa, mostrando los límites de lo cognoscible.

La formación psicoanalítica en nuestros institutos apunta necesariamente a desmitificar las certezas, vinculadas a procesos mentales arcaicos, ligados a una totalidad alienante. Cambios e incertidumbre son una condición de la formación y abren el camino a lo creativo y lo nuevo.

Aunque tolerar la incertidumbre no es lo mismo que mantenerse en la ambigüedad, es importante señalar que, para el psicoanálisis, el inconsciente, signado por la castración, es una metáfora de lo incognoscible.

Pero las instituciones psicoanalíticas sufren los efectos de poder que surgen a partir de actitudes negadoras, de la necesidad de idealizar ciertas figuras e instalarse en el saber. La formación se transforma en deformación. Formarse a imagen de los maestros, sin forma propia. Las propias características de la formación psicoanalítica que se apoya en el análisis didáctico, son propicias a que

se instalen transferencias idealizadoras, en tanto los didactas utilizan el poder de la transferencia para gratificar su propio narcisismo impidiendo que los candidatos encuentren caminos propios y para satisfacer necesidades profesionales (mayor número de pacientes, más prestigio como profesional, mayores honorarios, etc.). El riesgo de pactos inconscientes entre candidato y analista está siempre presente mientras no se elabore la transferencia idealizadora que lleva a una fuerte dependencia y sometimiento con los didactas.

En relación a estos pactos inconscientes se habló en varios grupos del manejo perverso que se hace en algunos institutos de la disposición de la I.P.A. de mantener una frecuencia mínima de cuatro sesiones para los análisis didácticos. Se le afirma al candidato que tiene cuatro sesiones y en realidad tiene una o dos por semana.

Uno de los relatos plantea que estos problemas pueden ser pensados en términos de relaciones entre el ser político de las instituciones y el ser científico. Cuando el ser científico usa el ser político para su crecimiento y desarrollo, el psicoanálisis progresa. Se trata de que haya una política científica en las instituciones para estar abiertos a lo nuevo y permitir la confrontación de distintas teorías. Pero si el ser político utiliza al ser científico encerrándolo en el conocimiento cartesiano cuyo paradigma es la verdad absoluta, el psicoanálisis se estanca y aún se podría decir que deja de ser tal en tanto pierde los parámetros fundamentales desde los cuales encara la realidad. Lo importante sería entonces aproximarse a una integración del ser político y el científico para escapar de los riesgos de una ilusión arcaica de totalidad vinculada al ser político y a la vez, hacer que el ser científico tenga una apoyatura Institucional en beneficio de la investigación y el desarrollo del psicoanálisis.

El análisis de formación o didáctico sufre también el impacto de los problemas señalados teniendo que realizarse muchas veces en condiciones poco aptas (reducción de las frecuencias, análisis condensados, etc.). Algunos analistas han llegado incluso a interrogar el carácter y la finalidad que debe dársele a este

análisis. Thoma plantea en este sentido que debiera ser una instrucción sobre el funcionamiento del método analítico, con un análisis de duración limitada, sin una finalidad terapéutica, y seminarios previos al comienzo del análisis. Esta propuesta elige un camino que en algún sentido evita los efectos Indeseables de la transferencia en la formación pero a la vez se aleja del psicoanálisis, se pierde lo fundamental del proceso analítico. La formación de candidatos se mueve en un difícil e imprescindible equilibrio en tanto no se puede desconocer la transferencia como pilar fundamental al mismo tiempo que se vuelve necesario atender a los efectos negativos de la misma para el futuro analista, vinculados al poder de los didactas.

Hubo consenso en considerar fundamental la no intervención del analista didacta en las decisiones respecto a los diferentes pasos del candidato en el instituto, como forma de preservar el análisis y disminuir los distintos problemas vinculados al poder del analista.

Respecto a los Seminarios, se sugirió la inclusión de temas vinculados a la antropología, lingüística, filosofía, epistemología, etc. Se destacó también la importancia de interrogar y cuestionar la metapsicología freudiana para no dejarla como un sistema cerrado y definitivo y en general, se pensó en la importancia de una profundización en la formación humanística y científica.

Un punto importante que se ha mencionado es el que se refiere a la postura del instituto respecto a la planificación teórica de la formación del candidato. Hay quienes defienden la necesidad de una organización de seminarios planificados desde el instituto para orientar al candidato en los distintos pasos de su formación teórica. Otros, plantean la importancia de dar libertad al candidato para elegir su propio camino de formación teórica. Dentro de esta última postura existen también diferencias en cuanto a una ubicación extrema y un criterio intermedio que establezca la necesidad de ciertos seminarios obligatorios siguiendo alguna ordenación.

Respecto a las supervisiones, hubo consenso en considerar que constituyen

espacios privilegiados de la formación, particularmente para llegar a la comprensión y manejo de las dificultades propias de la transferencia y la contratransferencia.

En uno de los grupos se cuestionó el uso del término supervisión por lo que implica del didacta ubicado en la posición del saber y se propuso hablar de un ejercicio clínico compartido desde lugares diferentes.

En cuanto al planteo que hice en la apertura del Pre-Congreso acerca de la diferencia en la formación realizada en el marco de nuestros Institutos de Enseñanza y la que se hace fuera de ellos, en diversos cursos, grupos de estudios, supervisiones, etc., las discusiones en los talleres han jerarquizado los movimientos transferenciales institucionales que favorecen la articulación de los tres pilares de la formación: análisis, supervisiones y seminarios.

La transferencia remite en última instancia a las raíces de nuestra filiación que están en nuestro vínculo con Freud y la circulación transferencial anuda los tres pilares dándole a la propia Institución un valor simbólico en el que se sustente la constitución de la identidad del futuro analista. Y agregábamos también que los riesgos de sometimiento a Freud y a los didactas por parte de los candidatos podrían limitarse en sus efectos nocivos en tanto se diera una amplia participación de los candidatos en las actividades de la Comisión de Enseñanza y en los propios congresos didácticos.

Varios grupos retomaron la idea de la necesaria participación de candidatos en los Precongresos Didácticos para evitar los riesgos de regresión en el marco institucional e Instituir una situación de escena primaria no favorecedora de la formación. A la vez, se enriquecerían los propios Congresos con los aportes de quienes están realizando la formación.

Frente al problema de las diferencias entre el psicoanálisis y las llamadas psicoterapias psicoanalíticas surgieron distintas posturas en relación a la posibilidad de establecer límites más o menos precisos entre ambas. Pero hubo

consenso en que no se justifica una formación específica en psicoterapia, dentro de los Institutos, para los candidatos.

Encuestas realizadas en México y Uruguay muestran que la mayoría de los analistas y, en particular, los candidatos, tienen un número importante de pacientes en psicoterapia. En uno de los grupos se planteó la necesidad de ofrecer apoyo, como Institución, para proyectos de psicoterapia en hospitales y otros ámbitos de la comunidad.

Un punto importante que surgió prácticamente en todos los grupos fue el que se refiere a la frecuencia requerida de análisis para los candidatos en formación. Muchos plantearon que lo fundamental no es el número de sesiones sino la escucha y el proceso de análisis en el candidato.

También se discutió si esta tendencia a disminuir la frecuencia de sesiones depende sólo de factores propios de la realidad actual (económicos, sociales) o del descrédito de los parámetros del método aún en los propios analistas. ¿Hasta dónde creemos que es imprescindible una frecuencia de cuatro o cinco veces por semana para favorecer un proceso analítico en el candidato?

Se propuso que éste debería ser un punto de investigación a encarar por los Institutos en los próximos años para poder tomar una postura fundamentada frente a las exigencias de la I.PA en ese sentido.

Las discusiones del Congreso han permitido ponernos en contacto con diferentes problemas actuales de la formación. Surgieron múltiples Interrogantes frente a las cuales no tenemos respuestas definitivas pero constituyen un aliciente para mantenernos en una actitud cuestionadora, disponible a los cambios, tolerante de la incertidumbre, e ir procesando las dificultades y preparar el camino futuro del psicoanálisis.

Síntesis Discusión Final XLV

Pre-Congreso Didáctico

*Sintetizador: Alberto Matteo**

La patología de nuestras instituciones

Estamos en realidad comenzando a hacer un estudio de la institución psicoanalítica, que como institución tiene características muy especiales y cuya patología es también muy especial. Proponemos que se haga un estudio exhaustivo de nuestra patología, de la patología de la institución psicoanalítica, que es en el psicoanálisis didáctico donde se hace más evidente.

Consecuencias de los cambios presionantes: “pactos perversos” y “corruptelas”

En la zona inicial de la síntesis se hace toda una descripción de un problema, simplificada después en el diagnóstico “pacto perverso”. En el correr de la síntesis viene luego todo un comentario que induce a pensar que en realidad se trata de una dificultad en las relaciones con I.P.A. Sería mejor procurar reunir todo ese sector que habla de “pacto perverso” con las soluciones que propone al final. Porque es realmente impactante escuchar ese comentario y es muy valiente exponerlo, pero induce la necesidad de plantearlo junto con algún tipo de solución en marcha, con algún tipo de intercambio previsto para resolverlo. Desde una concepción

* Nota del Sintetizador. Hay muchas formas de hacer una síntesis. Hemos optado por la que sigue, quizás poco ortodoxa, pero que nos fue impuesta por el mismo espíritu del Precongreso. Creemos retener mejor la frescura y la riqueza de la discusión preservando intacto lo medular de las intervenciones y apenas reordenándolas en torno a unos pocos subtítulos cuya enumeración constituirá, en rigor, la verdadera síntesis.

Por otra parte, se observará que las palabras no tienen autoría, lo cual no quiere decir que carezcan de autoridad. Al contrario: una vez pronunciadas en un Congreso como el que nos reunió, pasan a formar parte de nuestro acervo común y de algún modo nos van a regir en el futuro. Espero que sus ocasionales emisores no se sientan incómodos con este cambio...

Si en alguna parte aparece el nombre del sintetizador es evidente que no es para reclamar autoría alguna, ni para contravenir lo anterior, sino simplemente para asumir la responsabilidad de este proceder.

dialógica, lo de “pacto perverso” parece importado de un aspecto monológico, que se debe tratar de corregir, donde hay un perverso que hace un pacto con otro perverso. Sería preferible poner el acento en una dificultad en el diálogo entre I.P.A. y las asociaciones, algunos de cuyos miembros hacen lo que se ha llamado un pacto perverso. En resumen, sugerimos que a ese sector tan doloroso que ha sido puesto como “pacto perverso”, se le quite ese rótulo, se le describa como una irregularidad en la comunicación, y se le adose lo dicho al final que puede ser visto como una tentativa de regularización de ese intercambio que está alterado.

Es indiscutible la importancia que tiene para la formación psicoanalítica definir claramente los parámetros o los standards en que debe desarrollarse el psicoanálisis, en la inquietud por la discusión científica de estos temas, que si bien son temas políticos -en el mejor sentido de la palabra- deben ser discutidos o planteados en un terreno estrictamente científico. En ese sentido, se ha pensado que el tema de la Conferencia de Analistas Didactas de San Francisco esté relacionado con los standards del tratamiento. No se trata realmente de un conflicto que cree o que produzca la IPA y más concretamente el Prof. Sandler con su insistencia en la frecuencia de las sesiones, sino que es un problema que nos atañe a todos y que entre todos tenemos que resolver. Que nos enfrenta no sólo con variaciones del método y con las necesarias delimitaciones entre psicoanálisis y psicoterapia, sino también con corruptelas. Es posible entender que un analista tan destacado como André Green diga que se puede llevar adelante el proceso psicoanalítico terapéutico con una sesión por semana, aunque muchos no lo podamos hacer: pero una cosa es decir lo que uno hace y otra cosa es ocultarlo, diciendo que hace lo que exigen los reglamentos. Este no es un problema reglamentario sino un problema de ética y de técnica que nos alcanza a todos. Una discusión amplia y sincera, en la que cada uno diga sin miedo y con toda franqueza lo que piensa del método y del proceso nos va a ayudar mucho, porque las decisiones a las que debemos arribar no deben ser impuestas por normas

reglamentarias sino por una convicción. Si los psicoanalistas no procedemos con convicción y con coherencia estamos hiriendo de muerte a nuestro propio método.

Esto tiene que ver con el tema fundamental de la vocación en el psicoanalista, y también en el paciente. No todos los pacientes tienen la vocación de querer descubrir penosamente o dificultosamente su verdad y prefieren entonces métodos que les ofrezcan engañosamente soluciones más rápidas, más satisfactorias, pero siempre aleatorias. En esto está el valor perdurable e insustituible del psicoanálisis.

Pero coincidimos con las apreciaciones de la síntesis en cuanto a la ubicación del psicoanálisis en un mundo que cambia; mejor dicho: cree cambiar más rápidamente que lo que pueden cambiar los pacientes en el proceso psicoanalítico. Si hablamos de la influencia de los factores culturales, debemos tener presente que uno de ellos es, justamente, este concepto de cambio.

Los analistas no hemos hecho clara conciencia, frente a esta sacudida que está sufriendo nuestra organización social en todo el mundo, de que no teníamos la posición que creíamos, pero que sí tenemos una posición importante. Debemos bajarnos de la nube que hemos habitado y ponernos humildemente en una posición más realista. Lo cual no quiere decir que tengamos que correr a modificar nuestras formaciones y nuestro funcionamiento para adaptarnos al cambio que está sucediendo en este momento en el mundo. Muy por el contrario, nosotros debemos mantener firmemente, sin rigideces pero con firmeza, lo que ha probado ser bueno del psicoanálisis y mantener nuestros standards de óptima formación.

La vocación para la función didáctica: su carácter eventualmente precario y revocable

Como tema para un próximo Precongreso, habría que proponer que volviésemos a reflexionar sobre el polo vocacional para tratar de encarar desde ese

punto de vista lo que la historia del psicoanálisis ha demostrado tantas veces. Sin ir más lejos: es cierto que atravesamos hoy y aquí situaciones difíciles, pero también es cierto que durante los bombardeos en Londres se siguió trabajando. Con muchísimas dificultades, pero se hizo. Y tenemos que preguntarnos: ¿fueron héroes o gente con vocación?

Además, deberíamos revisar en general la diferencia que hay, en el polo vocacional, entre querer integrar una comunidad científica y querer integrar instituciones, que es algo diferente.

Por otra parte, la vocación es algo que no se da de una vez para siempre; se puede tener, se puede deteriorar y se puede perder. Y muchos de los males que observamos en nuestras instituciones tienen que ver con que de alguna manera no hemos podido solucionar algunas de estas situaciones. El paradigma de las dificultades vocacionales se observa precisamente en la función didáctica. Basta ver qué ocurre en las instituciones cuando se observan problemas de salud mental o situaciones francamente perversas o, sin ir más lejos, abusos de poder: muchas veces resulta muy difícil quitar directamente la función didáctica, recomendar un reanálisis y que éste efectivamente se haga.

Sabemos que la deformación de la enseñanza existe en algunos institutos, tal vez en todos. Lo difícil es detectarlo y más difícil aún ponerle remedio. El psicoanálisis debe llegar a reconocer que la función didáctica es eso: una función, no es una categoría y menos una categoría vitalicia. Ser didacta implica una serie de condiciones físicas, anímicas, etc., que se pueden perder y que tenemos que estarlas vigilando y renovando.

Lucha por el poder y abuso de poder. ¿Glasnost en el Psicoanálisis?

Es imprescindible una relación de sinceridad entre los colegas dentro de cada

institución. Un verdadero forum de debates, donde se puedan hacer discusiones libres, donde el pensamiento de cada uno pueda ser respetado, evaluado y experimentado. No siempre es posible que estas cosas bonitas e importantes que acá en el ámbito del Congreso se aprenden, se incorporan, se puedan poner en práctica en virtud de las políticas internas de cada sociedad, de cada instituto. A veces es muy difícil llevar a la concreción las ideas en función de la lucha por el poder. Poder éste que puede ser mal conducido y llevar a manipulaciones con perjuicios para el desarrollo científico y el descubrimiento de una nueva moral que sea adecuada al grupo y al momento del desarrollo. Eso repercute sobremanera en el proceso de búsqueda de una identidad analítica.

Es algo que viene sucediendo desde el comienzo de la civilización: el grupo de poder se confundió con el grupo religioso. Con el tiempo se han dividido, se vuelven a juntar y así sucesivamente. El grupo de poder en una sociedad, el poder político, necesario para la administración debe estar muy bien diferenciado del grupo de quienes mantienen el conocimiento, el fuego sagrado, que sería la comisión de enseñanza. Pero no en sus sacerdotes, sino en la comisión misma.

Se ha dicho que puede haber un abuso de poder también en los análisis didácticos. Ah se está hablando ya de una patología del análisis y del análisis didáctico, y que es de esperar que no esté institucionalizada. Y que, si así es, debe ser investigada en profundidad para resolverse.

Sobre cómo poder controlar el abuso de poder en los didactas, se han hecho ya aportes interesantes. Uno de ellos ha sido el de pensar las funciones didácticas como funciones y no como estados vitalicios. Habría que atender también a lo poco que se ve material clínico de los didctas.

Ahora bien, el poder resolver situaciones personales conlleva el riesgo de que la situación se pueda tornar persecutoria ahora para los didactas. Por lo tanto, parece necesario un adecuado equilibrio entre la circulación y recambio en las funciones

didácticas y una cierta estabilidad.

Junto a esto, la disminución del secreto en los distintos niveles de las tareas didácticas: sería bueno que profundizáramos en nuestra propia “glasnost”, la que sin duda puede crear muchas conmociones, pero que también puede ser muy útil.

La incertidumbre de los candidatos

El analista es ser político y ser científico a la vez; ya lo dijo Weinschell en el congreso de Hamburgo: nosotros, lo queramos o no, formamos parte del gobierno de la educación psicoanalítica. Tal vez, siguiendo a Winnicott, en el estado de “self político” queremos proteger el “self científico”; o, al revés: con el “self científico” queremos proteger al “self político”. Pero estamos verdaderamente comprometidos con el ejercicio del poder. Y deberíamos seguir discutiendo este punto, o sea de qué manera podemos resolver ese dilema sincrético entre el “self científico” y el “self político”, y de qué manera podemos contribuir a que el sentimiento de avergonzamiento a que expone la formación, tanto en análisis, supervisiones como seminarios, sea más fructífero y más formativo. Porque el principal problema que existe en la formación de candidatos a psicoanalistas es el que se podría denominar autoexposición-avergonzamiento. El hecho de que un candidato para transformarse en psicoanalista tenga que autoexponerse, autoexpresarse a niveles cada vez más íntimos, más profundos, más privativos, que siempre ha defendido, indudablemente siempre se acompaña de vergüenza. Vergüenza de mostrar las propias heridas, las propias vivencias carenciales, los conflictos más íntimos. Vergüenza porque la defensa que utilizamos nos ha hecho sentir autosuficiencia y también autoestima. Pero el didacta se expone también ante sus candidatos, tanto en los análisis como en las supervisiones, como en los seminarios. Y el candidato lo que más va a absorber durante ese proceso tripoidal va a ser nuestras actitudes positivas ante la vida y ante los demás seres humanos. El candidato va a tratar de

defenderse mucho de lo negativo de nuestra conducta, y entre más descubre en nosotros fallas, defectos, y esa dificultad de que se habló para integrar el ser político con el ser científico -ese dilema sincrético que se derivaría del descrito como análisis didáctico instructivo vs. análisis didáctico terapéutico- más se va a defender.

Debemos tener siempre en cuenta que el candidato es un analizando que tiene sus incertidumbres elevadas al cuadrado. Tiene incertidumbre en cuanto a los descubrimientos que va a hacer de su inconsciente, y también incertidumbre con respecto a los efectos de esos descubrimientos en cuanto al futuro de su opción profesional. En esos casos, el candidato precisa mucho de institutos que sirvan de continente apropiado, serenos, abiertos, donde pueda experimentar esos descubrimientos de la manera más simple y tranquila posible.

Pero ahí nos enfrentamos con un primer problema muy serio: las sociedades a través de sus dirigentes también sufren sus incertidumbres, internas y externas frente a los cambios que ocurren. La consecuencia, la secuela de esto es que tienden a tornarse en sociedades cerradas, poco tolerantes, muy conservadoras. Una de las cosas más importantes que pueden debatirse en estos Precongresos es esta cuestión de la necesidad de un ambiente científica y políticamente abierto dentro de las sociedades. La IPA debería tener en mente siempre el debate y la concientización de estos problemas frente a las sociedades afiliadas. Porque al tornarse cerradas, intolerantes y conservadoras, las sociedades llevan a una estagnación irreversible en el campo científico y en el campo de la formación. Este es el mayor trabajo anti psicoanalítico que puede ser hecho, mucho más perjudicial que las formaciones paralelas de grupos que funcionan al lado de las sociedades oficiales. El peor perjuicio que puede haber para el psicoanálisis es el que proviene de su propio seno, la corrupción interna. Esas situaciones de incertidumbre en las sociedades inevitablemente generan situaciones de poder, verdaderas relaciones espurias entre dirigentes y candidatos. En el campo del análisis personal, de las

supervisiones, de los seminarios, ello poluye el campo político de las sociedades y produce un verdadero estancamiento del campo científico. Es importante entonces que las sociedades, a través de sus dirigentes, tengan una constante actitud de autocrítica y autoanálisis en este aspecto.

Incertidumbre, indefinición y ambigüedad

Es muy cierto que la incertidumbre puede tener sus vetas negativas, pero no es menos cierto, como se dijo aquí, que para poder ser psicoanalista hay que poder tolerar la incertidumbre. Y no solamente tolerarla: es inherente al objeto específico de estudio, sea en la investigación, en la técnica, en la clínica, donde sea. Tan es así, que nuestro objeto de estudio en la clínica no se define por la indicación, siempre se define por la interpretación; así que la incertidumbre es inevitable y bienvenida. Pero no tenemos que confundir incertidumbre con indefinición y ambigüedad, indefinición es aquello que con el tiempo se nos va a ir presentando permanentemente a medida que nuestra ciencia avance y vamos a poder ir superando paulatinamente. Pero lo que debemos estudiar seriamente y en ese sentido volveríamos al polo vocacional, es el problema de la ambigüedad. Porque con la ambigüedad personal o societaria es como se paraliza una institución o una comunidad científica. Sencillamente porque ahí sí pueden existir las contradicciones sin ningún conflicto, se puede hacer cualquier tipo de escisión y, lamentablemente, a veces hasta se pueden deteriorar congresos; que no es este caso, felizmente. Así que correspondería insistir en plantear, como tarea para un próximo congreso, revisar muy a fondo el problema vocacional.

Tolerar la incertidumbre es un camino para el analista llegar a ser él mismo, tener su propia identidad como analista. La ambigüedad lleva a una indefinición, a un miedo de exponerse a falta de identidad.

Cuando el ser político predomina sobre el ser científico en una institución, el individuo tiene miedo, el candidato tiene miedo de tolerar la incertidumbre; tiene miedo de ser expulsado de la política psicoanalítica; tiene miedo de exponerse e ir contra el *establishment*. No es vergüenza; es miedo.

Ahora, cuando hay armonía en una institución entre el ser político y el ser científico -porque no se pueden escindir ya que el ser humano es un ser político- se abre un campo para la investigación psicoanalítica y hay menos miedo de exponerse. La institución puede entonces funcionar como un continente más estable, y no con el contenido mítico por ejemplo de un paraíso como el de Adán y Eva, en el que si el candidato probara el fruto del conocimiento sería expulsado del paraíso. Es una situación de mucho miedo para el candidato si siente que si expone un pensamiento, expone una Investigación, expone algo nuevo, inclusive alguna dificultad con su paciente, en una asamblea, será expulsado del *establishment*.

Tal vez sea éste un punto muy importante a ser pensado en el ejercicio de la función didáctica.

Referentes identificadorios para tolerar la incertidumbre

Efectivamente, el tema de tolerar la incertidumbre también tiene que ver con la formación -que debería llamarse “transmisión” por motivos fundados. En ocasión del Precongreso de 1991, el cual se centró en la discusión del problema de “el caos o la petrificación”, y buscando como siempre la tercera posición, nos preguntábamos qué sino el uno o la otra.

Ese “qué” parece que se está revelando como la tolerancia de la incertidumbre. Como somos psicoanalistas, tenemos muy claro que se trata del lugar de la angustia, la angustia positiva, la que queremos que surja como contrapuesta a la angustia neurótica o al conflicto neurótico. Es decir, queremos recuperar nuestra libertad con el conflicto constitutivo psíquico, Y el conflicto indica incertidumbre.

Pero tampoco queremos perder identidad. Sostén, se dijo; soporte. Lo que precisamos es repensar nuestra identidad y nuestros referentes identificatorios. Tenemos algunos a la vista: nuestras transferencias a Freud, el método y a las instituciones. Sería más adecuado reemplazar la idea de instituciones por la idea de comunidad psicoanalítica internacional, porque todos sabemos que en nuestros encuentros sociales hacemos intercambios de repères y referentes identificatorios que tienen un valor sustancial para el soporte de nuestra identidad. Lo sabemos y disfrutamos de nuestro club internacional con mucho placer; lo que necesitamos es quizás conceptualizarlo.

Y las ideologías... Bienvenidas si son de transición, si son teorías. No tanto si son fijas, porque muchas están planteando la derivación al poder.

Cambios, incertidumbre y capacidad de asombro

Al hablar de cambios e incertidumbre parece que nos comemos un poco las uñas, estamos preocupados, nos afligimos, porque es cierto: en la incertidumbre no estamos cómodos. Pero en la función didáctica entendida en sentido amplio, la vitamina más importante para envolver en diálogo a candidatos e instructores, dentro y fuera de la situación analítica, ha sido siempre una actitud que implica una postura frente a lo que sucede, una postura frente al cambio y la incertidumbre que es el fundamento de todo descubrimiento científico. A pesar de lo risueña que puede resultar la supuesta historia de la manzana de Newton, podríamos decir: ¿cuántas manzanas cayeron en la cabeza de los hombres hasta que uno se asombró de que le cayera una manzana en la cabeza? Si pudiésemos crear una actitud institucional entre los didactas de sorpresa, curiosidad y asombro frente a los cambios y la incertidumbre y la hiciéramos contagiosa, podríamos obviar una serie de problemas. Estas tres cualidades, que provienen del mejor momento de la evolución infantil, el período fálico narcisista, son tan contagiosas que si existen son incontenibles. La libertad no se puede contener cuando esas tres cosas están en

juego. Y aún en el análisis didáctico mismo, la transformación de la interpretación en una actitud de curiosidad y sorpresa interpretativa puede dar al candidato una gran libertad para descubrir su propio inconsciente en lugar de tener que recibir el descubrimiento de su analista didacta. Es importante redescubrir esto todo el tiempo, porque es esencial a toda función didáctica.

Se ha hablado de razones profundas, razones internas. Sin embargo, una de las cosas que más se destaca en los relatos y en el resumen final es el peso y la importancia que tiene la realidad externa que, como sabemos, está profundamente imbricada con la realidad interna. Una de las inquietudes que surgió en la discusión en el grupo pequeño fue el miedo al anacronismo y a la rigidificación. La falta o la dificultad para la creación de espacios para el asombro. Porque poder mantener la capacidad de asombro significa poder crear condiciones para que éste aparezca. Esto tiene que ver con una permeabilidad entre las condiciones externas y las condiciones internas, y de la capacidad de nosotros los psicoanalistas de poder entender y de poder procesar cómo la realidad externa interviene en nuestro campo de acción. Y de qué manera podemos favorecer el cambio, porque el problema del cambio es que si no se le dan las condiciones para que pueda suceder bien, sucede mal. También hubo procesos complicados por los cuales la “glasnost” terminó como terminó.

Cambios en la realidad externa e interna de las instituciones psicoanalíticas

En base al tema de este precongreso se ha hecho énfasis en los cambios en el exterior y la incertidumbre que nos crean. Se ha mencionado el muro de Berlín, se ha hablado del desmembramiento de la URSS, de nuestra situación económica inflacionaria y deficitaria, de nuestra realidad latinoamericana con mucha incertidumbre en cuanto a la integridad física en algunos de los países, y no se ha hablado tanto de los cambios que están ocurriendo, despacio pero en forma segura,

en la mayoría de nuestras instituciones, tanto en la comunidad internacional como en las organizaciones regionales y en las asociaciones de los distintos países. Hace menos de diez años los precongresos didácticos reunían a un representante o a lo sumo a dos de cada instituto. Fue recién a partir de Hamburgo, o de Madrid, a nivel internacional, que se admitió la participación de todos los analistas didáctas que quisieran concurrir. Es un cambio sustancial que no sé hasta qué punto no ha pasado desapercibido. Se ha mencionado también la inclusión de una delegación de estudiantes en la comisión de enseñanza de los distintos institutos. En APA, y en APDEBA también, existe una comisión de candidatos muy seria que ayudan a pensar muy bien en todo lo que atañe a la enseñanza y a la formación en los respectivos institutos.

Y además se ha instituido la costumbre de los precongresos de candidatos. Se ha permitido a los candidatos asistir a todas las presentaciones científicas e incluso presentar trabajos en los congresos internacionales y latinoamericanos. En algunas instituciones se ha implementado que los miembros titulares devengan automáticamente didáctas, sí así lo desean; tienen que expresar si asumen los tres atributos de la función didáctica o sólo alguno de ellos. Son cambios sustanciales en la entraña de nuestros institutos. En forma muy comprensible, esto nos trae incertidumbre a los analistas didáctas frente a la modificación con respecto a la modalidad clásica con la que funcionaban nuestras instituciones.

Los cambios ocurren también entonces no sólo en el afuera sino en el adentro, quizás como una resonancia lógica y una adecuación a lo que pasa afuera. Suceden más lentamente y de una manera que no se percibe claramente, pero no por eso debemos pasarlos por alto.

La participación de los candidatos

Quizás porque en nuestra tarea psicoanalítica con los pacientes estamos muy

metidos en el rescate del pasado, como miembros de nuestras instituciones o en otras tareas a que nos abocamos como psicoanalistas también estamos demasiado comprometidos con el pasado. Quizás por eso, se ha dicho, los cambios en psicoanálisis serían tan lentos. Hay que recordar que la noción de cambio está comprometida con el futuro. “Cambio” tiene un carácter netamente prospectivo.

La incertidumbre, que como alguien dijo no es lo mismo que indecisión y ambigüedad, es inherente al proceso científico. La certidumbre pertenece al territorio de la religión; tiene su referencia en el pasado. Mientras que las ciencias - ya sean humanas o exactas- tienen todo su referencial prospectivo, mirando hacia el futuro. En lo que respecta a la formación, que es lo que nos reúne acá, hay que tener presente que nuestro futuro son nuestros analizandos, los candidatos de los institutos. Aunque muchas veces, por la necesidad narcisista de nosotros los didactas de tomar al Instituto como objeto donde se corona nuestra carrera analítica, en fin, donde culminan todos nuestros grandes esfuerzos para llegar, perdemos de vista que nuestro futuro son los candidatos. Y que hay que moverse de tal suerte frente a los cambios propuestos que todo se pueda cuestionar, mismo el setting donde se hace la formación. La cuestión de la vocación, de la que ya se habló, es muy, muy importante, porque en realidad estamos metidos en la función didáctica con las tres tareas imposibles que Freud nos señalaba, ya que analizamos, administramos y enseñamos. Y muchas veces esto se mezcla de una manera muy perjudicial para la tarea básica que es la formación. Cuando se piensa en que los candidatos son nuestro futuro, no tenemos que confundir el setting psicoanalítico con el setting de una reunión como ésta, por ejemplo. Mantener la abstinencia del setting de una relación analítica sería una cosa; tener la oportunidad de escuchar acá a los candidatos sería muy otra. Quizás más adelante nuestras reuniones puedan resultar muy provechosas si establecemos el diálogo con el futuro. Cuando se habla de cambios, necesariamente tenemos que involucrar a ese futuro.

Y también, como recomienda la Asociación Psicoanalítica Internacional, como

eje de la formación la integración de los componentes de la sociedad, ya sea candidatos o miembros, en las actividades científicas y administrativas. Cuantos más Integrantes de la asociación circulen por las distintas comisiones, menos fantasmas, más intercambio, más conocimiento y menos secretos.

Se ha mencionado que algunas instituciones llevan a algún representante de los estudiantes a participar en las comisiones de enseñanza. Nosotros adoptamos hace años un sistema distinto: que algunos miembros de la comisión de enseñanza vayan hacia los estudiantes. O sea, al revés: en vez de que los estudiantes elijan una o dos personas para que se metan con los “grandes”, somos dos o tres de los “grandes” los que vamos periódicamente y escuchamos a todos los estudiantes. Tenemos experiencias que nos demuestran que la persona que es elegida por los estudiantes es como un adolescente a quien se le confiere demasiado pronto el poder y corre el riesgo de volverse chivo expiatorio. El sistema nuestro permite eliminar eso y a la vez que todos los candidatos participen. Recientemente, por ejemplo, en la revisión de nuestro cuniculum, fue la Comisión de Enseñanza la que se reunió con todos los estudiantes y con todos discutimos la reforma curricular.

¿Un “tercer espacio”?

En lo que tiene que ver con la relación con los candidatos, ¿cómo encontrar una zona de Intercambio con respecto a los problemas? Claro, les podemos hacer llegar la síntesis de nuestra discusión posteriormente, pero también hay una síntesis, supongo, del trabajo de los candidatos. ¿Cómo establecer ese contacto, esa zona de intercambio, por ejemplo en los precongresos, sin que ninguno de los dos pierda su propio espacio de reflexión, tan necesario en su especificidad?

Deberíamos pensar juntos algunos puntos de esta discusión que nos pueden

servir para construir un tercer espacio. Ya que los analistas didactas tenemos nuestro espacio, los candidatos tienen su espacio, ¿por qué no construir un espacio intermedio de intercambio que no anule ninguno de los otros dos, sino que enriquezca y permita preguntar y escuchar? Tal vez muchas de nuestras preguntas tengan ya respuesta y más positiva de lo que creemos. Saben mucho los candidatos de lo que necesitan y lo que no necesitan para su formación.

Respecto de la transmisión, quizás si tenemos el tercer espacio con los candidatos nos digan cómo hacerla “con” y no “a”, activa y no pasiva; de Procusto que nadie quiere a Prometeo que queremos todos. Quizás una de las claves sea este tercer espacio con los candidatos, junto con una tolerancia a las diferencias teóricas en transición, sin confusión, sin dilución, sin Imprecisión; con la angustia creativa.

Tal vez, esto responde a ese punto emergente que ha estado en todos nosotros en estos días y que ha sido compartido, realmente compartido, y que es el de tolerar la incertidumbre, lo cual tiene que pasar también por poder decir con veracidad lo que pensamos. Tolerar la incertidumbre es tolerar ¡as diferencias, y podernos escuchar en las fundamentaciones que hacen a esas diferencias. La única chance que tenemos de evolucionar y de que puedan darse los cambios creativos o significativos para sostener al psicoanálisis es fundamentar las diferencias y lograr que en algún momento lo que nos sostiene como aspecto simbólico que puede ser una reglamentación de funciones también pueda evolucionar y ser modificada.

En este sentido, el tema de la presencia de los candidatos ha sido un punto importante, silencioso o verbalizado a medias. Quizás lo de “intermedio” no resulte muy convincente. Durante muchos años el precongreso didáctico ha sido el precongreso de didactas y no el lugar de pensar y de reflexionar acerca de las funciones didácticas implicadas en la formación psicoanalítica. Si verdaderamente queremos pensar sobre el área de la formación, no podemos separar a sus elementos constitutivos, didactas y candidatos. Son dos áreas consustanciales con una tarea común que es sobre la cual podemos y quizás debemos reflexionar en

forma conjunta. Porque a lo mejor estamos demasiado imbuidos de esto de la privacidad o de los lugares privados y nos da mucho miedo estar de otra manera, compartiendo y dialogando de forma adulta lo que conviene a la formación desde los dos lugares, desde el candidato y desde el didacta.

La idea de un tercer espacio da una respuesta muy positiva para la polémica en torno a la introducción o no de candidatos en las reuniones didácticas. Es muy importante mantener un espacio de privacidad en función de que parte de la vocación psicoanalítica que se mencionaba consiste en la creencia en la transferencia, que es un eje central. Y creer en la transferencia supone que, si bien podemos asombrarnos -y es esencial el asombro permanente-, una cosa es asombrarse de que caen manzanas y otra es asombrarse de violencias mucho mayores, eróticas o agresivas. Si creemos en la transferencia, sea con candidatos o con pacientes cualesquiera, debemos tener en cuenta esa realidad, por lo que es necesario mantener algún espacio de privacidad para ambos miembros que luego nos encontraremos en la situación psicoanalítica. Por eso la idea de un tercer espacio me parece brillante y quizás permita que compartamos y nos conozcamos en un nivel más de teoría, al cual pueda haber el más amplio acceso, pero que no necesariamente esté impidiendo en forma absoluta que haya un espacio limitado para cada uno de los sectores.

La propuesta de la creación de un espacio intermedio encierra algún riesgo. Desde una perspectiva basada en el diálogo, y en vista de la experiencia recogida en la asociación a la que pertenecemos, donde hay representatividad de candidatos en lugares fundamentales de la estructura, hablar de un tercer espacio genera o promueve el pensamiento de zonas delimitadas para” ya sea para el didacta o el candidato. Crear un tercer espacio consolidaría esa especie de separación. Sería deseable que se respirara una atmósfera de diálogo, por lo que ese espacio sería virtual y llenarla toda la institución. Con una actitud de diálogo se puede escuchar

e intercambiar en el lugar que corresponde y ocasionalmente propiciar reuniones, pero no un espacio con ese sentido tan delimitado.

Habría que pensar muy bien qué ventajas y qué inconvenientes puede tener la inclusión de los candidatos en la vida institucional. Podría ser conveniente por la posibilidad de desidealizar a los analistas didactas y a los supervisores estando en contacto con ellos. Pero desde otro punto de vista, no parece tan ventajoso, porque el hecho de conocernos impide que hagan proyecciones en sus analistas, después en los análisis.

El llamar a candidatos o egresados para que intervengan en las tareas de la institución puede obedecer a muchos motivos. Puede ser necesario porque no alcanzan las personas para realizarlas. Debemos evitar que lo que pretenda ser un medio para integrar a candidatos y egresados paulatinamente a la vida institucional, para prepararlos para que sean en el futuro miembros “agrupables”, digamos así, no desemboque en promover escollos a través de un incremento indebido del narcisismo. Vamos a tener que pensarlo bien. No obstante, es posible concordar con lo del tercer espacio o espacio intermedio. Porque tampoco tiene que existir ese aislamiento, esa asepsia tan tremenda que propugnaba Meltzer hace un cuarto de siglo. Pero lo que habría que cuidar sería la frecuencia del intercambio. En este momento no sería conveniente la inclusión del candidato en las tareas cotidianas de la institución, porque daría un contacto muy frecuente y un conocimiento demasiado realístico de la figura de su analista, de su supervisor, de su profesor. Sí a nosotros nos han transmitido, y lo hemos experimentado, que no es conveniente analizar a parientes, amigos o gente muy próxima porque el conocimiento previo nos impide proporcionarnos como un objeto pasible de proyecciones para el paciente, ¿cómo vamos a incluir a nuestros analizandos en tareas cotidianas de la institución? Por eso, ese tercer espacio o espacio intermedio debiera darse en los precongresos didácticos o en jornadas especiales.

Todos sabemos que la patología de la grandiosidad se puede dar en ambos polos. Por otra parte, cada institución tiene sus singularidades y eso hay que entenderlo también. Nuestra idea del tercer espacio coincide absolutamente con lo que se dijo en el sentido de que sería virtual. Quizás ese tercer espacio deba ser entendido como espacio transicional en el sentido de Winnicott. Sería el lugar de los encuentros libres. Y tienen que estudiarse las condiciones posibles a darse en este encuentro. Tenemos experiencia en esto de lo cómodo y lo incómodo de una comunidad en la que se encuentren todos, y preferimos la incomodidad, sin duda, con plena conciencia de los problemas que pueden surgir -como los que se han planteado aquí-, a una situación de compartimientos estancos que de ningún modo sería la que defenderíamos.

Con respecto a este tema que ha estado bastante presente y bastante candente desde antes del Precongreso y durante el mismo, el de la inclusión de los candidatos o, mejor dicho, el de la creación de un nuevo foro que sería un congreso con analistas didactas y candidatos juntos, hubiera sido preferible que esta discusión se hubiese desarrollado más; sobre todo para poder tener información que hasta ahora no hemos tenido acerca de las ventajas que tendría esta opción y cuáles pueden ser las soluciones que se les han dado a las desventajas que pudieron haberse encontrado. Con respecto a los inconvenientes, tenemos nuestras ideas por las cuales creemos que esa modificación no es aconsejable, pero sería conveniente poder discutirlos en el sentido, precisamente, de intercambio de ideas para poder enriquecernos los que sostenemos posiciones contrarias. Y para que esto no quede como que se produjo una especie de escisión entre los que pensamos que lo bueno es una cosa y los que piensan que lo bueno es lo contrario, sino para que puedan abrirse las mentes para poder intercambiar y discutir en el futuro. También está el ámbito de delegados de FEPAL, donde se podrá seguir conversando.

Programas de estudio, autores latinoamericanos e identidad latinoamericana

Volvemos siempre en los Precongresos Didácticos a discutir qué formación les damos a los candidatos. Tendríamos que reflexionar con un sentido realístico: en tres, cuatro o cinco años no se les puede enseñar todo. Recorriendo el panorama actual del psicoanálisis y los puntos que permanentemente discutimos en todas las reuniones, se puede advertir que en total hay tres, cuatro o cinco temas nodales. Se deberla ver, en reuniones de Directores de Instituto, y en cada instituto en particular, de qué manera, tomando el abanico de las diferentes escuelas y de los diferentes investigadores psicoanalíticos, se pueden estudiar esos puntos nodales. Son los que en todas las reuniones están presentes: narcisismo; relaciones objetales; el problema de la agresión interna-externa; el problema del sadismo-masochismo y el problema realidad psíquica-realidad externa sociocultural.

Corresponde insistir en el problema de la identidad psicoanalítica latinoamericana. En nuestro continente es frecuente encontrar conocimiento exhaustivo de autores como Kernberg, Klein, etc., pero no se ha hecho todavía un estudio sistemático de los autores psicoanalíticos latinoamericanos. Este punto es importante en cuanto a la identidad. Cabe proponer que los institutos tengan, durante los tres o cuatro años de entrenamiento, una materia que se refiera específicamente a los autores psicoanalíticos latinoamericanos. De manera tal que, si bien es cierto que la ciencia no tiene fronteras, nosotros podamos tener la seguridad de que también tenemos ideas propias y que no necesitamos tampoco importar o adoptar criterios exclusivamente ajenos.

Ocurre que tenemos la dicha de no tener mayores barreras idiomáticas, pero tenemos la enorme dificultad de las barreras geográficas y topográficas. Estamos tan lejos en cuanto a latitudes, que es muy posible que trabajos, por ejemplo, de colegas mexicanos escapen a la lectura de los argentinos. Debería ser preocupación

de la IPA suministrar una mayor información al respecto, confeccionando por ejemplo un poster de trabajos donde se pueda ubicar qué colegas latinoamericanos han trabajado sobre determinados temas.

La identidad tiene que ver con mecanismos de identificación. Los latinoamericanos tenemos nuestras propias cosas, idiomas comunes, historias comunes, y tendríamos que realimentarnos de este tipo de experiencias que son nuestras. Tendríamos que fijarnos más en nuestra propia gente, en nuestras propias condiciones de vida, en nuestros propios pacientes, porque son muy distintos de otros pacientes.

Si, en Inglaterra se trabajó igual bajo los bombardeos pero, como se puede leer en Glover, los ingleses tenían un fuerte sentimiento de identidad. Nosotros hace 400 años que estamos en guerra; es como si todavía nos costara entender que ya somos grandes, ya tenemos nuestros propios héroes y nuestros propios padres, y que no hay vocación que se pueda sostener si no hay sostenes identificatorios.

Una zona de incertidumbre: psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica

En nuestras instituciones se delimitan zonas de incertidumbre que realmente a veces nos es difícil asumir. Del punto de vista psicoanalítico, hay problemas que exigen una reflexión teórica sobre una zona que, justamente, no es clara. Es, por ejemplo, la que queda entre psicoanálisis y psicoterapia. Nos cuesta a nosotros mismos reflexionar sobre la tarea que hacemos diariamente aún como analistas cuando Innovamos mucho más de lo que decimos. En esa zona de frontera del psicoanálisis se hace difícil la reflexión teórica, o somos menos sinceros.

La enseñanza de la psicoterapia debe ser excluida de los Institutos psicoanalíticos. La formación psicoanalítica nos da, en la medida en que queramos y podamos ser psicoanalistas, una Identidad como tales, lograda en nuestro largo

trabajo sobre nuestro inconsciente a través de muchas horas de análisis, con una frecuencia suficiente que nos permita por lo menos elaborar nuestros conflictos, y a través de ello poder utilizar eso que es tan nuestro en nuestro trabajo. Por lo tanto, sí un paciente está en psicoterapia con un psicoanalista, el único beneficiado es el paciente. Porque hay aspectos en una psicoterapia que dependen de la patología del paciente, de los problemas económicos, de la frecuencia, de la lejanía del lugar. Pero hay momentos en que el paciente dice cosas muy interesantes y si lo escucha un analista puede hacer una interpretación analítica adecuada. La escucha también es analítica y más profunda, aunque no haga interpretaciones analíticas. La comprensión del paciente va más allá. Y nosotros no vamos a hacer una “venta en cuotas”: a este le doy mi poco saber y a este le doy mi otro saber, Si ponemos el acento en las supuestas diferencias teóricas entre psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis estaríamos equivocados.

Hay una pregunta básica que es la de cuál es la comunidad psicoanalítica. Creo que el nombre de “formaciones paralelas” no refleja verdaderamente lo que pasa en el mundo actual. Muchas de nuestras inquietudes, por ejemplo sobre el tema de la psicoterapia, surgen de que existe una comunidad fuera de la IPA que es muy fuerte y que en parte quiere participar, entrar, y por equis razones no puede hacerlo. En México, por ejemplo, en el ámbito de la psicoterapia hay gente que se plantea llegar en cierto plazo a ser psicoanalista pero que por diversos motivos no lo puede concretar.

Además, el hecho de que fuera de la institución hay tanta gente que ha estado dentro habla de que hay una vocación que es la de ser psicoanalista pero no de estar en la institución. Es otro tipo de identidad. Es un problema que a todos nos preocupa por la presión que recibimos de gente que se forma por fuera pero no siempre por motivos espurios o porque hagan muy mal las cosas, sino porque se salieron de las instituciones por razones profundas.

Propuestas de funcionamiento para el futuro

Sería muy penoso que los que no pudieron asistir a este Precongreso ignoraran esta síntesis que se leyó, y sobre todo los grandes ausentes que son los candidatos. El Comité Organizador debería hacerla llegar a los distintos institutos para que sea distribuida dentro de cada asociación y para que todos la puedan conocer.

Esta reunión latinoamericana ha dado una figura mucho más fructífera y más provechosa que la que han dado las conferencias homólogas y los precongresos didácticos internacionales. El hecho de que los relatos, sesudamente estructurados y trabajados por los autores fueran leídos en la asamblea, y no la supuesta lectura de los valiosos trabajos que en los otros precongresos se han hecho, da una mayor cohesión al grupo de didactas reunidos. Una vez hecha la escucha de estos trabajos, el precalentamiento y el trabajo en pequeños grupos ha sido de gran utilidad, lo que volcado luego en la síntesis da lo que estamos presenciando ahora: una discusión en un macrogrupo, pero con lo decantado y la tranquilidad que permite pensar. Esto posibilitó la riqueza de las intervenciones que hemos escuchado. Repetir este modo de funcionamiento iría como una recomendación para las futuras reuniones de didactas.

Respecto de lo que se ha mencionado como el tercer espacio de encuentro con los candidatos, queda la duda de si debe ser un espacio o una intersección, pero de hecho la excelente síntesis que discutimos y eventualmente la síntesis de este debate tan rico que se dio después deberían ser puestas en conocimiento no solamente de los directores de instituto sino de los candidatos también. Y nosotros tener acceso a las síntesis de las reuniones que ellos han tenido, lo que va a permitir conocernos mejor y tener una labor compartida mucho más fructífera.

Ahora bien, mientras todo esto que hemos hablado aquí no nos lo llevemos a nuestros institutos y sigamos un método de investigación para profundizar en estas

ideas y desarrollarlas más ampliamente, no quedarán más que en posiciones que derivan de nuestra experiencia pero que son nada más que experiencias aisladas. Mientras no se investigue más a fondo y no traigamos a estos congresos estas ideas ya muy investigadas y muy trabajadas, no nos quedaremos más que en la superficie, y esto no nos llevará a los verdaderos cambios.

Sería beneficioso que de la síntesis de la discusión salgan tres o cuatro temas que se trabajen en los Institutos y de entre los cuales, a su vez, salga el del próximo Precongreso didáctico, buscando que la discusión se prosiga en FEPAL y se evite, además, rediscutir excesivamente lo ya tratado.

Sumario

- La patología de nuestras instituciones.
- Consecuencias de los cambios presionantes: “pactos perversos” y «corruptelas”.
- La vocación para la función didáctica: su carácter eventualmente precario y revocable.
- Lucha por el poder y abuso de poder. ¿*Glasnost* para el psicoanálisis?
- La incertidumbre de los candidatos.
- Incertidumbre, indefinición y ambigüedad.
- Referentes identificatorios para tolerar la incertidumbre.
- Cambios, incertidumbre y capacidad de asombro.
- Cambios en la realidad externa e interna de las instituciones psicoanalíticas.
- La participación de los candidatos.
- ¿Un “tercer espacio”?
- Programa de estudio, autores latinoamericanos e identidad latinoamericana.
- Una zona de incertidumbre: psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica.
- Propuestas de funcionamiento para el futuro.

Agosto 1992

Síntesis de los Relatos Oficiales del XIX Congreso de FEPAL

*Myrta Casas de Pereda**

De los ocho relatos oficiales al tema central, Malestar en el Psicoanálisis, junto a los ocho relatos de los discutidores y los intercambios en el debate de los cuatro plenarios, surgen estas ideas para la síntesis final del Congreso. Los sintetizadores de los cuatro días del Congreso fueron sucesivamente: Cristina López de Cayaffa, Nadal Vallespir, Enrique Gratadoux y Sarah Cavagnaro de Britos.¹

Frente al malestar, una primera respuesta es el intento de ubicación, discriminando áreas del mismo, como son sus efectos en el analista, en las instituciones, en la teoría y la técnica.

Este primer efecto de subdivisión permite una observación más pormenorizada en las distintas áreas, habilitando una mayor profundización en la reflexión. Sin embargo, esta misma estrategia (científica) nos pone al borde de un riesgo, cual es

* Av. Gral. Rivera 2516, Montevideo, Uruguay

¹ **Lunes 3 de agosto.** Coordinador: Néstor Goldstein (Argentina). Sintetizador: Cristina López de Cayaffa (Uruguay), Relator: Ricardo Bernardi (Uruguay), Discutidor: Paulo Luis Rosa Sousa (Pelotas, Brasil); Relator: Galina Scheider - Ramón P. Fandiño Filho (S.P.R.J., Brasil), Discutidor: Arturo Oscar Sabez (Mendoza, Argentina).

Martes 4 de agosto. Coordinador: David N. López Garza (México), Sintetizador: Nadal Vallespir (Uruguay), Relator: Paulo Fernando Bittencourt Soares (Porto Alegre, Brasil), Discutidor: Beatriz Gallo (Córdoba, Argentina); Relator: Juan A. Cabanne, Héctor A. Petrucci (A.P.de B.A., Argentina), Discutidor: Carlos A. Crisanto (Perú).

Miércoles 5 de agosto. Coordinador: Paulina Volinsky de Hoffnung (Uruguay). Sintetizador: Enrique Gratadoux (Uruguay). Relator: Teresa Lartigue de Vives - Juan Vives Recabert (México), Discutidor: Nora Zambrano de Nava (Venezuela); Autor: Gustavo M. Jarast (A.P.A., Argentina), Discutidor: Paulo R. Sauberman (S.B.P.R.J., Brasil).

Jueves 6 de agosto. Coordinador: Guillermo Ferschtut (Argentina). Sintetizador: Sarah Cavagnaro de Britos (Uruguay). Autor: José A. Infante (Chile), Discutidor: Clara Uriarte de Pantazoglu (Uruguay). Autor: Paulo Duarte Guimaraes Filho (Sao Paulo, Brasil), Discutidor: Rómulo Lander (Caracas, Venezuela).

Publicado en XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis (FEPAL).
Relatos, Paneles, Foros, Tomo Y. R.B. Ediciones, Montevideo, Uruguay, 1992.

el soslayar que el Malestar es consustancial al pensamiento psicoanalítico, nucleado sobre el inconsciente, sus efectos y el trabajo de la transferencia.

Por otro lado, en otro trípode que se sobreagrega al anterior, aparecen los factores causantes del malestar:

1. los factores extrainstitucionales que abarcan o aluden al contexto, es decir, todo el marco de la cultura y sus aspectos sociales, políticos y económicos;
2. los factores Institucionales, es decir, la institucionalización del psicoanálisis; y
3. por último, el analista, el ser humano y sus conflictos.

Propongo entonces reunir estos elementos en una estructura: imaginemos un triángulo cuyos vértices son el analista, la institución y la cultura, donde podemos ubicar:

- entre analista e institución, los problemas de la teoría y de la técnica y todo lo que surge como redes transferenciales y contratransferenciales en un contexto grupal: y allí lo Inevitable de la puesta en juego del narcisismo y su correlato, el poder del prestigio;

- entre institución y cultura, todo el abanico desde la permeabilidad al encorsetamiento negador de la realidad, dando lugar (entre otras cosas) a la organización de estructuras de poder; también aquí se ubican los arduos problemas de la difusión y extensión del psicoanálisis, así como las posibles o imposibles caracterizaciones de singularidades propias al psicoanálisis de América Latina;

- y finalmente, en la arista entre el analista y la cultura quedan ubicados los conflictos del hombre por serlo, por estar inmerso en ella; nuevamente la construcción de espacios de poder, donde alternan la libertad, la transgresión y la creatividad o la unificación como modelos predominantes.

Creo que de todas las ideas vertidas en torno a estos puntos que intentaremos pormenorizar vuelve a quedar de manifiesto la pregunta de hasta dónde los psicoanalistas del siglo XX-XXI podrán sostener la importancia del descubrimiento del inconsciente, manteniéndolo como tensión irreductible, o trabajarán cuidadosa y científicamente en su desaparición, ya sea en una lenta y

progresiva resolución o alivio de dicha tensión Inherente a la división del sujeto, ya sea como esoterización o impregnación máxima de lo oculto, la desviación al misticismo.

Se vuelve, pues, necesario pensar-pensamos en este malestar fundante e ineludible que nos hace psicoanalistas, a su vez ubicados en el contexto latinoamericano.

La propuesta del tema central fue permitirnos el desafío de ubicar los malestares, de cuestionamos sobre los lugares establecidos, interrogar las comodidades unificadoras en el intento de volver a despejar las bases del pensamiento analítico.

Desafío porque en tanto latinoamericanos, más afectados que Europa y Norteamérica por el subdesarrollo, el psicoanálisis no escapa a los males de los países más civilizados, aunque aún en paralelo la fuerza vital de la edad más joven en la cultura.

Un mismo punto es muchas veces tratado de manera opuesta por los autores de los relatos. Así, para algunos, el malestar es causado por la pluralidad y fragmentación de las teorías; mientras que para otros la pluralidad es vía de acceso a la convivencia en el psicoanálisis, ya que “la necesidad e imposibilidad de una conceptualización científica del psicoanálisis no son ni accidentales ni provisorias: son de esencia (Castoriadis)”.

Para muchos el estallido de una teoría unificada es la fuente de malestar, mientras que para otros el riesgo mayor es el deslizamiento a una verdad única donde es necesario aceptar la ambigüedad. Para muchos autores es necesario volver la mirada a las ciencias naturales, abrir el psicoanálisis a la neurobiología, mientras que otros subrayan la radical diferencia en torno a que en las ciencias naturales se busca conocer un objeto, mientras que lo que está en juego en las ciencias humanas es el sujeto.

Para algunos autores es necesario contar con el malestar viéndolo como algo positivo, como promovedor de la creatividad e invierten la fórmula manejada, siendo la pluralidad teórica una consecuencia del malestar, no su causa.

Para varios autores (apoyados en Thomä y Kächele), el problema nodal es la endeblez de la metapsicología freudiana, en el sentido de que toman como emergente el cuestionamiento de los fundamentos científicos, epistemológicos de los paradigmas utilizados por Freud en su metapsicología.

Junto a esto también queda cuestionado otro de los supuestos básicos freudianos, como es la unión inseparable entre curar e investigar.

Sin embargo, para otros autores lo importante no es un aparato psíquico reproductor de la realidad, del desarrollo, o de las percepciones, o una extrema rigurosidad epistemológica, sino que lo que cuenta es concebir un aparato psíquico como perpetuo creador de sentidos, dando lugar a que la incertidumbre y el malestar sean partes inherentes a su esencia.

Se señaló que nuevas contribuciones “han ocurrido desde el inicio del psicoanálisis, seguirán ocurriendo y tendrán cabida dentro de nuestra ciencia, mientras se mantenga dentro de los fundamentos básicos de psicoanálisis”. En realidad son muy vivos y actuales los cuestionamientos de la teorización freudiana, sosteniendo al mismo tiempo el sujeto dividido que Freud nos lega.

Se traen los ejemplos señeros de M. Klein que introdujo innovaciones importantes a la teorización freudiana, sin preocuparse del sesgo metapsicológico y que a su vez dio lugar a nuevos e importantes desarrollos.

Para muchos autores es necesario integrar otras ciencias, nutrirse de los desarrollos de la cultura, acercar e integrar al psicoanálisis los movimientos espiralados del conocimiento: como ya se hizo con la lingüística, ahora la pragmática, o la neurobiología. Llamemos a esta actitud, una actitud centrípeta. Para otros, en cambio, es más importante la difusión, la salida del psicoanálisis hacia las demás ciencias, dándole a este movimiento el carácter de apertura e integración. Denominaría a esta segunda propuesta, como un movimiento

centrífugo (pertenecer o asociarse a otros grupos, por ejemplo, como señalaban algunos autores).

Tal vez la necesaria afirmación del psicoanálisis transcurra en el sentido de lo centrípeto, sin que ello lesione o empobrezca.

Aparecen así pares de oposiciones: apertura o dilución, enriquecimiento o pérdida de los límites.

Otro elemento mencionado por uno de los autores es el deslizamiento al misticismo, a la sugestión, a las creencias y a la fe.

En este cotejo de opuestos aparecen dos grandes riesgos del psicoanálisis actual, como resultado de una oscilación pendular en cuyos extremos están, por un lado, la pérdida de identidad en el desdibujamiento de lo científico; y en el otro extremo, la riesgosa ubicación o asentamiento en la desmentida que mantiene la creencia, que se torna fe, responsable de los conocidos efectos de la sugestión a lo largo de la historia, la religión, la fascinación por lo oculto. El esoterismo como un efecto no elaborado de la indefensión que siempre tiene en el horizonte el dogma.

Entre ambos extremos debemos pensar en sostener la función de enigma, el campo de lo enigmático -como decía uno de los autores- que atestigua del inconsciente y de sus efectos, pero que no debe confundirse con uno de sus mecanismos defensivos, cual es la desmentida.

Por el contrario, esta función de enigma o de tensión irreductible es necesario hacerla jugar para obtener sentidos y entender algo de los efectos del deseo que circula anudando creación o síntoma.

La función yoica de desconocimiento o la desmentida conducen a las creencias y al misticismo, pero la angustia provocada en el sostenimiento de lo inconsciente también es responsable del intento de obturación por el saber, y allí lo científico se perfila como riesgo. Pero creo sobre todo que importa cómo hacemos trabajar nuestro conocimiento. Porque tanto una teoría como una creencia pueden funcionar como dogma y no debemos olvidar que la credulidad puede funcionar en par dialéctico con el escepticismo, promovedor tanto de ortodoxias como de estallidos.

Es necesario reconocer que “hay una dialéctica destinada a no ser resuelta, la división consciente-inconsciente o la alternancia de la razón con el enigma emocional”, donde se señala la necesidad de tomar en cuenta que el psicoanálisis nace en la modernidad y actualmente su praxis se ejerce entre los replanteos de la posmodernidad; pero se acota también la idea de que en realidad el psicoanálisis debemos ubicarlo entre el modernismo y el posmodernismo, pues Freud en una total vigencia actual nos lleva a alejarnos de la convicción o la certeza y nos autoriza desde el vamos” a cuestionar nuestras teorías. No olvidemos que a la metapsicología la llamó “nuestra bruja”, y que sobre el final de su vida nos propone con su texto *Construcciones..*, alejamos de la posible validez de su propio aforismo: “hacer consciente lo inconsciente”.

Son varios los autores que proponen estudiar la teoría psicoanalítica con métodos cuantitativos, realización de estudios extracéntricos, bien diseñados, estudios experimentales controlados, prospectivos, así como también se señala que “no se puede seguir confiando en impresiones subjetivas”.

Respondiendo a estas ideas, se propone la necesidad de reconocer que es “a través de un acto psíquico incierto, arduo de tolerar, compartido por analista y paciente, inasible para un observador tercero, neutro, donde reside la esencia misma de la comprensión psicoanalítica con todo aquello que ésta tiene de íntimo e inacabado”.

También la necesidad de rescatar nuestra praxis como “una experiencia única no reproducible, donde el terreno de lo básico no coincide con el ideal de exigencia de las ciencias de la naturaleza...”

No olvidemos que sostener invariantes que hacen al inconsciente como por ejemplo la atención flotante, producen malestar por no ser exactamente validables; es que precisamente los referentes básicos de nuestra praxis son los mayores promovedores de angustia y por ende de malestar.

También se señaló que en todo esto importa esencialmente el lugar en que se coloca al analista para poder aceptar nutrirse de lo diferente.

Creo que resulta evidente (y las buenas discusiones a lo largo del Congreso son un real testimonio) que es precisamente el cotejo el que nos enriquece y moviliza y ambas perspectivas contienen la inquietud abierta a la investigación y al cuestionamiento a la par de la necesidad de dar cuenta de los nuevos campos que se abren a la cultura. Porque por otro lado, sostener la postura psicoanalítica sin perderla, también requiere de renovadas conceptualizaciones, de resignificaciones que surgen desde el psicoanálisis mismo o que se nutre de los aportes de afuera de él.

Ambos movimientos apuntan en última instancia a incrementar los múltiples accesos a la verdad (de lo no sabido) ‘y permiten que el psicoanálisis nutrido y recontextuado pueda seguir promoviendo efectos.

Hasta aquí el Malestar en el Psicoanálisis que abarca las tríadas antes mencionadas como estructura dinámica.

En lo relativo al malestar en el área de la organización humana en torno a la praxis, si bien las coincidencias son mayoritarias, también se perfilan diferencias. Creo que responden, en su esencia, a lo controversial señalado ya en la teoría.

Así, tenemos algunos autores que señalan que la institucionalización permite el desarrollo de la identidad analítica, pero que este hecho contiene en sí mismo los gérmenes de sus riesgos.

Se visualiza allí la misma dificultad de sostener el conflicto, que en el psicoanálisis era entre deseo y represión, quedando ahora plasmado entre la organización y la coagulación. El deseo de una institución legalizadora, por un lado, y el riesgo de la cofradía como instalación en la rigidez y la ortodoxia, por otro, generando persecución y luchas de poder.

Opuesto a este destino es la necesaria tolerancia a la incertidumbre ligada al pluralismo y al inevitable desorden que impone el pensamiento creativo. Esto apuntalado además, por una estructura no necesariamente categorial o verticalista, ni horizontal a ultranza, y donde surge de mucho interés el aporte de la noción de

transversalidad de F. Guattari.

Una institución analítica con su instituto de formación que reconozca el valor de la incertidumbre se vuelve promotora por ello mismo de un cuidado y responsabilidad que guían en la búsqueda de nuevos caminos.

A la organización institucional le compete la tarea de llevar adelante la necesidad del cuestionamiento, la revisión crítica del pensamiento psicoanalítico para la posibilitación del avance de nuestra ciencia.

Pero esta tarea de la institución se ve seriamente amenazada por todo lo que no analizado en el analista se vuelve malestar en la institución y se abre la pregunta de si no son precisamente las instituciones el lugar privilegiado de resistencia al psicoanálisis (ideas vertidas en discusión plenaria).

Hay un verdadero consenso en el reconocimiento de la nefasta acción de la patología narcisista en los analistas que coadyuva en la instalación de las luchas de poder que “predisponen más a la actuación que a la investigación”.

La alternancia de lo creativo y lo sistematizador habilitan una espiral dialéctica en movimiento ascendente.

Por otro lado, es unánime la preocupación en torno a la psicoterapia para el futuro del psicoanálisis. La psicoterapia psicoanalítica, habiendo sido engendrada en su mayor parte por analistas, retorna ahora como amenaza. Tomada primero como expansión auspiciosa en el ámbito de la psicología, se vuelve luego un motivo del desdibujamiento del psicoanálisis en ella.

La ampliación del campo de uso del psicoanálisis es una propuesta controversial y que aparece como causa de malestar en los analistas. Promovió reflexiones -no demasiadas- y creo que queda abierta una vía de álgido interés para la vida del psicoanálisis. Dejo planteada la pregunta de si no deberíamos aceptar mejor esa ampliación que nosotros mismos promovimos (fuera de la institución analítica y con vida propia independiente), uniéndola a su vez, a la necesidad de redimensionar y recontextuar cada vez nuestra propia praxis.

Pues creo que sólo con una rigurosa formación, el espíritu abierto a la investigación, aceptando la castración simbólica que nos devuelve nuestros límites, articulando en nuestro deseo de analistas la mayor disponibilidad de nuestra capacidad sublimatoria y creativa, podremos sostener la incertidumbre volviéndola palanca fértil para ejercer nuestra función, enfermando lo menos posible de la repetición sintomática.

Del mismo modo que el conflicto psíquico o la radical división del sujeto es responsable del malestar, la institución como sistema de referencia de la cultura que permite que la dimensión inconsciente encuentre su pleno reconocimiento, instala al mismo tiempo el espacio de la paradoja.

Se recrean allí, con creces, complejas redes transferenciales y contratransferenciales institucionales que se vuelve imprescindible reconocer permanentemente para no quedar atrapados en ellas.

Y dentro de esta necesidad de redefinir nuestra praxis, frente al psicoanálisis en el tratamiento de niños, adolescentes, pareja y familia, aparecen propuestas en algunos autores como ámbito que se necesita cubrir y que no entran en el psicoanálisis clásico. Sin embargo, los rigurosos aportes de cada una de estas áreas sobre su tarea, permiten pensar que estamos ante verdaderos desarrollos de los caminos abiertos legados por Freud.

Se agrega a esto la importancia del psicoanálisis en el campo de la Salud Mental, ya que el Malestar también pasa por las dificultades de sostener el enfoque psicoanalítico en los medios institucionales, ámbito de la psiquiatría, psiquiatría infantil, hospitales o instituciones para pacientes severamente perturbados.

En esta perspectiva, algunos autores agregan perfiles interpretativos del fenómeno. Surge así el temor al cambio que genera cierre y conocimiento paranoico. Y en esta línea se plantea la identificación con el agresor (las neurociencias) ocasionando una tendencia a explicar todo por la psicogénesis. Esto implica, a su vez, no quedar fuera del discurso médico o científico, con el costo de

alejarnos del discurso analítico, o modelo no médico como propone uno de los autores.

Otro efecto de este temor al cambio es el rechazo a todos los avances que necesariamente modifica nuestro contexto cultural.

En realidad el hombre es un permanente creador de utopías, sólo destruye una para poner otra en su lugar; no hay nunca un verdadero fin de las utopías, sólo mudanza de ellas. Las religiones llenan estadios porque el hombre necesita certezas que ninguna ciencia colma. Se propone así revertir el aforismo nietzscheano. Dios no ha muerto, lo contrario es una mera ilusión. Debemos cuidarnos frente a los antagonismos como Biología versus Psicoanálisis, porque ellos son en realidad fantasías totalizadoras presentes sólo en la mente tanto de unos como de otros. El psicoanálisis implica una búsqueda simbólica del sentido; eso y no más (ideas vertidas en la discusión plenaria).

Al psicoanálisis no se le debe pedir dar cuenta del mundo, sino tan sólo escuchar y habilitar un cambio.

Reitero, pues, la idea de que los mayores riesgos provienen del psicoanálisis mismo.

Creo que todos estamos de acuerdo en la necesidad de revisar las nociones freudianas en una postura desidealizadora o en el rigor que debe nutrir las posibles incorporaciones de otros conocimientos al corpus psicoanalítico.

Se menciona así, “redefinir el método”, “ampliación de la metapsicología”, etc. Tal vez sea necesario agregar que estos cambios deben surgir en esos procesos espiralados que entrecruzan avances y cuestionamientos y que aparecen naturalmente como necesidad de dar cuenta de lo que hacemos y que no sabemos que hacemos, pero que no debe venir como intención de solución a la tensión mencionada anteriormente o como aspiraciones de “estar al día”.

Pero es indudable que las idealizaciones nos asaltan permanentemente y tienden a hacernos dejar ese lugar de la incomodidad que creó Freud, y con ello dar lugar a la aparición de una *Weltanschauung*. Riesgo denunciado por Freud desde el

comienzo que no deja de acechar.

No olvidemos que en el momento actual y a la vuelta de los, tiempos positivistas, “la racionalidad -como señala I. Prigogine (²)- no puede seguir siendo identificada con la certeza ni tampoco la probabilidad con la ignorancia”. Y aún desde las leyes de la Naturaleza, lo sorprendente de las opiniones actuales es que dichas leyes “se expresan por la inestabilidad, el azar y la irreversibilidad”.

El mundo como escenario de transformación incesante, un universo evolutivo, nos ubica ante una realidad que no puede ser devuelta como identidad y creo que justamente estos últimos aportes nos dejan cierta tranquilidad de estar ubicados desde hace tiempo precisamente en la intranquilidad de un trabajo que es producción y transformación.

5 de Agosto 1992.

² Ilya Prigogine: *Enfrentándose con lo irracional* En: Proceso al azar. Tusquets editores.

Síntesis de los Foros sobre:
“El Malestar en la Cultura” hoy en América Latina

*Javier García*¹*

Trabajos presentados en los foros:

Malestar en la cultura. Un diálogo con Freud desde el Uruguay, 1992.

Daniel Gil, Marcelo Viñar

Textos fundadores e contexto originário: uma singular trama cultural

Marcio de Freitas Giovannetti

Mal-estar na cultura e a Psicanalise no fim de século.

Fabio Hermann

El malestar en la “civilización” en la periferia de la misma.

Max Hernández, Moisés Leimlij

Culminando esta semana de trabajo e intercambio de analistas latinoamericanos, finalmente, pero no para cerrar las ideas y preguntas, sino para intentar que cada uno las lleve y se continúen trabajando, los FOROS se han abierto al texto freudiano: *El malestar en la cultura*, a la luz del contexto socio-cultural latinoamericano actual. No ha dejado de considerarse un panorama más amplio, del cual no podemos separarnos, la cultura occidental en las fronteras del siglo XX, que es fin de milenio.

La compleja trama de determinantes e influencias en la que nos encontramos en cada acto de pensamiento, aún en los más libres y creativos, nos da cuenta del

* Br. Artigas 2654. Montevideo 11600

¹ Para la Síntesis Final he trabajado conjuntamente con los Sintetizadores de cada Foro: Marta Labraga, Carlos Katchinovsky y Laura Veríssimo.

engarce de lo individual dentro de los fenómenos socio-culturales y de lo presente atravesado por la historia de cada sujeto y del colectivo humano. En su reconocimiento, se desvanece el ideal de plena libertad individual que, como Freud ha señalado, arraiga en la fantasía infantil omnipotente y narcisista de satisfacción irrefrenada de la pulsión² Al mismo tiempo, este, reconocimiento nos abre posibilidades de acceso a un “no pensado” que nos determina en nuestro pensamiento: actitud investigadora consustancial a nuestra práctica analítica. Desde el Psicoanálisis, como también desde otras disciplinas, la pregunta sobre la relación del sujeto con la cultura nos lleva a la renuncia al falso mito del individuo aislado.³ El infans desvalido requiere para sobrevivir, del otro como prójimo, su primer objeto-satisfacción y primer objeto-hostil (complejo del prójimo).⁴ Esta experiencia fundamental del ser humano es endeble y tiene el peligro de bascular en el abismo de la indiscriminación confusión en que el yo desaparece (o en la duplicación donde el otro es el doble), o en el otro extremo, en que el prójimo se transforma en extraño a exterminar. Los sentimientos de amor-odio son propios de la condición humana y lo peculiar de cada cultura será la forma en que tramita esos afectos.⁵ La particular tensión entre el sujeto y el colectivo, cómo discriminarse o alterarse ante esa influencia para que el sujeto se constituya o se destituya frente a ese prójimo, hacen que la reflexión sobre la cultura sea ineludible para sostener el acto analítico.⁶

Estamos a quinientos años del descubrimiento de América, en su connotación de aventura hacia lo desconocido y de posterior bárbaro sometimiento cultural, complejidad de la cual disponemos de huellas vivientes en múltiples manifestaciones de malestar. Lima ha sido traída al Foro como ejemplo en su

² Daniel Gil

³ Marcelo Viñar, Fabio Hermann

⁴ Daniel Gil

⁵ Daniel Gil

⁶ Marcelo N. Viñar

actualidad dramática, de una historia de conquista y desencuentro entre civilizaciones, pensándose un lado de su malestar social de hoy como efecto del enfrentamiento y mezcla de dos desarrollos culturales distintos, uno de ellos sometido y nunca bien integrado, transformado en inmovilismo, resentimiento, violencia y agresión. La droga aparece allí como un medio privilegiado para mitigar el dolor.⁷

Estamos a casi cien años de los primeros escritos psicoanalíticos de Freud, del descubrimiento del inconsciente, en su connotación de aventura hacia lo desconocido, siempre esencialmente actual y determinante. “Ombligo” meta inalcanzable de nuestra aventura en frecuente malestar con las “colonizaciones” que, cuando las teorías se toman estandartes que resisten la aventura y “creencias encubridoras de lucha de poder⁸, narcisismo de las pequeñas diferencias” para defendernos del desvalimiento esencial de nuestra condición humana, dan cuenta en el seno de la comunidad psicoanalítica y en cada uno de nosotros, de la difícil tarea de sostener el lugar y función de psicoanalistas, en el *corazón mismo* del malestar humano. ¿Podrá el psicoanalista hoy, que no hay palabra ni discurso confiable, seguir oyendo la locura y el sufrimiento? La certeza de un saber instituido es en este sentido obturante y por tanto una tentación a evitar⁹, en la medida que busca sortear la tensión de fuerzas en conflicto, causa de malestar. El sujeto freudiano, escindido, es parte constitutiva de la reflexión¹⁰ al tiempo que objeto de ella. Malestar y Psicoanálisis se incluyen mutuamente.¹¹ Freud coloca en

⁷ Max Hernández, Moisés Lelmlij

⁸ Marcio De Freitas

⁹ Marcelo Viñar

¹⁰ Marcelo Viñar

¹¹ Marcelo Viñar

el centro de la cuestión del conocimiento humano su inconquistabilidad, su dependencia con aquel que lo busca y por lo tanto lo problemático de su trasmisión.¹² Esto sitúa al Psicoanálisis siempre en el tiempo del descubrimiento, en una aventura que no llega a la conquista territorial. ¿Dónde está la estación?, pregunta cien veces Dora; y siempre la misma respuesta: a cinco minutos de aquí.¹³

A casi un siglo del descubrimiento del inconsciente y a más de medio siglo de los primeros grupos psicoanalíticos en América Latina: ¿cuánto de conquista no elaborada persiste bajo forma de sometimiento? ¿En qué medida se hace necesaria aún la elaboración de nuestros orígenes y la propia re-creación de los textos fundadores? Nos hemos preguntado ¿en qué espejos nos miramos los analistas latinoamericanos? Las tan poco frecuentes citas a nuestros trabajos, en contraste con los autores europeos y norteamericanos, parece esbozar una respuesta. Se ha comentado que tenemos una imagen degradada de nosotros mismos que nos lleva a ignorarnos. Al mismo tiempo, por qué no, en los trabajos de los Foros y en las intervenciones, hemos aparecido atravesados por un contexto cultural, social, histórico y político latinoamericano, *que* da cuenta de *una* trama común y un malestar por los aspectos antes señalados, que parecen hablar de una Inquietud germinal por nuestro propio reconocimiento.

Estamos en una América Latina en crisis socio-económica y en algunos casos, política. La distancia entre el consultorio y el hospital es un abismo creciente.¹⁴ Los sectores que acceden al análisis van sufriendo un corrimiento en la medida que la diferencia entre ricos y pobres es cada vez más acentuada. Esto da cuenta de un tipo de violencia silenciosa, sufrida, creciente, sobre una mayoría cada vez más pobre. Aunque silenciosa, penetra en los consultorios y atraviesa la sesión. El riesgo era anunciado hace sesenta y dos años por Freud: "... una cultura que deja insatisfecha a un número tan grande de sus miembros ... no tiene perspectivas de

¹² Marcio De Freitas

¹³ Marcio De Freitas

¹⁴ Marcel Viñar

consumarse de manera duradera, ni lo merece”.¹⁵ Las realidades políticas actualmente criticas en países como Perú y otros en mayor o menor medida, con violaciones a los derechos humanos, nos resitúan en el no tan lejano contexto de dictaduras militares latinoamericanas. Persecución, cárcel, tortura, exterminio, exilio, en un clima de violencia social generalizada donde cualquiera podía ser perseguido en cualquier momento, sin motivo, sin poder preverse. La realidad que dejábamos del otro lado al cerrar la puerta del consultorio, entraba de múltiples formas por la ventana y sustentaba el suelo que pisábamos analista y analizando. Ayer estaban en tantos lugares de Latinoamérica, como ahora se plantean desde Lima, las dificultades para mantener el setting y la paz necesarias para sostener la actitud analítica, frente al asedio de una realidad muy violenta.¹⁶ Y hoy, sin perder de vista el riesgo de retomo de este terror social, se han planteado las huellas que ha dejado. Se ha sostenido que desde las dictaduras militares recientes la intensidad de las rivalidades y conflictos de la convivencia ha crecido; que domina un clima paranoide y prevalecen el malestar y la sospecha.¹⁷ El diálogo entre los que padecieron o no el exilio, la tortura, ha sido difícil o imposible de reanudar. Como explicación de esa ruptura se ha postulado que la violencia vivida y no simbolizada produciría efectos de identificación con el agresor, que reconducen al sistema de exclusión implantado por la dictadura.¹⁸ Una de las consecuencias es la fragmentación de la memoria colectiva. Desde el psicoanálisis podemos afirmar que la realidad humana que se semiotiza correctamente, se transforma.¹⁹ La violencia social, por el contrario, desarticula la secuencia pensamiento-acto-resultados, empezando a prevalecer un pensamiento embutido en el acto. De allí la importancia que haya análisis y analista pensando, buscando esa buena distancia entre la desmentida del horror y quedar invadidos por él.

¹⁵ Sigmund Freud: *El malestar en la cultura*, Ed. Amorrortu O.C.

¹⁶ Max Hernández, Moisés Leimlj

¹⁷ Marcelo Viñar

¹⁸ Marcelo Viñar

¹⁹ Marcelo Viñar

Otro contexto ineludible en el cual se da el Psicoanálisis actual es el que atañe a la cultura occidental de este fin de siglo, líneas que trascienden fronteras de países y continentes como fenómenos universales. El avance tecnológico, fundamentalmente en las comunicaciones, hace tanto a las fronteras territoriales como a las culturales cada vez más permeables, cuando no casi inexistentes. De ello da cuenta el fenómeno del turismo, que desvanece y hasta suprime diferencias culturales.²⁰ Esto se extiende a un existir homogeneizante y de espaldas a lo real, que se lo ha llamado “Homo turisticus” y que se vincula con que en nuestra cultura la crisis de la representación de la realidad es causa central de malestar.²¹ La realidad, como ya lo sabía Freud, no es un hecho objetivo, la hipótesis del inconsciente, de una realidad psíquica, destronó toda posibilidad de una representación objetiva del mundo. Pero ya no es posible creer, se sostiene, como a principio de siglo, en nuestras representaciones. Hasta allí, la cultura occidental podía apoyarse en una historia general de la cultura que reunía historias particulares, contactos interpersonales que dan sustancia y credibilidad a la historia general. Hoy, el eje cultural se traslada desde los fines compartidos hacia los medios eficaces, lo que retira de la historia una sustancia indispensable para que la representación analógica del mundo mantenga su credibilidad.²² Las características de este malestar determinan una posición peculiar para el Psicoanálisis de hoy. En primer lugar queda colocado en un lugar privilegiado en tanto instrumento apto para permitir que el hombre contemporáneo sepa de sí mismo.²³ En segundo lugar esta nueva posición del Psicoanálisis exige modificaciones en la práctica y teoría. Ya no podemos partir de la dicotomía sociedad-individuo, ni interpretar lo social con una teoría del individuo aislado y autónomo, ni pensar al psiquismo como algo dado inmutable. Se hace necesario investigar la construcción humana de la realidad. Esta crisis de la representación del mundo nos obliga a reflexionar más

²⁰ Fabio Hermann

²¹ Fabio Hermann

²² Fabio Hermann

²³ Fabio Hermann

sobre nuestros instrumentos teóricos y técnicos: implica la pérdida del concepto de inconsciente como doble espectral de la conciencia y nos da la oportunidad de un progreso teórico, aceptar su insustancialidad y su incognoscibilidad.²⁴ En esta línea de pensamiento la interpretación no sería más la palabra del analista sino el encuentro eficaz entre los discursos cuyo choque promueve la des-rutinización del habla y la liberación de sentidos potenciales en el individuo y la sociedad.²⁵

La pérdida de ideales y proyectos colectivos, la tendencia a lo individual y al aislamiento, parece quedar señalada como una característica cultural actual. El siglo XIX y el siglo XX forjaron ideales humanitarios holistas, cristianos y hegelianos, con un optimismo confiado en una idea de progreso.²⁶ Han sido utopías totalizantes de carácter evangélico. El materialismo histórico y dialéctico tuvo el mérito de indagar y desentrañar bases económicas de la sociedad, pero no quiso saber nada de la entraña del alma humana.²⁷ Estas utopías se elaboraron sobre la idea abstracta de un hombre universal y desconocieron la dimensión del deseo, por lo tanto no reconocieron que los ideales individualistas se alimentaban de la fuente narcisista, provocando ese malestar en la cultura.²⁸ Ningún proyecto asumió el carácter conflictivo inevitable, entre ideología individualista y holista,²⁹ causa de malestar. Se ha planteado la pregunta sobre cómo escuchamos o no pudimos escuchar los analistas estas cegueras colectivas.

Sumidos actualmente en el desconcierto y a veces en la desesperanza por el desmoronamiento de grandes ilusiones, y con la incertidumbre sobre el presente y el porvenir también en el psicoanálisis, la dimensión psicoanalítica del malestar humano quizás nos permita rescatarnos de la desilusión, que fue el porvenir de una ilusión, para seguir buscando respuestas, sabiendo que serán necesariamente

²⁴ Fabio Hermann

²⁵ Fabio Hermann

²⁶ Daniel Gil

²⁷ Daniel Gil

²⁸ Daniel Gil

²⁹ Daniel Gil

precarias y no definitivas.³⁰ En plena crisis de las utopías el lugar del psicoanálisis posibilita la función del soñar y la posibilidad del espacio de la ilusión que se opone a la muerte.

En la tendencia actual al aislamiento y al vínculo con los otros en calidad de rivales, el psicoanálisis puede aportar su estudio y trabajo sobre las rivalidades fraternas que ayuden a acentuar el sentido de la fraternidad. En una época que se ha llamado tecnológica, donde la condición humana parece eludida, o quizás peor, gravemente atacada, el psicoanálisis mantiene abierto un lugar para el sujeto, sufriente, odiante, amante, para que desde el malestar, trabajándolo, como también lo estamos haciendo aquí, se abran posibilidades creativas de placer.

³⁰ Daniel Gil

Síntesis de los Paneles de Casos Difíciles

*Sintetizadora: Fanny Schkolnik**

Primer Panel

Integrantes: *Jorge Olagaray, Jorge García Badaracco y Elizabeth Tabak de Bianchedi*

Coordinadora: *Sélika A. de Mendilaharsu*

Sintetizadora: *Cristina Fulco*

Los tres relatores se refirieron al tema, planteando que en sí mismo implica la dificultad derivada de la amplitud de problemas que abarca: *diferentes entidades psicopatológicas, momentos críticos, como la adolescencia y la vejez, problemas de tiempo o dinero, situaciones contratransferenciales propias de áreas sensibles del analista, etc.* Al mismo tiempo, tal como lo señaló Sélika Mendilaharsu, es innegable que el término surge en nuestros pensamientos tanto en la intimidad de la sesión analítica como en las reflexiones posteriores a la misma así como en las supervisiones o en los comentarios de trabajos y presentaciones de casos clínicos de otros colegas. Por otro lado, Olagaray señaló que trabajar en estos problemas constituye un desafío en tanto nos lleva a situaciones límite, a los confines del análisis y nos interroga en nuestras teorías, en nuestra práctica y en nuestra identidad de analistas.

El avance de nuestra disciplina nos ha permitido acceder en los últimos años a la comprensión de conflictos esencialmente vinculados a una patología del narcisismo, dándonos la posibilidad de trabajar psicoanalíticamente con pacientes que en otras épocas hubiéramos considerado inanalizables.

* Francisco Muñoz 3013/401, Montevideo 11300

Más que casos difíciles, los panelistas hablaron de encuentros o vínculos difíciles. Se trata de pacientes que están presos en vínculos fusionales primitivos de Interdependencia que remiten a situaciones traumáticas infantiles a partir de las cuales se constituyen identificaciones patógenas. El otro, pasa a ser la versión especular de una identificación patógena, no pudiendo constituirse una verdadera intersubjetividad.

El paciente difícil, tal como subraya García Badaracco, es aquél a quien la vida se le hace difícil porque ha quedado entrampado en identificaciones que le han impedido acceder a una identidad propia. Es una patología que trasciende lo individual; una patología narcisista en la familia, que afecta fundamentalmente las posibilidades de discriminación entre sus integrantes y en cada uno de ellos.

En todos los vínculos, y particularmente en la transferencia, se actualiza lo traumático temprano y se ponen en juego mecanismos de defensa primitivos como la identificación proyectiva masiva, escisiones, actuaciones, etc. Los pacientes establecen vínculos arcaicos, con invasión de los afectos, lo que en la conceptualización de Bion se plantearía en términos de un predominio de los vínculos L y H sobre el vínculo K. Estas formas arcaicas de relación de objeto llevan a pensar en fallas tempranas de la constitución del psiquismo con dificultades en el proceso de simbolización.

El análisis se hace difícil y trabajoso, con cambios muy lentos o sin cambios. El analista tiene que poder encontrar un código común con el paciente y decodificar lo que aparece en forma no verbal para poder lograr una comunicación. En la discusión del panel se sugirió la utilidad de pensar estos problemas de comunicación desde un enfoque dialógico, teniendo en cuenta los aspectos regulatorios y proposicionales.

Con respecto al tratamiento, se plantearon interrogantes acerca de si habría que introducir modificaciones en la técnica, que podrían en algún sentido comprometer las invariantes del psicoanálisis, y que a la vez aparecían como necesarias en estos

casos teniendo en cuenta las importantes fallas en la simbolización. García Badaracco opinó que es imprescindible buscar formas de adecuar el método ampliando los recursos terapéuticos para adaptarse a las necesidades del paciente. Por otro lado, Bianchedi advirtió del riesgo en las transformaciones del análisis que pueden llevar a la perversión del método, anulando sus invariancias, a diferencia de las transformaciones en análisis, necesarias para el desarrollo del proceso.

Por último, Sélika Mendilaharsu dijo que estos pacientes difíciles nos interrogan de lo más vivo sobre las indicaciones del psicoanálisis, sus límites, los objetivos que nos proponemos al iniciar un tratamiento y los factores que inciden en el curso favorable o no de la cura, incluyendo la terminación, que muchas veces se vuelve imposible. ¿Qué factores inciden en el cambio? ¿La resolución de los conflictos, la internalización de la relación analítica, la función continente del analista, los procesos de desidentificación? Y en cuanto a los cambios, aún en los casos de evolución más favorable, queda siempre un interrogante acerca de la estabilidad de los resultados logrados.

Segundo Panel

Panelistas: *Héctor Garbarino, Ana María Andrade de Acevedo, Susana Dupetit*

Coordinador: *Alfredo Paineira*

Sintetizadora: *Stella Yardino*

Al comienzo, Paineira planteó que los casos difíciles son los que ponen en juego a la persona del analista, invaden sus territorios y establecen los límites del psicoanálisis.

Los tres trabajos presentados enfocaron particularmente la indiscriminación yo-mundo y la pérdida de los parámetros de espacio y tiempo que involucra a los dos participantes de ese encuentro difícil. Si bien los planteos teóricos fueron diferentes, se destacó como punto en común la preocupación por el lugar del analista, que en el trabajo con estos pacientes tiene que poder tolerar el sufrimiento y los momentos en que se siente descolocado y enfrentado a sus aspectos narcisistas más arcaicos. El tratamiento es una experiencia correctiva para ambos integrantes de la pareja terapéutica. También el analista cambia.

Héctor Garbarino propuso un nuevo modelo de la mente para entender los casos difíciles, que introduce un encare metapsicológico diferente al que Freud proponía para las neurosis. En estos casos, el conflicto es fundamentalmente intrasistémico, en tanto el yo retira las investiduras a la propia imagen corporal. Se regresa a la bidimensionalidad del yo corporal que da lugar a cambios en la concepción del espacio. Y al mismo tiempo hay una pérdida del tiempo diacrónico.

El narcisismo cambia de dirección volviéndose centrífugo e inviste los objetos del universo, constituyendo el narcisismo del ser, que corresponde al yo oceánico de Freud. Y los símbolos universales pasan a operar como ordenadores de la existencia. En la discusión surgieron interrogantes en cuanto a cómo debía conceptualizarse la relación de estos pacientes con dichos símbolos universales.

¿Se trata de una percepción directa de los mismos o de una elaboración psíquica de lo percibido, en un aparato psíquico que funciona a nivel arcaico? También se dijo que se trataría de signos más que de símbolos.

Para Garbarino, la instancia del ser es una instancia originaria a la que regresarían particularmente los pacientes con patologías graves, aunque también en forma más transitoria, estaría presente en los artistas y en los creadores en general.

En los fronterizos, el conflicto central se debe a la oscilación entre el narcisismo del ser y el narcisismo del yo. Hay una búsqueda de fusión con el objeto para obtener una mayor cohesión yoica y se pierde la distancia con los animales y los objetos inanimados.

El origen de estos trastornos está en la falla materna de humanizar al niño, lo que implica la discriminación del mundo animado y de lo inanimado.

Ana Maria Andrade planteó que su interés era mostrar fundamentalmente lo que pasa en el analista cuando trabaja con un paciente fronterizo y presentó un material clínico muy ilustrativo de una situación transferencial en que la analista se encontró descolocada frente a la paciente, que invadió su territorio dando lugar a un momento de ruptura y cambio importante en la dinámica de la sesión. La misma pérdida de límites que existía entre la paciente y su gatita irrumpió en el vínculo con la analista.

En estos casos la fusión coexiste con la compartimentalización del paciente y hace difícil saber con quién se habla. Surgen innumerables problemas técnicos vinculados a la rápida alternancia de estados emocionales y conductas y el analista llega a sufrir aquello que es insoportable para el paciente lo que implica un necesario y constante trabajo con la contratransferencia para discriminarse y mantenerse en su función de analista.

Susana Dupetit destacó la importancia de la espacialidad en la construcción de la vida mental, en tanto el ser humano no puede vivir como tal sin un territorio propio, un espacio físico concreto, junto con un espacio-tiempo afectivo, cognitivo e histórico.

La falla en la constitución de dichos espacios se ve particularmente en pacientes adictos o perversos que son invadidos e invaden la privacidad. En ellos existe la ilusión de ocupar varios espacios al mismo tiempo. La omnipotencia les hace rehuir de todo lo que les genere conflicto. Se exagera el valor de los objetos inanimados por un escepticismo hacia lo humano.

La técnica es similar a la del análisis de niños por la valoración que debe hacerse de la expresión sensorial, el manejo del espacio, de lo no verbal y la mímica. Es importante ofrecer posibilidades para el despliegue espacial, permitiendo que el paciente explore espacios y texturas.

Importa subrayar que los tres panelistas enfocaron los problemas de este tipo de patología narcisista desde el registro metapsicológico, clínico y técnico. Incluyeron en este grupo a pacientes drogadictos, perversos, fronterizos y algunos tipos de psicosis en los que se destaca la importancia de la indiscriminación yo-mundo (y en particular con objetos Inanimados, con animales y con el cosmos), los trastornos témporo-espaciales, la jerarquía de lo no verbal, un uso particular de las palabras y una Contratransferencia que da cuenta de una importante participación del analista en el mundo del paciente.

Síntesis de los Paneles de Estructuración Psíquica y Pareja y Familia

*Cristina M. de Bagattini**

Panel Estructuración Psíquica I

Coordinadora: *Lusting de Ferrer*

Sintetizadora: *Marta Cárdenas*

Panel Estructuración Psíquica II

Coordinadora: *Vida Maberino de Prego*

Sintetizadora: *Silvia Avalone*

Panel Pareja y Familia

Coordinadora: *Marina Altmann*

Sintetizadora: *Fedora Espinal*

Los paneles de los cuáles voy a ocuparme de sintetizar y transmitir para ustedes se refieren a dos temas muy disímiles. Se refieren a Estructuración Psíquica y Pareja-Familia.

Esto da cuenta, sumado a las otras síntesis de esta mesa, de la apertura temática de este Congreso sobre el malestar, lo que implica un bienestar para el psicoanálisis.

Los paneles sobre estructuración psíquica marcaron diversidades conceptuales más que controversias, enfoques diferentes y enriquecedores.

Del primer panel, el trabajo de la Dra. Marilú Pelento, recorrió profunda y fielmente autores que se han ocupado del concepto de estructura psíquica. Mostró lo inconmensurable de teorías y modelos diferentes en donde, para la autora, las diferencias estarían marcadas fundamentalmente por la manera en que cada autor concibe al objeto y al encuentro con él. Pasa de lo irreductible a la posibilidad de enriquecimiento y encuentro dentro del psicoanálisis, profundizando para ello en cuatro conceptos que, manteniendo la invariable de cada autor, han permitido profundizar e iluminar la teoría desde varios enfoques. Toma para ello los conceptos de: conflicto, funciones, categorías y antítesis.

De esta riqueza de la diversidad que trae la autora, pasamos a la singularidad creativa del trabajo de Myrta Pereda, en donde sin descuidar el encuentro satisfactorio con el objeto, la autora nos enfrenta a una perspectiva conceptual donde la pérdida del objeto, su ausencia y la desmentida como correlato defensivo, aparece como estructurante en un periplo de resignificaciones en el psiquismo Infantil. La antítesis presencia-ausencia pasando por la posibilidad negadora, es constitutiva de la división del sujeto en el encuentro con el otro que lo desea. Toma la acción creadora del trabajo de lo negativo, acto transformador que ejemplifica, porque se le destacan, trayéndonos así al enriquecimiento teórico su visión clínica, tres formas del No que caminan en un tiempo lógico hasta la constitución del psiquismo en el encuentro con el otro. La madre o la función materna cuyo deseo es imprescindible para vivir, genera en el niño la desmentida de la ausencia, desmentida que es primero la de una ausencia de satisfacción (relación entonces con el encuentro satisfactorio en la primera y mítica alucinación).

Indefensión, ilusión-desilusión, abandono de creencias... girando en ese tiempo estructurador de simbolización que Myrta Pereda denomina metáfora viva.

* Navarra 1941, Montevideo 11600

Leopoldo Nosek nos aportó un trabajo de investigación y abordaje terapéutico que realiza con bebés en colaboración con pediatras. Lo realiza a través del juego de la espátula de Winnicott, que ofrecía como caja de juego y objeto de transferencia. Investigación en psicoanálisis, frontera y lugar de apertura en donde la espátula y la teoría que lo sustenta permite la modificación estructural y clínica de tres casos seriamente perturbados.

La discusión de esta mesa fue muy fructífera, profundizando en algunos de los puntos de los autores, de los que recortaré para nombrar apenas, dada la escasez del tiempo.

Se señaló que la negatividad estructurante sólo podría devenir dentro de una estructura previa de triangularidad que es la del Edipo y la del Edipo de los padres, se señala que la desmentida implicada un reconocimiento previo, por parte del niño, de que la madre puede faltar, aceptación que debe primero pasar por la madre.

Se discutió sobre el concepto de identidad en la estructuración del psiquismo infantil, lo que nos lleva a los trabajos del segundo panel, donde se presentan tres trabajos que enfocan el problema de la identidad aunque en diversa y singular forma de presentación.

Alicia Sirota nos acerca creativamente a la función estructurante de la autoimagen onírica, poniendo el acento en la identidad y en la complejidad de las funciones del yo. Nueva función del sueño, vinculada tanto a la expresión de la identidad lograda o fallante, como a la **búsqueda de la misma** en un juego de sostén de la mirada de un yo (prójimo que mira), otroridad, a su propia imagen. Describe también las diferentes maneras de presentarse la autoimagen onírica y su relación con las estructuras psicopatológicas (neurosis, patologías narcisistas). Sueño entonces, estructura de tres términos que tiene función discriminadora y de reconocimiento de sí.

Surgen en la discusión preguntas y aportes enriquecedores tales como: la imagen figurada y su relación al vínculo dual imaginario y arcaico, imagen especular y cuerpo fragmentado. Se cuestiona este reconocimiento de si sin un otro para que verdaderamente **sea**.

Mercedes Garbarino nos trae la adolescencia: ¿estructura? ¿momento de desestructuración y reestructuración? Plantea la crisis del adolescente fundamentalmente como una crisis narcisista y dentro de ella, como una regresión al narcisismo del ser, apoyada en la teoría del Dr. H. Garbarino. Comportamiento que se asemeja al fronterizo, pero con la posibilidad de rescatarse de la incursión por el ser. Alternancia entre dos mundos, el ser y el yo, que ejemplifica en el Conde de Lautréamont y en un caso clínico.

Se discute si estos dos mundos que plantea Mercedes Garbarino terminan con la adolescencia. Para la autora, el miedo del ser continúa toda la vida y liga la creatividad a la posibilidad de un equilibrio entre el mundo del ser y el yo Instancia. (En la adolescencia se caminaría en un borde entre fantasía y convencimiento). Se cuestiona si esta regresión al narcisismo del ser se daría en todos los adolescentes. La desidentificación y el vacío consecuente crearía la posibilidad de entrar al mundo del ser.

En su trabajo, Raquel Sack de Goldstein nos interrelaciona fecundamente planteos que van de Freud a Lacan, pasando por Winnicott. Adquisiciones simbólicas, puesta en acto del deseo en el jugar, en donde el juego del carretel es traído como paradigma. La presencia del otro significativo, el otro en el espejo de Lacan, el otro de la madre suficientemente buena de Winnicott, al otro de la transferencia. Contexto fundante de la estructuración del sujeto y su relación con la aparición de patologías severas. Ausencia y alteridad, júbilo y desamparo se alternan sin cesar allí donde el objeto transicional aparece como soporte, protección y anverso de la angustia. Se jerarquiza (como en el trabajo de Myrta Pereda) la presencia transitoria y fundante de alguien deseante que es aquí “guar-

dián y dueño de la vida y de la muerte”. Relaciona esto con el poder del deseo del analista, desarrolla preguntas y plantea respuestas en torno al acceso analítico y a la cura.

En la discusión se transita por el malestar constitutivo, se plantea que es lo que daría lugar a las patologías severas y se destaca el valor de la desmentida y la forclusión como perteneciendo a lo transgeneracional que impide la discriminación. De esta antítesis, presencia-ausencia, se señala así el lado de la ausencia que la autora remite a la hiperpresencia de la madre, que no deja espacio para el surgimiento del sujeto. Fallas entre los tres registros de Lacan.

Se cuestiona el término percepción de la alteridad y se señala el enriquecimiento del concepto de pulsión de muerte en su aspecto de desunión en relación a la unión excesiva. Se plantea también la posibilidad de una hipersimbolización (sustituto de un otro) allí donde el otro de la función materna no está para responder. Símbolo, no sólo en el lugar del otro, sino en el lugar del llamado al otro. Ausencia de llanto. Suicidio del niño del Fort-Da.

Pareja y Familia

Tres expositores, tres maneras diversas de planteamos el abordaje familiar y cómo teorizarlo.

El Dr. Moguillansky muestra la incongruencia de la **utilización del ideal de igualdad** formando este ideal del marco **social de la modernidad**. ¿Ideal que permanece hoy? Trabaja así la igualdad en relación a la **fraternidad**, al **vínculo filial** y el **vínculo de alianza**. En el primero resalta la vertiente narcisista de los valores compartidos Institucionalizados que se apoyan en vínculos fraternos. La ambivalencia surge irreductible ante la igualdad propuesta. (La lucha se planteará entre una justa igualdad y una respetada diversidad). Fantasía de fusión donde la

diferencia se vuelve fuente de conflicto. Aplicando a la familia esto, surgiría en la imposibilidad de aceptar la singularidad entre hermanos, discriminación que dará paso a la genitalidad. En relación al vínculo filial trabaja con la asimetría versus el ideal de igualdad citando las ideas de Berenstein y Puyet en relación al otro pensado y al otro real y su discriminación. En relación al vínculo de alianza, marco de diversidad sexual y de diferencia, señala la necesidad de contener el malestar por la falta de plenitud inherente a este vínculo.

El Dr. Guzzo nos trae un abordaje que da cuenta de un profundo y largo trabajo de años (25 años personales y desde el 84 integrando un grupo de APA) en este tema. Nos plantea el modo en que surge, a partir de pacientes graves, el abordaje familiar y la necesidad de encarar la psicopatología en una concepción vincular. Familia y pareja son planteados para Guzzo como lugares psicológicos equivalentes al soñar, al jugar y al crear. Ve el campo del abordaje familiar como un lugar de incertidumbre y de él va a tomar y trabajar tres aspectos: el vínculo temprano, las identificaciones y la clínica: de la dialéctica narcisista, de la dependencia y del vínculo enloquecedor.

Lo transgeneracional y el vínculo temprano, marcando la estructura del sujeto en un cruzamiento de historias de deseos, surgen en este trabajo que nos remite sin duda al trabajo de estructura psíquica de Raquel Goldstein, cuyas ideas cita para traernos conceptos muy interesantes, como el que dice que es la **genealogía del deseo la que traza el genograma familiar** y el concepto de **demanda de dependencia invertida por parentalidad insuficiente**.

Trabajando las **identificaciones** relaciona el **objeto enloquecedor** de García Badaracco al concepto de **vínculo enloquecedor** que apuntaría a una mayor precisión de la dinámica del enloquecimiento. En la discusión, el Dr. Guzzo plantea el problema de las transferencias que denomina intrafamiliares, que no es posible registrarlas como en los análisis individuales. Plantea también ante preguntas del público, llevar en los tratamientos familiares los vínculos tempranos

a vínculos actuales vigentes y presentes en la transferencia. Las transferencias intrafamiliares no se dan sobre el analista y ahí está el poder del vínculo, el **objetivo** sería lograr transferirlas al analista.

El trabajo del Dr. Alfredo Vares transmitió una rica experiencia de estudio e intercambio que él realiza desde hace tiempo sobre lo dialógico y su aplicación al trabajo de familia y pareja. Alfredo Vares propone ponemos en contacto con lo “sencillo”, con un concepto que sea un “instrumento”: una pareja, tres familias. Trabaja el diálogo en sus aspectos regulatorios, instrumentales y proposicionales. Plantea que en todo diálogo se intercambian proposiciones variables que pueden desde borrar al interlocutor presente o abrir y alimentar un diálogo. Trabaja analizando la red dialógica que se construye en la sesión analítica entre los presentes y las familias ausentes. Diálogo manifiesto que vehiculiza las transferencias desde y hacia las familias de origen y desde y hacia la familia que quieren ser. La noción de transferencia centraliza para este autor lo psicoanalítico del trabajo de familia en donde todo se desarrolla según acciones del lenguaje. Se cuestiona en la discusión el estatuto psicoanalítico de este planteo de Vares, dando lugar a un intercambio donde el autor explicita sus puntos de apoyo conceptuales.

¿Incluimos nuestros presupuestos en la actividad de autoanálisis?*

Ricardo Bernardi,

*Beatriz De León de Bernardi***

1) Introducción

Todo analista realiza su actividad a partir de ciertos presupuestos. Los más visibles están en sus teorías analíticas: ellas contienen sus concepciones sobre el funcionamiento de la mente, sobre la patogenia, sobre el tratamiento y sus reglas, sobre los factores de cambio psíquico, y sobre otros aspectos - que no son siempre los mismos en las distintas teorías -. En forma menos visible las teorías del analista se prolongan en su *Weltanschauung*, lo que incluye su posición ante la vida, la muerte, el amor, el trabajo, y otras muchas cosas. Por último, y en forma menos visible por la persona misma, está su estilo de comunicar y reaccionar, sus modalidades de escuchar, sentir y responder, sus pautas sensoriales y motrices. Estos últimos no son considerados como presupuestos por la persona misma, que no los siente como tales, sino desde la perspectiva de quien intenta establecer la comunicación con ella, que sabe que debe tomarlos en cuenta si desea entrar en contacto real. Cada paciente aprende también a conocer cómo es su psicoanalista, cuando y a qué responde y cuando y a qué no.

Estos supuestos forman parte de la identidad del analista y de su instrumental teórico y técnico. Muchas veces dan la impresión de que para cada uno de nosotros son verdades evidentes por sí mismas que no motivan la necesidad

* Este trabajo formará parte de un libro sobre Autoanálisis a ser editado próximamente por Analytic Press y en el que han sido invitados a participar: D. Anzieu, S. Bach, S. Blatt, e. Bollas, K. Calder, S. Cooper, R. Eifermann, R. Gardner, J. Gedo, J. Grostein, A. Margulles, J. Maclaughlin, S. Mitchell, E. Schwaber y M. Shane. Su publicación en esta revista ha sido autorizada por Analytic Press.

** Santiago Vázquez 1142. 11300 Montevideo. Uruguay

de ser investigadas psicoanalíticamente; otras veces tienen un carácter preconscious y pasan desapercibidos. Más importante aún, es que con frecuencia tomamos nuestros propios modos idiosincráticos de ver y sentir como los únicos posibles. Esto dificulta que se pueda percibir lo diferente en el paciente, en los colegas, y también en lo desconocido y potencialmente creativo de nosotros mismos.

Estos supuestos son del analista y preexisten a la relación con el paciente. En ese sentido son diferentes a la contratransferencia, la cual implica una reacción ante el paciente y su transferencia. Más que con el contenido de las teorías, tienen que ver con la actitud que el analista tiene hacia ellas.

La relación de estos supuestos con el autoanálisis es doble. Por un lado ellos condicionan al autoanálisis y pueden llegar a limitarlo, dejando fuera de él a una parte de la actividad psíquica. Pero si se logra una mayor autoconciencia acerca de estos supuestos, puede abrirse un camino fecundo hacia una mayor comprensión de la forma en que funciona la mente del analista y de su interacción con el paciente. Este autoanálisis no es, con todo, fácil: estos supuestos tienden a hacerse conscientes sólo en su aspecto intelectual, dejando ocultas sus raíces inconscientes.

Tampoco es fácil llegar a ellos durante el análisis didáctico, como luego veremos. Por otra parte se desarrollan y cambian a lo largo de la vida, lo que requiere que permanezcan permeables a la actividad autoanalítica. Sostendremos que un primer paso, imprescindible, es que puedan ser objeto de autoobservación por medio de una actitud de disposición al autoanálisis.

Es necesario, antes que nada explicitar el sentido que daremos a este término.

2) La disposición al autoanálisis

Ciertas ideas sobre el autoanálisis parecen estar fuera de discusión: que el autoanálisis de Freud incidió en el origen mismo del psicoanálisis, que todo análisis debe desembocar en un incremento de la capacidad de autoanálisis y que es necesario que esta capacidad sea puesta en juego por el analista en su trabajo para comprender la relación transferencial - contrastransferencial con el paciente.

Sin embargo numerosos puntos permanecen aún abiertos a la discusión. ¿Se practica realmente el autoanálisis en la forma en la que Freud lo realizó? ¿o se trata más bien de una actitud espontánea y fluctuante de mayor permeabilidad hacia ciertos aspectos inconcientes? Y de ser así ¿cuál es el alcance de los insights obtenidos? ¿Son suficientes para conservar los logros terapéuticos del análisis o recuperarlos cuando están amenazados? ¿Qué tipo de trabajo de autoanálisis requiere el analista en su labor? ¿Cuáles son las zonas de su mente que tiene que dejar abiertas a la atención flotante dirigida hacia sí mismo?

Esta última cuestión será la abordada en este trabajo.

Los autores provienen de una tradición psicoanalítica (la de Uruguay y del Río de la Plata) en la que se espera que el analista sea capaz de mantener una actividad de autoanálisis que lo ayude en su labor y en su vida personal, sin perjuicio de retomar al análisis cuando lo sienta necesario. Se ha señalado (Grinberg, J. y Lichtmann, A., 1981) que el acceso al inconciente que se logra por el autoanálisis es siempre incompleto y expuesto a soluciones de compromiso. Pero también se ha insistido en la necesidad de que se establezca una “función psicoanalítica” en la personalidad para que pueda tener lugar la separación con el analista y la finalización del análisis (Berenstein, P. de, y Fondevila, 8. de, 1989). C. Bollas (1987) ha jerarquizado el carácter vivencial de esta posibilidad de recibir noticias del propio self.

Hemos propuesto más arriba la conveniencia que el analista mantenga accesible a la actividad de autoanálisis los supuestos a partir de los cuales establece

la interacción con el paciente. Esta actividad podría caracterizarse con algunos de los distintivos con los que G. Ticho (1967, 1971, citado por Thomä y Kächele, 1989) caracteriza al autoanálisis: captar señales de conflictos inconcientes, dejar que los pensamientos puedan fluir en asociación libre sin demasiada angustia, poder esperar largamente para comprender un conflicto inconciente, y ser capaz de utilizar los insights ganados.

M. Baranger et al. (1969) hablaron de una “disposición a analizar-se” que debía esperarse del futuro analista, la cual implicaba: la curiosidad dirigida al mundo interior, el impulso a investigar lo desconocido y la capacidad para tolerar la duda.

Llamaremos disposición al autoanálisis a una actitud de atención flotante dirigida hacia el interior del analista, en el que se produce una suspensión del juicio y la posibilidad de exponer las propias convicciones y modos de pensar y sentir a un estado de cuestionamiento que estimula las asociaciones libres y las vuelve perceptibles. Es un primer paso hacía el autoanálisis, pero importante porque determina la amplitud de las zonas internas que se vuelven accesibles. Esto le permitirá al analista no sólo una mejor captación de las señales de los conflictos internos involucrados en la contratransferencia, sino también una más fina comprensión de su propia participación en el proceso analítico. De esta manera pasan desde el yo observador al yo observado aspectos del modo personal de escuchar e interpretar, que habitualmente pasan desapercibidos.

Esta actividad de autoanálisis puede iniciarse durante la sesión, pero requiere ser continuada y profundizada fuera de ella.

3) Autoanálisis en la sesión

La disposición a incluir en el autoanálisis los supuestos pertenecientes al analista, se muestra particularmente esclarecedora en los momentos en los que la interacción analítica entre paciente y analista es más intensa y ambos se sienten

participando en un proceso de transformación con un fuerte componente transferencial - contratransferencial.

Estos momentos tienen distinta significación y han sido estudiados desde diferentes conceptualizaciones. Así por ej. se ha insistido en la hipótesis de considerar lo que ocurre en la mente del analista como efecto de las identificaciones proyectivas del paciente. Pero se ha también mostrado que esta perspectiva puede oscurecer la participación del analista en este proceso (J. P. Jiménez, 1989).

W. y M. Baranger (1983) han señalado que la noción de un “campo común” a analista y paciente permitía comprender de una manera más fina los intercambios entre ambos.

Los momentos de intensa interacción analítica constituyen verdaderos puntos nodales en los cuales es necesario comprender la necesidad tanto de movimientos de acercamiento como de discriminación entre analista y paciente. También aquí existen diferentes conceptualizaciones sobre los fenómenos implicados (procesos de separación - individuación, integración de partes escindidas y proyectadas, desimbiotización, desidentificación, castración simbólica, etc.). Aunque desde distintos contextos teóricos, todos ellos incluyen el reconocimiento de que está en juego el dolor psíquico del paciente ante la necesidad de diferenciarse. También para el analista implica cierta renuncia el admitir que su comprensión es siempre parcial y es sólo posible desde los parámetros de su propia realidad psíquica, la cual no puede constituirse en modelo de la del paciente ni de la de los otros colegas.

E. Schwaber (1986) ha mostrado con claridad las implicancias teóricas y clínicas de la noción de realidad psíquica introducida por Freud:

“It is very difficult to enter another’s inner world and to recognize that the only truth that we can seek is the patient’s psychic truth - of the past or of the present - and that what we so firmly believed about ourselves may be perceived quite

differently, given meaning quite unlike our own and with as much validity

La disposición al autoanálisis permite al analista tomar conciencia de los supuestos desde los cuales él se representa el proceso analítico desde su propia realidad psíquica. Cada analista introduce su propia “ecuación personal” entre la escucha y la interpretación.

Para estudiar el alcance de la actividad autoanalítica en la sesión y desarrollar e ilustrar algunos de los temas arriba mencionados nos referiremos a una secuencia de tres momentos de un caso clínico, al cual uno de nosotros se ha referido ya en otro trabajo (de León, 1991).

Primer momento.

En el transcurso de una sesión a la analista se le destaca el segundo de tres sueños que una paciente ha contado. Era un sueño muy breve pero expresaba en forma concisa la vivencia que la paciente podía tener del efecto de las palabras de la analista.

“Soñé que ...alguien adivinaba que yo tenía una fractura en el hueso del oído. Tenés fracturado me decía... Con razón, el huesito me dolía..., era el oído derecho... Hay tantas cosas, tantas cosas que no quisiera escuchar.”

Veamos ahora la reacción de la analista. Inmediatamente asocia “fractura” con representaciones borrosas de caldas y sufrimientos (no son solo imágenes visuales o cenestésicas, se acompañan también de una tonalidad emocional). En forma conjunta siente un impulso motriz indefinido y la asalta la imagen de sostener en los brazos a la paciente. Emergen entonces recuerdos de episodios de la infancia de la paciente relatadas en sesiones bastante alejadas en el tiempo. Nada de esto es verbalizado y la sesión continúa en tomo a las asociaciones relacionadas con los sueños.

Repensemos nuevamente esta situación clínica. Tanto en el sueño como en la sesión la acción se suspende y en la analista opera un mecanismo similar al de la regresión formal (Freud, S. 1900). La paciente transmite un sueño cuyas palabras

adquieren para la analista un fuerte poder expresivo. Pero anteriormente es probable que algún aspecto de las interpretaciones de la analista, tal vez su voz, ha servido de resto diurno para la elaboración del sueño. Esto remite tanto a experiencias corporales dolorosas de caídas y fracturas como a experiencias emocionales de sufrimiento psíquico revividas en el análisis.

La respuesta de la analista surge inmediatamente y se expresa en un registro sintónico con el del paciente. Así la imagen de “sostener en los brazos a la paciente”, asume una cualidad figurativa intensa e incluye un impulso a realizar la acción corporal.

En este caso la imagen en la mente del analista es una representación de carácter motriz que expresa el gesto no realizado en la situación analítica y que deja paso a la evocación de recuerdos de ese análisis. Asimismo en el gesto imaginado está implícita la identificación emocional, empática con el sufrimiento corporal y psíquico de la paciente y el deseo de evitar la repetición de una caída traumática.

Racker (1968) distinguió en la contratransferencia las identificaciones de tipo concordante y las de tipo complementario. En este caso, predominan los sentimientos contratransferenciales de tipo concordante, pero la imagen que irrumpe presenta el carácter de una acción complementaria (sostener a la paciente).

Una semana después la analista se sorprende cuando la paciente dice: “*y acá pataleo por defender la última capa de fortaleza porque si no, me caigo, me caigo de verdad.*” Cuenta que estando recostada en un sillón, fuera de la sesión, ha tenido una sensación angustiosa de caerse. La paciente relaciona esta situación con el análisis, pero a la analista se le destaca el excesivo cuidado que la paciente pone en no expresar ninguna protesta contra ella. Cree percibir que en forma latente existe hostilidad contra sus palabras que provocan sensaciones de “fractura”. Interpreta entonces el temor a los cambios que el análisis pueda traerle y sus inquietudes acerca de sí podrá sostenerla aún en sus aspectos agresivos.

Vemos como aquí aparece explicitado por la paciente el temor a la caída y a la fractura cuya intuición había aparecido en la imagen de la analista. Posteriormente la paciente asocia su angustia con las situaciones de su historia que la analista había evocado anteriormente. En la analista vuelven a aparecer las imágenes y los impulsos que se habían hecho presentes concomitantemente al relato del sueño.

¿Anticipación, concordancia sincrónica, inducción? Nuestra impresión es que aún queda mucho por comprender acerca del fino entramado de la interacción entre analista y paciente.

Segundo momento:

Un mes después al saludar al inicio de la sesión la paciente resbala y cae. La analista se siente obligada a sostenerla y a dejar que se apoye en su mano.

Este acting de la paciente produce distintas reacciones en la analista. El contacto corporal se acompaña de un sentimiento de incomodidad, a la vez que piensa que no puede dejarla caer. Se pregunta si no habrá existido por parte de ella alguna forma de seducción que pudiera haber inducido la actuación. ¿Tal vez algún elemento de complacencia en el aspecto dual de la relación, que impediría el avance del análisis hacia puntos necesarios, aunque dolorosos, de fractura, que ambas quisieran evitar? ¿O es acaso la única forma en la que estos afectos pueden ser transitados?

Tanto en el primero como en el segundo de los momentos mostrados vemos expresado, como en un crescendo, el movimiento de concordancia entre analista y paciente. El relato del sueño despierta la capacidad de reverie del analista en un registro que evoca la alucinación onírica. Se da un fenómeno de gran permeabilidad entre ambos aparatos psíquicos. Palabras del analista y escucha del paciente, tordo y voz del sueño) quedan así armónicamente ajustadas, caracterizando el transcurrir del proceso analítico. La analista parte del supuesto que está aportando al paciente lo que le faltó en las situaciones traumáticas y que el

análisis puede ahora brindar.

Sin embargo, es en el episodio del traspié donde lo disruptivo del acting plantea una interrogación a la analista. Necesita preguntarse cuánto de lo propio, ya sean conflictos, vivencias, modalidad personal o formación teórica, ha incidido en este hecho y contribuye a determinar el proceso analítico. Se pregunta también por los aspectos de la paciente que no han sido aún comprendidos. Comienza entonces a aparecer en ella (en la analista) un sentimiento de inquietud y alerta.

Tercer momento.

En sesiones siguientes el análisis se orienta hacia los aspectos homosexuales de la transferencia, unidos al recuerdo de ciertas características del vínculo con la madre. La paciente vive con mucha intensidad las situaciones de separación con la analista. Así ante una interrupción sueña con situaciones en las que se ve “tirada” o abandonada.

Se repite el tema de la calda. La analista tiene por momentos la sensación de no hacerle suficiente lugar. En este período la paciente muestra un sufrimiento intenso, vinculado a una problemática sadomasoquista. El sentimiento contratransferencial es muchas veces de incomodidad y de impotencia frente a los aspectos autodestructivos la paciente.

Un sueño muestra la intensidad de la solicitud a la analista y el pedido de implicancia personal en el vínculo:

“Soñé que venía acá y me atendía una señora. Era su madre.

La analista siente que debe hacer frente a sentimientos contratransferenciales que involucran ahora ámbitos que comúnmente quedan fuera de la tarea analítica. La analista siente que la demanda es de encerrarse en un vínculo exclusivo madre - hija. Estos aspectos pudieron ser trabajados ulteriormente.

Hemos visto la hiperintensidad que asumen algunas de las imágenes en la analista, lo que lleva a su atención flotante se dirija a ellas. Hasta el momento en que la paciente cae realmente, la impresión de la analista era la de que el proceso

analítico transcurría sin problemas. Es en ese momento cuando comienza a interrogarse sobre su participación y cuando se pregunta sobre el carácter defensivo de sus vivencias.

La analista siente que se han actualizado vicisitudes de su constelación edípica infantil, de su propia novela familiar. Irrumpen imágenes de su historia, recuerdos también de sus vivencias analíticas como paciente. Este proceso no llevó en éste caso a nuevos insights o al descubrimiento de aspectos personales reprimidos, pero la disposición al autoanálisis permitió estar atenta a los procesos de actualización y reelaboración de los propios conflictos.

Queremos destacar que, durante este periodo, la analista a la vez que evocó su propia historia personal, sintió en forma clara las diferencias entre las experiencias de la paciente y las suyas propias así como entre los caminos que la paciente tomaba en su análisis y los que ella habría tomado o previsto para la paciente. La percepción de similitudes y diferencias y una mayor incertidumbre caracterizó a este período y se acompañó de un sentimiento de desazón y pérdida en la analista, expresión, creemos del dolor por la diferenciación. La disposición al autoanálisis ayuda al analista frente a su tendencia a borrar las diferencias con el paciente y a tolerar la diversidad de las soluciones vitales. Aporta también una mayor libertad frente a lo nuevo. También le hace tomar conciencia de que su forma de analizar no es la única posible, y que el análisis con otros analistas hubiera transcurrido por caminos diferentes.

Según M. y W. Baranger (1983, p.529): “Cada uno de nosotros dispone se lo haya formulado o no, de una especie de diccionario contratransferencial propio (vivencias corporales, fantasías de movimientos, aparición de determinadas imágenes etc.) que marca los momentos en que uno abandona la actitud de “atención flotante” y pasa a la segunda mirada, interrogándose acerca de lo que está ocurriendo como campo.” (subrayado nuestro).

La analista disponía de los modos del sostener, ser sostenida o carecer de sostén, vivenciados por ella en relación a su historia infantil y a sus experiencias

analíticas, incluyendo sus propias formas de expresar esto corporalmente, incluyendo lo que Stern (1984) ha denominado “vitality affects”, o sea, tonalidades afectivas marcadas más por el ritmo de la acción que por el contenido emocional.

La inquietud y el alerta aparecieron cuando la paciente introdujo palabras que no estaban en el diccionario de la analista, o al menos, que no eran lo que se esperaba escuchar en ese momento. A partir del acting ocurrió algo del orden de un duelo: para poder avanzar en el análisis se debía dejar de lado la forma en que había acompasado sus vivencias a las comunicaciones de la paciente. Debía abandonar algo propio y valorado para que otros aspectos nuevos y no anticipables pudieran aparecer.

Disposición al autoanálisis y relación con las teorías

En lo que antecede hemos pasado de la concepción del analista espejo, a la idea de una Interacción en la cual el paciente es también sensible frente a lo que el analista pone en la relación. El paciente percibe y reacciona ante la realidad psíquica del analista. La interpretación y el modo de brindarla recogen elementos de distintos estratos del psiquismo.

Las posiciones teóricas explícitas del analista constituyen la punta del Iceberg en relación a su Weltanschauung. Pero más importante que el contenido de sus teorías es el modo en la que el analista se relaciona con ellas y a la forma en la que están presentes en su práctica y más profundamente en su identidad analítica.

El análisis y por ende el autoanálisis de los aspectos inconcientes implicados en la relación con las teorías es un punto por lo general poco abordado. Los componentes eminentemente racionales que están presentes en este campo hacen que fácilmente queden descuidados los aspectos emocionales, tan visibles sin embargo en la vida institucional.

Estos aspectos inconcientes son los que deben quedar abiertos a la

posibilidad de análisis, lo que es una tarea de toda la vida, en la medida en que se supone que el analista continúa aprendiendo de la experiencia y enriqueciendo y transformando sus ideas a lo largo de su trabajo. Pero al mismo tiempo es preciso tener en cuenta que la postura ante las teorías, individual y sobre todo colectiva, puede influir sobre el alcance de la disposición al autoanálisis de estos aspectos, ya sea favoreciendo o obstaculizando que se tome conciencia de problemas que necesitan ser elaborados. En lo que sigue no apuntaremos tanto a describir la conexión de estos problemas con los conflictos inconcientes del analista, sino al paso inicial que hace posible que un problema quede accesible a la exploración analítica.

La disposición al autoanálisis favorece que las convicciones teóricas del analista queden en un estado abierto a la asociación libre, atenuándose las restricciones que impone el proceso secundario. Permite percibir ideas sobrevaloradas que aparecen como verdades incuestionables, dudas o vacilaciones recurrentes o insolubles, inhibiciones para producir, o puntos ciegos ante lo que requiere un nuevo esfuerzo de conceptualización. Estas situaciones por lo común exigen tanto un esfuerzo de autoanálisis propiamente dicho, como nuevos avances en la reflexión, pero realizados ahora con mayor libertad emocional. Para poder entrar en contacto con su materia prima, las teorías analíticas necesitan poder ser tratadas como las teorías sexuales infantiles, como ha señalado M. Lijtenstein (1976).

Volvamos ahora a nuestro ejemplo. Paciente y analista vivieron en la interacción las vicisitudes y transformaciones de una fantasía, expresada a través de distintas modalidades sensoriales, en concomitancia con la regresión formal operada. Stern (1984) ha jerarquizado la importancia que tiene para el desarrollo del self del niño la elaboración transmodal de la información, es decir, la integración de diversas vías sensoriales tanto a nivel del propio self como en los fenómenos de sintonía afectiva (“affect attunement”) con la madre. Es posible que un aspecto del crecimiento psíquico del paciente relacionado con la expresión de

afectos necesite apoyarse en estos aspectos no verbales de la interacción, a través de los cuales se expresaría el grado de ajuste entre analista y paciente.

Desde una perspectiva teórica diferente pero con conclusiones convergentes P. Marty (1985) y con él la escuela psicósomática de París, ha puesto el acento en los procesos de mentalización que conducen desde el mosaico primario de funciones corporales hasta la constitución del preconscious, como órgano altamente individual y especializado, caracterizado en cada persona por el grado de riqueza, fluidez y estabilidad que ha logrado en su desarrollo.

De todo lo expresado se desprende que cuando los procesos interactivos del análisis deben interpretarse en términos verbales sólo 10 pueden hacer a través de las peculiaridades de la organización preconscious del analista. Sólo es posible hablar con nuestras propias palabras. En definitiva, lo que un historial clínico nos muestra es el proceso analítico tal como está representado en la mente de un analista dado (o de un tercero que reinterprete el material), es decir, transcrito a su propio código.

Para decirlo en términos freudianos, la unión de la representación cosa con la representación palabra siempre tendrá un carácter singular e idiosincrático. Por eso es que el analista formule la interpretación con sus propias palabras, como un paso en dirección a que el paciente encuentre las que son de él.

Pero aquí se plantea un problema que no podremos ya dejar de lado en este trabajo, y es que esta formulación será diferente según cuál sea la concepción teórica del analista. Es necesario, pues, prestar atención al tipo de variaciones que esto genera entre analistas con distinta orientación. Este es un campo que parece importante que quede abierto a la posibilidad de autoanálisis, en especial la dificultad para lograr ponernos en el punto de vista del otro y pensar y decir las cosas cómo él lo haría. Esto nos permitirá comprender mejor las características y límites de nuestra propia forma de pensar.

En este punto es útil volver al ejemplo cínico y preguntarnos cuáles serían las representaciones verbales compartibles entre analista y paciente, y cómo

variarían desde diferentes escuchas.

Podemos plantear varias posibilidades hipotéticas. La primera de estas representaciones verbales compartibles, podría expresarse en un supuesto enunciado de la paciente que dijera: “*Quiero que la analista me sostenga porque me caigo*”. A esta primera solicitud de la paciente la analista responde con el impulso de evitar una caída traumática, que luego se repite en el movimiento espontáneo de sostenerla para que no caiga cuando resbala.

Pero como Freud lo mostró (1911, 1919), este tipo de enunciado está sometido a transformaciones inconcientes, de las cuales señalaremos dos.

Una segunda frase podría ser: “*Quiero caerme, porque no me sostienes bien.*” Esta versión puede incluir distintos matices, que, de hecho, corresponden a fantasías desplegadas en el proceso analítico. “*Necesito repetir mis caídas para mostrar mi necesidad de sostén*»; “*estoy caída, tirada por tu culpa*»; “*no has sabido sostenerme*»; etc. Esta segunda versión implicaría tanto la vuelta de la agresión sobre sí misma, (masoquismo), como la acusación a la analista.

Estos enunciados tienen un agregado posible: “*no me sostienes si no estás muy junto a mí*”, que expresa la solicitud homosexual.

Y finalmente podríamos “escuchar” aún una tercera frase: “*Quiero que sientas que no puedes sostenerme, que tu sostén no sirve.*” Esta tercera versión enfatiza el odio al objeto y el ataque al vínculo.

El proceso analítico nos muestra estas transformaciones, y su vaivén. Pero cuando pasamos a un nivel teórico, se nos impone la necesidad de establecer entre ellos un orden de inteligibilidad. En realidad lo que las distintas teorías proponen en sus formulaciones más abstractas, es la comprensión de algo equivalente a lo que Freud (1937, p.252) denominó la “roca firme”, o sea una hipótesis sobre aquellos fenómenos que tienen un carácter determinante sobre los otros por su mayor poder explicativo y predictivo.

No podemos saber cómo interpretarían este material analistas de distintas escuelas, porque cada análisis es un suceso irrepetible. Pero en cambio conocemos

las distintas opiniones vertidas en discusiones clínicas y supervisiones.

Desde una perspectiva kleiniana se pondría el acento en investigar los aspectos destructivos de la paciente que estarían detrás del pedido de sostén manifiesto. El impulso de la analista a sostener realmente a la paciente se vería tal vez como una falta de confianza en sus recursos como analista, efecto de los ataques de la paciente a su capacidad analítica, lo que mueve a la analista a contraactuar, buscando aplacar a la paciente y evitar la transferencia negativa. La agresión de la paciente estaría dirigida a la analista en tanto “pecho bueno”, precisamente en razón de su bondad, es decir, por su capacidad de proveer ayuda, lo que resulta intolerable a la parte envidiosa de la paciente. La tercera versión de la fantasía sería vista como la más profunda y verdadera, por acercarse a “la roca», constituida por la envidia como expresión primaria de la pulsión de muerte.

Desde otras perspectivas las distintas fantasías de la paciente se verían como el efecto de carencias tempranas las cuales podrían ser interpretadas de diferentes maneras. Se pondría, p. ej. el énfasis en la necesidad de un objeto self capaz de sostener al self (Kohut), o en la búsqueda de la experiencia de tener una madre suficientemente buena (Winnicott).

Pero también se podría considerar desde una perspectiva lacaniana que “sostener” es un significante en torno al cual se anudan múltiples significaciones, las cuales atrapan a la paciente y a la analista en una red imaginaria de la que necesitan “caer” o desprenderse, para poder acceder al significante de la castración.

Sería también posible discutir largamente acerca de si la conflictiva central debe colocarse en el nivel edípico o preedípico y si debe privilegiarse el registro de la sexualidad, el de la agresión o el del narcisismo. Si bien puede aducirse que los hechos clínicos están más a favor de algunas de estas posibilidades que de otras, estas razones distan de ser conclusivas y seguramente darían lugar a polémica.

Pero no es este el punto que interesa discutir aquí, sino el preguntamos de qué manera estos distintos marcos conceptuales influyen en el proceso analítico.

Afortunadamente, creemos que no los vamos a encontrar en la forma esquemática en que las hemos presentado aquí -al menos esa es nuestra esperanza-. Tampoco sabemos con precisión en qué medida la atención flotante de distintos analistas es atraída durante la sesión hacia elementos de la teoría. Piera Aulagnier (1979) habla de una “teorización flotante», pero aclara que con esto no está buscando una definición general, “sino una fórmula que explique mejor la manera cómo funciona mi pensamiento en el ejercicio de **mi práctica**” (subrayado en el original). Las variaciones interindividuales de la escucha son, sin duda, un campo que requiere mayor investigación.

Pero ya sea que su presencia sea manifiesta o se dé en forma sutil e inadvertida, es indudable que no puede ser desconocida. Es en esta dirección que proponemos dirigir la autoobservación, de modo de abrir el campo tanto para el autoanálisis como para una reflexión crítica más exacta sobre las teorías tal como existen realmente en la práctica clínica.

Esta observación se facilita en base a una triple discriminación:

- a) Lo que pertenece a nuestras teorías y no al paciente: el papel de las teorías durante la sesión.
- b) Lo que es nuestro y no del resto de la comunidad analítica: el pluralismo como problema.
- c) Lo que es nuestro y no está aún en nuestras teorías: la posibilidad de cambios.

a) Las teorías durante la sesión.

¿Cómo intervienen las teorías del analista en la escucha y en la interpretación?

Desde Freud en adelante estamos advertidos de que el analista debe dejar de lado sus preconceptos teóricos cuando escucha al paciente. Esto ha sido reafirmado

desde las más diversas corrientes. Lacan (1964) se refirió al “supuesto saber” del analista como a un soporte imaginario del paciente, que no hace sino apartarlo de la verdad de su deseo, el cual sólo puede hacerse oír desde el lugar del inconciente.

Desde supuestos teóricos diferentes, Bion ha propuesto una escucha sin memoria ni deseo. Ha hablado de la capacidad de reverie del analista: éste, como la madre con su bebé, debe operar como continente de los elementos proyectados a los cuales debe devolver metabolizados para hacer posible el crecimiento mental del paciente.

Pero la aspiración a una escucha sin teoría tiene un carácter más ideal que descriptivo. Las teorías del analista preexisten al paciente y fundamentan el marco desde el cual el analista organiza el espacio en el que el análisis se va a desarrollar.

Pero ¿qué hacer con las convicciones teóricas durante la sesión? La atención flotante implica una paradoja similar: ¿Como es posible mantener la atención tensa y alerta sin fijarla en un punto? ¿Cómo no buscar aquello que ya encontramos?

Durante el embarazo la futura madre se prepara para lo nuevo e inesperado de su hijo a través de múltiples y cambiantes representaciones que contienen anticipaciones de diferente naturaleza. Las no conflictivas muchas veces no llegan a ser analizadas, y permanecen preconscientes; pueden ser fugazmente aprehendidas por la conciencia, aunque son fácilmente olvidadas (Benardi et al., 1991). De modo similar surgen en el analista diversas representaciones anticipatorias, a las cuales muchas veces debe abandonar para que pueda emerger lo desconocido. Esto es lo que hemos mostrado en nuestro ejemplo.

En realidad el problema se presenta en relación al grado de fijeza de nuestras convicciones.

En nuestra opinión es necesario que las teorías puedan ser tratadas durante la sesión como fantasías, es decir, que permitan al analista que una parte de su mente pueda sufrir un proceso de regresión formal que la vuelva más permeable al proceso primario. Las teorías constituyen entonces espacios virtuales en transformación, que enriquecen la capacidad de percepción del analista (de León,

1991). Esta es también la condición para que las teorías se vuelven algo viviente y modificable por la experiencia, creándose una tensión fecunda aunque difícil entre las convicciones teóricas más profundas que forman parte de la identidad analítica y las representaciones concretas, cargadas de afecto, que recogen las experiencias vividas en la interacción con el paciente.

Es a esto a lo que nos referimos cuando hablamos de estar dispuestos al autoanálisis de nuestros supuestos.

La patología de las teorías gira en torno a las distorsiones de este proceso.

J. Grinberg (1983) ha llamado la atención sobre la forma insidiosa y sutil en la que operan las resistencias cuando se da una coincidencia entre las teorías y creencias del paciente y del analista. Cuando estas situaciones cristalizan dan origen a lo que W. y M. Baranger (1961-1962) han denominado “baluartes”: zonas que quedan excluidas del análisis, aunque sus contenidos sean fácilmente accesibles para la conciencia, dada la coincidencia de los fenómenos resistenciales con la contraresistencia del analista. Cuando estos baluartes se constituyen como “complejo de creencia” (Rosolato, 1979) se confiere a las teorías las características y el poder de un sistema religioso. Grinberg estudia el caso de Guntrip, quien, relatando sus análisis con Fairbairn y Winnicott, explica que eligió analistas con los que se sentía en “la misma longitud de onda”. Coincidiendo con Pontalis (1967) dice Grinberg (p.23): “el pedido de reanálisis se debe muchas veces no tanto a que el analista no haya estado a la altura debida, sino sobre todo, porque estaba prisionero de su teoría, es decir, él mismo estaba comprometido en un proceso personal de elaboración y de creencia, en el cual, a su vez, arrastraba a su paciente”.

Las teorías son para el analista, como para el común de los científicos, objetos fuertemente idealizados que integran la propia identidad profesional. Los fenómenos de formación de grupos se dan precisamente en la medida en la que se pone en común un ideal (Freud, 1921).

Los análisis didácticos, por su doble objetivo de análisis y formación -dos

finalidades que no solo son parcialmente incompatibles sino que tienden a engendrar paradojas (Bernardi, R., Nieto, M., 1989) - están particularmente expuestos a fenómenos de este tipo en torno a los procesos de Identificación y desidentificación entre candidato y analista didacta. Como hemos dicho, estos procesos continúan de un modo distinto una vez terminado el análisis, por lo cual es esencial que queden abiertos al autoanálisis.

Los puntos ciegos que pueden constituirse en torno a las teorías se originan, en nuestra opinión, precisamente en aquellas zonas en las que el analista no puede dejar sus convicciones expuestas a su atención flotante, porque sus procesos defensivos no permiten que entren en el estado de cuestionamiento que caracteriza a la asociación libre.

b) El pluralismo como problema.

No es fácil decir con precisión hasta dónde y en qué diferimos los analistas en nuestras opiniones: mucho menos fácil es decir en qué difieren análisis realizados por analistas con distintas convicciones teóricas. -

Wallerstein (1988, p. 11) planteó que el psicoanálisis hoy consiste en “múltiples (y divergentes) teorías del funcionamiento mental, del desarrollo, de la patogénesis, del tratamiento y de la cura» y se caracteriza por una creciente diversidad en las perspectivas teóricas, en las convenciones lingüísticas, en los énfasis regionales, etc.

El pluralismo actual parece un hecho fuera de toda duda. Uno de nosotros (Bernardi, R, 1989), comparando el historial del Hombre de los Lobos con las relecturas realizadas por M. Klein y J. Lacan muestra que cada uno de estos paradigmas: a) condiciona el modo de escuchar el material (cada uno de ellos se apoya, p. ej., en aspectos distintos del mismo sueño), b) se plantea distintas preguntas y respuestas sobre los mismos hechos y su ideal de comprensión es

diferente, y c) parte de supuestos metapsicológicos propios. No es fácil decir en qué medida estos distintos paradigmas son coincidentes, contradictorios o complementarios entre sí o hasta dónde su relación es más bien de incommensurabilidad, es decir, que se comportan como idiomas lógicos y semánticamente diferentes entre los cuales la traducción sólo es posible en forma parcial (Bernardi, 1991).

Por ejemplo, al traducir este trabajo al inglés el término “sostener podía según el contexto corresponder a “hold” o “support». Para el lector inglés la connotación de estas palabras es diferente y no es posible que lea “holding» sin evocar a Winnicott. Los problemas de traducción muestran en forma patente los problemas más sutiles creados por los contextos teóricos implícitos.

La creciente diversidad lleva a Wallerstein a preguntarse qué es lo que nos mantiene unidos como comunes adherentes de una ciencia y profesión psicoanalítica compartida” (op. cit. ,p. 19).

Consideramos que esta pregunta tiene la mayor importancia para nuestro tema: la forma de responderla abre o cierra campos para la exploración analítica.

Volvamos a la idea de Freud de que los grupos se unen colocando en común un ideal. ¿Cuál es el ideal que nos une a nosotros, analistas?

Si lo colocamos en un cuerpo de respuestas o de técnicas sentiremos la diversidad como una amenaza de fragmentación e insistiremos en reafirmar las zonas en común y en velar por su salvaguardia (como le encomendé Freud al Comité). Esto convierte a la tarea de homogeneización en una necesidad objetiva, fuera de todo cuestionamiento y por ende de la necesidad de ser analizada. Sí, por el contrario, colocamos la unidad en el campo de problemas compartidos y no en las respuestas que les demos, se nos plantea el problema de hasta dónde y de qué manera pueden dos mentes ponerse en comunicación precisamente en aquello que las diferencia, esto es en sus modos peculiares de ver el mundo.

Esto supone reconocer un resto no traducible en las perspectivas individuales que da su dimensión científica y ética al problema del pluralismo: la

de posibilitar el contacto entre enfoques cada una de los cuales se considera el único válido (Bernardi, 1992).

Más que una postura de tolerancia (que igual podría adoptarse desde una posición ecléctica o escéptica), o empática (que se refiere más a lo emocional que a lo intelectual) se trata de poder operar con perspectivas reversibles, para usar el término de Bion. Esto implica no sólo clivajes menos rígidos sino también quedar expuestos a procesos de desidentificación y, como se dice en español, estar dispuestos “a volver a empezar desde cero”.

Pero esto es sin duda necesario, porque: ¿podemos escuchar lo diferente de los pacientes si no lo logramos hacer con nuestros colegas?

3 La posibilidad de cambios

La epistemología actual nos plantea el desafío de lograr una mayor comprensión de los procesos de elección o cambio de teoría. Cabe la pregunta si nosotros, analistas, podemos aportar una mayor comprensión de nuestros propios cambios. En ese sentido el desafío también involucra a nuestra actividad de autoanálisis.

Consideramos justificado citar una opinión desde el campo de la epistemología, que describe bien este desafío. Dice al respecto Th. S. Kuhn (1975, p.448): “La elección de una nueva teoría es la decisión de adoptar un lenguaje nativo diferente y desplegarlo en un mundo correspondientemente diferente. No es éste sin embargo el tipo de transición al que le vayan bien los términos “elección” y “decisión”, aunque las razones para querer aplicárselos después de que haya ocurrido la transición son claras. Al explorar en otra teoría (...) es probable que uno se encuentre con que ya la está usando (...). En ningún momento uno se dio cuenta de haber tomado una decisión, de haber hecho una elección. Este tipo de cambio es no obstante una conversión y las técnicas que inducen a él muy bien pueden

describirse como terapéuticas, aunque sólo sea porque cuando tienen éxito uno sabe que antes ha estado mal. No es de extrañar que se oponga resistencia a estas técnicas y que en las descripciones posteriores se disfrace la naturaleza del cambio”.

Este es un campo disponible para la investigación analítica. Tal vez un primer paso para la comprensión de estas transformaciones sea el de determinar con mayor precisión las zonas donde la creatividad interna puede dar origen a cambios o enriquecimientos en las teorías. J. Sandler (1983) llamó la atención sobre las “teorías implícitas» de cada analista. Estas serían estructuras preconcientes -raramente conscientes- que funcionan como modelos o esquemas que organizan la experiencia que el analista tiene con sus pacientes. Pese a su papel potencialmente creativo muchas veces quedan separadas de las teorías “oficiales» que son las que ganan el acceso a la conciencia.

¿Por qué esta dificultad para desarrollar nuestras concepciones más personales? Tal vez porque tememos romper lealtades, diferenciarnos y en última instancia quedar solos e Indefensos. Por eso tal vez les pedimos a las teorías (y a las figuras que ellas representan a nivel inconciente) que nos sostengan en lo difícil de nuestra labor. Pero Freud nos enseñó a unir autoanálisis y descubrimiento, y esto es lo que en la escala de cada uno, sigue pendiente como desafío, aunque nos lleve por caminos propios y singulares.

La disposición a analizar nuestros presupuestos hace que tengamos por delante en relación a nuestros colegas una tarea similar a la que se nos plantea con los pacientes: la de cómo reconocernos diferentes y a la vez seguir unidos.

Mayo de 1992

Bibliografía

Aulagnier, P. (1979), *Les destins du plaisir*. Presses Universitaires de France. Paris.

Baranger, M. & W. (1961-1962), La situación analítica como campo dinámico. En: *Problemas del campo psicoanalítico*. Ed. Kargieman. Buenos Aires, pp.129-164. 1969.

& --- (1983), Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Rev. de Psicoanálisis*. 68: 527-549.

Baranger, M. & Besouchet, I. & Nieto, M. & Ribeiro, I. (1969), Sobre la enseñanza del Psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. XI: 243-247.

Berenstein, S. P. de, & Fondevila, D.S. de, (1989). Termination of Analysis in the light of evolution of a link. *Int. Rev. Psycho-Anal.* 16: 385-389.

Bernardi, R. (1989), The role or paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. *Int. J. Psycho-Ana.* 70: 341-359. (1991). Plurality of theories in psychoanalysis: bases for a comparative study. Presented at: 37th IPA Congress. Buenos Aires. (In Press: *Int. J. Psychoan.*).

(1992). On pluralism in psychoanalysis. (In Press: *Psychoanal. Inq.*) & Nieto, M. 1989. What makes training analysis good enough? 4th. Conference of training analysts. Rome. (In Press: *Int. Rev. Psychoan.*).

Bollas, C. (1987), *The Shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Known*.

New York: Columbia University Press.

De León, B. (1991), Images and words in psychoanalytical work. Presented at:

FEPAL Symposium. Punta del Este, Uruguay.

(1991). Changing views on the dynamics of the analytic process and its relationship with theories in psychoanalysis. Presented at: 37th IPA Congress. Buenos Aires.

Freud, S. (1900), The Interpretation of dreams. *Standard Edition*. 4 & 5. London: Hogarth Press. 1953.

(1911), Psycho-analytic notes on an autobiographical account of a case of paranoia (dementia paranoides). *Standard Edition XII*: 1-79. London: Hogarth Press. 1958.

---(1919), A child is being beaten. *Stand and Edition XII*: 175-204. London: Hogarth Press, 1955.

(1921) Group psychology and the analysis of the ego. *Standard Edition*, XVIII: 65- 144. London: Hogarth Press, 1955.

(1937), Analysis terminable and Interminable. *Standard Edition*, XXIII: 209-254. London: Hogarth Press. 1964.

Grinberg, J.(1983). Theory, belief and resistance. En: *Investigación psicoanalítica, Psychoanalytical Research*. Buenos Aires: Ediciones psicoanalíticas, pp.25-32.

---& Lichtmann, A. (1981), El verdadero autoanálisis es imposible. Presented at the 32 IPA Congress, Helsinki.

Jiménez, J. P.(1989). La contribución del analista en los procesos de identificación proyectiva. Presented at the 36 IPA Congress, Roma.

Kuhn, Th. S.& Popper, K. R. et alt. (1975) Consideración en torno a mis críticos.

In:

La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento. pp. 391-454. ed. 1. Lakatos & A.

Musgrave. Barcelona: Grijalbo. (Trans. F. Hernán, *Criticism and the Growth of*

Knowledge, Cambridge Univ. Press, 2 ed., 1972).

Lacan, J. (1973), *Les Quatre Concepts Fondamentaux de la Psychanalyse*. Paris: Seuil.

Lijtenstein, M. (1976) Sobre la noción de teoría en psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. 55:pp 38 1-388.

Marty, P. (1985), *L'Ordre Psychosomatique*. Paris: Payot.

Pontalis, J. B. (1967) A propos du text de Guntrip. *Nouv. Rev. de Psych.* 15.

Racker, H. (1977), *Estudios sobre Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.

Rosolato, G. (1979), La scission que porte l'encroyable. *Nouv. Rev. Psych.* 18.

Sandler, J. (1983), Reflexions on same relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *Int. J. Psycho-Anal.* 64: 35-45.

Schwaber, E. A. (1983), Psychoanalytic listening and psychic reality. *Int. Rev. Psychoan.* 10: 379-392.

Sern, D. N.(1985), *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic.

Thöma, H. & Kächele (1989), *Teoría y Práctica del Psicoanálisis. T. 1: Fundamentos*. Barcelona: Herder.

Ticho, G. (1967), On self-analysis. *Int. J. Psychoan.* 48: 308-3 17.

Wallerstein, R, S. (1988). One psychoanalysis or many? *Int. J. Psycho- Anal.* 69:
5-21.

Homenaje a Madeleine y Willy Baranger

La memoria viva.

Mito, historia y presente

Si todo origen nos remite al orden del mito, en el homenaje realizado en la APU a Madé y Willy Baranger el 5 de agosto de 1992, la tarea fundacional de nuestra Institución se convirtió en una historia viva actualizada en múltiples recuerdos.

El encuentro fue de una conmovedora “intimidad compartida” donde los testimonios de los fundadores recuperaban para los que fuimos llegando después el entusiasmo y la pasión (placer y drama) de la difícil empresa iniciada en 1954 con la llegada desde Buenos Aires de los Baranger.

Intervinieron después de las palabras inaugurales de Myrta Casas de Pereda, Héctor Garbarino, Marta Nieto, Carlos Mendilaharsu, Luisa de Urtubey, Marcelo Viñar, Saúl Paciuk, Leopoldo Müller y W. Baranger. Cerrando el acto el Dr. Jorge Mom de Argentina se unió a la evocación.

Desde la inquietud psicoanalítica de los pioneros: Víctor Pérez Pastorini, Rodolfo Agorio, Gilberto Koolhaas y Mercedes y Héctor Garbarino y la colaboración de colegas argentinos, en primer lugar Pichon-Riviére, se fue gestando la idea de formar en el Uruguay un grupo de estudios psicoanalíticos que llegara después a ser Asociación filial de la IPA, lo que se logró en 1962.

La evocación, en intervenciones llenas de emoción y humor, de los primeros analizados por Madé y Willy, las supervisiones y seminarios compartidos, iluminaron nuestro presente a través de esa “trasmisión oral no conceptualizable” donde se anudaban el reconocimiento de aquel encuentro excepcional y el dolor de la partida once años después.

Cada uno en su estilo y con el sesgo de su propia historia, todos subrayaron la actitud de respeto y sencillez, de autoridad sin soberbia y la proximidad afectiva que distinguía a los Baranger. Su libertad de pensamiento y de lectura crítica de los creadores (Freud, Klein) permitía el despliegue de la creatividad en el camino de la formación. En la docencia, la supervisión o el análisis ayudaron a tolerar ya promover la diferencia, fomentando un enriquecedor “desencuentro” con el maestro.

Todos nosotros, en cada instancia institucional, jugamos nuestra pertenencia por las múltiples formas de participación e intercambio presente y la transmisión de quienes nos anteceden. En el contexto del XIX Congreso Latinoamericano, Malestar en el Psicoanálisis, este homenaje, por la sencillez y afecto que todos transmitieron, permitió una reconexión y recuperación de la memoria viva de nuestros orígenes.

Dialogo con Willy Baranger*

Marcos Lijtenstein

Montevideo ha sido, en el correr de esta semana, la sede del VI Congreso Psicoanalítico Latinoamericano, un evento científico bianual. El primero se llevó a cabo diez años atrás en Buenos Aires; los siguientes fueron celebrados en Santiago de Chile (1958), San Pablo (1960), Río de Janeiro (1962), México (1964).

El Presidente de la asociación anfitriona, Dr. Héctor Garbarino, tiene a su cargo la presidencia del Congreso, en tanto que son sus presidentes de honor el Dr. P.J. van der Leeuw, presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, y los profesores Madeleine y Willy Baranger.

Hemos querido aprovechar la oportunidad de este regreso temporario del Prof. Baranger, para conversar con él, sobre todo acerca de la disciplina que practica. La obra fructífera desarrollada en nuestro medio por él y su esposa ha sido particularmente destacada por sus colegas.

Willy Baranger nació en Argelia en 1922. En Francia realizó su agregación en filosofía. Fue a Buenos Aires en 1946 con el cargo de profesor de dicha asignatura en el Instituto Francés de Estudios Superiores. Al mismo tiempo hizo allí su formación analítica. Después de haber permanecido ocho años en aquella ciudad, junto a su esposa vinieron a Montevideo a principios de 1955, con funciones didácticas, contratados para trabajar en la formación de un grupo psicoanalítico. En la Facultad de Humanidades, por otra parte, estuvo al frente de la cátedra de

* Transcripción del Semanario Marcha, 1966.

Psicología Profunda desde su inauguración en 1957, en el cuadro de la Licenciatura en Psicología. Su permanencia acá se extendió hasta fines del año pasado.

En calidad de publicista, es colaborador de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, de la Revista de Psicoanálisis de Buenos Aires, del International Journal of Psychoanalysis y de la Revue Française de Psychanalyse. Nos interesó saber si incluye el libro entre sus planes: la respuesta afirmativa se acompañó de la precisión de que no encara su realización inmediata, pero que el libro proyectado será sobre Esquemas Referenciales en Psicoanálisis.

La orientación kleiniana

Conociendo la influencia *de* la obra de Melanie Klein en su pensamiento analítico, le preguntamos por qué es kleiniano,

Precisó entonces que hay dos clases de kleinianos: los de Sudamérica y los de Londres, no exactamente iguales, pudiendo aún indicarse diferencias entre sí de los integrantes de cada uno de estos grupos.

Ser kleiniano implica a su juicio aceptar una cierta base conceptual, una cierta visión del análisis, siendo esencial el concepto, muy particular de la obra de Klein, acerca de las fantasías inconscientes.

Pensar así no supone que haya una ruptura entre el pensamiento freudiano y el kleiniano, ya que entiende que hay una línea de continuidad que une sus aportes, lo cual por consiguiente no exige una elección alternativa.

Las circunstancias históricas del desenvolvimiento del psicoanálisis hacen que el enfoque kleiniano no se desarrolle en nuestro continente en una atmósfera de oposición (lo que sí ocurre en Inglaterra), posiblemente por ser el local un movimiento más joven. La falta de una ortodoxia analítica cristalizada ha favorecido también este kleinianismo latinoamericano. Pero se advierte un abanico de

norte a sur, también visible para nuestro entrevistado en el actual Congreso: los movimientos psicoanalíticos son más Kleinianos en el sur, en tanto que el otro extremo, representado por México, muestra la mayor influencia norteamericana de la Ego-Psychology.

Volviendo con más precisión sobre el carácter del enfoque kleiniano, es posible destacar su trabajo técnico con la transferencia negativa (es decir, con los sentimientos hostiles, con la agresividad del paciente). Propone una visión del mundo inconsciente que lo muestra más destructivo de lo que aparece reconocido en otras tendencias.

Las tensiones humanas

Este mundo de la fantasía inconsciente es muy tremendo, tal como se puede ver en los estados regresivos: en la situación analítica misma, en las psicosis, o en los estados regresivos provocados artificialmente por drogas.

Sin embargo, esto no implica una visión pesimista sobre las posibilidades de curación.

De ahí se desprenden una cantidad de consecuencias, en la medida en que estas mismas fuerzas destructivas actúan en los grupos humanos, dificultando la realización de una revolución constructiva. En este sentido, concluye que la comprensión de los aspectos destructivos de los individuos y de los grupos humanos, permite una administración más realista y más eficaz al tina!, de las tensiones intra e intergrupales.

Además el aporte kleiniano es decisivo en dos sectores: uno lo constituye el análisis de niños de corta edad (desde los dos años); el otro, la recuperación de ciertos casos de psicosis. La gama de los casos analizables es considerada mayor en Latinoamérica que en otras partes: por ejemplo los adolescentes, no aceptados en tratamiento por muchos otros grupos fuera de este continente (Europa, Norteamérica), acá son tratados, siendo éste un rasgo particular del grupo

uruguayo, compartido por el de Buenos Aires.

Contactos con la Universidad

En el Congreso de 1958, en Santiago de Chile, se decidió, bajo el destacable impulso de Arnaldo Rascovsky, constituir la Comisión Coordinadora de las Organizaciones Psicoanalíticas de América Latina (COPAL), habiendo sido siempre muy sostenida esta coordinación por el grupo uruguayo. Un proceso largo permitió el funcionamiento paulatino de la organización.

Como es sabido, la formación psicoanalítica requiere el análisis previo de los aspirantes y, una vez admitidos, la concurrencia a los institutos psicoanalíticos existentes en la órbita de los respectivos grupos profesionales. COPAL ha propiciado los viajes de intercambio de los directores de los institutos y proyecta similar política para sus estudiantes

Dada esa característica, ¿existen contactos con la Universidad? Los grupos o asociaciones desean tener buenos contactos con la Universidad, a condición de preservar la autonomía de sus institutos; se trata, nos dice Baranger, de una independencia necesaria, porque -a diferencia de otras profesiones- no se puede hacer un examen habilitante para psicoanálisis: una persona puede ser muy inteligente, mostrarse muy informada, y no servir como psicoanalista por carencia de otras condiciones personales.

Refiriéndose al Congreso, que destaca como un éxito de organización y de concurrencia (más de 200 personas), recuerda, por lo que tiene que ver con la formación universitaria, que los analistas uruguayos en su inmensa mayoría provienen, sea de la Facultad de Medicina, sea de la de Humanidades y Ciencias. (Precisamente ambas, junto al Rector interino de la Universidad, estuvieron representadas en el acto del Paraninfo, inaugural del Congreso, donde fue posible oír discursos que destacaron esos vínculos).

Ideología, Uruguay

En sí el psicoanálisis no implica ninguna ideología política en particular, aunque sea contradictorio con algunas de ellas. El Prof. Baranger pone el ejemplo típico del nazismo doblemente: tanto porque los nazis se dedicaron a liquidar los institutos psicoanalíticos como por el hecho de que el nazismo, entre otras cosas, es un delirio.

Por lo que respecta al contacto con la sociedad, descarta cualquier desviación psicologista, al advertir que no hay que pedir al análisis, soluciones para problemas que no corresponden a su campo específico.

Desde el punto de vista de sus posibilidades de acción, es muy reducido el número de psicoanalistas en relación con la demanda real o virtual (ésta, aún mayor). Un recurso técnico que responde en parte a esa amplia necesidad está dado por el creciente empleo de la psicoterapia analítica de pequeños grupos.

Finalmente, en una suerte de apretado balance de su experiencia de una década en nuestro país, expresa, respecto de sus colegas, que el grupo analítico uruguayo ofrece un ambiente de seriedad, de gente informada que trabaja con inteligencia y dedicación. Juzga que es uno de los buenos movimientos que trabajan en América del Sur y que -agrega- se puede hacer un excelente pronóstico del mismo.

En una perspectiva más general, opina que hay toda una clase intelectual en nuestro país -en Montevideo en especial, donde está radicada la Universidad- que realmente vale, pensando en el destino nacional. Con una sonrisa que sustituye las largas precisiones, a las que no deja de aludir, subraya la eficaz existencia y también el peso de la tradición democrática uruguaya. El contexto y los comentarios hechos por Baranger durante la que fue una extensa y cordial conversación, nos permiten decir que en él, no fue ésa una afirmación convencional: traducía seguramente el reconocimiento de tendencias y sectores sanos en nuestra dinámica social, vista en la marea del ámbito latinoamericano.

**Entrevista a Willy
y Madeleine Baranger***

Marcos Lijtenstein, Marcelo Viñar

M.L.: Le damos la bienvenida a Madeleine y a Willy; pretendemos un diálogo muy abierto, muy poco formal, destinado a recoger recuerdos del pasado y del futuro e ideas diversas sobre sus experiencias como maestros en el campo del psicoanálisis.

M.V.: ¿Quién quiere empezar?

Madeleine Baranger: Yo soy de poco hablar.

Willy Baranger: Vinimos aquí con un proyecto medio omnipotente. El proyecto era, con el grupo analítico que ya existía, llegar a formar una institución psicoanalítica, un funcionamiento psicoanalítico, una asociación que finalmente fuera parte de la I.P.A., quizás mejor. En eso era un poco omnipotente, pero teníamos una ventaja: es decir, encontramos con un grupo de gente que ya estaba estudiando, un grupo de gente honesta, trabajadora y con suficiente dedicación al quehacer analítico. Eso ya lo sabíamos desde antes y lo sabíamos también por conocimiento directo de varias personas y también por el conocimiento que nos transmitió Enrique Pichon-Riviére que ya estaba frecuentando Montevideo desde hacía varios años atrás. Por otra parte, Angel Garma había analizado a Pérez Pastorini. A él nosotros no lo conocimos, ya había fallecido.

Así que este primer grupo finalmente nos contrató para radicarnos en Montevideo, analizar a la gente e iniciar la formación psicoanalítica: seminarios, supervisiones, etc.

En agosto de 1954...

* Realizada el miércoles 5 de agosto de 1992 durante el XIX Congreso Latinoamericano de FEPAL, celebrado en Montevideo.

M.B.: El 2 de diciembre.

W.B.: Bueno, dio la casualidad de que fue 2 de diciembre porque es en Francia una fecha muy importante de su historia, es la fecha del Coup d'Etat de Luis Napoleón Bonaparte. 2 de diciembre de 1852, donde él se proclamó emperador de los franceses, nada más. Y él eligió esta fecha en virtud de otra fecha: la batalla de Austerlitz, creo que de 1805.

MV.: ¿Pero usted se refería en Uruguay a 2 de diciembre de cuál año?

W.B.: 1954. Coincidencia que no hemos buscado, por supuesto (risas), es totalmente bizarra. Naturalmente teníamos otras fantasías que no tenían nada que ver con Napoleón III.

M.V.: Fantasías antinapoleónicas.

W.B.: Sí, por supuesto.

ML.: ¿Y habrían de permanecer hasta qué año?

W.B.: Hasta fines de 1965. Nos fuimos con la impresión de una tarea concluida, bien cumplida. No hay nada perfecto, pero realmente si tuviéramos la edad que teníamos en aquel entonces, si la pudiéramos repetir, yo la repetiría, sin duda. Fue muy enriquecedora.

Cuando vinimos, nuestra línea era kleiniana, aunque no teníamos ninguna relación directa con el grupo kleiniano en aquella época, sino con Arminda Pichon-Riviére, que fue quien introdujo el pensamiento kleiniano y la técnica kleiniana en Argentina. Naturalmente estábamos en relación directa con Laura Achard, Marta Lacava, (...) que se analizaban con Enrique Pichon-Riviére, hasta que Perón cortó las relaciones con el Uruguay, a raíz de un incidente diplomático absolutamente tonto. Los uruguayos que estaban en Buenos Aires se sintieron amenazados y volvieron a Montevideo. Por lo tanto yo ya conocía a algunas personas. Me vine después para tomar contacto con las personas desconocidas, y algunos ya habían ido a Buenos Aires, así que sabíamos un poco dónde íbamos a caer.

Nuestra venida de ninguna manera tuvo que ver, como dice un libro de historia del psicoanálisis, con que persiguieran a los analistas no-médicos. Eso no tuvo

absolutamente nada que ver. No nos gustó, por supuesto... Nuestra estadía fue muy tranquila hasta que nos fuimos... hubiera podido ser intranquila, pero no fue así.

La sede del grupo uruguayo donde se hacían los seminarios fue este lugar donde nos llevaste, en la calle Luis de la Torre.

M.V.: Hicimos un pequeño peregrinaje a la casa, viniendo para aquí.

W.B.: Fue bastante emotivo.

M.L.: ¿No habían vuelto a ver antes la casa?

W.B.: Habíamos vuelto antes, hace algunos años, varias veces, de paso para Punta del Este.

La Revista Uruguaya de Psicoanálisis salió en 1956, porque pensamos que hacer este tipo de trabajo era algo muy bueno, una cosa sumamente importante y lo sigo pensando. Finalmente la Revista salió bastante bien.

MV.: Va en el número 75 y nunca interrumpió su ritmo, su periodicidad.

M.L.: Y además se ha agregado la Revista Temas, también. En este momento la A.P.U. tiene la Revista Uruguaya de Psicoanálisis y la Revista Temas de Psicoanálisis.

W.B.: Desde entonces en Buenos Aires conocen a la Revista.

En 1955 ocurrió la “revolución libertadora” y se restablecieron las relaciones normales entre los dos países y vinieron los argentinos en *masa*. En particular pudieron venir los analistas de Buenos Aires, así que cada fin de semana teníamos un aporte de argentinos. Estos huéspedes naturalmente fueron Enrique Pichon-Riviére, Arminda Aberastury de Pichon Riviére, pero también Jorge Mom, Luisa Alvarez de Toledo, que seguían en contacto directo con los kleinianos de Londres. Ellos venían regularmente, también tuvimos a otros esporádicamente.

Estábamos preocupados por lo que pasaba en las instituciones psicoanalíticas, el malestar universal -y desde la fundación, como se sabe, de la historia del psicoanálisis, de todos los grupos psicoanalíticos-, de los problemas grupales, desde disensiones, rivalidades, odios de capilla, de familia, y se nos ocurrió que una forma de encarar estos problemas era una psicoterapia de grupo, si se quiere,

una discusión en grupo de los problemas específicos con los integrantes de la primera generación. Ellos estuvieron de acuerdo y finalmente se realizó durante varios años con la conducción de Jorge Mom.

Naturalmente no pienso que la psicoterapia de grupo sea una panacea. En absoluto, pero sí pensamos *que* ha dado resultados positivos. Eso pasó así, creo.

No sé, pregunten ustedes...

M.V.: Lo de las rivalidades humanas y las disensiones teóricas no es un problema que se pueda aclarar nunca, pero, ¿cuál es el *ersatz*?, ¿dónde está el “cangrejo y la piedra”? Porque hay diferencias teóricas que permiten la convivencia. ¿Cómo se pueden articular en una situación institucional estos dos niveles tan disímiles?

W.B.: Lo que permite integrarse a un grupo cualquiera es una ideología; se hace grupo en función, en parte, de una ideología.

M.V.: ¿En el sentido de creencia?

W.B.: Claro. Inclusive un club deportivo (Boca, River, Peñarol...) tiene su ideología grupal; los socios tienen intereses grupales, compromisos grupales, etc. que los aglutinan. Pero eso es mucho más evidente en cualquier grupo psicoanalítico. Siempre se pretendió que el psicoanálisis fuera una ciencia, sin saber muy bien por qué es diferente o qué se define *en* este caso. Así *que están* los científicos y los que resisten; los que resisten se agrupan, por supuesto, los científicos también se agrupan. No hay un cangrejo o una piedra, hay dos cangrejos-piedras.

M.V.: De acuerdo.

ML.: Ahora estamos en otra etapa que es cómo se procesan los disensos en la Asociación, en el momento en que van retirándose los fundadores.

W.B.: Eso por supuesto que es un problema, pero no es nuestro problema. Fue nuestro problema en determinado momento, un momento en que decidimos emigrar. Esperamos hasta tener una primera tanda de didactas, ya reconocida la A.P.U. en la IPA, podía perfectamente desarrollarse sola y pensamos que con el

papel que habíamos tenido en la fundación, íbamos a tener una posición que no queríamos tener. Es decir, que íbamos a nuclear a cierta gente y provocar la existencia de otro núcleo en contra. Ahí sí que no quisimos. E iba a pasar así. Es claro por la relación generacional que se iba produciendo. La segunda generación pretendía aglutinarse más alrededor de nosotros, eventualmente en contra de la primera. Pero no fue tanto el recorte, pero sí habla cierta tendencia en esa dirección y quisimos evitar estar nosotros en el centro de eso o ser el motivo de disyunción. Además, nos disgustaba ese papel. Hubiéramos funcionado como patriarcas, lo que no queríamos tampoco. Y la situación de alguien que está fundando algo es una situación totalmente distinta a la de alguien que está manteniendo o tratando de mantener la fuerza bastante cohesionada.

M.V.: Ahora bien, eso no es específico del psicoanálisis...

W.B.: No.

M.L.: Pero el tema de la transferencia le da una especificidad.

W.B.: Así es. Pero entonces con un líder político siempre la hay naturalmente, pero de una forma totalmente distinta. En principio, *personas* bien analizadas *deberían* poder evitar este tipo de problemas, pero de hecho no se evita ni por asomo en ninguna Asociación.

M.L.: ¿Y la experiencia universitaria cómo fue?

W.B.: La experiencia universitaria fue muy positiva. Eso se lo debo a Galeano, realmente fue una persona muy valiosa y que nos salvó la vida como Asociación, una vez. No sé si ustedes lo recordarán...

M.V.: Pero recuérdelo.

M.L.: Con el tema del análisis lego.

W.B.: Cuando a la Sociedad de Psiquiatría se le metió en la cabeza...

MB.: Hay una carpeta bastante grande. (risas)

MV.: Una carpeta del conflicto con la Sociedad de Psiquiatría.

MB.: Porque pasábamos las noches escribiendo comunicados para la prensa... (risas)

W.B.: Fue una cosa muy violenta. Aceptaban nuestra existencia, en particular la de Madeleine y la mía, y de algunas personas legas...

M.V.: Pero no querían más no-médicos. Ese tipo de batallas tiene efectos *après-coup*, efectos a posteriori, porque tengo la impresión que hoy en Uruguay - tal vez momentáneamente- es un tema superado. Aquí es algo admitido que el psicoanálisis no es una terapéutica médica y el acceso de otros campos de las ciencias humanas a la práctica analítica no está en discusión en el campo médico.

W.B.: Además no es sólo aquí sino en todo el planeta es así. En Buenos Aires nos encontramos con el mismo problema a la vuelta, después de 1965. Nos aceptaron a nosotros porque éramos didactas de antes, etc., etc. Y nuestra vuelta sirvió para modificarlos estatutos, porque cuando el convenio con Salud Pública, habían decidido bloquear el status de los legos... A raíz de nuestra vuelta modificaron los estatutos...

M.B.: Sacaron este artículo. La gente que ya estaba, que había adelantado la carrera, podía adelantar normalmente como los demás.

M.V.: De todos modos hubo el costo de la exclusión de toda una generación en Argentina.

W.B.: Por supuesto, más de una generación.

M.V.: Me refiero a una exclusión de sectores jóvenes.

M.L.: El punto de partida de este tema fue la pregunta sobre tu experiencia universitaria. Nos gustaría que nos contaras algo. Para los que lean esto, la experiencia en la Facultad de Humanidades y Ciencias dentro de la Licenciatura en Psicología.

W.B.: Me presenté como resultado de la acción de Galeano, él estaba dentro de la licenciatura que se acababa de iniciar.

M.L.: Los primeros cursos como Licenciatura fueron en 1956. Tú te incorporaste al año siguiente.

W.B.: Exactamente. Para mí fue algo muy positivo. Primero, porque los

estudiantes estaban muy, muy interesados, respondían mucho los nuevos estudiantes; era gente que trabajaba bien. Fue un semillero de analistas y de los mejores. Bueno, vos mismo (risas), Sopena, Paciuk, de Urtubey ya era profesora también...

M.V.: ¿Y con Medicina?, ¿con Psiquiatría?

W.B.: Bueno, con Psiquiatría..., aquí me van a tener que disculpar un poquito, porque no quiero cometer indiscreciones acerca de personas ex-analizando más. Eso sería necesario para un historiador, pero no puedo funcionar con ustedes como un historiador en estas cosas. Muchos miembros del grupo eran psiquiatras; con éstos, naturalmente, no tuvimos ningún problema. Hubo un cierto momento en que la Sociedad de Psiquiatría se sintió molesta por el crecimiento del psicoanálisis y allí trató de cortar la “pata” psicológica. El psicoanálisis tiene dos patas básicamente: la medicina, no sólo lo psicológico.

M.V.: Willy, no quiero interrumpir tu pensamiento en lo que se refiere a recuerdos con respecto a la historia del grupo uruguayo como movimiento, como corriente humana, pero como tenemos un límite de tiempo para esta entrevista, también quisiera dedicar un tramo, un trozo, al o que son los desafíos teóricos o hitos que hayan introducido mutación a esa fundación kleiniana o pichoneana. Es decir, la A.P.U. hoy es una Asociación Psicoanalítica dentro de la I.P.A., que tiene un perfil específico que es la multiplicidad, la pluralidad de marcos referenciales. Seguramente ustedes dirán que está bien, es porque ustedes mismos generaron o promovieron esta posibilidad de multitud de marcos referenciales o esquemas teóricos. Sin duda la verdad así múltiple o estallada, crea problemas en la clínica y en la supervisión y en la valoración de trabajos que son distintos, pero mi pregunta apuntaría a qué problemas se les plantearon y cómo se fueron resolviendo individual o grupalmente en esta transición desde ese origen más unitariamente kleiniano hasta la pluralidad de marcos teóricos.

W.B.: Mirá, unitariamente kleiniano sería excesivo, porque Pichon era kleiniano (y yo también lo era, siguiéndolo a él, por supuesto), un kleiniano bien particular.

Me acuerdo una vez, cuando vino Bichowsky, pasó unos días con nosotros en la Asociación, nos estuvo preguntando si éramos kleinianos. Entonces yo le contesté que éramos “open kleinians”, o sea, no kleinianos exclusivos, ortodoxos.

M.B.: El no se conformé con esa contestación y nos preguntó específicamente: “¿Ustedes creen en el superyó temprano?” “Sí.” “Entonces son kleinianos.” (risas)

W.B.: Quiere decir que el superyó no es heredero del complejo de Edipo, o no lo es solamente, cosa sobre la cual todo el mundo está de acuerdo, más o menos en la teoría.

MV.: Sí, o también se puede escuchar que él les citaba una referencia clara de pertenencia, de origen, que ustedes podían mantener una cierta apertura frente a una respuesta más polivalente, con el riesgo de ambigüedad.

W.B.: Sí, y él también estuvo gratamente sorprendido por la importancia que le dábamos a Freud, porque al final de cuentas toda la enseñanza se fundaba en Freud y no en Melanie Klein, no exclusivamente en ella. Así que eso mismo ya nos hacía absolutamente sospechosos para los kleinianos de Londres que no querían escuchar de Freud, ni lo leían, ni lo conocían. Melanie Klein era pésima lectora de Freud, además no lo entendía. Me di cuenta de eso después, bastante tiempo ha.

M.V.: Pero no fue en el momento inicial.

W.B.: No, no en el momento inicial. Como ella siempre cita a Freud, se refiere a él, no dice cuando lo contradice, muy raras veces dice: “en esto Freud se equivoca y yo pienso por tal y tal motivo tal otra cosa”. Nunca dice eso o casi nunca, ni hasta al final de su vida.

M.L.: En este sentido, ¿qué lugar piensan ustedes que hay que darle a la lectura lacaniana en el curriculum de una institución psicoanalítica?

W.B.: Nosotros pensamos que no podemos impedir que los lacanianos existan,, no tendría absolutamente ningún sentido. No podemos impedir que dentro de una Asociación los lacanianos se agrupen o que haya seminarios lacanianos y que desde luego ¡agente se informe de Lacan porque es absolutamente importante. Kohut no es importante, a mi gusto, ¿no? Pero hay tres nombres en el psicoa-

nálisis: hay Freud, que lo fundó, hay Melanie Klein, que lo desarrolló, y hay Lacan, que comenzó un “retorno a Freud” y en particular, que reflató una cantidad de aspectos de Freud que habían sido olímpicamente olvidados por la mayoría de la gente. Por Anna Freud, primeramente, por la Ego-Psychology, en segundo lugar, que funcionaba en articulación con Anna Freud y por una cantidad de otra gente en todo el mundo. Allí habla algo que reflatar al igual que reasumir, que fue lo que hizo Lacan, pero lo hizo a modo de revuelta.

Quiero decir: lo que dice Lacan en el discurso de Roma, en 1954,¹⁰ que dice allí es válido; pero lo que dice, por ejemplo, en “Los cuatro conceptos...” ya es algo mucho más discutible. Lacan también se bandea; lo hace más, más y más, con la necesidad de influir, de crear nuevos conceptos, nuevos términos, neologismos inclusive, necesidad que se va incrementando a medida que se va aproximando a la muerte; más viejo, más loco.

M.V.: Hay mucha gente en Francia que piensa como tú, que reconoce mucho al Lacan de una cierta época como su originalidad y que después piensa que se bandea. Por eso yo pregunto si hoy en día, en Latinoamérica conviene hablar de Lacan o del pensamiento francés, como es sin duda el fundado por Lacan, como el patriarca de una originalidad teórica protagonizada por Lacan, pero que la totalidad de los post-lacanianos o de lo que Lacan dejó como herencia (lo afirmo o lo dejo como un interrogante) es de un modo de pensar el psicoanálisis, un modo de pensar la obra de

Freud donde a veces la influencia de Lacan no está en los alumnos ortodoxos de Lacan o sus delfines, sino en lo que dejó en su lugar de trabajo y de reflexión.

W.B.: Sí, Lacan marcó influencia sobre cantidad de gente, sea que lo quiere o que se pretende discípula de él, sea gente que lo odia y lo vitupera, o gente que lo considera *en* forma indiferente. Pero sí es gente que está marcada y acepta una cantidad de conceptos lacanianos. Existen todas estas variantes, pero lo más interesante es el agrupamiento de gente alrededor de una determinada interpretación de Lacan, de su obra, que se agrupan y forman grupos de choque,

con una ortodoxia lacaniana que es una contradicción en los términos, naturalmente; un carácter contradictorio, ambiguo y mal articulado de las teorías lacanianas.

M.L.: Antes de terminar esta conversación, me gustaría retomar algo que tiene que ver con el tema del actual Congreso Latinoamericano: “El Malestar en el Psicoanálisis”. Antes de empezar la reunión formal, recordábamos aquellos relatos *que* ustedes *escribieron* sobre corrientes actuantes, en un caso, sobre corrientes actuales, en el otro, en América Latina. En este Congreso se han escuchado relatos que hacen mucho hincapié en la entrada de la realidad en el consultorio del psicoanalista, la realidad social, política, económica. Sería interesante escucharlos a este respecto.

W.B.: Eso hace parte de un movimiento intelectual, ideológico, que se extiende en Latinoamérica en determinada época y que se reclama de una orientación freudo-marxista, es decir, reflatando en cierta medida al Wilhelm Reich de cierta época. No el Reich de la época del orgón, sino anterior. Se acuerdan que Reich fue expulsado de una III Internacional y fue expulsado de la Asociación Psicoanalítica igual. Pues bien, esta corriente freudo-marxista se va transformando en un auge muy grande en los años 1970-74, en la Argentina y en los demás países; aquí seguramente también se dé este movimiento en este país.

Este movimiento ahora en Argentina se ha disuelto completamente. Todos los que hablaban de la liberación de los consultorios por la realidad social y transformaban ellos mismos los análisis en adoctrinamiento descarado, *bueno*, toda esta *gente* floreció en aquellos años, pero desapareció después. Desapareció porque se fue. Eso estuvo marcado en la Argentina por la escisión de dos grupos: Plataforma y Documento. Y esta gente se desperdigó, como psicoanalistas, la mayoría de ellos. Se unieron pero con propósitos esencialmente de activismo político.

M.L.: De todas formas, ¿no tienes tú la impresión que en quienes se mantienen dentro del campo psicoanalítico, no hay ideas claras, sino que hay dudas, contradicciones y conflictos sobre este tema?

W.B.: Tengo la impresión de que no en este momento. Por supuesto, en un período revolucionario, digamos, como estos años que *acabo* de citar (1970-74), es un poco difícil mantener una actividad analítica como distante. Naturalmente, los pacientes tienen a veces posiciones políticas extremadamente activas, y bueno, si uno no aclara esto no puede seguir analizando, porque una persona o no se analiza o habla de esas cosas importantes para él y si e habla de las cosas importantes para él, te tiene que decir que se está arriesgando y que lo puede llevarla policía en cualquier momento, oque están matando gente. Todo eso es evidente. Así que allí sí ya hay una cierta relación, además que te puede contar cosas que vos no querés saber, porque están peligroso saberlas en donde vos podes correr ese peligro.

Justamente, en este caso, la persona no podía hablarme de lo importante, ni yo quería saber lo que era importante. Se ponen conocimientos sobre la mesa que “quemán”.

ML.: ¿Pero cómo diferenciar este extremo y una propuesta que tú has hecho desde el principio que es la necesidad de analizar la ideología?

W.B.: Ah, es completamente distinto. Si se trata de analizar una ideología, de saber por qué este señor se hizo, supongamos, militante radical, éste se hizo comunista o éste se dirige hacia el maoísmo, bueno, eso es no solamente legítimo sino necesario.

M.V.: Como análisis de toda creencia, que puede traer.

W.B.: Por supuesto, aunque a veces resulta problemático; más todavía con las creencias religiosas, por ejemplo el problema que uno tiene con los pacientes judíos cuando se trata de circuncidar o no a un hijo varón.

MV.: ¡Qué lío! (risas)

W.B.: Se los puede llevar a barajar este problema, pero...

M.L.: A propósito, cuando Etchegoyen fue electo Presidente de la Internacional, le dije en una reunión que le deseaba tres cosas: una, buena salud; otra, buen equipo; y tres, que la circuncisión le fuera leve.

W.B.: ¿Por qué la circuncisión?

ML.: Bueno, esto pretendió ser un chiste judío: porque pensaba que en el lugar que iba a ocupar, tenía que estar circuncidado. Ese era el sentido. (risas) O estaba expuesto a serlo.

M.V.: Willy, yo tengo, como tú sabes, esa preocupación de cómo atraviesa *en la* sesión la violencia social o porque por mis creencias, soy elegido un poco más por este tipo de pacientes, quizás. Yo nomo reconocería en la designación de freudo-marxista, menos de reichiano. Creo y quiero, como todos, hacer psicoanálisis o pensar psicoanalíticamente. Entonces, me pregunto si la noción de adentro y afuera en un esquema kleiniano, de adentro en el espacio de la sesión, donde emerge el sujeto freudiano, ala situación del sujeto en el mundo, ¿cómo ese adentro y ese afuera de creencia atraviesa...? Yo me lo planteo como que el buscar las determinantes analíticas, la pulsión y la fantasía siguen siendo para mi una referencia privilegiada, pero si un algo más de la escucha o si la formulación francesa y la lacaniana del Moebius y del adentro y del afuera, cómo te lo reformulas tú, hay algo de la dicotomía objeto interno-objeto externo, o la fantasía como mestiza entre sistemas que suponen un trato algo diferente dolo que es las creencias en el plano político, ideológico, religioso y de conducta, sin ser reichiano, y sin ser revolución.

W.B.: Bueno, sí. Hay algo evidente en lo que dice Lacan deque ¡aposición del analista es la posición de un Sujeto Supuesto Saber, supuesto saber o supuesto de llegar a saberlo que le pasa al analizando y eso supone un lenguaje, por supuesto, y también supone un cuerpo teórico aceptable para el analista y compartible para el analizando. En este sentido, el mundo del significante, es decir, el mundo humano está presente ya desde la partida. No es este mundo que estamos *buscando*, sino *que* estamos buscando algo que está fuera oque hace parte individual de este conjunto simbólico del significante. Es decir, que la realidad, en un análisis de sus dimensiones lingüísticas, culturales, no es nuestro objetivo.

RESEÑAS DE LIBROS

EL NIÑO DEL DIBUJO.

Estudio psicoanalítico del grafismo y sus funciones en la construcción temprana del cuerpo.

Autor: *Marisa Rodulfo* *

Editorial: *Paidós, Buenos Aires*

Año: *1992*

Páginas: *160*

Reseñado por: *Myrta Casas de Pereda* **

Se trata de un texto psicoanalítico dedicado por entero al dibujo infantil, lo que lo hace un acontecimiento en el tema. Trabajo que no se limita a consideraciones técnicas, sino que se adentra en los problemas de la constitución subjetiva.

En los primeros capítulos trabaja la figurabilidad como sistema de escritura en relación con el fenómeno onírico, desde el texto freudiano de *La interpretación de los sueños*. Para abundar sobre lo que denomina la autonomía semiótica, revisa obras de M. Klein, de D. Winnicott, de S. Morgenstern, A. Aberastury, F. Tosquelles, F. Dolto, D. Vasse y Sami-Ali.

Como señala María Lucila Pelento en el hermoso prólogo del libro, “esta extensa exposición la provee de herramientas para poder definir en el tercer capítulo al dibujo como suplemento originario”.

* “Marisa Rodulfo, psicoanalista de larga trayectoria, es Coordinadora Docente del Programa de Actualización de Postgrado en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes y Profesora Asociada de Clínica de Niños y Adolescentes de la Universidad de Buenos Aires. Estudió pintura con el maestro Demetrio Urruchúa, lo cual incide en la estética que subyace a este texto. Anteriormente ha publicado, en coautoría con Ricardo Rodulfo, *Clínica psicoanalítica con niños y adolescentes: una introducción y Pagos de más.*” Contratapa del libro.

** Esta reseña es una recopilación parcial del texto leído en la presentación del libro realizada en Buenos Aires el 3 de julio de 1992.

En el desarrollo de sus hipótesis a lo largo de los siguientes capítulos -cuarto y quinto- se desprende como esencial su concepción del dibujo como texto y allí articula conceptos de P. Aulagnier y F. Tustin, para pensar en las vicisitudes del trabajo de subjetivación que le permite avanzar en su reflexión respecto al diagnóstico diferencial en la infancia.

La inclusión de numeroso material clínico y gráfico permite al lector adentrarse en diversos aspectos de la patología infantil, abundando especialmente en torno a la **clínica del vacío** que tiene un lugar en el último capítulo del libro.

La autora trabaja con conceptos psicoanalíticos fundamentales que desde diversos esquemas referenciales articula permanentemente en una perspectiva clínica.

Disruptora de una concepción genetista teleológica, al tiempo que profundamente cuidadosa de ese perfil dinámico, constructivo y deconstructivo que el deseo impone, acompaña las articulaciones propias de cada singularidad y se adentra entonces en los elementos de la estructuración psíquica propia de cada niño, constituyéndose ésta en otro mojón importante del libro, como lo es **la formación de la subjetividad** en la égida de las órbitas parentales.

Y en este contexto enfatiza la producción del fantasma en el acto de dibujar ante el otro señalándonos un momento de estructuración psíquica; y en tanto producción, Marisa Rodulfo nos destaca la importancia de no traducir (punto de coincidencia que he enfatizado desde hace muchos años), no coagular un sentido cada vez, sino permitir que esa puesta en escena hable realmente de “la otra escena” y promueva trabajo psíquico.

El dibujo aparece entonces no como repetición del pasado, sino como sustituto originario (retomando los aportes de Sarah Kofman), creación que no existía previamente.

No sería la traducción de un fantasma, sino su sustitución siempre parcial y por ende construcción siempre renovada.

Fiel al rigor freudiano, cuando equipara el dibujo al sueño, subraya el lado esencial de “enigma figural”, como lo denomina la autora. De allí que privilegie entonces, la idea de trabajo del irscondenté, deseo y defensas “guiando la mano del que dibuja”. Creo que es precisamente este aspecto, el de “enigma figural” que le permite a Marisa Rodulfo proponer la autonomía regional de los sistemas semióticos.

La sobredeterminación (que aparentemente se opone a ella) viene en realidad desde el deseo inconsciente y debe contar con esa autonomía del significante -verbal, gestual o gráfico- para permitir la cadena, el trabajo psíquico.

Marisa Rodulfo habla precisamente del dibujo como **suplemento de producción**, donde explicita que el dibujo comparte con otras formas la vehiculización de lo inconsciente, quedando subrayado en esta feliz frase el aspecto productivo, creación, recreación. (En el tercer capítulo, lo figural y lo fonético quedan de allí en más con los mismos derechos).

Por ello creo que esta tarea de reformulación del significante psicoanalítico (en la que me siento comprometida desde hace tiempo), es un punto de gran importancia que atraviesa todo el libro, viejo interés que comparto con Ricardo y Marisa a la distancia, sin haberlo hablado nunca con ellos, lo cual no hace sino subrayar el placer y el alivio de sentirse acompañado en los interrogantes fuertes del psicoanálisis, más allá de las fronteras de países, nacionalidades o instituciones de pertenencia.

Marisa Rodulfo se pelea con el fonocentrismo a lo largo del libro para hacerle un lugar al grafismo y lo figural, y retoma desde los comienzos del psicoanálisis de niños el término de **narración gráfica** de Sophie Morgenstern. Pero también cuida mucho que sus propuestas no rearmen un nuevo eje sustitutivo; jerarquiza en este sentido lo que desde el dibujo aparece como formación del inconsciente, como producción y por lo tanto con un lado de “ombligo”, de no sentido que empuja y

hace hablar al sujeto de deseo.

Aspecto éste que abre a otros problemas como por ejemplo el de pensar el yo infantil, sus funciones, incluida la función de desconocimiento. Si en tanto adultos decimos más porque no sabemos qué decimos, también el niño expresa más en tanto no sabe lo que dibuja, pero la contundencia del trazo en el papel es mucho más asible que el lapsus en el adulto y a diferencia de éste implica trama de subjetivación, organizándose en espacio y tiempo.

Nos dice la autora que “lo figural apunta al trabajo del trazo y a las condiciones de la puesta en visibilidad”, dejando con esto puertas abiertas “para el estatuto metapsicológico no sólo del dibujo sino para el dibujar”. Aquí Marisa Rodulfo, despojada de la polémica para ubicar al dibujo en su lugar de pertenencia psicoanalítica, introduce lo que considero son aportes fuertes. Insta al analista a deshacerse de la **buena forma** de las imposiciones convencionales sobre lo visual y la imagen para poder llevar a cabo un análisis y nos sitúa en las dificultades de ese lugar que debe propender y sostener la figuración junto a la desfiguración y la transfiguración.

Al apuntar hacia el trabajo del trazo entiendo que apunta hacia el trabajo del inconsciente y allí realiza tres propuestas aforísticas: “ceñirse a las repeticiones y transformaciones en una zona”, “la consideración cuidadosa de ciertas invariantes formales”, a lo que agrega: “los colores, las luminosidades, las gradaciones en las intensidades cromáticas”.

Estos son indudables aportes para una mayor capacitación analítica, y creo que esto debemos unirlo con lo que propone más adelante vinculado al diagnóstico y a la subjetivación, donde jerarquiza no sólo contenido, expresividad o fallas, sino esencialmente itinerario: secuencia espacial, secuencia temporal.

Vía abierta para que la transferencia, el psicoanálisis “incida de un modo decisivo como factor desencadenante” -dice Marisa Rodulfo- para el posible cambio psíquico, la modificación del conflicto.

También quedan replanteados para proseguir una posible sistematización, los problemas del signo (lo universal) y del símbolo (lo personal), para el psicoanálisis, ahora a través de las grafías, trazo o dibujo.

Este es un punto de indudable interés y vigencia en las preocupaciones actuales del psicoanálisis. Creo que aquí la autora reclama para el dibujo y lo figural, el mismo recorte semiótico que J. Austin realizara para la lingüística. Me refiero a que precisamente la autora se desprende de la función expresiva del dibujo (o la redimensiona) del mismo modo que J. Austin, por ejemplo subvierte la función comunicativa del lenguaje.

Y entiendo que a la par que el discurso verbal se vuelve texto (que se produce en la *frontera* entre dos *sujetos como* señaló Bajtin), el dibujo y lo figural adquieren, gracias a la rigurosa propuesta de la autora, un lugar de pertenencia en la escritura de un texto.

Es probable entonces que en este abarcado semiótico, movimiento (gesto y juego), palabra y grafía, se den los componentes polivalentes y polimorfos del discurso infantil.

Marisa Rodulfo, artesana fina de la argamasa de lo inconsciente “lee”, capta, captura en el dibujo según las leyes del inconsciente, condensaciones, desplazamientos, metonimias y metáforas, transformación en lo contrario, verdadera pesquisa de la subjetivación en acto de realización. Reconociendo la importancia de las leyes figurales para organizar sentidos, calibra atentamente el llenado de espacios en el tiempo, es decir, la organización de las series.

Esta importancia del espacio y del tiempo, Marisa Rodulfo la recorre en la diacronía de los sucesivos encuentros transferenciales y se le arma como sentido a explicitar en un a posteriori fecundo, en el espacio-tiempo entre una y otra figuración, decantado de lo figural, insinuando la trama compleja que incluye la transformación.

Si como relata Marisa Rodulfo del niño del dibujo, “sean las manos para inventar objetos, sean las piernas para inventar caminos”, ella con su libro inventa, crea vías facilitadas para aprehender a un ser en plena estructuración como lo es el niño. Pues, como dice en su última frase, “el niño del dibujo no habita un solo espacio”.

ENCUENTRO CON LA PSICOSIS

INFANTIL

Autores: *Lizardo Valdez, Lydia Chango*

Silvia Pereira

Editorial: *Eppal , Montevideo*

Año: *1991*

Páginas: *162*

Reseñado por: *Mercedes Freire de Garbarino*

Comentar o hablar sobre este libro es hablar sobre el Centro 231. El libro es el Centro 231. Porque el 231,0 la *formación* de él fue el Encuentro con la psicosis infantil.

De la lectura de este libro se pueden extraer dos cosas: por un lado la historia de este Centro y segundo, diversas conclusiones teóricas y postulados clínicos o técnicos para el manejo de estos niños.

Los aspectos teóricos y clínicos surgen, o tal vez sería más correcto decir se imponen, por efecto de la historia del 231.

Es muy interesante cómo muestran la interrelación entre ambas cosas. Nos llevan por el recorrido hecho por los técnicos, que los lleva a ellos a encontrarse con la psicosis infantil y al mismo tiempo aspectos de su teoría y los modos de manejo, de comprensión y técnicas terapéuticas emergiendo como algo natural en este recorrido.

La historia se cuenta desde el punto de vista formal; es decir, el proyecto, el empezar a trabajar, las inclusiones de nuevas técnicas, etc. Pero lo más importante es lo vivencial.

En este libro los diferentes docentes y personal no docente van describiendo en forma muy directa y sincera las vivencias, la forma cómo iban sintiendo la tarea y los obstáculos que se les van presentando; En este sentido hay que destacar la labor de las fundadoras de la *que* se le llamó escuela y que luego fue el Centro.

No cabe duda que ellas dieron la base de esta actitud tan sana frente a la tarea. Fueron la Directora e Inspectora del Centro: Lydia Chango y Silvia Pereira, sobre todo esta última.

Me parece excelente el capítulo VII, lo mismo que el XI escrito por las dos. Vemos en estos capítulos la forma cómo ellas tuvieron que cambiar de modalidad de trabajo y esto fue justamente porque con una actitud muy adecuada e inteligente fueron, precisamente, al “Encuentro de la psicosis infantil”.

Fue esa actitud tan plástica, tan flexible, lo que les permitió romper esquemas pedagógicos y confesarse, sobre todo al inicio, la impotencia frente a situaciones tan fuera de lo cotidiano que presenta este tipo de patología infantil. Esta postura, como el texto lo dice, posibilita la creación. Estoy totalmente de acuerdo que el trabajo con psicóticos provoca, “hace” al ser humano más creador.

Pienso que esta posibilidad es lo que permite que se pueda trabajar con alegría y satisfacción con este tipo de enfermos. La psicosis y la creación están muy cerca.

Destacan los autores, cosa que me parece muy importante, que las dificultades no son sólo del inicio, sino que es lo característico, lo que se tiene que dar para que este tipo de institución sea tal; así parece ser que lo asumen en general con mucha honestidad.

Muy interesante la imagen metafórica de la institución, como cáscara. Ellos la emplean cuando describen el inicio de la tarea y la llaman “débil cascarita”.

La institución de este tipo es realmente una cáscara, un continente de la locura. Continente en cuanto le permiten por ejemplo aprender aritmética, ciencias naturales, etc., a través del almuerzo o el acto de comer, o el autito en el momento en que es el único contacto con el mundo. Continente, en cuanto le aceptan un tiempo, un espacio, un discurso que no es el cotidiano. Y este sumergirse con ellos en lo no cotidiano, les permite a los técnicos desarrollar su capacidad creativa. Dicen: “Los que trabajan con psicóticos son creadores de recursos”.

Claro que para lograr esto (y el libro lo dice), es necesario dejarse llevar por los

niños y sin miedo a la locura.

Repito una frase del libro: "... la tarea exige una estabilidad en la oferta vincular", lo que requiere un darse más profundo.

Se habla del encierro del psicótico y creo que es al revés; ellos tienen un código diferente y somos nosotros que estamos encerrados en la cotidianidad y no los comprendemos, para tal cosa se necesita darse más profundo o diferente. Implica (y repito otra frase del libro), "... guiar sin dejar sentir demasiado, nuestra presencia. Es necesario romper nuestro esquema de vivir cotidiano para comprender lo que nos dicen, lo qué y cómo lo sienten.

Los vínculos entre las diferentes personas que forman el equipo es sumamente importante. Y sí bien el tema está abordado a lo largo del libro, en el capítulo VII donde se muestra a través de dos funciones: la Dirección y la Inspección, con más claridad. Ambas técnicas relatan cómo tuvieron que transitar desde esquemas pedagógicos que tal vez son adecuados para las escuelas en general, hacia lo que era necesario para el Centro.

La Dirección, si bien implica organizar, dirigir y responsabilizarse de la marcha global de la institución, además se constituye en el continente del personal docente y administrativo.

La Inspección tuvo que "inventar" (por así decirlo), formas de evaluación de las tareas del personal, de las actividades tan cambiantes y dinámicas a las que obligan este tipo de pacientes.

Y por último, lo que surge como eje o centro de toda la actividad: el lugar de encuentro (a veces de desencuentro), del personal en su totalidad. Reunión en la cual el Coordinador (como lo dice el propio Coordinador, Dr. Lizardo Valdez en el libro), con mirada psicoanalítica trata de: anteponer a la tarea, un clima de continencia para la discusión". Yo agregaría una escucha también psicoanalítica para señalar, cuando sea necesario, una invasión de la locura que a veces se da en el personal técnico. Esto implica una postura de objetividad y al mismo tiempo un compromiso con la institución, que por otra parte, es exigida por los componentes

de la misma.

El libro nos describe la variedad de actividades que realizan. Es la forma en que se busca por diferentes caminos que se le ofrecen a estos niños para encontrar su entrada al mundo de lo compartido. Son además, formas de considerar los diferentes aspectos del ser humano: el cuerpo y sus funciones, las palabras, la música, lo pedagógico etc., incluyendo también el entorno, es decir los aspectos familiares y sociales a través de grupos de orientación o psicoterapéuticos. Constituyendo cada actividad un acto psicoterapéutico.

ADOLESCENCIA II.

Autores: Mercedes F. de Garbarino, Irene Maggi de Macedo.

Editorial: Roca Viva, Montevideo

Año:1992

Páginas: 144

Reseñado por: Mireya Frioni de Ortega

Las autoras son conocidas en nuestro medio por su especialización en el tema y por numerosos trabajos realizados sobre el mismo. (En el tomo IV de nuestra Revista, en 1962, apareció el primer artículo de Mercedes Garbarino sobre adolescencia).

En este texto transmiten su inquietud de interrogarse constantemente, de modificar teorías que creían inmodificables, planteándose incluso nuevas teorizaciones.

Esta nueva obra plantea, a partir de la praxis con adolescentes, diversos temas que van desde qué entienden por lo normal y lo patológico hasta los aportes de diferentes teorías sobre la adolescencia; la crisis de la adolescencia; la peculiaridad del abordaje terapéutico de la misma y el lugar del terapeuta en el tratamiento. Describen también la crisis de los padres como reflejo de la crisis de los hijos. Tratan además la comprensión del adolescente desde la atención grupal, los embarazos dentro de esta edad y -por último-las conductas alimentarias.

Los puntos de vista teóricos son ilustrados con un rico material clínico.

A través de los distintos capítulos muestran cómo entienden a la adolescencia: como una crisis narcisista en la que el yo queda desprovisto de carga en forma momentánea. Ello produce una regresión al narcisismo del ser. A consecuencia de la crisis el yo se desdibuja, lo que implica una pérdida de identidad, de límites del cuerpo.

Conciben la crisis como una fractura que los lleva al “punto cero”, punto fácilmente reversible que lo diferencia de la estructura psicótica.

Las autoras comparten las ideas del Dr. Héctor Garbarino, con quien son

coautoras de un trabajo sobre el ser en la adolescencia. Garbarino -citado en esta obra- postula que en su origen, el ser es un polo existencial fuera del aparato, siendo el ello el polo pulsional del mismo.

En esta teoría, el adolescente se instalaría por momentos en el ser cósmico, donde se pierden los límites entre el ser y el no ser. Adquiere así las características propias del narcisismo del ser. Se instala en un tiempo y espacio que no son los cotidianos, pero teniendo la posibilidad de volver a los mismos -regido por el yo instancia- lo que hace al cuadro no patológico.

Consideran como eje de la crisis de adolescencia la pérdida del cuerpo-yo y la consecuencia que la misma tiene en relación a los ideales del yo y del superyo.

Quiero destacar, para terminar, un fragmento donde está resumido de un modo feliz la posición de las autoras en relación al papel del terapeuta de adolescentes:

“El vínculo terapéutico se establece no para elaborar los vínculos con *las figuras* parentales sino para lograr su adecuada disolución, lo que *lleva implícita la* tarea de elaborar la separación y, lo que es más importante, *reestructurar el yo* en forma diferente al yo infantil.”

**MÁS ALLÁ DE UN TRASTORNO
DEL RECUERDO**

Autor: *Bernard Penot*

Revista: *Revue Française de Psychanalyse, N° 4*

Fecha: 1986

Reseñado por: *Raquel Morató de Neme*

De acuerdo a este autor el concepto de *verleunung* (renegación, desmentida) en Freud a partir de los trabajos de los años 23 y 25, no pudo ser integrado en forma clara en el conjunto de su metapsicología en relación al concepto de represión.

Después de la guerra y especialmente en EE.UU. con el término de *denyal* se incluyó en este concepto tres tipos de defensa: retracción de investimento más o menos masivo, ignorancia de algo (especialmente en el niño varón) o negación total, anulación escotomización.

Es en un intento de seguir los rastros del concepto de *Verleunung* en Freud que Penot toma su carta a Romain Rolland cuando tiene 80 años en el que Freud intenta desmontar este mecanismo de defensa.

En esta carta Freud relata una experiencia que tuvo 32 años antes en compañía de su hermano, “experiencia de extrañeza” frente al Acrópolis. Freud asocia esta experiencia a un sentimiento de pudor frente a todo lo visto con su hermano en este viaje unos días antes en la ciudad de Trieste.

Ambos sentimientos para Freud tienen un valor sintomático.

La vivencia de Trieste implica ya un sentimiento de incredulidad al que Freud le atribuye una tentativa de rechazar una parte de la realidad. Pero, ¿por qué incredulidad frente a una situación de placer? Además se trata de un placer en relación a un ideal del yo de hace muchos años que era el interés por los griegos en el liceo.

Utiliza la frase inglesa de *Too good to be true*, que implica que es algo no merecido y de esta forma lo asocia a un sentimiento de culpabilidad e inferioridad. De

esta manera surge el superyó castigando este sentimiento de placer transformándose un conflicto entre instancias superegoicas y la renegación; ya no se trata de una realidad exterior sino de una realidad psíquica. En otras palabras este sentimiento de incredulidad, de extrañeza, revelaría una satisfacción del yo conforme al ideal pero prohibida por el superyó.

¿Cuál sería la razón de esta prohibición?

Nuevamente Freud se pregunta el por qué del sentimiento de pudor en Trieste frente a la inminencia del viaje a Atenas. ¿Por qué la satisfacción de ir tan lejos se une a un sentimiento de culpabilidad? Habría algo de “incorrecto” o de prohibido respecto al padre.

De acuerdo a esto, la vivencia de extrañeza frente al Acrópolis y el rechazo de la realidad que se despliega, en último análisis está en relación a mantener la alianza con un representante paterno.

Tanto el padre como el abuelo de Freud habían sido educados en la tradición judía. Las crónicas bíblicas mostraban cómo todo lo helénico constituía durante siglos el enemigo de la identidad judía. (Macabeos, 11, 6)

¿No provocarían estas dos alianzas contradictorias pero necesarias para el narcisismo de Freud un clivaje en el yo?

Decir no al Acrópolis implicaría dejar de lado una parte esencial del capital cultural y espiritual de Freud mientras que sentirse entusiasmado por lograr algo deseado desde su adolescencia sería rechazar algo de su alianza paterna. Se siente incapaz de decir que no tanto a ser griego como a ser judío. Se necesita de una defensa más radical ya que está puesta en juego la existencia misma del sujeto. La *verlebung* que implica un clivaje en el yo y una renegación tanto de la realidad psíquica como de la realidad externa cumpliría con este requisito.

¿LA PSICOSIS SUBJETIVADA?

Autor: *Bernard Penot*

Revista: *Adolescence, T.IX, N° 2*

Fecha: *1991*

Reseñado por: *Raquel Morató de Neme*

El título de psicosis subjetivada parece paradójico ya que el concepto de psicosis evoca el de alienación y no justamente de apropiación subjetiva. El autor se pregunta si no sería mejor el título de psicosis desalienada.

Sin embargo la meta del tratamiento de los psicóticos sería sin lugar a dudas el de la subjetivación.

Dentro del término psicosis se encontrarían dos tipos de fenómenos: el delirio, al que se pueden sumar alucinaciones y las conductas de desrealización. Ambos fenómenos muestran que el vínculo del sujeto con la realidad se encuentra perturbado.

Freud caracteriza el delirio como “un parche donde inicialmente se encontraba una falla”. Esta falla estaba en relación a algo abolido simbólicamente por el sujeto y por medio del delirio intentaba integrar una ligazón psíquica deficiente.

Dos cosas importantes a señalar es que se trataba de una laguna en materia de simbolización y que este defecto de ligazón psíquica no sólo tenía que ver con el sujeto sino también con el medio familiar. Habría así una dificultad de conceptualización de una generación a otra vivenciándose en la práctica como una vivencia de tipo traumático a través de los mensajes maternos.

A continuación Penot ejemplifica esta postura por medio de Paul, un paciente de 14 años con el delirio de que él es Ivan Rebrov. Se trata de un cantante de canciones rusas vestido a la usanza de un campesino ruso. La aparición del delirio había surgido poco después que Paul hubiera festejado su Bar-Mitzvah.

La madre judía había nacido poco antes de comenzar la guerra, y se había

salvado en tanto fue criada en el campo por una familia católica. Al terminar la guerra se enteró que su padre y todos los hombres de su familia habían muerto. Se casó con un compañero de escuela “indiferente a la cuestión judía”.

A través de una encuesta familiar hecha por Penot resultó que el bisabuelo materno de Paul en fiestas cantaba canciones rusas de la época y por otro lado el abuelo paterno también cantaba operetas francesas. El personaje de cantante de Paul retomaba un atributo característico de dos de sus antecesores pero ¿por qué en forma de delirio? Es como si Paul hubiera encontrado aquí una condensación entre dos mundos muy alejados uno del otro en un comienzo “indiferentes” como decía el propio padre de Paul. Es decir una desmentida mutua de significaciones y de valor (*Verleugnung* freudiana).

El problema se centraba en una disociación de la vida fantasmática de la madre de Paul. Por un lado el intento de reasegurar su identidad judía al festejar la Bar-Mitzva de Paul y por otro lado elegir un marido al que descalificaba constantemente “desinteresado por los problemas judíos”.

Es significativo que a la que más le molestaba el personaje de Rebrov era a la madre, quien rompía todos los discos del cantante y le hacía prometer a su hijo sobre la Torah que no los compraría más. El padre tenía frente a esto una actitud conciliatoria que tampoco era efectiva ya que Paul los volvía a comprar.

El tratamiento de Paul duró varios años.

El punto central es que la acción terapéutica que se realiza con este tipo de pacientes es el de una suspensión de la atribución en el doble sentido del término: atribución de cualidad (bueno-malo) y atribución a un supuesto sujeto. Esta suspensión del juicio de atribución se realiza en tres registros en forma simultánea:

1. Se trató de establecer con Paul una relación amistosa permitiendo que su delirio poco a poco se convirtiera en objeto de una transacción, al modo de objeto transicional de Winnicott entre el sujeto naciente y el entorno primario.

2. Trabajando con la familia tratando de encontrar en su discurso las fallas, líneas de fractura traumática que son la condición de la irrupción del delirio.

3. El equipo terapéutico que va a funcionar como receptáculo de la problemática intersubjetiva que tiene el paciente en esta posición alienada que supone en ellos mismos un trabajo de subjetivación que haya resultado defectuoso en el entorno primario del paciente.